Ricardo

de la Cierva

Historia del socialismo en España 1879-1983

Lectulandia

En diciembre de 1969 Ricardo de la Cierva publicó una primera aproximación a la historia del socialismo en España en forma de serie para un diario de Madrid, que luego compiló en su libro de 1972 La historia perdida del socialismo español. En El Socialista, publicado entonces en el exilio francés, apareció el 26 de marzo de 1970 un excepcional elogio a esta primera historia del socialismo español que se publicaba en España desde el principio de la guerra civil.

«Si después de treinta años —decían los socialistas españoles exiliados— durante los cuales no se ha ahorrado el francofalangismo dicterio alguno, ni insulto ni vilipendio contra el Partido y sus militantes, ya fueran éstos destacados o modestos, así como toda clase de atropellos, persecuciones, encarcelamientos y alevosos crímenes, cabe preguntarse qué intenciones, qué propósitos, cuáles fines se persiguen con la publicación de tales artículos en los que como veremos se dispensa al Partido y a sus hombres más representativos el honor, el puesto y la categoría que en justicia merecen uno y otros en la historia política de España».

La intención no era otra que hacer historia. El libro que el lector tiene ahora en sus manos, agotadísima desde hace diez años aquella primera versión, es un estudio mucho más profundo, completamente revisado y reescrito, con capítulos nuevos que completan los cien años largos de historia socialista hasta nuestros días; la versión primitiva se cerraba en la guerra civil de 1936.

Con el PSOE en el poder cunden ahora los panegíricos de la propaganda. Éste es sencillamente un libro de historia.

Ricardo de la Cierva

Historia del socialismo en España, 1878-1983

ePub r1.0
Titivillus 08.10.2022

Título original: *Historia del socialismo en España, 1878-1983*
Ricardo de la Cierva, 1983

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para Mercedes.

PRÓLOGO CON COLABORACIÓN SOCIALISTA

En diciembre de 1969, cuando el PSOE yacía disperso en la clandestinidad o en el exilio de Europa y América, y cuando Felipe González y su equipo no habían iniciado aún más que en sueños su larga marcha hacia el poder en una España democrática, el autor publicó una serie de artículos en un diario de Madrid sobre la historia del socialismo en España. Poco después los reunió en forma de un libro que publicó la Editora Nacional con el título *La historia perdida del socialismo español*.

La Agrupación Socialista de los españoles entonces exiliados en México, que en muchos casos han regresado felizmente a España después e incluso han desempeñado en ocasiones un papel importante en la reconstrucción del PSOE y en la normalización política española, celebró poco después de la primera publicación citada una asamblea general ordinaria cuyas actas se transcribieron el 26 de marzo de 1970 en *El Socialista*, editado entonces en Francia. Transcribimos aquí, como prólogo y testimonio, algunos extractos de dichas actas:

DESDE MÉXICO

Importante asamblea de la Agrupación Socialista

La Agrupación Socialista Española en México ha celebrado su Asamblea General Ordinaria, que por las circunstancias que han concurrido en ella ha revestido singular importancia a juzgar por lo que se dice en la amplia reseña que nos envía nuestro corresponsal. Por tratarse de algo que desborda el interés local y porque ofrece a nuestros compañeros y lectores ocasión de que conozcan lo que dice del Partido y de sus hombres el historiador don Ricardo de la Cierva, en la serie de folletones aparecidos en el diario de Madrid El Alcázar, *insertamos a continuación íntegramente la*

reseña de la asamblea ordinaria de la Agrupación Socialista Española en México.

«Celebra esta Agrupación el día 3 de febrero su asamblea general ordinaria correspondiente al cuarto trimestre del año pasado. En ella se examina, como es costumbre, el movimiento de altas y bajas de afiliados, aprobándose las altas de Josefina Sierra García, Linda y Paloma Salcedo García y José Miguel Vergara Garay, conociendo también las bajas por fallecimiento de los compañeros Serapio Aranguren Berriatúa, Pedro Sierra Álvarez y Luis Alangua Álvarez, en recuerdo de los cuales la asamblea guarda un minuto de silencio.

»Conoce y aprueba la asamblea la situación económica de la Agrupación por el estado de cuentas de que da lectura la tesorería, así como el dictamen emitido por la comisión revisora de cuentas.

»En el punto correspondiente a gestión del comité, la secretaría da lectura al informe redactado por el mismo, en el que, a manera de preámbulo, dice: Esta asamblea, compañeros, como todas las celebradas durante nuestro largo exilio, así como nuestros demás actos políticos, nuestros manifiestos, nuestros boletines de información, nuestros periódicos, nuestros folletos y nuestros libros, constituyen la acción positiva de nuestra presencia y existencia política y, por tanto, según nuestro parecer, una continuación, modesta si se quiere, pero una continuación de la historia del Partido Socialista Obrero Español.

»*Decimos esto, porque en España, en un periódico de Madrid, durante el mes de diciembre pasado, escritos por un historiador español, se ha publicado una serie de artículos titulada* La historia perdida del socialismo español.

»Después de más de treinta años, durante los cuales no se ha ahorrado el francofalangismo dicterio alguno, ni insulto ni vilipendio contra el Partido y sus militantes, ya fueran éstos destacados o modestos, así como toda clase de atropellos, persecuciones, encarcelamientos o alevosos crímenes, cabe preguntarse qué intenciones, qué propósitos, cuáles fines se persiguen con la publicación de tales artículos, en los que como veremos se dispensa al Partido y a sus hombres más representativos el honor, el puesto y la categoría que en justicia merecen uno y otros en la historia política de España.

»La historia perdida del socialismo español, *perdida ¿para quién? ¿Para España, por cuanto haya dejado de percibir como aportación del socialismo en su desenvolvimiento cultural, económico, social, etcétera? Es muy posible*

que así sea. ¿Para los españoles que cuentan hoy entre los veinte y cuarenta y cinco años de edad? Es muy posible también que para estas generaciones de españoles la historia del socialismo español sea una historia perdida y que sientan la necesidad y el interés de conocerla, para estudiarla, valorarla y compararla con otras historias políticas, mucho menos edificantes desde luego.

»*Mas qué dicen estos artículos sobre* La historia perdida del socialismo español? *Veámoslo transcribiendo algunos de sus conceptos: "Los dirigentes socialistas, curtidos ya en la gestión municipal y provincial (que fueron modelo, agregamos nosotros, de limpieza, honradez y diáfana administración) obtienen los muy importantes Ministerios de Hacienda (Prieto), Trabajo (Largo Caballero), Justicia (De los Ríos), además de otros cargos decisivos como la Dirección General de Enseñanza Primaria". "Los dirigentes del socialismo español prestigian al Partido en las alturas de la República". Hablando de Teodomiro Menéndez lo califica de gran subsecretario, y refiriéndose a las posiciones del Partido, —Besteiro, que recalcaba los peligros de la colaboración gubernamental; Largo Caballero, que la defendía a toda costa— agrega: "Pero su sincera condición democrática obliga a Besteiro a colaborar con la República desde un puesto decisivo: la Presidencia de las Cortes Constituyentes que desempeña con gran habilidad y eficacia, que le valió una nueva acumulación de prestigio internacional".*

»"La gestión del profesor Fernando de los Ríos en Justicia se enturbió demasiado pronto por la innecesaria y esterilizadora hostilidad de la joven República contra la Iglesia". "En cambio, los trabajos gubernamentales de los demás prohombres socialistas respondieron a las esperanzas que se habían puesto en la seriedad y la preparación de los respectivos equipos de Gobierno".

»Bajo un epígrafe titulado "Una acertada gestión ministerial" el historiador escribe: "Es lamentable que mientras los dirigentes socialistas conseguían (…) la aprobación (…) en sus gestiones de Gobierno, aumentasen hacia dentro sus disensiones…". "Francisco Largo Caballero ponía en marcha el difícil y esencial Ministerio de Trabajo con competencia universalmente reconocida." "… pocas cosas hay en la legislación laboral de Largo Caballero que no puedan admitirse por cualquier observador imparcial. Su política socialista fue sin duda progresista, pero no puede tacharse de irresponsable…". "Igualmente brillante es la gestión de Indalecio Prieto en los dos Ministerios que tuvo que regir durante esta época.

A pesar de las sectarias limitaciones en la valoración de sus balances, siempre se ha reconocido que su etapa en Obras Públicas fue sumamente positiva…, sentó las bases para realizaciones posteriores, incluso muy posteriores. Señaló a Madrid su expansión urbanística por los caminos del norte…, soñó con una España regada y verde. De cara ya a la recta final del siglo XX, el historiador no tiene que esforzarse demasiado para colocar a Indalecio Prieto en el terceto de los grandes ministros de Obras Públicas". Aludiendo al discurso pronunciado por el compañero Prieto el día 1 de mayo de 1936, en Cuenca, dice: "Es un discurso patriótico, abierto, con inevitables concesiones demagógicas, pero digno, sencillamente, de un hombre de Estado".

»Trata de la época en que el compañero Largo Caballero es presidente del Gobierno y ministro de la Guerra, y el historiador nos dice: "En el invierno de 1936 hacían esfuerzos titánicos (los comunistas) para atraerse definitivamente al jefe del Gobierno. Pero jamás habían pensado que el viejo revolucionario se sentía, por encima de todo, jefe de un Gobierno español y lo mismo que sus antiguos maestros ponía por encima de todo lo que él creía que era el interés de España". Y copiando de un libro de Ginés Ganga, transcribe: "Una mañana la visita a puerta cerrada había durado ya dos horas cuando de súbito se oyó gritar a Largo Caballero. Los secretarios se reunieron alrededor de la puerta del despacho sin atreverse a abrirla. Los gritos de Largo Caballero aumentaron en intensidad. De pronto se abrieron las puertas y el anciano presidente del Consejo de Ministros de España, con el brazo extendido y señalando la puerta, decía con voz trémula de emoción: 'Marchaos, marchaos. Debéis aprender, señor embajador, que los españoles somos muy pobres y necesitamos ayuda del exterior; pero somos lo suficientemente orgullosos para no consentir que un embajador extranjero intente imponer su voluntad sobre el jefe del Gobierno de España. Y en cuanto a usted, Vayo, mejor sería que recordara que es español y ministro de Estado de la República, en lugar de ponerse de acuerdo con un diplomático extranjero para ejercer presión sobre su jefe de Gobierno.' Pero el héroe de la jornada —agrega el historiador—, don Francisco Largo Caballero, podía darse ya por condenado desde aquel arranque tan celtibérico y tan socialista".

»Sigue el historiador hablando del compañero Largo Caballero y nos dice: "Sus últimas palabras públicas —el discurso de octubre de 1937— reflejan toda su nobleza y toda su angustia. 'Me conocieron demasiado tarde. Debieron haber comprendido desde el primer momento que Largo Caballero

no tiene ni el temperamento ni la sustancia de traidor. Yo me negué categóricamente a llevar a cabo su política, con la consecuencia que en una ocasión tuve una escena muy violenta con los representantes de cierto país, cuyo deber era ser más discretos, pero que no cumplieron esa obligación. Y yo les dije (en presencia de uno de sus agentes, que, sin embargo, desempeñaba una cartera ministerial) que Largo Caballero no toleraría ninguna clase de interferencia en la vida política de nuestro país'"».

Corresponsal

En cuanto a la pregunta que se plantea en el acta, sobre la verdadera causa que motivó la publicación de ese trabajo, la respuesta del autor es clara: esa causa es simplemente histórica, no política ni oportunista; nadie ha movido al autor para publicar su estudio, nadie se lo ha impedido ni mediatizado; no ha existido impulso oficial ni oficioso, solamente personal.

Así explicaba el autor sus motivos cuando en 1969 y poco después publicó las versiones anteriores de este libro sobre la historia del socialismo en España. Agotadísimo desde hace más de diez años, el autor ha decidido publicar esta nueva versión ante la sugerencia, que tanto le honra, del profesor Manuel Fraga Iribarne. La abrumadora victoria socialista en las elecciones del 28 de octubre de 1982, las pretensiones del PSOE que celebró su centenario con el famoso lema de los cien años de honradez y firmeza parecen, en efecto, aconsejar que pongamos al día una historia breve del socialismo español para profundizar en esos cien años largos. Las versiones anteriores de este libro resultaban muy incompletas; se cerraban con la actuación del socialismo en la guerra civil y no podían tener en cuenta, porque no se había producido, la espectacular resurrección del partido durante la transición a la democracia en España. Añadimos dos capítulos iniciales y tres finales sobre este singular fenómeno político de la convivencia española.

El libro está completamente revisado, refundido y reescrito respecto a las versiones anteriores. Desde que éstas se agotaron el autor ha vivido una intensa experiencia académica —hasta la cátedra universitaria— y política, hasta el Parlamento y el Gobierno de la nación. Puede que esa doble experiencia redunde en mejoría sustancial del libro, al que se ha dotado ahora de un aparato crítico orientador para el lector que desee profundizar en sus fuentes; y se ha impregnado de un ambiente de realidad, que presenta al socialismo como algo presente y vivido, no sólo como un recuerdo.

El centenario y la victoria del PSOE han producido, como era de esperar, bastantes publicaciones panegíricas y de propaganda histórica. Este libro pretende ser sencillamente un libro de Historia. Está por encima de la polémica política y periodística, que el autor cultiva cuando ejerce en esos dos terrenos. Pero en este libro quiere ser exclusivamente un profesional de la Historia, y ofrece al lector una experiencia histórica profunda. Que pretende además, sin mengua del rigor, lograr el atractivo de una historia que no se concibe, desde cinco siglos antes de Cristo, fuera de la dimensión artística y literaria.

CAPÍTULO 1
RECUPERAR UNA HISTORIA PERDIDA

El autor de este libro ha contemplado públicamente la historia del socialismo español en dos ocasiones: el año 1969, cuando preparaba la serie periodística que originó la primera versión de esta obra, y ahora, en 1983, en plena resaca de la gran victoria socialista en la transición. En 1969 detectaba el autor una notable efervescencia socialista y seudosocialista en el ambiente.

Aunque en aquellos momentos parecía que en España muchos se apuntaban al crepúsculo de las ideologías —interpretado como crepúsculo vespertino y definitivo, así de dogmáticamente— cabría establecer, por la izquierda, alguna que otra excepción; quienes a pesar de los anatemas al uso se amparaban bajo algún caparazón ideológico solían declararse, con mayor o menor precisión, con mayores o menores matices, socialistas o neosocialistas. Éste es un fenómeno universal, omnipresente en la España de hoy, donde una moda contemporánea a la anterior, en origen y ejercicio, aunque surgida en planos más abstractos de la política personal, impulsaba a las gentes a etiquetarse de *izquierdas* o de *centro* para eludir como si de rabia se tratase cualquier concomitancia con las *derechas*. (El inocente historiador que mira al presente desde su atrasada perspectiva pensaba, sin embargo, en la audiencia colosal que un político inteligente podría arrastrar entonces en España, alzando, sin remilgos ni contradistingos, una gran bandera derechista). Un libro, aparecido subrepticiamente en el exilio después de que su autor sometiese a sistemático engaño a la mayoría de sus entrevistados, trató de resumir las principales corrientes de la por él llamada *Oposición a la Dictadura* (es el título del libro); la mayoría del centenar de personas entrevistadas declara sus simpatías o su formal adscripción al socialismo; el propio autor, inquieto joven catalán llamado Sergio Vilar, se declaró una y otra vez «socialista revolucionario», mientras utilizaba una pretendida dialéctica marxista que revela dos cualidades poco deseables en un escritor político de nuestro siglo: un perfecto desconocimiento del pensamiento de

Carlos Marx y la más deshuesada pedantería que hace su aparición en las letras españolas después de los discursos de fray Hortensio de Paravicino. El señor Vilar dio después con sus huesos en el original CDS de don Adolfo Suárez, denunciante primero y luego panegirista del socialismo; se lo merece.

Todos eran socialistas

No es esto lo peor. Incluso dentro del mundo de las personas decentes intra o extramuros del Régimen de Franco, y lo que es más extraño, incluso dentro de los límites de ese Movimiento que no hay quien lo defina con claridad, no faltaron espíritus fuertes que se declararon socialistas con mayor o menor sordina, y lo más curioso es que lo hicieron con la sana intención de parecer modernos…, o tal vez de convencerse a sí mismos de que eran modernos y no sonaban a hueco sus renovados programas. El sistema no es de hoy; el primer antisocialista esencial que se declaró solemnemente socialista fue Adolfo Hitler, y el hombre que con él firmó ante el asombro del orbe el pacto de 1939, José Stalin, denominó oficial, constitucional y propagandísticamente a su gran país, no solamente URSS, sino, con mayor apertura, «la gran democracia socialista». Me consta que algún gran político de entonces y más de un cuajado demócrata de hoy estuvo a punto de lanzarse a las nuevas arenas bajo el signo de un *socialismo nacional* y sólo se detuvo cuando un alma caritativa le enseñó la fácil posibilidad de cambiar el orden de las palabras.

En fin, puede pensarse que si un remoto arqueólogo de siglos futuros, cumplidas ya las profecías de Aldous Huxley, desentierra algunos programas políticos y algunas originales entrevistas de la España de 1969, llegará a asombrarse de la cantidad de socialistas en agraz, en gestación o en conserva que pululaban por esas interlíneas de Dios. La cosa, sin embargo, se complica bastante. Volviendo al caso concreto que hace un momento reseñábamos, resulta que un socialista histórico indiscutible, don Justo Martínez Amutio, hombre de confianza de Francisco Largo Caballero, depositario de su tradición y su memoria —y amable mentor de quien esto escribe para muchos puntos oscuros de nuestra Historia—, se enfrenta a sus lozanos ochenta años con don Sergio Vilar, de quien dice: «Sergio Vilar, en su libro, ha jugado suciamente conmigo y con algún otro. Ha tergiversado y deformado descarada y deliberadamente lo que se le dijo… Es peor que pedante y arriscado. Se ha puesto la etiqueta de marxista —hace dos años decía que simpatizaba con Mendès-France—, pero en realidad no es más que un…

ansioso de situarse sin escrúpulo alguno, como se ven muchos en el cada vez mayor revuelto mundo de la política y las ideas, con las que juegan y cubiletean como si estuviesen en la barra de un bar[1]».

He aquí un ejemplo básico: un socialista histórico niega el socialismo de un confuso neosocialista. En un certero análisis de esa revista seria y fundamental escondida bajo el nombre modesto de *Boletín de orientación bibliográfica* —bajo cuyo anónimo no es difícil adivinar la sutileza del profesor José Artigas—, dedicado precisamente al libro de Vilar, se prevén negaciones paralelas de socialismo por parte de ciertos núcleos del exilio respecto a varios epígonos de la ideología en *el interior*; el fenómeno revierte en dirección opuesta también, sobre los que el implacable Martínez Amutio llama «liderillos y cabezas de ratón, resentidos que tienen sus clanes propios y más de uno jugando a socialismo, haciéndose una propaganda desorbitada y desde luego para causar risa». En fin, el escenario parece muy confuso y sumamente apto para que tanto socialista de moda y de salón examine su conciencia a esta luz fría de la historia que al menos desde 1969 abría ya en España caminos irreversibles de sinceridad.

Un aluvión de nuevas fuentes

La perspectiva historiográfica desde 1982 ha modificado mucho, naturalmente, los vacíos que advirtió públicamente el autor en 1969, pero no sólo no cancela, sino que acrecienta enormemente la necesidad de este libro. Desde los comienzos de la transición política han aparecido numerosas fuentes sobre la historia del socialismo español. En la monumental *Historia política de las dos Españas* de José María García Escudero el fenómeno socialista se detecta y se inscribe en toda su plenitud, como nadie había logrado antes en un tratado tan amplio de historia contemporánea (Madrid, Editora Nacional, 2.ª ed., 1976). Varios protagonistas han publicado (por sí o por sus herederos) memorias en España, donde se difunden libremente, desde años antes de la muerte de Franco, la gran síntesis de Salvador de Madariaga, *España*; las obras de Manuel Azaña y los esenciales libros de Indalecio Prieto; tal es el caso de la fundamental tetralogía iniciada con el *Todos fuimos culpables* de Juan-Simeón Vidarte, los escritos de Pablo Iglesias y el primer Unamuno, la *Historia de la UGT* de Amaro del Rosal, por ejemplo. Se han reeditado el *Pablo Iglesias* y *El Partido Socialista Obrero* del testimonial Juan José Morato, y el importantísimo *Anticaballero* de Gabriel Mario de

Coca, cuyo misterio personal —es un veterano superviviente socialista que en efecto se llamaba así— se ha revelado al cabo de los años. Se han compuesto y publicado numerosos estudios monográficos, síntesis y ensayos históricos sobre la historia del socialismo español, desde varios ángulos; citemos, para los orígenes, los textos y documentos de Clara E. Lida *Antecedentes y desarrollo del movimiento obrero español, El socialismo en España, 1833-1868*, de Jordi Maluquer de Motes, la selección del profesor Pérez Ledesma *Pensamiento socialista español a comienzos de siglo*; entre las obras generales de síntesis. *El movimiento socialista español*, de Antonio Padilla; *El movimiento obrero en la historia de España*, del profesor Tuñón de Lara. Son interesantes monografías sobre épocas posteriores de la historia del socialismo español, como *El socialismo y la España oficial*, de María Teresa Martínez de Sas; *Fernando de los Ríos: los problemas del socialismo democrático*, de Virgilio Zapatero; la *Historia* del señor Gómez Llorente, no citada antes porque no comprende toda la vida histórica del PSOE; *Parlamento y bolchevización*, de Carlos Forcadell; la historia de la UGT, por Javier Aisa y Víctor Manuel Arbeloa, quien también ha estudiado los orígenes del PSOE; los libros del citado Antonio Padilla sobre Pablo Iglesias y de don Emilio Lamo de Espinosa jr. sobre Julián Besteiro, cuyo proceso publicó quien fuera su defensor militar en 1939, el marqués de Gracia Real; los trabajos de don Santos Juliá sobre el Frente Popular y sobre la izquierda del PSOE; los de doña Marta Bizcarrondo y el notabilísimo del profesor Sánchez y García Saúco sobre la Revolución de Octubre; y los ensayos de don Manuel Cantarero del Castillo, escritos con suma comprensión desde una óptica populista. Para cubrir el vacío entre la desaparición oficial del socialismo en 1939 y su resurrección al final de la época de Franco son útiles las biografías de don Felipe González, artífice de esa resurrección con su equipo sevillano, escritas por Antonio Guerra, Eduardo Chamorro y las conversaciones mantenidas por el nuevo líder con don Víctor Márquez Reviriego[2]. Por fin, en el plano de las publicaciones periódicas merece resaltarse la nutrida contribución histórica de las revistas *Cuadernos para el Diálogo* y sobre todo *Sistema* (cuya edición se inició y prosiguió con regularidad desde antes de la muerte de Franco) y los dos panegíricos que acaban de aparecer, en forma de fascículos, cuando se escriben estas líneas, a comienzos del año 1983: *Crónica y vida del socialismo* e *Historia viva del socialismo*.

Ciertamente que todas estas nuevas contribuciones —que hemos recordado con criterio selectivo más que exhaustivo— han iluminado muchos capítulos de la más que centenaria historia del socialismo en España. Pero lo

han hecho de forma irregular, y su conjunto no ha calado evidentemente en el ámbito y la conciencia del gran público, para quien la historia del socialismo español sigue siendo, en parte, una historia perdida. Conviene presentar, pues, una síntesis que tenga en cuenta éstas y otras nuevas fuentes, revise las antiguas y facilite la comprensión serena de ese importante fenómeno histórico, actual y futuro que es el socialismo español. Al término de cada capítulo detallamos las fuentes citadas o más utilizadas. La relación es más extensa en este primer capítulo, que constituye prácticamente una introducción bibliográfica al libro.

FUENTES Y AMPLIACIÓN

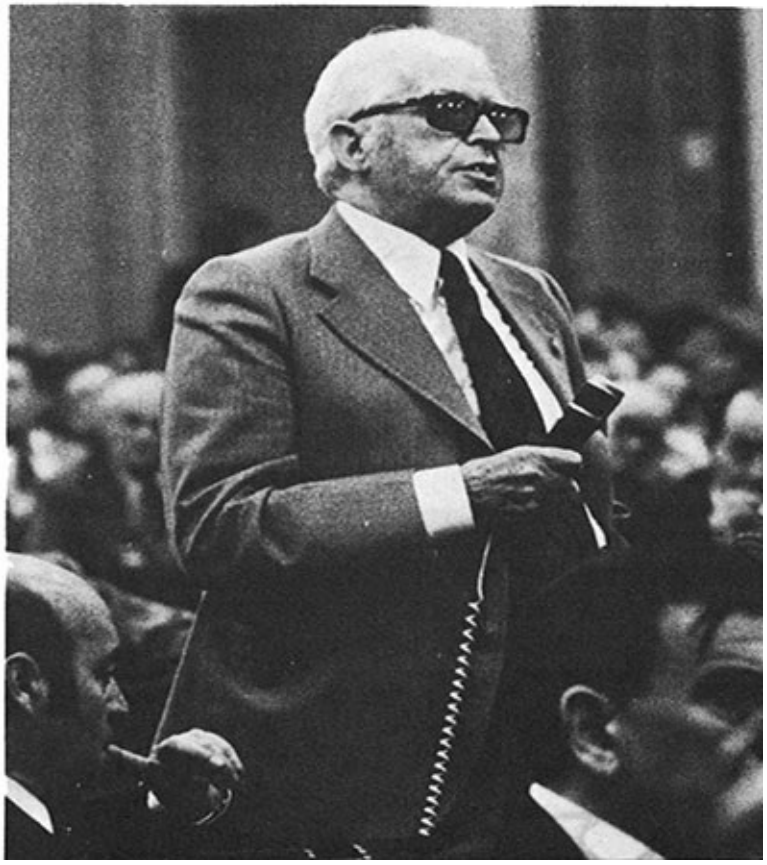
Ricardo de la Cierva, *La historia perdida del socialismo español*, Madrid, Editora Nacional, 1972. Sergio Vilar, *Protagonista de la España democrática. La oposición a la dictadura, 1939-1969*, París, Ediciones Sociales, 1969. Salvador de Madariaga, *España, ensayo de historia contemporánea*, Madrid, Espasa-Calpe, 1978. Manuel Azaña, *Obras completas*, México, Ediciones Oasis, 1966-1968 (4 vols.). Indalecio Prieto, *Convulsiones de España*, México, Ediciones Oasis, 1967-1969 (3 vols.); *De mi vida…*, dos vols., ibíd., 1968-1970; *Palabras al viento*, ibíd., 1969; *Con el Rey o contra el Rey*, ibíd., 1972. Juan-Simeón Vidarte, *Todos fuimos culpables*, dos vols., Barcelona, Grijalbo, 1978. Pablo Iglesias, *Escritos I: Reformismo social y lucha de clases y otros textos; Escritos II: El socialismo en España. Artículos en la prensa socialista y liberal*, 1870-1925, Madrid, Editorial Ayuso, biblioteca de textos socialistas. Miguel de Unamuno, *Escritos socialistas, artículos inéditos*, Madrid, Editorial Ayuso, Biblioteca de Textos Socialistas, 1976. Amaro del Rosal, *Historia de la UGT de España, 1901-1939*, dos vols., Barcelona, Grijalbo, 1977. Juan José Morato, *Pablo Iglesias, educador de muchedumbres*, Barcelona, Ariel, 1968; *El partido socialista obrero*, Madrid, Biblioteca Nueva, s.e. Gabriel Mario de Coca, *Anticaballero*, Madrid, Ediciones del Centro, 1975. Clara E. Lida, *Antecedentes y desarrollo del movimiento obrero español (1835-1888)*, Madrid, Siglo XXI de España editores, 1973. V. M. Arbeloa. *Orígenes del PSOE*, Algorta, Zero, 1972. Jordi Maluquer de Motes, *El socialismo en España, 1833-1868*, Barcelona, Crítica (Grupo editorial Grijalbo), 1977. Manuel Pérez Ledesma (ed.), *Antonio García Quejido y la Nueva Era: pensamiento socialista español a comienzos de siglo*, Madrid, Ediciones del

Centro, 1974. Antonio Padilla, *El movimiento socialista español*, Barcelona, Planeta, 1977. Manuel Tuñón de Lara, *El movimiento obrero en la historia de España*, Madrid, Taurus, 1972. María Teresa Martínez de Sas, *El socialismo y la España oficial. Pablo Iglesias, diputado a Cortes*, Madrid, Túcar Ediciones, 1975. Virgilio Zapatero, *Fernando de los Ríos: los problemas del socialismo democrático*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1974. Luis Gómez Llorente, *Aproximación a la historia del socialismo español (hasta 1921)*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1972. Carlos Forcadell, *Parlamentarismo y bolchevización, el movimiento obrero español 1914-1918*, Barcelona, Crítica (Grupo editorial Grijalbo), 1978. Javier Aisa y V. M. Arbeloa, *Historia de la Unión General de Trabajadores (UGT)*, Madrid. Ediciones Z, 1975. Antonio Padilla, *Pablo Iglesias y el parlamentarismo restauracionista*, Barcelona, Planeta, 1976. Emilio Lamo de Espinosa, *Filosofía y política en Julián Besteiro*, Madrid, 1973. Ignacio Arenillas, *El proceso de Besteiro*, Madrid, Revista de Occidente, 1974. Santos Juliá, *Orígenes del Frente Popular en España (1934-1936)*, Madrid, Siglo XXI de España editores, 1979; *La izquierda del PSOE (1935-1936)*, ibíd., 1977. Marta Bizcarrondo (ed.), *Octubre del 34: Reflexiones sobre una revolución*, Editorial Ayuso, Biblioteca de Textos Socialistas, 1977. J. A. Sánchez y García Saúco, *La revolución de 1934 en Asturias*, Madrid, Editora Nacional, 1974. Manuel Cantarero del Castillo, *Tragedia del socialismo español*, Barcelona, Dopesa, 1975; *Falange y socialismo*, Barcelona, Dopesa, 1973. Antonio Guerra, *Felipe González, socialismo es libertad*, Barcelona, Galba, 1978. Eduardo Chamorro, *Felipe González, un hombre a la espera*, Barcelona, Planeta, 1980. Stanley G. Payne, *La revolución española*, Barcelona, Argos-Vergara, 1979. Gerald H. Meaker, *La izquierda revolucionaria en España 1914-1923*, Barcelona, Ariel, 1978. Burnett Bolloten, *The Spanish revolution*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1979. Edward Malefakis, *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX*, Barcelona, Ariel, 1970.

Además de las obras citadas en el texto conviene añadir en este recuento de fuentes las siguientes: Andrés Saborit, *Asturias y sus hombres*, Toulouse, Imp. Dulaurier, 1974. Juan-Simeón Vidarte, *El bienio negro y la insurrección de Asturias*, Barcelona, Grijalbo, 1978. Marta Bizcarrondo, *Araquistáin y la crisis socialista en la II República, Leviatán (1934-1936)*, Madrid, Siglo XXI de España editores, 1975.

En las notas que cierran cada capítulo se amplía, concreta y comenta este primer elenco de fuentes.

El primer antisocialista esencial que se declaró solemnemente socialista fue Adolfo Hitler.



El señor Amutio figuró, como premio a su constancia socialista, en el Senado Constituyente de 1977-1979.

CAPÍTULO 2
EL SOCIALISMO ESPAÑOL EN SU CONTEXTO MARXISTA E INTERNACIONAL

Don Felipe González Márquez, presidente del Gobierno español cuando se escriben estas líneas en 1983, es uno de los vicepresidentes de la Internacional Socialista. Poco después de que ocupase la cumbre del poder el señor González, la opinión pública española ha asistido, sin concederle demasiada importancia, a un relanzamiento de la CNT, Confederación Nacional del Trabajo, hoy sombra desmedrada de aquel enorme sindicato que hasta 1936 era abrumadoramente mayoritario en la España del siglo XX desde su fundación a fines de la primera década de ese siglo. La CNT sigue combinando sus siglas con las de la AIT, la Asociación Internacional de los Trabajadores, más conocida como la Primera Internacional. Por último los socialistas bolcheviques, más abreviadamente comunistas, triunfantes en Rusia tras la Revolución de 1917, crearon, a impulsos de Lenin poco después, la Internacional Comunista o Tercera Internacional. El socialismo universal y por tanto el español se relaciona de manera profunda, aunque diversa, con esas tres Internacionales. Conviene que lo expliquemos muy brevemente.

La impronta de Carlos Marx

El socialismo, este socialismo que ahora estudiamos en España, es obra y herencia legítima de Carlos Marx, creador, por sí mismo, de la Primera Internacional; y a través de su *alter ego*, Federico Engels, también de la Segunda Internacional, la que vicepreside Felipe González, la más típicamente marxista de las tres.

Carlos Marx inscribe su vida (1818-1883) en pleno siglo XIX; nace diecisiete años después del inicio del siglo, muere diecisiete años antes de su final. Es un decimonónico puro, de simetría perfecta. Nace en la ciudad

católica de Tréveris, en el seno de una familia judía por los cuatro costados cuyo jefe, su padre Heinrich Marx, se había convertido al protestantismo (apenas vivían doscientos protestantes en Tréveris) por razones de conveniencia profesional; la Prusia cada vez más hegemónica en la Alemania dispersa era protestante.

Carlos Marx recibió el bautismo y profesó, sin excesivo entusiasmo, la fe cristiana protestante; entre sus primeros escritos figura un examen de reválida sobre el Evangelio de san Juan en que reconoce a Jesucristo como culminación de la historia. Cuando llega a Berlín, donde cursará estudios de filosofía entre 1836 y 1841, se sumerge en un ambiente dominado por el reciente paso de Hegel, que había enseñado en aquella Universidad entre 1818 y 1831. Marx se adscribe muy pronto al círculo joven de la izquierda hegeliana y centra su construcción crítica en la eliminación de Dios y de la religión, opio del pueblo, como factores alienantes de la auténtica realidad humana.

Desde entonces la vida de Carlos Marx será una combinación de teoría y práctica revolucionaria, con mucha más fortuna, mientras él vivió, en el primer campo; con mucha más eficacia, después de su muerte, en el segundo. Su pensamiento transformador, porque el fin de su doble vida, teórica y revolucionaria, fue transformar el mundo, se apoyaba en varios antecedentes: la filosofía ilustrada y germánica, la doctrina de los grandes economistas ingleses, la tradición y el estímulo del socialismo utópico que alentaba, sobre todo, en Francia. La poderosa inteligencia de Marx, su formidable capacidad para la polémica y la síntesis incorporaban a un conjunto nuevo, original y penetrante esas enseñanzas y esa experiencia. Tomó de la tradición cartesiana el culto por el racionalismo inculcado por su padre, que en el fondo era un seguidor de la Ilustración francesa; asimiló el empirismo y el culto de la nueva ciencia por sus contactos con los pensadores británicos; buceó en Kant para nutrir sus actitudes de idealista totalitario en búsqueda de nuevos absolutos y de humanista arrancado de toda trascendencia para encontrar en el corazón del hombre la fuente autónoma de toda moral; aunque sus grandes maestros para la crítica filosófica fueron dos alemanes, Hegel y Feuerbach. Hegel le proporcionará nuevas profundizaciones en la idea y en la crítica del Absoluto; el instrumento dialéctico de la tesis, la antítesis y la síntesis como motor del pensamiento y superación de la filosofía estática que llegaba por entonces a su máxima degradación seudoescolástica; y la intuición del determinismo histórico. Feuerbach, ídolo y cumbre de la izquierda hegeliana,

le inoculará su actitud política contestataria, su concepción de Dios y la religión como ficciones alienantes.

Los grandes economistas ingleses, acompañamiento teórico de la Revolución industrial, sugestionan a Carlos Marx, que se convierte, por su profunda atención hacia la economía y la sociedad inglesas, en su discípulo y su crítico. La Revolución industrial se había desencadenado en el último tercio del siglo XVIII con la expansión —no es el factor único pero sí el más simbólico— de la máquina de vapor inventada por Watt en 1763. El creador de la nueva ciencia económica, Adam Smith, publicaba en 1776 *La riqueza de las naciones*, catecismo del capitalismo nuevo que se alzaba sobre la tradición mercantilista. La clave de la riqueza es el trabajo; la vida económica es espontánea; y se desarrolla según el principio de plena libertad y a través de la división del trabajo. Marx quiso liberar al hombre del inexorable dominio del capitalismo; pero tomó de los teóricos del capitalismo muchas intuiciones fundamentales, como la determinación del valor del cambio por el trabajo, clave de la doctrina de David Ricardo, el pensador inglés que más influyó sobre el filósofo germánico.

Cuando Marx iniciaba su adolescencia, en plena época de la Restauración después de las convulsiones napoleónicas, y en uno de los preludios revolucionarios que caracterizaron a la primera mitad del siglo XIX, que se vivió a la espera de un nuevo brote convulsivo tras el apocalipsis de 1789, los términos *socialismo* y *comunismo* eran prácticamente sinónimos; más o menos como sucede hoy desde la óptica del bloque soviético y comunista, que gusta designarse a sí mismo como *socialista*. El socialismo anterior a Marx suele designarse con el nombre de *socialismo utópico*, mientras que al socialismo articulado por Marx y su *alter ego*, Engels, se le llama orgullosamente, con exageración típicamente decimonónica, *socialismo científico*. El socialismo utópico hunde sus raíces en la Revolución francesa, y concretamente en el dogma revolucionario de la igualdad. Su primer profeta fue Babeuf, promotor de un socialismo total, y de un comunismo que exaltaba la lucha de clases para imponer la abolición de la propiedad privada y el dominio de los oprimidos. Babeuf fue guillotinado en 1797 por la revolución en Francia, orientada ya decididamente como revolución burguesa; pero su semilla fructificaría en el marxismo; como el idealismo socialista del conde de Saint-Simon, para quien la política era la ciencia de la producción, si bien el Gobierno, confiado a equipos de tecnócratas burgueses, debería apoyarse en una cámara representativa de los trabajadores. La utopía socialista alcanzó su máximo con Fourier, cuyos discípulos se agruparon en comunas

denominadas falansterios, una especie de monasterios socialistas cuya vida precaria se saldó con un fracaso total, pero dejó la semilla de una idea después fecundada por el marxismo: la propiedad colectiva. No fracasó en un principio otro utópico socialista, el británico Owen, campeón del cooperativismo, creador de los sindicatos modernos que andando el tiempo acabarían por rechazar las aproximaciones de Carlos Marx. Por último, desarrolló su actividad de forma paralela a la de Marx el gran utópico del socialismo y el federalismo en Europa, Proudhon, precursor del anarcosindicalismo, cuyos escritos alcanzaron gran influencia entre los demócratas radicales en España; y cuyo lema sobre la propiedad considerada como un robo, así como su propuesta para la abolición del Estado, encontraron acomodo en la síntesis marxista. En fin, la línea comunista radical de Cabet y Blanqui, continuadores del profeta Babeuf, se incorporó también ideológicamente a la experiencia sintética y creadora de Carlos Marx.

Marx y las tres Internacionales

Pero es totalmente falso que Marx fuera simplemente un adaptador de estas corrientes anteriores a su creación. Fue por encima de todo un creador, aunque contase para su gran construcción con sillares ajenos, como los arquitectos árabes y medievales aprovecharon el material de otras civilizaciones. Fue una desgracia que la religión concreta sobre la que se montaron las reflexiones críticas de Marx fuese un protestantismo desvaído y espiritualoide y una Iglesia Católica que entonces vegetaba en el momento cultural más bajo de su historia.

Por otra parte, el capitalismo contra el que Marx quiso enfrentarse era el capitalismo naciente y brutal de la revolución industrial británica; y el sistema político que fue objeto de sus diatribas no era la democracia, sino el constitucionalismo ficticio y vergonzante de la Restauración reaccionaria. Por otra parte, la Ciencia con pretensiones absolutas, que Marx asumió dogmáticamente para sustituir al absoluto perdido de la fe, estaba entonces en su paroxismo de soberbia tras el aparente hundimiento de la fe a manos de la razón, la ciencia; aunque poco después de la muerte de Marx también le llegaría a la ciencia la prueba suprema de humildad a manos de la discontinuidad, la relatividad y la indeterminación. Pero Marx pretende interpretar la historia y la esencia del hombre en función de una ciencia absoluta, cuyos postulados intuitivos y presuntamente inductivos son la primacía de las relaciones de producción en el desarrollo histórico de la

humanidad, dogma supremo del materialismo, la autonomía del hombre realizado a través de su dimensión social, tras ahogar como falsa la conciencia de su dimensión religiosa; y la lucha de clases como motor de la historia en ese marco exclusivo de las relaciones de producción. Todo lo demás —ideologías, creencias, instituciones— no son la esencia de la historia, sino simples coberturas engañosas, es decir superestructuras que encubren el juego real del hombre y la sociedad en camino hacia una situación a la vez real y utópica, la sociedad sin clases, donde el Estado será totalmente innecesario ante la armonía de la sociedad perfecta.

Hemos tratado de encerrar en el párrafo anterior la esencia del marxismo ideal. Pero Carlos Marx no se contentó con enunciarlo: luchó por él. En 1848, vísperas de la gran revolución que conmovió de nuevo a Europa, trazó sugestivamente el marco y los objetivos de su doctrina en el celebérrimo *Manifiesto comunista*. Tras sus estancias en París y Londres, que desde 1850 es su domicilio y teatro de operaciones, se constituye en la clave para organizar esa Asociación Internacional de Trabajadores que surge en 1864 de un manifiesto suyo en la reunión revolucionaria de Saint Martin's Hall: es la Primera Internacional. Pero pronto la Internacional se divide y luego se escinde entre la línea autoritaria de Marx y la línea libertaria del aristócrata ruso Miguel Bakunin, que acabó por imponerse; entonces Marx trata de hundir su propia obra enviando a su directiva hasta Chicago, donde subsistirá como sombra de sí misma, mientras Bakunin se hace con casi todos los efectivos de la Internacional en Europa, y concretamente en España. Algunos grupos nacionales, como el partido marxista alemán y la agrupación de tipógrafos españoles, permanecen fieles a la línea marxista; nacen así los partidos socialdemócratas, de cuño marxista puro (entre ellos el PSOE), que se agruparán en una Segunda Internacional, ya muerto Marx, durante su reunión en la Salle Petrelle de París en el año 1889. La Segunda Internacional no llegó jamás a poseer el vigor interno y la capacidad de organización y comunicación que habían distinguido a la Primera. Fue y es una Internacional de símbolos, que gestó por ejemplo el puño en alto y la fiesta del Primero de Mayo, pero que sucumbió como fuerza internacional organizada al declararse la Gran Guerra de 1914. Aquélla fue su prueba de fuego. Los partidos socialistas o socialdemócratas agrupados en la Segunda Internacional se habían opuesto fervientemente a la guerra entre las naciones, que interpretaban como guerra civil de la burguesía europea; pero al llegar la hora de la verdad los socialistas de Francia y de Alemania se sintieron franceses y alemanes antes que socialistas y se alinearon junto a sus respectivas

burguesías contra el enemigo nacional. Allí se hundió la Segunda Internacional, convertida desde entonces en agrupación de símbolos para el ejercicio del humanismo político y social. Desde entonces los partidos socialistas de Europa son partidos interclasistas con orientación burguesa, con excepción del español, que sufrió en los años treinta un ramalazo marxista; y se arrojó en brazos de la cooperación con los comunistas en vísperas de la guerra civil.

Esta desviación del socialismo europeo, que poco a poco iría abjurando formalmente del marxismo, como hicieron los socialistas alemanes en la segunda posguerra mundial e intentan ahora los socialistas españoles en la transición, provocó el nacimiento de la Tercera Internacional, netamente comunista, después de la revolución bolchevique de 1917 en Rusia, que consistió, según términos internos, en el ahogo de la línea socialdemócrata y menchevique por la línea marxista dura de Vladimir Ilyich Lenin. Pero el bolchevismo no es el marxismo sino sobre todo eso, el leninismo; o el marxismo-leninismo, cultivado desde entonces por los partidos comunistas, hoy totalmente diferenciados de los socialistas.

En este marco de Internacionales revolucionarias se ha desarrollado la historia del socialismo español. Merecía la pena resumirlo.

FUENTES Y AMPLIACIÓN

El *Manifiesto comunista* de Carlos Marx se editó de innumerables formas en España durante la República y la guerra civil. La versión actual más fiable es: K. Marx y F. Engels, *Manifiesto del partido comunista*, en las obras de Marx y Engels dirigidas por Manuel Sacristán, Barcelona, Crítica (Grupo editorial Grijalbo), 1978.

Como obras de fondo para el contexto histórico que abarca este capítulo pueden consultarse tres excelentes manuales de la colección Nueva Clío (Editorial Labor): Jacques Godechot, *Las revoluciones* (Barcelona, 1974); Jean Baptiste Duroselle, *Europa de 1815 a nuestros días* (ibíd., 1974), y Claude Fohlen, *La América anglosajona de 1815 a nuestros días* (ibíd., 1975). Para el contexto de historia económica, ver Maurice Niveau, *Historia de los hechos económicos contemporáneos*, Barcelona, Ariel, 1973.

Recomendamos dos biografías de Carlos Marx: la romántica, Franz Mehring, *Carlos Marx* (escrita ante la impresión que produjo al autor la revolución soviética de 1917), Barcelona, Grijalbo, 1967, y la científica, del

profesor David McLellan, *Karl Marx, su vida y sus ideas*, Crítica (Grupo editorial Grijalbo), Barcelona, 1977.

Dos excelentes estudios para comprender la formación del pensamiento y la actitud revolucionaria de Marx son: Carlos Valverde, *Los orígenes del marxismo*, Madrid, BAC, 1974 (desde una óptica objetiva y no marxista), y Fernando Claudín, *Marx, Engels y la revolución de 1848*, Madrid, Siglo XXI de España, 1976 (desde una óptica marxista). Y un notable estudio extranjero traducido: Sidney Hook, *La génesis del pensamiento filosófico de Marx*, Barcelona, Barral editores, 1974.

El libro clásico para la historia de las Internacionales es Milorad M. Drachkovitch (ed.), *The revolutionary Internationals*, Hoover Institution Public., Stanford and London Univ. Press, 1966. Como historias generales del socialismo recomendamos: J. Droz, *Historia del socialismo*, Barcelona, Edima, 1968; G. Lichtheim, *Breve historia del socialismo*, Madrid, Alianza Editorial, 1979, y Aldo Zanardo (ed.), *Historia del marxismo contemporáneo, I. La socialdemocracia y la II Internacional*, Barcelona, Avance, 1976.

Fuerte, enérgico, de profundos ojos azules e innato magnetismo un tanto aristocrático, Largo Caballero causaba honda impresión entre los obreros socialistas por la integridad de su vida.

El acercamiento entre el general Primo de Rivera y el socialismo español fue un movimiento sincero, emprendido por iniciativa del dictador y secundado por la mayoría de los hombres más responsables del PSOE y de la UGT.

CONTESTANDO AL DIRECTORIO MILITAR

La Unión General y el Partido Socialista defenderán la legislación social

Han sido disueltos en toda España los Ayuntamientos, que funcionarán con la Junta de Asociados

FRANCISCO LARGO CABALLERO

Han sido disueltas las Cortes. Se ha decretado la disolución de los Ayuntamientos en toda España.

No se ha disuelto todavía aquella parte del Senado que ocupan los más viejos caciques de los partidos políticos contra los cuales el Directorio pretende dirigir sus más severas medidas.

Siguen, pues, ostentando la investidura parlamentaria y cobrando sus dietas de 500 pesetas mensuales muchos grandes capitalistas y paniaguados de las tertulias políticas que forman los grupos de senadores llamados vitalicios y por derecho propio.

sábado 25 de octubre de 1924.

El Consejo de Estado

Toma de posesión

Esta mañana se verificó la toma de posesión de los nuevos consejeros de Estado.

Todos ellos fueron de uniforme, excepto nuestro camarada **Largo Caballero**, que vestía de americana.

Prestaron juramento los nuevos consejeros; pero Largo Caballero, alegando sus creencias, dijo que él no podía prestar juramento de fidelidad al rey, y que únicamente prometía promesa de respeto a las leyes.

Asistieron al acto todos los vocales del Directorio que se encuentran en Madrid, excepto el marqués de Magaz, que sigue enfermo.

La actitud de los socialistas ante la dictadura no fue monolítica. Mientras un sector mayoritario se inclinó por una postura expectante y de transacción, otro sector, con Prieto y De los Ríos en cabeza, se opuso en todo momento a esta actitud en abierta oposición al nuevo régimen.

El acceso de Largo Caballero al Consejo de Estado, decidido aisladamente por los órganos directivos, provocó durante varios años una extensa polémica en las organizaciones obreras.

CAPÍTULO 3
LA REBELIÓN DE LOS TIPÓGRAFOS

Los peligros de la historia folklórica

Algunos historiadores extranjeros han divulgado la especie de que los movimientos obreros españoles son un artículo de importación, surgidos en España por la intervención directa de dos visitantes internacionalistas: Fanelli y Lafargue.

La realidad es bien diferente. El denso clima de injusticia social por el que se arrastraba la España de mediados del siglo XIX produjo inevitablemente la floración espontánea y autóctona de los movimientos obreros españoles. Por lo menos treinta sociedades mutualistas constituían a mediados de siglo algo intermedio entre *cofradías de socorro*, como se las designaba legalmente, y verdaderas *sociedades de resistencia*, como alguna de ellas se designaba entonces a sí misma, con terminología notablemente anticipada. Varias contaban incluso con curiosos himnos, típicamente decimonónicos, como aquél cuyo estribillo rezaba:

Al mezquino fabricante
pongamos debido freno.

El movimiento laboral español de esa época triste, ensangrentada de guerras civiles declaradas y encubiertas —tal vez éstas arrojaban peores efectos sobre un país en trance agónico—, marchaba desde las zonas de hambre y desempleo crónico —las zonas latifundistas de Andalucía y Extremadura— hasta el débil, y, sin embargo, suficiente atractivo de los nuevos centros industriales, y, por encima de todos, el catalán. Esos dolientes trenes levantinos trasladaban diariamente las expediciones de campesinos sin tierra y sin cultura a los barrios obreros de Cataluña, donde a la vez que una vida simplemente posible iban a recibir una instrucción somera y la influencia

de unas doctrinas que no eran nuevas para ellos; porque por los campos injustos del Sur circulaban ya desde mediados del siglo XIX unos extraños misioneros ideológicos, totalmente olvidados por la historia folklórica, y sin los que no puede comprenderse la protesta obrera española durante el siglo siguiente.

Eran estos hombres —típicos productos de la entraña española— apóstoles de un ideal confuso, negativista, cerrado, pero con profundas raíces en la injusticia y en algo aún más palpable que la injusticia: el hambre de los hombres y de las tierras. No predicaban un credo político, sino una protesta social; no operaban en grupos, sino, al menos durante los primeros tiempos, de forma individual y aislada. Algunos de ellos eran verdaderos *santos laicos* y desgraciadamente prescindían en su nuevo evangelio del Evangelio de la Iglesia, a la que los confusos vaivenes del siglo XIX habían arrastrado, como veremos en otros capítulos, a una militancia política y una alineación social alejada de su misión entre los pobres.

Quizá el más importante de estos hombres singulares, sobre los que al fin empieza a centrarse la luz histórica a través de interesados silencios y hasta de campañas calumniosas oficiales, sea el gaditano Fermín Salvochea, que repartió entre los pobres su fortuna, murió en una cama prestada y fue venerado como un santo por las legiones hambrientas de Andalucía. Salvochea es un ejemplo básico para nuestro estudio por dos razones importantes. Lejos de esperar las visitas de la propaganda internacionalista salió de España para conocer personalmente a los nuevos hombres y las nuevas ideas de Europa; habló con Carlos Marx en Londres y le reprochó duramente la inconsecuencia de la vida burguesa de los internacionalistas europeos con la miseria de las masas a que decían querer redimir, y a falta de otros canales para su inquietud social naufragó en el falso democratismo y la lamentable anarquía de aquellas taifas del siglo XIX, que se llamaron Cantones y República Federal. Es esencial que notemos ahora esta degeneración verbalista e inoperante con que la izquierda mal llamada *progresista* esterilizó el noble movimiento de protesta social de varios líderes españoles desconocidos hoy, pero que intentaron dotar a nuestros movimientos obreros de una raíz española y de un camino español. Por esa degeneración los movimientos obreros nacieron en cierto sentido, aunque no por principio, *republicanos* y tal vez retrasaron su aparición hasta que la esperanza engañosa de la Revolución de 1868 se hundió primero en el fracaso y después en el desastre. El pecado original del primer republicanismo español fue pretender curar con discursos, y sólo con discursos, la gangrena de las instituciones y, lo

que es más grave, el hambre, la incultura y la soledad de los pobres de España, que eran al empezar el último tercio del siglo XIX tal vez la tercera parte de los españoles, por lo menos. Ese lastre de verbalismo y de ineficacia se iba a integrar, por desgracia para España, en la tradición republicana del siglo XX; la segunda República no fue en este aspecto más que la edición aumentada, pero sin corregir, de la primera. Las dos fueron revoluciones políticas, no sociales.

Encuentro y destino de dos tipógrafos

Nacen, pues, los movimientos obreros españoles en la estela desilusionada de la Revolución de Septiembre, cuando los militantes más destacados —los futuros líderes— se ven forzados a buscar la inspiración exterior una vez comprobado el fracaso estrepitoso y verbalista de los pretendidos *demócratas* españoles. Uno de estos primeros militantes era el tipógrafo toledano Anselmo Lorenzo, que asiste a la Conferencia de Londres en 1871, y a pesar de sentirse impresionado por la personalidad de Carlos Marx se enfrenta también, con hispánica dureza y realismo, contra las que estima teorizaciones excesivas del *terrible doctor*, del que se separará bien pronto, en cuanto Bakunin alce la bandera de la disidencia anarquista. Y cuando el emisario de Bakunin, Giuseppe Fanelli, trate de unificar e impulsar a los dispersos núcleos de la Internacional que alentaban ya en España desde el invierno de 1868, cuatro tipógrafos van a ser el grupo más activo de su reducido auditorio madrileño; Anselmo Lorenzo está también entre ellos.

En medio de la naciente clase obrera española —no debe olvidarse el enorme retraso con que el país accedió a la industrialización— eran los tipógrafos una especie de aristocracia, que gustaban denominar a su oficio *el noble arte de imprimir*. Su influencia social, más diluida en Cataluña, era preponderante en Madrid, donde la única industria propiamente tal era la gráfica, reina en un mundo de pequeños talleres artesanos inmersos aún en la rutina gremial. Abundaban entre los tipógrafos —empleados en talleres de Prensa y en imprentas de toda clase— estupendas muestras de autodidactismo, grandes conocedores de la literatura clásica, y hasta improvisados gramáticos que no dejaban pasar una coma a los autores de la época, muchas veces menos versados que ellos en las reglas ortográficas y en la un tanto encorsetada sintaxis del último tercio de siglo, sin redimir aún por la revolución literaria de 1898.

No tiene nada de extraño que en este mundo tipográfico —trabajo duro y a la vez aristocracia intelectual del proletariado español— surgiesen los líderes del movimiento obrero en su segunda fase de adaptación internacionalista.

Como los apóstoles rurales de la primera fase, también estos nuevos líderes fueron hombres íntegros, profundos, austeros, consagrados en cuerpo y alma a la redención de su clase, enemigos personales y profesionales de la Iglesia y de la *burguesía*, instituciones sobre las que no disponían sino de una imagen negativa y distorsionada, pero modelada en medio de sufrimientos e injusticias personales de forma indiscutible e indeleble. Al comenzar los dramáticos años setenta del siglo pasado, junto a la figura universalmente respetada del tipógrafo castellano Anselmo Lorenzo va a destacar un joven amigo suyo, compañero de oficio y colega en los Congresos regionales de la Internacional —entonces no había más que una, la Primera—: Pablo Iglesias.

La aparición de Pablo Iglesias

El éxito inicial de los movimientos obreros en España debe atribuirse, ante todo, a la autenticidad humana y social de sus hombres. Sobre Pablo Iglesias corrieron leyendas de boato e hipocresía; sin excepción esas leyendas eran falsas. La misma calificación de *santo laico* atribuida a Salvochea y a Lorenzo pudo aplicarse con entera justicia al joven y austero tipógrafo gallego, a quien su madre llamaba cariñosamente Paulino. De la lejana Galicia y con la ayuda de un compasivo arriero trajo aquella dura y honda mujer española a sus hijos huérfanos hasta Madrid; desde entonces la biografía de Pablo Iglesias es una película que críticos superficiales denominarían demagógica y neorrealista si no hubiera sido espantosamente real. Incapaz de mantener a sus hijos con su trabajo a domicilio tuvo que ingresarlos en el hospicio, donde pronto murió el más pequeño. Pablo aprendió el duro oficio de tipógrafo en el durísimo ambiente del hospicio madrileño; allí leyó cuanto pudo y hasta que, creyéndose dueño de su profesión, salió a llevar unas pruebas de imprenta y no regresó más.

En los ratos que le van dejando libres sus jornadas de doce y catorce horas de las sórdidas imprentas madrileñas, el joven ferrolano lee sin descanso, y pasa de su primera afición —el teatro de verso, que dejará inconfundibles huellas en su estilo— a las obras sociales y políticas. Es uno de los primeros obreros españoles en pedir el ingreso en la Internacional justo al cumplir sus veinte años; y cuando a finales de 1871 llega a Madrid —exiliado y

proselitista— el marido de Laura Marx, Lafargue, Iglesias es uno de sus mejores discípulos, y funda, bajo su inspiración y junto con el que pronto se denominó *grupo de los Nueve*, el Partido Socialista Obrero Español en una fonda de la calle de Tetuán, el 2 de mayo de 1879.

En esos ocho años en que Iglesias había pertenecido ardorosamente a la Primera Internacional ocurrieron muchas cosas destinadas a ejercer grave influencia en la historia de España. La polémica entre *autoritarios* (seguidores de Marx) y *aliancistas* (seguidores de Bakunin) había escindido a la Primera Internacional, dominada en Europa por los grupos anarquistas; la mayoría de los miembros españoles de la Internacional habían seguido a Bakunin, entre ellos el patriarca Anselmo Lorenzo, trasladado a Barcelona por motivos profesionales, y a cuya sombra iba a crearse el anarquismo organizado barcelonés, semilla de la futura CNT y de la sombría FAI. Con ello, el recién nacido Partido Socialista Obrero fue prácticamente expulsado de Barcelona y de Cataluña, donde jamás conseguiría arraigar ni en el siglo XIX ni en el XX hasta los pródromos de la transición en los años setenta desde que Iglesias, a punto de ser apaleado en uno de sus viajes, sacudió sobre Cataluña el polvo de sus sandalias. Cobraba, en cambio, creciente importancia el débil socialismo madrileño, después que Iglesias, a fuerza de competencia profesional y prestigio entre sus compañeros, fue elegido presidente de la Asociación del Arte de Imprimir (1874), auténtica ciudadela del socialismo madrileño. Consumada la escisión anarquista, el PSOE es uno de los partidos que se adhieren a la un tanto fantasmal Segunda Internacional, cuya fundación recordábamos en el capítulo anterior; los lazos internacionales auténticos de la nueva entidad profundizaban bien poco debajo del puro símbolo y por eso la historia del socialismo español no puede entenderse y escribirse más que en y desde España, como se pone de manifiesto ante los sucesivos fracasos de tantos intentos extranjeros. En las historias generales del socialismo se menosprecia y se margina al socialismo español, que nació autoritario y marxista, como demuestra su adscripción a la Segunda Internacional, netamente marxista en su origen.

El primer programa

En julio de 1872, Pablo Iglesias y sus compañeros *autoritarios*, es decir, marxistas, eran expulsados de la Primera Internacional, dominada en España por los libertarios anarquistas. Al iniciarse el mes de mayo de 1879, en

vísperas de la fundación del PSOE, el grupo socialista había aumentado hasta cuarenta, de los que veinte eran tipógrafos; y seis, como dice el primer historiador del PSOE, Juan José Morato, «lo que llamamos intelectuales, a saber: un literato, un doctor en ciencias y cuatro médicos o estudiantes de medicina. De los intelectuales sólo el doctor Jaime Vera hizo honor a su firmeza de convicciones; los demás fueron como aves de paso».

El modesto banquete fundacional, celebrado como decíamos el 2 de mayo de 1879, terminó con el nombramiento de una comisión para redactar el programa y articular una primera organización. El programa se aprobó en la asamblea celebrada por el grupo de Madrid —que desde entonces se convierte en motor y árbitro de todo el PSOE— y es absolutamente marxista. Contó, además, con la expresa aprobación personal de Carlos Marx: «Considerando —dice en sus primeros párrafos— que la sociedad actual tiene tan sólo por fundamento el antagonismo de clases;

»que éste ha alcanzado en nuestros días su mayor grado de desarrollo, como bien claro lo revela el cada vez más reducido número de los inmensamente ricos y el siempre creciente de los inmensamente pobres;

»que la explotación que ejercen aquéllos sobre éstos es debida únicamente a la posesión de los primeros de la tierra, máquinas y demás instrumentos de trabajo;

»que dicha posesión está garantizada por el poder político, hoy en manos de la clase explotadora, es decir de la clase media.

»Por otra parte:

»Considerando que la necesidad, la razón y la justicia exigen que el antagonismo entre una y otra clase desaparezca, reformando o destruyendo un estado social que tiene sumidos en la más espantosa miseria a los que emplean toda su vida en producir la riqueza que poseen los que en muy poco o nada son útiles a la sociedad;

»que esto no se puede conseguir más que de un solo modo: aboliendo las clases y con ellas los privilegios y las injusticias que actualmente reinan y creando en su lugar colectividades obreras unidas entre sí por la reciprocidad y el interés común;

»que las transformaciones de la propiedad individual en propiedad social, o de la sociedad entera, es la base firme y segura en que ha de descansar la emancipación de los trabajadores;

»que la poderosa palanca con que éstos han de mover y destruir los obstáculos que a dicha transformación de la propiedad se opongan ha de ser el

poder político, del cual se vale la clase media para impedir la reivindicación de nuestros derechos.

»Por todas estas razones, el Partido Socialista Obrero Español declara que su aspiración es:

»Abolición de clases, o sea emancipación completa de los trabajadores. Transformación de la propiedad individual en propiedad social o de la sociedad entera. Posesión del poder político por la clase trabajadora».

Este programa, redactado como una sentencia judicial, es, además de marxista, alejado de la realidad española; afirmar en 1879 que el poder político está en manos de la clase media no es un análisis social relevante sino una mala traducción francesa. Y es que el PSOE, durante toda la época en que lo rigió Pablo Iglesias, no vivió de su propia ideología sino de la imitación del socialismo francés, y en concreto de Guesde, cuyas directrices llegaban a Madrid a través de la información permanente de José Mesa, representante socialista español en Francia. El primer programa se mantuvo en lo esencial durante toda la primera fase de la historia del PSOE, incluso con las mismas expresiones; y no se ha repudiado nunca.

La vida del PSOE transcurría precariamente durante el mandato gubernamental de Cánovas, que ocupaba el poder en la Restauración desde la instauración del régimen a principios de 1875 hasta que cedió el gobierno a Sagasta en 1881. Permitió el jefe liberal-fusionista una mayor apertura asociativa, y el PSOE vivió desde entonces en la legalidad.

Intelectuales y obreros: la primera crisis

Entre la fundación del PSOE —que como tantas cosas importantes surge en medio de una tertulia madrileña, a trasmano de la Puerta del Sol— y la cimentación simbólica de la Segunda Internacional corre todo un decenio en que el aún incierto grupo socialista español libra sus primeros combates y conoce la enfermedad que será su vida y su tragedia: la crisis interior de objetivos, medios y personalidades. En 1882, Pablo Iglesias capitanea su primera huelga general desde la presidencia del Arte de Imprimir: es un éxito decisivo, aunque el fundador del PSOE pasa, como consecuencia, una temporada en la cárcel. Antes de la huelga se contaban seis asociaciones de tipógrafos en España; después de la huelga son veinte. Antes de la huelga solamente alentaba en Madrid una asociación obrera: la de tipógrafos, precisamente. Después de la huelga aparecen las de albañiles, canteros, carpinteros, cordoneros, herradores, obreros en hierro, ornamentadores,

pintores, sastres y zapateros, casi todas efímeras, pero casi todas con su semilla arrojada en los surcos recién abiertos del socialismo español.

Y junto a la primera victoria, la primera crisis. Una crisis que va a quedar sin solución abierta como una herida perenne en el costado del socialismo: el enfrentamiento de los intelectuales y de los obreros. Muchos años más tarde, el profesor Jiménez de Asúa pretende que se ha conseguido al fin la síntesis de las dos posiciones antitéticas:

«Jamás se vieron rechazados los intelectuales, pero ingresaban en las filas socialistas como obreros. Por eso, el Partido Socialista Español se tituló Obrero, y con esa característica deberá perdurar. No importa que hoy los obreros no sean —en los países altamente industrializados— unos *alienados* de los bienes del mundo, y que los que ejecutan labores especializadas cobren altos salarios, y menos importa que profesionales y profesores acudan a sus filas. El partido será y seguirá siendo de obreros, y los que no se consideren obreros intelectuales, como designó Pablo Iglesias a Pradal, harían bien en no acercarse a nuestros centros y a nuestras filas, aunque crean que debe existir una justicia social, ya que no ha de confundirse una aspiración que se trata de realizar para otros (*alienados*) con una vocación y realidad de sentirse obrero, productor que trata de conseguir que la alienación cese y las clases se borren[3]».

Nos parece que la rosada síntesis del profesor Jiménez de Asúa es un excelente deseo que aún no ha logrado el PSOE (por cierto que el profesor socialista muestra el habitual desconocimiento de sus correligionarios españoles respecto a la terminología marxista, como acredita la primera y extraña acepción de su *alienación*), pero todos los testimonios coinciden en que la tensión entre intelectuales y obreros no se solucionó jamás en la historia real de nuestro socialismo con la bonita frase que designó a los profesionales y universitarios del PSOE como *obreros de la inteligencia*. La primera prueba está en la primera gran crisis del socialismo, con motivo de la aparición del semanario del partido. Pablo Iglesias, hombre tan honesto como poco flexible, estaba tan identificado —a través de su mentor parisiense y antiguo tipógrafo José Mesa— con las modas y la superficie del socialismo francés que siguió a la letra las consignas de París y declaró la guerra, sorprendente e injustamente, a los republicanos españoles que buscaban con sinceridad la alianza del PSOE. Era el año 1886 y esta dura actitud provocó la separación temporal del médico Jaime Vera, el primer intelectual que ingresara en el partido, y, como demuestra su brillante informe de 1883 ante la Comisión de Reformas Sociales, uno de los poquísimos socialistas

españoles capaces de enraizar al PSOE en la entraña tradicional y autóctona del movimiento obrero naciente. La base cuarta para orientar la línea de *El Socialista* proponía «combatir a todos los partidos burgueses y especialmente las doctrinas de los avanzados, si bien haciendo constar que entre las formas de gobierno republicana y monárquica *El Socialista* prefiere siempre la primera». El aniquilamiento del núcleo internacionalista de Barcelona —del que formaban parte numerosos intelectuales, y que murió antes de poderse convertir en socialista— consumó esta primera crisis y dejó todo el porvenir del socialismo español en las manos, honestas, duras, rígidas, de los tipógrafos radicados en Madrid y del que ya se perfilaba como jefe indiscutible de todos ellos. Mientras tanto, las consecuencias de una nueva pequeña y desconocida huelga de artes gráficas estaban sembrando, como veremos inmediatamente, la doctrina y la organización socialista por unas regiones de España curiosamente predeterminadas mediante el esquema radial de los ferrocarriles decimonónicos.

Fuentes y ampliación

El nacimiento del PSOE junto con las actas y programa fundacional puede estudiarse en Víctor Manuel Arbeloa, *Orígenes del Partido Socialista Obrero Español, 1873-1880*, Algorta, Ediciones Zero, 1972. También en Juan J. Morato, *El partido socialista obrero*, Madrid, Biblioteca Nueva, s.e. (reeditado en Madrid, Ayuso, 1976). Para el marco histórico, ver M. Artola, *Partidos y programas políticos*, dos vols., Madrid, Aguilar, 1974. Los antecedentes del movimiento obrero se estudian en los libros de Clara E. Lida y J. Maluquer citados entre las fuentes del capítulo 1. Recogieron testimonios directos para la protohistoria del movimiento obrero Anselmo Lorenzo —un protagonista— en *El proletariado militante*, Madrid, Alianza Editorial, 1974, y Juan Díaz del Moral, *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*, Madrid, Alianza Universidad, 1973.

Ver los sucesivos programas del PSOE en Pilar Cambra, *Socialismo no es libertad*, Madrid, Dossat, 1979.

Para Maurín, en 1930, el PSOE salvó la situación elevando a la categoría de dogma el mito de la revolución posible e incruenta.

El coro de lunáticos en que había degenerado el Partido Comunista de España proclamaba la urgencia de un «Gobierno Obrero y Campesino» tan enemigo de la República como de la Monarquía. (En la foto, José Bullejos, secretario general del PCE.)

CAPÍTULO 4
EL CATOLICISMO ESPAÑOL SIN PULSO SOCIAL

Marxismo de segunda mano

Eliminada, pues, del socialismo, la primera promoción de sus intelectuales, el futuro del PSOE va a depender exclusivamente de dos personas: el presidente de la Asociación del Arte de Imprimir, Pablo Iglesias, en Madrid, y el inspirador ideológico del partido, José Mesa, que transmitía desde París las consignas y hasta los manifiestos de un grupo, a la vez rígido y moderado, que a su vez tenía en sus manos el futuro del socialismo en Francia: Guesde y Deville eran sus dos ideólogos y tácticos principales, y Guesde fue siempre íntimo amigo de José Mesa. Es decir, que Carlos Marx —que tanto interés sintió siempre por las cosas de España, aunque no pudo dedicar a España el tiempo que hubiese deseado— llegaba a los creadores del socialismo español en obras de segunda mano, a través de intérpretes de su pensamiento tan discutibles para un marxista auténtico como los dos superficiales y artificiosos comentaristas franceses. Lo más grave es que Mesa era un buen transmisor, pero carecía en absoluto de originalidad creadora: y la trabajosa formación cultural de Pablo Iglesias no le permitía discernir entre lo transitorio de las interpretaciones guesdistas y los fecundos entronques que el movimiento obrero podría obtener en el seno de la tradición popular española. La situación se agravaba si tenemos en cuenta que la eliminación de los primeros intelectuales del PSOE no se producía por una discrepancia ocasional y táctica, sino tras unos roces y unas desconfianzas entre los *obreros del pensamiento* y los obreros manuales, que no desaparecerían nunca del panorama histórico socialista en España. Socialistas históricos de la talla y de la representatividad de un Teodomiro Menéndez recordaban mucho después con viveza esta desconfianza con que los obreros socialistas miraban desde el comienzo a unos intelectuales que tal vez venían al partido para apoderarse de sus posibilidades políticas…, como había sucedido en el caso

del ala izquierda del movimiento progresista desde mediados del siglo XIX. Tal vez temían los primitivos socialistas españoles una maniobra que en su momento realizaron los férreos intelectuales que en 1917 se apoderaron del movimiento socialista soviético: controlar en definitiva ese movimiento desde posiciones tácticas más favorables y aherrojarlo definitivamente mediante invocaciones a un obrerismo de falsa y exclusivista fachada.

No podían sospechar —y no lo sospecharon nunca— que por lo general los intelectuales que llamaban a las puertas del PSOE lo hacían con pleno desinterés y con el deseo sincero de comunicar su preparación y su audiencia a lo que entonces se llamaba *emancipación de la clase obrera*. Pero ni siquiera la siguiente generación de intelectuales que acabó insertándose definitivamente en el socialismo consiguió apuntalar al partido con un auténtico marxismo español. Aclaremos desde el primer momento esta tesis esencial: el socialismo español sólo cultivó un marxismo vergonzante. Sus principales líderes o no leyeron nunca a Marx, o se acercaron a Marx a través de adaptaciones semicatequísticas de dudosa raigambre; en ningún caso se esforzaron por comprender a Marx y en algunos casos nada raros, entre los que el más conocido es el de Indalecio Prieto, se rieron literalmente de las barbas augustas desde las que se fulminó sobre el mundo el *Manifiesto Comunista*. Este hecho singular, nunca destacado que sepamos hasta el día de hoy, se convierte en insólito si recordamos el selecto y hasta nutrido grupo de intelectuales de la segunda generación socialista.

Jamás intentó don Julián Besteiro trazar para las masas del PSOE —del que en momento crucial fue presidente— una aproximación popular a Carlos Marx del estilo de la que su colega de Universidad, don Manuel García Morente, lograría respecto a un pensador todavía más difícil como era Kant. Incluso si tenemos en cuenta a la tercera generación intelectual del socialismo hispano, la generación de la posguerra civil, debemos constatar con asombro que, hasta los pródromos de la transición, no puede citarse en España un solo expositor importante de Marx, y no digamos un pensador marxista de categoría internacional o nacional. Por supuesto que la historia española contemporánea no cuenta con excesivas cumbres de intelectualidad política y hasta hace poco tiempo, cuando los estudiosos españoles deseaban asomarse seriamente al pensamiento marxista, se veían obligados a consultar traducciones sospechosamente elegidas y realizadas. Desde luego que entre los más insuficientes conocedores españoles del pensamiento marxista se encontraban los comunistas autóctonos, pero eso sería ya otra accidentada historia.

Aproximación y rechazo de los intelectuales y el socialismo

Sobre el epistolario inédito de don Miguel de Unamuno, la profesora Dolores Gómez Molleda ha abordado magistralmente, hace poco tiempo, el problema del socialismo y los intelectuales. Fija, en primer término, la rígida posición ideológica de Pablo Iglesias que, mientras vive, impondrá su concepción obrerista y elemental, incompatible con la aportación interna de los intelectuales al partido obrero. «En estos primeros momentos —dice la autora citada— primará… la intransigencia ideológica, que hará permanecer al movimiento socialista en un encallamiento teórico, impenetrable a la crítica y reducido a simplificaciones verdaderamente subculturales». Y aporta la cita de un relevante intelectual socialista, Luis Araquistáin, en 1952: «Creo que los españoles no hemos aportado nada original al tema del socialismo moderno. Hay algunos buenos folletos de divulgación de Pablo Iglesias, el doctor Vera y otros; un discurso académico de Julián Besteiro… un amable libro de Fernando de los Ríos, *El sentido humanista del socialismo* (1926)… Algunos amigos y yo *marxistizamos* un poco en la revista *Leviatán* durante dos o tres años de la República, pero sin entrar muy a fondo en el tema y más bien con propósito de vulgarización. En suma, repito, de verdaderamente original, nada».

Unamuno perteneció al PSOE, mediante su adscripción a la Agrupación Socialista de Bilbao, entre 1895 y 1897. Algo leyó de Marx pero no extensamente ni a fondo; su socialismo no era marxista, sino unamuniano. La profesora Gómez Molleda distingue, con acierto, cuatro períodos —hasta la Dictadura— de la relación entre el socialismo y los intelectuales. Durante el primero, entre la fundación del PSOE y el año 1890, el movimiento obrero «se caracteriza por el entusiasmo en la búsqueda de notabilidades de las letras». En los diversos partidos socialistas de Europa la presencia y la actuación de pensadores y profesionales relevantes se hacía notar con efectos muy positivos. En España no cuajó la aproximación. En un primer momento el PSOE creyó que Unamuno iba a ser el gran pensador teórico y el gran comunicador cultural que necesitaba desesperadamente. Pero Unamuno, precisamente por su odio a la rigidez marxista que imperaba en el PSOE, no encajó. Hombre de profundo sentimiento religioso, no podía aceptar lo que el historiador del socialismo, Morato, le escribía en 1895: «La Revelación pugna con la esencia misma del socialismo». Ni la conocida tesis del fundador Iglesias sobre la necesidad de dar la batalla a la Iglesia por su condición de

aliada natural de la burguesía y el capitalismo. Unamuno cree en un socialismo reformista y evolutivo, sin lucha violenta y revolucionaria de clases. A poco de ingresar en el PSOE escribe a su amigo Mújica: «Soy socialista convencido, pero, amigo, los que aquí figuran como tales son intratables: fanáticos necios de Marx, ignorantes, ordenancistas, intolerables, llenos de prejuicios de origen burgués, ciegos a las virtudes y servicios de la clase media, desconocedores del proceso evolutivo. En fin, que de todo tienen menos sentido social. A mí empiezan a llamarme místico, idealista y qué sé yo cuántas cosas más. Me incomodé cuando les oí la enorme barbaridad de que para ser socialista hay que abrazar el materialismo. Tienen el alma seca, muy seca, es el suyo un socialismo de exclusión, de envidia y de guerra, y no de inclusión, de amor y de paz. ¡Pobre ideal! ¡En qué manos anda el pandero!». No tiene nada de extraño la salida de Unamuno; lo que se entiende menos es su entrada en aquel PSOE.

Durante la etapa siguiente, 1898-1909, para decirlo con las palabras de la profesora Gómez Molleda, «la postura autónoma que los intelectuales pretenden mantener les resulta inaceptable dado el rígido esquematismo dialéctico del marxismo español, que reduce el antagonismo social a dos únicas clases, burguesía y proletariado, y exige que los intelectuales formen claramente parte de una o de otra». Es, por tanto, una etapa de ruptura. Los intelectuales favorecen el revisionismo; Iglesias se encastilla en la versión guesdista del marxismo. Entre 1909 y 1915 discurre la tercera etapa, calificada por Gómez Molleda como «una nueva tentativa de *enganche* intelectual». Si el intento anterior se había concentrado en torno a *La Nueva Era*, este segundo impulso aperturista se aglutina en la *Escuela Nueva*, fundada por Núñez de Arenas en un año especialmente cuajado de acontecimientos para el movimiento obrero, 1910. Nombres importantes o promesas de la izquierda cultural se aproximan y se afilian al PSOE en este período, mientras otros se adscriben al reformismo predicado por Melquíades Álvarez. Es una época de gran inquietud intelectual, donde el oficio de intelectual se define ya como profesionalidad de la cultura con dimensión política y reflejo en los medios de comunicación. Entre los nuevos socialistas Gómez Molleda cita a Ciges Aparicio, Andrés Ovejero, Luis Araquistáin, Rafael Urbano, Óscar Pérez Solís, Julián Besteiro, Eduardo Torralba, Manuel Pedroso, Julio Álvarez del Vayo y Fernando de los Ríos, si bien éste no formaliza su ingreso hasta 1919.

No alude la profesora Gómez Molleda a la aproximación —muy intensa — de Ortega y Gasset al PSOE; aproximación que degeneró en coqueteo y

luego en abierto repudio.

Este grupo pretenderá ampliar las estrecheces socialistas y convertir al PSOE en un reformismo o laborismo según el modelo británico. Pero aunque varias intelectuales permanecerán en el partido, se impondrá el obrerismo cerrado de Iglesias. Y ya durante la cuarta etapa, 1915-1924, los intelectuales como estamento se desviarán definitivamente del PSOE. Aunque cobran cada vez mayor importancia nuevos líderes socialistas de la segunda generación: Araquistáin, ya citado, como de los Ríos y Besteiro; además de otros de signo populista y socialdemócrata, como Indalecio Prieto y Andrés Saborit. Estas figuras enriquecen individualmente al PSOE pero como militantes más que como intelectuales; el rigor doctrinal y el obrerismo de corte sectario se mantendrán en hegemonía cada vez más plena. Y con tan corto bagaje cultural llegará el PSOE a las pruebas supremas de la Dictadura y la República.

Sin embargo, durante la resurrección del socialismo al final del régimen de Franco, cuando se configuraba poco a poco, tras los graves sucesos de 1956, como fuerza clave para una transición cada vez más inevitable y próxima, el socialismo consigue dos objetivos hasta entonces inviables: la incorporación de importantes núcleos intelectuales en cuanto intelectuales; y una aportación interesante y considerable del pensamiento español al conocimiento del marxismo y a la doctrina marxista. En su momento lo comentaremos.

La segunda oleada de misioneros del trabajo

La alternancia política entre conservadores y liberales, el *turno pacífico* entre los dos grandes partidos-ficción nacidos de la magia de Cánovas, es importante para explicar las vicisitudes iniciales del PSOE, que, como sabemos por las fechas ya indicadas, nació en pleno arranque de la Restauración. Los Gobiernos de signo conservador no fueron capaces de descifrar en términos modernos los tremendos aldabonazos de la nueva clase que reclamaba un puesto en la política española y se limitaron a interpretar sus movimientos gestatorios bajo el estrecho prisma del orden público y de la subversión permanente. Los Gobiernos liberales no fueron mucho más allá en profundidad interpretativa, pero, en cambio, procuraban cargar un poco más de realidad los ya tradicionales pucherazos con los votos, reducidos pero compactos, que podrían proporcionarles los *autoritarios*. El caso es que, poco a poco, los militantes socialistas más distinguidos de Madrid se fueron

concentrando en una gran empresa comprensiva y casi amiga, la imprenta Rivadeneyra, y contra lo que se ha afirmado, no fue una lista negra del Gobierno, sino un segundo intento de huelga, nacida precisamente en esa casa, el hecho que desencadenó la segunda oleada de misioneros del proletariado —y la primera del socialismo— en el año 1885. Con pocas posibilidades de encontrar trabajo en Madrid, los tipógrafos socialistas madrileños se dispersan por España: García Quejido visita Valencia; Facundo Perezagua, Bilbao, y otros menos célebres recalan en Córdoba, Santander, Jaén… En esta improvisación profesional y viajera van naciendo las agrupaciones socialistas españolas, muy vinculadas todas con la Ejecutiva Central del partido, cuya sede seguirá siendo siempre Madrid.

Estos propagandistas del socialismo organizado no hubieran conseguido el inmediato éxito de sus esfuerzos sin el trabajo previo, casi siempre oculto, de una generación de misioneros intermedia entre las dos grandes oleadas del anarquismo y del socialismo. Uno de estos hombres misteriosos y eficaces fue, sin duda, Eduardo Varela, buhonero y vendedor de libros baratos en Vizcaya y en Asturias, a quien debe considerarse como el precursor del socialismo en el norte de España. En sus viajes interminables por los poblados mineros y las barriadas industriales, Varela llegó a quedarse ciego, pero renunció a abandonar su misión, una misión que nadie le había encargado; en una de sus reuniones populares llegó a perder la razón, y poco después murió loco, repitiendo sus enseñanzas y sus argumentos. Si los socialistas de Madrid hubieran llegado a tiempo para asimilar los ejemplos de otros predicadores del proletariado en Andalucía y en los suburbios catalanes, el movimiento obrero español hubiese nacido socialista, sin necesidad de degenerar en las aberraciones del anarquismo y el anarcosindicalismo, esa gran vía muerta —por lo demás tan española— que es un ejemplo sin posible repetición en otro país civilizado de Occidente. El gran mérito de los enviados socialistas de Madrid en el norte es haber sabido aprovechar para el PSOE toda la carga de abnegación, generosidad y fecundidad política que hombres como Eduardo Varela, tan semejante en el fondo a un Fermín Salvochea, había dejado prendida en los valles rojizos, negros y verdes del norte industrial español.

El sindicalismo socialista: la UGT

Los creadores del socialismo español dependían, como vimos, casi servilmente, de las fórmulas y las tácticas del socialismo francés; pero con una inmensa excepción, a la que debieron, quizá sin darse cuenta, la

originalidad y hasta la supervivencia de su intento. Esa excepción es la sindical. Mientras en Francia el partido socialista y el movimiento sindical nacieron separados y separados vivieron —tal vez por eso los grandes sindicatos franceses fueron, andando los años, preso relativamente fácil del comunismo—, los serios y eficaces tipógrafos madrileños no concebían ni al partido sin irradiación sindical, ni al sindicato sin su base y su proyección política. Conviene no olvidar que en el origen del socialismo español estaba, como vimos, la polémica del grupo de Iglesias contra el apoliticismo de los bakunistas; la escisión de la que en definitiva nació el PSOE sí que fue un movimiento genuinamente marxista y por eso no tiene nada de extraño la temprana creación de la sindical socialista, la Unión General de Trabajadores (UGT), en el Congreso de Barcelona de 1888. Los socialistas españoles se habían adelantado vigorosamente a los anarquistas: el gran sindicato de inspiración bakunista, la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), no nacería formalmente (y también en Barcelona) hasta el año 1910.

El temprano nacimiento de la sindical socialista invita a una reflexión importante: el sindicalismo español —al revés del europeo— nació expresa y pretendidamente político, es más, nació en el seno de un embrionario pero vigoroso y ya definido partido político. Esta diferencia de paternidad se olvida con demasiada frecuencia. Cierto que en sus orígenes la segunda de las grandes sindicales revolucionarias españolas, la CNT, surgiría entre declaraciones y promesas de apoliticismo, que en parte engañaron a los gobernantes de la época, dedicados a perseguir en tromba a la confesadamente *política* UGT, pero, a fin de cuentas, se encendió otra vez la polémica política en el seno del gran sindicato confederal, cuyas masas cayeron en poder del más férreo e intransigente de los partidos ideológicos españoles: la semisecreta FAI, que ya antes de su nacimiento oficial en una playa valenciana a fines de la Dictadura controlaba a la Confederación Nacional del Trabajo. El sangriento e irónico final del pretendido apoliticismo sindical español fue doble. Por una parte, el campeón del apoliticismo sindicalista, Angel Pestaña, fundaba en 1933 un contradictorio partido político que para más escarnio histórico se llamaba precisamente Partido Sindicalista; y las huestes confederales encuadradas en la FAI abandonaban hasta su etiqueta apolítica para entrar en los Gobiernos de la República en guerra y escindirse nuevamente ante el ataque cerrado de los comunistas en auge y ante sus propias disensiones atormentadas que terminarían en el también doble desastre de mayo de 1937 y marzo de 1939. Por tanto, quienes invocaban en la época de Franco una asepsia apolítica para un futuro

sindicalismo español contemporáneo contaban, sin duda, con respetables razones; pero no debieron olvidar estas clarísimas lecciones de la Historia, ante la que, desde los últimos decenios del siglo XIX, no ha sido posible un sindicalismo apolítico español duradero. Y como la triste historia del sindicalismo francés, caído hasta 1982 en manos del comunismo, demuestra, no pueden extraerse perspectivas más optimistas del país que se considera, con razón, como la cuna del sindicalismo moderno. Insignes pensadores y analistas políticos españoles, como José Antonio Primo de Rivera, tuvieron el indudable acierto de aprender perfectamente esta lección. Aunque sin tiempo para aplicarla.

La Iglesia: esfuerzos y alienaciones

Unas casi insalvables barreras propagandísticas nos han hecho olvidar este hecho fundamental: al volver el siglo, la UGT, el sindicato socialista, era un núcleo al que su principal historiador, Juan José Morato, llama justamente «microscópica insignificancia», con poco más de sesenta secciones y poco más de quince mil afiliados. Su enemigo principal no eran los cada vez más dispersos restos de las secciones y grupos regionales de la Primera Internacional, que apenas reunían cifra semejante y habían degenerado por sus puntos más vitales en dependencias imitadoras del terrorismo italiano. Su enemigo número uno, al menos sobre el papel, era una nutrida red de círculos obreros católicos, que cuadruplicaban los efectivos socialistas y contaban con mucho mayor apoyo financiero y de organización. La Iglesia española, pues, se encontraba aparentemente bien situada para recibir al mundo del trabajo; pero la historia de las décadas siguientes nos revela que esas brillantes estadísticas estaban vacías y que los intentos desesperados de algunos apóstoles laborales estaban destinados a fracasar dolorosamente frente a la incomprensión helada y suicida de los líderes y los miembros de la Iglesia española. Claro que no cabe atribuir en exclusiva este hundimiento a la Iglesia de España; baste comparar la fecha y el contenido del *Manifiesto Comunista* y del primero de los grandes documentos eclesiásticos sociales para comprenderlo. Apartada de sus fuentes, alienada culturalmente (y ésta sí que es una aplicación legítima de la terminología marxista), dispersa en un laberinto de preocupaciones no vinculadas directamente a su misión universal, la Iglesia llegó tarde y mal a la llamada de la nueva clase política, lo mismo que había llegado tarde y mal a la llamada de la nueva ciencia

experimental, esgrimida absurdamente por sus enemigos contra ella y aceptada inexplicablemente por ella como arma del enemigo. Claro que la simple perspectiva humana no puede explicarnos, ni en el siglo del *Manifiesto Comunista* ni en el siglo de *La ciudad de Dios*, esa hondísima sucesión de noches oscuras y llamas de amor vivas que es la historia de la Iglesia, la universal y la española. Ésta es la tierra triste en que un día nacería la FAI, la misma tierra reseca y misteriosa donde unos cuantos siglos antes —¿qué son los siglos en la historia de España?— contemplaba su primera noche un hombre llamado Fray Juan de la Cruz.

Merece la pena profundizar un poco en este hecho —que tampoco conviene exagerar— de la alienación cultural y social de la Iglesia española en el siglo XIX. La alienación cultural es más grave; porque la social es, en cierto sentido, su consecuencia. Hasta 1808, la Iglesia española formaba parte integrante del Antiguo Régimen por la identificación del Trono y el Altar; pero alentaba también, en sus reductos culturales más ilustrados, fermentos de modernidad clarividente y moderada, como lo demuestra la actuación de Muñoz Torrero y otros clérigos liberales en las Cortes de Cádiz. Pero la Iglesia de España se identificó después con la reacción fernandina, favoreció, sobre todo en las capas del bajo clero, a la facción y la ideología carlista, y se vio implicada en las convulsiones políticas de todo el siglo XIX mientras su poder económico sufrió duros quebrantos con los procesos de desamortización. Las preocupaciones y los enfrentamientos políticos, que a veces tomaban forma de persecución y agresión, agobiaron a la Iglesia española durante todo el siglo y dañaron gravemente su acción apostólica. Sin reponerse de la ofensiva ilustrada, sumida en las rutinas de una escolástica decadente y artificial, la Iglesia dejó de ser en España, aún más que en el resto de Europa, un foco cultural. Esas nuevas corrientes sociales del siglo XIX —socialismo y marxismo entre ellas— surgían además como exigencias y montajes culturales antes que movimientos políticos; y la Iglesia, que durante toda su historia había sabido mantenerse tan próxima a las necesidades y las miserias humanas, quedó ahora marginada en el movimiento de emancipación.

Los movimientos obreros nacieron por eso en España al margen de la Iglesia, en los nuevos núcleos urbanos que se nutrían con las familias desarraigadas del medio rural. Pero allí, en los campos, seguía la Iglesia, que mantuvo su compenetración y su influencia social en ellos; que eran mucho más de media España. Donde la Iglesia perdió la batalla social fue en los nuevos suburbios industriales, pero sería injusto afirmar que no quiso dar esa

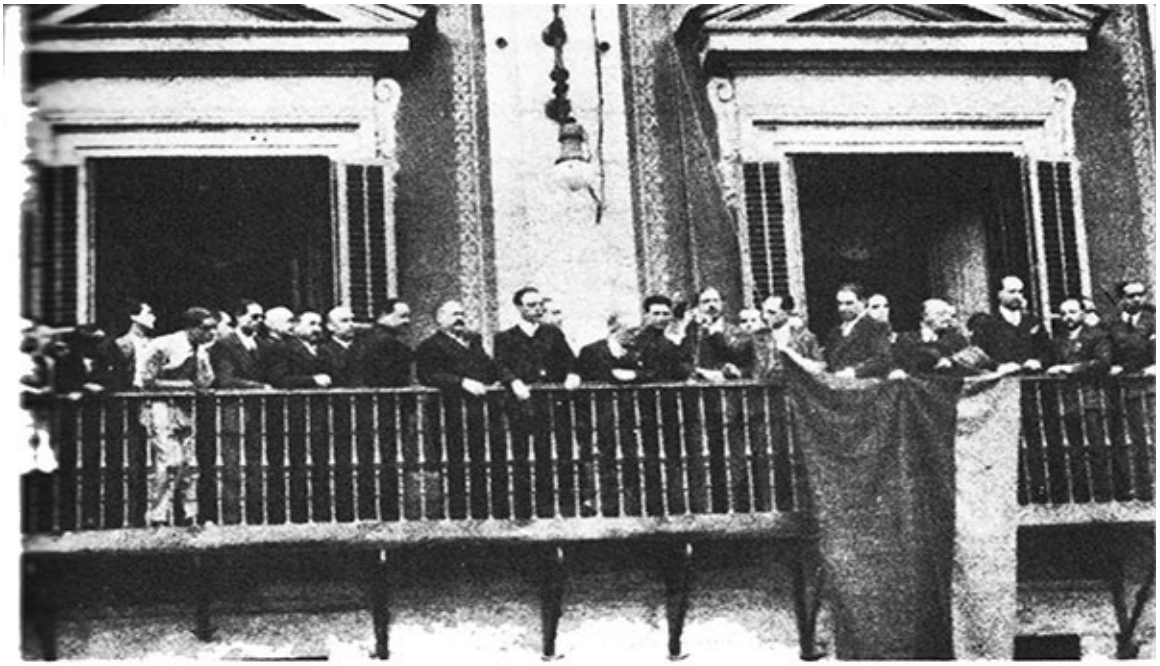
batalla. Al advenimiento del reinado de León XIII, la Iglesia empieza lentamente a recuperar su pulso cultural, con la renovación de los estudios eclesiásticos, y su pulso social. Mientras, con la Restauración, beneméritas órdenes y congregaciones religiosas implantan una acción educativa cada vez más amplia y orientada a las clases menos protegidas de la sociedad —el ejemplo de escolapios y salesianos es relevante—, el despliegue de las asociaciones y círculos obreros de inspiración católica, que como decíamos fue muy importante, falla más que por desinterés de la jerarquía por falta de fondo cultural y social en el catolicismo español. Durante el siglo XIX la Iglesia de España sufrió una permanente agresión política, económica y cultural. La orden religiosa más combativa y preparada, la Compañía de Jesús, resucitada de sus cenizas después de la expulsión y la extinción del siglo XVIII, sufrió en el XIX otras varias expulsiones. Ahora se estudia y se descubre cada vez más una honda corriente de espiritualidad católica en el siglo XIX español, del que personalidades como san Antonio María Claret y santa María Micaela del Santísimo Sacramento son pruebas excelsas. Es cierto que las grandes figuras del pensamiento católico y conservador —Donoso Cortés, Balmes— actúan aisladamente y no por equipos o plataformas culturales como las generaciones de la izquierda cultural, krausistas, demócratas de cátedra, hombres de la Institución Libre; los católicos no aprenderían la lección hasta entrado el siglo siguiente, cuando crearon esas dos plataformas públicas del catolicismo militante que fueron la Asociación de Propagandistas y el Opus Dei. Pero el hecho fue que el catolicismo español no supo generar a lo largo del siglo XIX núcleos de pensamiento social y político como hicieron los católicos franceses; y se limitó a procurar la importación de esos logros del pensamiento social católico de Francia y Alemania. Incluso los modelos del pensamiento reaccionario español vinieron en buena parte de fuera; y cuajaron mal, como se demuestra en el hecho de que, fuera del grupo neocatólico absorbido por Cánovas y del efímero intento del cardenal Cascajares para crear un partido católico moderno, los católicos españoles no consiguieron crear una plataforma política hasta el intento frustrado del Partido Social Popular ya en el siglo XX, y luego, cuando al fin surgió la CEDA en plena convulsión republicana.

FUENTES Y AMPLIACIÓN

La inspiración socialista francesa, sobre todo guesdista, que se impuso en el PSOE, está reflejada directamente en el testimonio de Juan José Morato, *El partido socialista obrero*, Madrid, s.a. La prueba del interés que sintió Marx por la situación de España y sus perspectivas de futuro está en la colección de sus artículos para la prensa americana que se recopila en Marx y Engels, *La revolución en España*, Moscú, Editorial Progreso, 1978. En el propio libro citado de Morato pueden comprobarse los primeros problemas entre la línea obrerista y la línea culturista del PSOE. Para las relaciones del PSOE con los intelectuales nos hemos apoyado en Dolores Gómez Molleda, *El socialismo español y los intelectuales*, Ediciones Universidad de Salamanca, 1980. Ver también el estudio del profesor Pérez Ledesma sobre *La Nueva Era: Pensamiento socialista español a comienzos de siglo*, Madrid, Ediciones del Centro, 1974. La evolución de Ortega respecto del PSOE se encuentra en *Mocedades* (Rev. Occidente, 1973) y *Vieja y nueva política* (ibíd., 1973).

En las obras de Indalecio Prieto, y especialmente en *De mi vida…* ya citada, hay interesantes huellas sobre la acción de los que hemos llamado «misioneros socialistas del trabajo» en el norte de España. Para la historia de la UGT ver el libro de Amaro del Rosal citado en las fuentes del capítulo primero; y la *Historia de la Unión General de Trabajadores (UGT)* de J. Aisa y V. M. Arbeloa, Bilbao, Zero, 1975.

Para profundizar en la historia de las actividades sociales y políticas de la Iglesia española en el período citado, ver Domingo Benavides, *El fracaso social del catolicismo español*, Barcelona, Nova Terra, 1973; Antonio Montero, *La persecución religiosa en España*, Madrid, BAC, 1961, pp. 15 y ss., «Lo que supuso el catolicismo social»; Juan J. Castillo, «Modulaciones ideológicas del catolicismo social en España: de los Círculos a los Sindicatos», *Rev. Esp. Op. Públ*., 45 (julio 1976), pp. 37 y ss.; *Historia de la Iglesia en España* (R. G. Villoslada dir.), tomo V, Madrid, BAC, 1981; y como ejemplo de la actuación de un instituto religioso, los salesianos, en el campo de la enseñanza social, ver Saturnino Gallego, f.s.c.. *Sembraron con amor*, San Sebastián, 1978.



Con el triunfo republicano del 14 de abril los dirigentes socialistas obtienen el control de Ministerios muy importantes.
(14 de abril de 1931: la bandera republicana es izada en el balcón del Ayuntamiento de Madrid.)

«Ni la izquierda republicana ni los socialistas —escribe Malefakis— apoyaron el proyecto de la Comisión Técnica de julio de 1931, acaso la propuesta agraria más prometedora formulada durante la república.»
(Pascual Carrión, alma de dicho proyecto.)

«Ante los intereses de España —declara Prieto en diciembre de 1932 ante la huelga ferroviaria— sacrificaría los intereses de mi partido y cumpliría con mi deber»; es decir, reprimiría la huelga.

CAPÍTULO 5
1914: EL HUNDIMIENTO DE LA SEGUNDA INTERNACIONAL

Los ecos de Europa

Ya sabemos que desde Europa se prestaba bien poca atención al socialismo español; sabemos también que los socialistas españoles, en cambio, vivían pendientes de los sucesos de Europa. En esta expectativa europea, un tanto vergonzante, y basada quizá en el escaso poder creador de la propia iniciativa política, los socialistas españoles no eran excepción alguna en el triste panorama político del país. Aplicando a las ideas y las formas políticas el grito de Unamuno «¡Que inventen ellos!», la inmensa mayoría de las *innovaciones* políticas en la España del siglo XX —y el agua venía desde mucho más arriba— iban a ser traducciones apresuradas y serviles de las modas europeas a través de la versión francesa de turno. Y con poca imaginación hasta en la materialidad del traslado: si *El Socialista* derivaba de *Le Socialiste*, la *Action Française* daría origen, con unas cuantas décadas de retraso, a la *Acción Española*, y los ejemplos, desde el comunismo a las sucesivas etapas de la democracia cristiana, podrían multiplicarse hasta la saciedad. Cuando la célebre *Partida de la Porra* interrumpió una reunión de los primitivos socialistas al grito de «¡Abajo los afrancesados!», con la misma justicia hubiera podido irrumpir en cualquier círculo de cualquier otra ideología política española, empezando por la del propio jefe y máximo cacique del estrafalario *comando*.

Puede imaginar el lector la conmoción con que todos estos observadores españoles de los menores movimientos políticos europeos registraron el triunfo colosal del socialismo germánico en 1890, cuando un millón y medio de votos abría de par en par las puertas del Reichstag al primer partido socialista del mundo. Los triunfos de una Segunda Internacional que parecía nacer arrolladora se suceden, y los partidos socialistas de Europa se ven invadidos por intelectuales, profesionales y todo tipo de reclutas de la política

tradicional, ansiosos de elevarse en la nueva y prometedora plataforma. Dentro de cada partido se van formando oligarquías interesadas y estériles, cada vez más alejadas no sólo del marxismo, sino hasta de los símbolos y los ideales del segundo internacionalismo lanzado por Engels en la calle Petrelle. La socialdemocracia va a imponerse a la herencia de Carlos Marx.

La impurificación socialdemocrática se agrava porque con su cada vez más lejana carga de símbolos los grupos adictos a la Segunda Internacional se enfrentan con tres fuerzas reales y concéntricas infinitamente más poderosas: la irrupción del nuevo sindicalismo apolítico, reencarnación y purificación del anarquismo terrorista degenerado; la decidida marcha a la guerra que podía profetizar sin riesgo cualquier observador inteligente de la siniestra *paz armada* en que se debatía la *belle époque* de principios de siglo, y el colaboracionismo cada vez menos disimulado de los partidos socialistas nacionales con sus respectivos grupos dirigentes belicistas y nacionalistas. El portavoz y táctico del socialismo francés, Jean Jaurès, se dejó cautivar por la demagogia sindicalista de la *acción directa*, expresada de esta forma radical por un historiador de nuestro socialismo: «Acción directa; presión sobre los patronos y sobre los gobiernos; huelgas generales políticas y perturbadoras, o amenaza de ellas; un estado permanente de descontento y preocupación; una guerra no interrumpida de guerrillas…»[4].

A todas estas concertadas amenazas, la Segunda Internacional respondía con discursos contra la guerra, en abstracto. Se proclamaba el antibelicismo de los partidos socialistas; se identificaba la causa de la socialdemocracia con la causa de la paz; se invitaba a los obreros de Europa a no participar en la Gran Guerra que se calificaba soñadoramente como guerra civil europea; se decretaba la insurrección de cada partido socialista contra su Gobierno; la prohibición de empuñar las armas, según la frase de Vaillant: «Antes la insurrección que la guerra».

El 29 de julio de 1914 la Secretaría Socialista Internacional difundía desde la Casa del Pueblo de Bruselas una declaración general contra la guerra, junto con la orden formal de abstención para todos los partidos adictos.

Cuatro días más tarde, desde la misma Casa del Pueblo, en Bruselas, el partido obrero, es decir, el socialismo belga, se unía solemnemente a su Gobierno y declaraba la guerra a la «barbarie militarista», es decir, a los Imperios Centrales. Aquel nacionalismo que se creía muerto y enterrado derrotaba en toda línea a los sueños de la Segunda Internacional. Los dirigentes socialistas entraban en todos los Gobiernos beligerantes que se lo pedían; es la hora de las *uniones sagradas*. Empezaba la guerra europea, y la

Segunda Internacional, que se había vinculado suicidamente a la paz armada, se hundía ante los primeros cañonazos. Los eternos ídolos de Pablo Iglesias arrumbaban sin plazo fijo la bandera roja y entonaban patrióticos *La Marsellesa*. De esta primera guerra europea surgiría otra Internacional: la Tercera o comunista, y una Cuarta Internacional de signo trotskista, encargada de recoger alguna de sus migajas políticas. La Segunda Internacional, por su parte, prolongaría artificial y simbólicamente una vida cada vez más fantasmagórica.

El «paso por el desierto»

Mientras tanto, en España, el aldabonazo del socialismo alemán de 1890 puso por primera vez de moda el socialismo entre los intelectuales y los progresistas españoles; el ambiente de ésos eternamente inquietos grupos y cenáculos experimenta una simpatía prosocialista de cierta semejanza a la que describíamos en el primer capítulo como fenómeno de nuestra década de los años sesenta de este siglo. Ya lo hemos insinuado antes. El doctor Jaime Vera regresa al partido; varios intelectuales de nota piden y obtienen el ingreso y militan en el PSOE con fervor que suele resultar efímero, como en el caso de don Álvaro de Albornoz, don Miguel de Unamuno, don Manuel Ciges Aparicio y otros innumerables. La primera fiesta española del Primero de Mayo —en 1890— constituye un éxito esperado por pocos. No estaban aún enconadas las pasiones ni deslindados los campos; la bandera roja era un símbolo del arcón de Engels y no una evocación sangrienta, y por eso el capitán general de Barcelona, señor Blanco, se cuadra ante ella cuando la manifestación posibilista cruza bajo sus balcones. Conviene advertir que por entonces se hacía notar en las fuerzas armadas españolas un serio movimiento intelectual, y algunos oficiales jóvenes analizaban penetrantemente la aparición de los movimientos obreros con un sentimiento de solidaridad popular sistemáticamente ignorado por historiadores insuficientes; en algunos aspectos son los jóvenes intelectuales militares españoles de principios de siglo los creadores de la sociología militar. Por desgracia, las guerras coloniales y las campañas de África envenenan el ambiente político español y arrojan a Pablo Iglesias —que no adivina el sesgo de sus maestros franceses — a una actitud antipatriótica que traza un foso cada vez más hondo entre las fuerzas armadas y el PSOE.

Lo mismo que le estaba sucediendo al socialismo europeo, también acechaban al socialismo español obstáculos gravísimos que se reflejan en la

irregular marcha de sus estadísticas. Dos nuevos movimientos de masas amenazan al PSOE y la UGT con una durísima competencia: la invasión sindicalista, que reaviva los rescoldos dispersos de la Asociación Internacional de Trabajadores en España, y ese extraño y arrebatador fenómeno del republicanismo radical que penetra hondamente en el proletariado español entre las proclamas encendidas de nuestro máximo demagogo de todos los tiempos, don Alejandro Lerroux. Sindicalismo y lerrouxismo son ya fuerzas sociales y políticas desencadenadas en la España de 1906; el confusionismo aumenta si consideramos que es un socialista, Antonio Fabra Ribas, el fundador de Solidaridad Obrera en la Barcelona de 1908. Ya no hay más que un paso para la creación de la CNT en 1910, y la gran Confederación nacerá orientada irresistiblemente al anarquismo y ansiosa por tanto de tomarse la revancha histórica contra el socialismo; el patriarca Anselmo Lorenzo, que aún sobrevivirá cuatro años, ha llegado a tiempo para definir la legitimidad de la CNT como heredera directa de la AIT y como reencarnación de la Primera Internacional. Son demasiados problemas para el PSOE, que atraviesa, en frase de sus historiógrafos, «el paso por el desierto». Los casi sesenta mil afiliados de 1904, en plena euforia de los triunfos socialdemócratas en Europa, descienden bruscamente a treinta y cuatro mil en 1906. En algunos momentos el grupo español de la Segunda Internacional está a punto de desaparecer, porque en medio de la tormenta exterior sigue carcomido por su permanente crisis interna, que ahora adopta una doble modalidad cancerosa: la polémica de la *acción directa* y la gravísima polémica sobre la colaboración con los republicanos.

Las crisis de la «Belle Époque»

La tentación sindicalista ataca con fuerza a los militantes más aguerridos del PSOE y de la UGT: Perezagua, García Quejido y otros que no muchos años después formarán las primeras mesnadas del comunismo hispano. Por fortuna para el PSOE, la ya veterana UGT ha enraizado lo suficiente para que en su seno surjan espléndidos sindicalistas de ortodoxia indiscutible, entre los que destaca el gran organizador sindical de la minería asturiana, Manuel Llaneza Zapico, rodeado de una cohorte de brillantes discípulos, como el joven organizador de los sindicatos ferroviarios del norte, Teodomiro Menéndez. Un refuerzo de sangre joven renueva las esperanzas socialistas en 1905: las setenta secciones de las Juventudes Socialistas fundadas por Tomás Meabe, que en el Congreso reglamentario de ese año ingresan en bloque y

corporativamente en el PSOE, e individualmente en la UGT. En su seno empezarán a destacar bien pronto militantes como Andrés Saborit, experto en administración local (y perfeccionador de la técnica madrileña del pucherazo hasta con intervención de los fieles difuntos), y Ramón Lamoneda, experto en temas sindicalistas. A pesar de los ataques exteriores y la crisis interna, el partido y la UGT se extienden casi espontáneamente, por el acreditado sistema de los emisarios personales, desde los núcleos mineros y fabriles hasta los antes cerrados campos de Castilla y Extremadura; el crecimiento relativo del socialismo rural desde 1900 a 1915 es muy superior al crecimiento relativo del socialismo industrial, que sufre pronto la implacable competencia de la CNT. Los confederales logran fuertes incrustaciones en Asturias y se adelantan al PSOE en zonas que éste creía acotadas, como Galicia y Canarias, mientras le cierran cada vez más el paso en Cataluña, Levante y partes de Andalucía. Por el momento, la CNT no consigue mellar la ciudadela socialista de Madrid, pero, en cambio, invade arrolladoramente el cinturón de Zaragoza y los campos aragoneses desde sus inexpugnables bases catalanas, en las que sólo el lerrouxismo consigue tratarla de igual a igual.

Mientras tanto una nueva generación de intelectuales ingresa en el PSOE, que disminuye ante ellos su tradicional recelo, efecto de las instrucciones y los ejemplos de la Segunda Internacional, en plena luna de miel con los *obreros del pensamiento*. Quizá el más respetado de los nuevos reclutas profesionales es el catedrático de Lógica en la Universidad Central, don Julián Besteiro, cuya primera intervención como militante socialista es una diatriba contra la guerra, muy del ambiente del momento. Junto a Besteiro empiezan a sonar en los Congresos y hasta en las ejecutivas del PSOE nombres nuevos muy prometedores; el estuquista Francisco Largo Caballero es elegido vocal de la ejecutiva en 1899, y a medida que avanza la primera década del siglo cunde la fama del joven militante asturiano, recriado en el periodismo liberal bilbaíno, Indalecio Prieto y Tuero. Otro periodista y notable intelectual, Luis Araquistáin, ingresa en el PSOE casi a la vez que Besteiro, junto a algunos colegas que no perseveran, como los doctores Ovejero, insigne veterinario, y Carande, ilustre historiador en su día. Ya hemos indicado que el PSOE no asimiló adecuadamente estas nuevas aportaciones, y recayó en el obrerismo cerrado.

Las polémicas de la conjunción

Bien necesitaba el PSOE estos refuerzos ante el recrudecimiento de la más íntima y desoladora de sus crisis interiores, la provocada por las polémicas sobre la colaboración con los republicanos. En 1903, y para las elecciones municipales, la poderosa Agrupación Socialista Madrileña propone la conjunción con las fuerzas republicanas de Madrid, pero Iglesias, al frente de la Ejecutiva del partido, se opone eficazmente. Los resultados parecen irle dando la razón; en 1905 son ya 71 los concejales socialistas en toda España, entre ellos Iglesias y Largo Caballero en el Ayuntamiento de Madrid. La gestión municipal de los ediles socialistas es seria y eficaz: su presencia impide abusos y democratiza los Ayuntamientos. Tras estas primeras exhibiciones de capacidad política es cada vez más difícil para Iglesias mantener su intransigencia colaboracionista y, con motivo de la fiebre nacional subsiguiente a los sucesos de la Semana Trágica, vira con brusquedad y se convierte desde entonces en el paladín de la conjunción republicano-socialista, que nace oficialmente en el banquete del Jai Alai el 7 de noviembre de 1909. Más aún, cuando los elementos más demagógicos del PSOE y la UGT votan por finalizar la conjunción una vez conseguido su objetivo fundamental de derribar el gobierno Maura, Iglesias se opone y fuerza la continuación, encaminada ya a la lucha contra el régimen monárquico. Otro de sus virajes bruscos e inexplicables es la incitación al atentado personal contra Antonio Maura, en las Cortes de 1910 (donde figuraba como primero y único diputado socialista); los historiadores del partido no pueden encontrar explicación para el exabrupto y se limitan a registrarlo atónitos.

La presencia de Canalejas al frente del Gobierno resultó muy beneficiosa para el PSOE, aunque los socialistas atribuyeron al Gobierno la provocación de la huelga general de 1911 en Vizcaya. De hecho, a partir de la caída de Maura, los socialistas triplican sus efectivos en dos años y alcanzan en 1912 la cota máxima de afiliados en todo el siglo XX español hasta 1982: 128 914 carnés. Sin duda, contribuyó al aumento la situación de ilegalidad en que un tribunal barcelonés situó a la CNT durante esa época de su nacimiento.

Por todo ello, el asesinato de Canalejas en este momento máximo de triunfo socialista fue interpretado por muchos como suprema ingratitud objetiva del partido para el hombre sobre el que recaía, involuntariamente sin duda, la condena que Iglesias fulminara en el Parlamento contra Maura.

Las voces jóvenes del socialismo español se hacen oír ya con fuerza en el Congreso de 1912. Junto a Iglesias y Jaime Vera destacan en sus sesiones

Prieto y Perezagua (que votan por el mantenimiento de la conjunción) contra García Quejido, Largo Caballero, García Cortés y Óscar Pérez Solís —capitán del Ejército—, derrotados en su moción de ruptura con los republicanos. El líder socialista belga Vandervelde no asiste al Congreso, pero muestra sumo interés en las dos grandes iniciativas culturales de los socialistas españoles, ansiosos de desplegar ante el mundo las realizaciones de sus nuevos reclutas del *proletariado intelectual*. Un espléndido grupo de profesores de la Universidad de Oviedo funda la «Extensión Universitaria» que, dirigida por el eficaz Teodomiro Menéndez, experto en organización, reúne a 500 alumnos obreros en tres interesantes cursos nocturnos explicados por hombres de la talla de Adolfo Posada, Rafael Altamira y Leopoldo Alas (no miembros, pero generosos amigos y simpatizantes del PSOE); mientras que el joven Manuel Núñez de Arenas, como hemos visto, reúne a varios grupos de intelectuales y obreros en la Escuela Nueva de Madrid. Pero un fantasma recorría Europa, por encima y por debajo de las predicciones de Carlos Marx. Se acercaba la guerra europea y para ella el socialismo español, como sus hermanos de allende los Pirineos, no tenía más que palabras desacordes y partidistas. El 2 de agosto de 1912 el Comité Nacional del PSOE lanza un manifiesto urgente que, como de costumbre, no es sino la traducción incompleta de las proclamas francesas.

Empezaba en 1914 una guerra mundial que, contra las predicciones de los firmantes de ese manifiesto, iba a proyectar su sombra sobre España de forma totalmente inesperada, tanto a corto como a largo plazo. Como ya indicábamos, la Segunda Internacional se había comprometido hasta los tuétanos en la consigna de evitar la guerra europea. Para los socialistas la guerra inevitable era un choque de imperialismos económicos, una guerra civil de la burguesía occidental. El proletariado tendría que quedar al margen, para evitar el cataclismo, para no convertirse en carne de cañón de los intereses de la burguesía. Pero al declararse la guerra el sentimiento nacional se impuso al sentimiento de clase y los socialistas entraron en las Uniones Sagradas y lucharon unos contra otros. Ello supuso, en términos reales, el hundimiento de la Segunda Internacional.

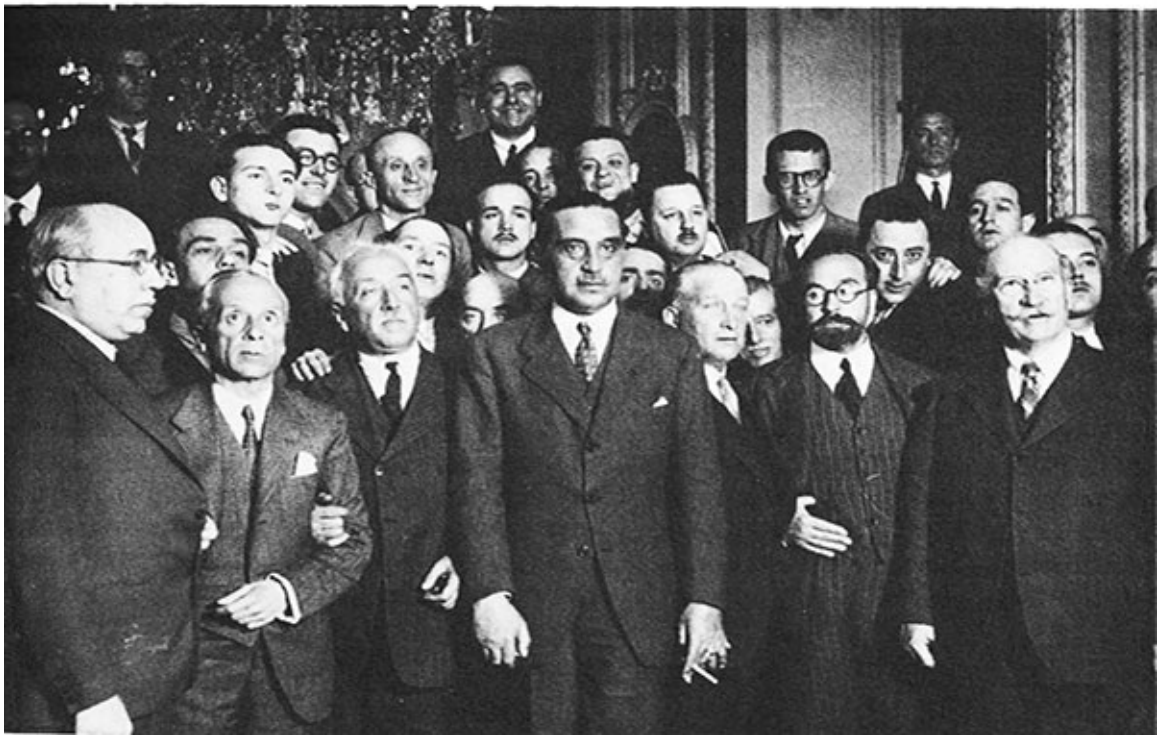
FUENTES Y AMPLIACIÓN

Para comprender a fondo la frustración de la Segunda Internacional al estallar, contra sus consignas, la guerra europea de 1914, ver la documentada

Historia del socialismo de Jacques Droz, Barcelona, EDIMA, 1968. Sobre las interferencias de socialismo y anarcosindicalismo en España ver la citada (en las fuentes del cap. 3) obra de Anselmo Lorenzo *El proletariado militante*; y el análisis de R. de la Cierva en *Historia de la guerra civil española*, vol. I, *Antecedentes*, Madrid, San Martín, 1969. Las nuevas generaciones intelectuales y políticas del PSOE en la citada (en el capítulo anterior) obra de D. Gómez Molleda, *El socialismo español y los intelectuales*, y Andrés Saborit, *Asturias y sus hombres*, Toulouse, eds. UGT-CIOSL, Imp. Dulaurier, 1964. Sigue siendo importante la citada obra de Morato así como la de Luis Gómez Llorente, citada en las fuentes del capítulo primero.

En Oviedo, Besteiro asegura que, de triunfar el bolchevismo en España, «la República sería la más sanguinaria de la historia contemporánea».

En vista de que don Alejandro Lerroux no hace el menor ademán de consultarle, Largo Caballero declara rota la conjunción republicano-socialista. (En la foto, de izquierda a derecha, y en primer plano, Azaña, Albornoz, Alcalá Zamora, Maura, Largo Caballero. De los Ríos y Lerroux, miembros del Comité revolucionario republicano pronto constituido en Gobierno.)



CAPÍTULO 6
1917: LA EXTRAÑA HERMANDAD DE PETROGRADO Y BARCELONA

Los cincuentenarios olvidados

El año 1917 es toda una lección de humildad y de fracaso para los *historiadores del presente*. Aún no había finalizado ese año difícil y esencial de la historia de España cuando un ya destacado intelectual de las últimas promociones socialistas resumió en un libro célebre[5] las principales corrientes históricas que acababan de confluir en la más dura crisis de la Monarquía restaurada. Pero sin posibilidad de perspectiva, Araquistáin no podía entonces ni siquiera sospechar las nuevas presencias históricas del año 1917, y en esas nuevas presencias está la lección a que nos referíamos hace un momento. En la América aislacionista y lejana, que por entonces hacía su primera irrupción en la historia comunitaria de Occidente a través de sus cuerpos expedicionarios de la guerra europea, nacía dentro de una familia irlandesa desconocida un niño que se llamó John Fitzgerald Kennedy; en el Portugal vecino y paralelo se iluminaba una encina en medio de los prados leirenses y comenzaban a correr extraños rumores de profecías y apariciones; y por la mente juvenil de un seminarista español, José María Escrivá, cruzaba una idea confusa, que expresada por él mismo años más tarde no era sino: «El amor de Dios que me hacía *barruntar* el comienzo de la Obra[6]». Enfrentado a nuevas crisis, el mundo no recordó debidamente los cincuentenarios de estos amaneceres tan cargados de símbolos y de presagios históricos, y pasó el año 1967 sin que la historia de España se enriqueciese con la monografía definitiva, imprescindible, que exige cada vez más aquel año de gracia y de crisis que fue el de 1917.

Uno de los testigos de la época, el señor Sánchez de Toca, acuñó la palabra *crisis de 1917* a raíz de los propios sucesos, y con toda razón. El artilugio del señor Cánovas había funcionado mal que bien y había

sobrevivido nada menos que al desastre de 1898, a un doble cambio en la jefatura del Estado y a la entrada de España en un nuevo siglo que por tantos conceptos parecía adquirir todos los caracteres de una nueva época histórica. Pero en el año 1917 todos los supuestos políticos y todo el entramado de la Restauración entraban en barrena. No podía proseguir indefinidamente la sucesión de Gobiernos fantasmas, con la excepción de Canalejas, que presidían absurdamente al país desde las convulsiones de 1909; el señor Maura y sus hombres se estaban hartando de su papel ingrato de *bomberos de la Monarquía* y el magnicidio de Canalejas había aniquilado en su mejor momento a una de las grandes esperanzas de la España contemporánea, cuyo progresismo e ideal auténticamente democrático no pudo llenarse con el ala escindida del maurismo capitaneada por el señor Dato. España desbordaba por todas partes a su estrecha y egoísta trama institucional y el dramático contraste entre la España real y la España oficial, recientemente expuesto con maestría por el profesor Pabón, amenazaba con el colapso fulminante bajo los inciertos resplandores de la guerra europea.

Guerra mundial en España

España había quedado fuera de la guerra europea por decisión de sus gobernantes y por una afortunada consecuencia de su triste debilidad; pero las consecuencias de la guerra mundial refluían sobre España por cauces patentes y a través de ignorados cimientos. Una ficticia, pero inmensa prosperidad pone en servicio minas abandonadas, improvisa fábricas chapuceras y cubre a la débil industria española con insaciables carteras de pedidos. Reducida a cifras actuales, la nueva riqueza que la guerra suscita en España habría de expresarse en cantidades superiores al presupuesto, miles de millones de pesetas superiores. Nuestras oligarquías económicas, totalmente impreparadas para canalizar inteligente y productivamente la nueva prosperidad, la recibieron sin más norte que el egoísmo Inmediato y suntuario; alrededor de los grandes núcleos industriales se entabló una insensata competencia de palacios, mientras todo el mundo, con honrosas excepciones, olvidaba la política de inversiones duraderas y malgastaba en especulaciones el oro fácil de la tragedia de Europa. Los precios se dispararon y cuando se presentía la fase final de la guerra y de la prosperidad se perfiló sobre la superproducción de chapuzas el fantasma de la depresión y de la quiebra. Éste era ya, desde luego, el ambiente de la primavera de 1917.

Mientras financieros y capitanes de industria desaprovechan ciegamente la mejor ocasión económica que ha tenido la España contemporánea, los líderes obreros y sindicales captan perfectamente el peligro que va a abatirse sobre el país y celebran una serie de reuniones de enorme importancia, porque van a tener como resultado la unión táctica con fines políticos y revolucionarios de todo el proletariado militante español, con excepción de los sindicatos católicos, que entonces, como siempre, estaban en fase de reestructuración más o menos inoperante. Estos contactos no son demasiado difíciles si tenemos en cuenta un hecho básico que generalmente escapa a los analistas extranjeros y a no pocos autóctonos: el origen común y las aspiraciones comunes de todos los movimientos obreros españoles, que producía lo que hemos designado en otra investigación como «indiferenciación política del proletariado». Por desgracia, esta indiferenciación política reconocía entre sus fundamentos un bajísimo nivel cultural, lo que entregaba capas extensas de nuestro proletariado militante a la influencia interesada de sucesivas oleadas de propaganda montada con técnicas importadas y muchas veces con inspiración extranjera, que poco tenía que ver con las auténticas aspiraciones y los auténticos ideales de los proletarios españoles. El vacío cultural y la indiferenciación política —el proletariado español no entendió casi nunca las superficiales asimilaciones que sus ideólogos y propagandistas le traducían de posturas e idiomas extraños— convertían a todo el movimiento obrero español en presa relativamente fácil de núcleos decididos y bien organizados; las graves consecuencias de esta posibilidad se palparon por primera vez durante la crisis de 1917 y fueron bien pronto olvidadas por casi todo el mundo, pero no por los estrategas de la Tercera Internacional, cuyas raíces históricas brotaban ya en la revolución soviética de ese mismo año; la ya próxima aparición de las tácticas de captación comunistas aprovecharían inteligentemente este fenómeno doble y relacionado de la incultura masiva y de la indiferenciación política de nuestros movimientos obreros.

Los contactos entre las dos principales agrupaciones de sindicatos, la CNT anarcosindicalista y la UGT socialista, se iniciaban ya en 1916, con motivo de una huelga general de ensayo montada por los socialistas del norte; y se concretan en dos pactos de unión táctica revolucionaria cuyos negociadores son Seguí y Pestaña, por la CNT; Saborit y Largo Caballero, por la UGT. Los pactos entre socialistas y sindicalistas, que al principio solamente parecían ceñirse a objetivos sociales —«hacer ver a los Gobiernos españoles la necesidad del abaratamiento de las subsistencias»—, invaden bien pronto,

como era inevitable, el terreno político, y a lo largo de la primavera de 1917 se van perfilando los objetivos comunes para una gran huelga general revolucionaria que debería estallar en el verano. Esos objetivos eran la abolición de la Monarquía, la instauración del poder sindical, la expropiación de tierras e industrias, la supresión del Ejército y su sustitución por milicias nacionales. En su primavera helada de Rusia, ni siquiera el Lenin de febrero llegaba en sus pretensiones a las cotas marcadas como objetivos inmediatos por los revolucionarios de la España del sol.

¿Un soviet español?

La amenaza revolucionaria del proletariado confluye durante esa misma primavera ominosa con otras dos manifestaciones de la desintegración nacional. Esas Cortes monárquicas, tan poco representativas en origen, adquirían de pronto conciencia de su responsabilidad democrática y ante la hecatombe de los Gobiernos de concentración y de gestión incubaron un fuerte movimiento de protesta que derivó hacia claras pretensiones constituyentes. Los parlamentarios catalanes, orquestados por el señor Cambó, forman la vanguardia de este movimiento de renovación parlamentaria y nacional, que, en principio, no estaba dirigido contra la institución monárquica, sino contra la degeneración del turnismo y la manifiesta incompetencia de los Gobiernos y de los partidos clásicos para encararse dignamente con las nuevas realidades económicas y sociales. La Iglesia, por el momento, se batía en retirada y permanecía al margen de las inquietudes políticas, más por falta de caminos que por expresa voluntad abstencionista. Y las esperanzas de renovadores y revolucionarios se acrecentaron cuando vieron surgir en el seno de otra de las grandes instituciones tradicionales españolas, el Ejército, aquel confuso movimiento que se llamó de las Juntas de Defensa Militares.

No es éste el momento de enjuiciar este complejo fenómeno militar español de 1917, cuyas raíces alcanzan a las consecuencias del desastre, y dentro del que se mezclaban legítimas aspiraciones profesionales con el descontento general de todo el país por la insuficiencia de las retribuciones ante el desbocamiento de los precios y también con la degeneración burocrática de una serie de mandos intermedios ante la incomprensión y la rutina de los superiores. Los líderes obreros y los parlamentarios más impacientes creen que el movimiento de protesta militar puede favorecer a sus fines más o menos abiertamente revolucionarios, y entre los tres factores de la

gran crisis de la primavera de 1917 se intercambian opiniones, se establecen pactos en borrador y se contribuye a que la oscura imagen del coronel Márquez, promotor de las Juntas de Defensa, pase al primer plano nacional con gran satisfacción del interesado.

En estos momentos cruciales se celebran los famosos mítines de la plaza de toros de Madrid sobre la repercusión de la guerra mundial en España; Pablo Iglesias lanza a su partido socialista a una posición de franca beligerancia a favor de los aliados y en contra de los alemanes, a pesar de que el partido socialista más importante del mundo era el alemán. De esta forma el socialismo español se deja arrastrar insensatamente por sus ídolos franceses y se aleja inconscientemente de los ideales internacionalistas ya marchitos después de tres años de guerra en Europa. La llegada del verano supone una aceleración en el múltiple proceso revolucionario.

El Gobierno y la Corona ceden incomprensiblemente ante el ultimátum de las Juntas de Defensa y el coronel Benito Márquez, ya figura nacional, acepta alegremente el fácil título de salvador de España. En pleno julio se celebra en Barcelona la asamblea ilegal de los parlamentarios rebeldes, a la que asiste, enfermo ya de lenta muerte, Pablo Iglesias; casi todas las ilusiones revolucionarias se hunden cuando el delegado del gobernador de Barcelona disuelve la asamblea con unos apremiantes golpecitos en el hombro de los principales conjurados. Cada uno de los elementos desencadenantes de la crisis ha actuado, por tanto, aisladamente; he aquí la raíz del general fracaso. Es ahora el turno de la revolución obrera, que se desencadena a principios del mes de agosto. Mientras el Comité central socialista —Besteiro, Anguiano, Saborit, Largo Caballero— cae inmediatamente en poder de la policía madrileña, la CNT se abstiene de intervenir, las agrupaciones socialistas, conscientes de la desaprobación de Pablo Iglesias, siguen el mismo camino de abstención y sólo el tremendo tándem Llaneza-Teodomiro Menéndez, dueños de los sindicatos ferroviarios y mineros de Asturias, prolongan quince días imposibles la insurrección en el Principado. Una de las columnas que con energía y prudencia acaba por dominar el foco de la revuelta socialista asturiana recorre las cuencas a las órdenes de uno de los más brillantes oficiales revelados en las campañas africanas: el comandante Francisco Franco Bahamonde, que no participa en represión alguna.

Las esperanzas puestas por algún soñador revolucionario en que el Ejército español de 1917 pudiese convertirse en la mitad de un soviet, se desvanecen cuando el propio coronel Benito Márquez, al frente de su regimiento, sofoca en breves horas la rebelión de los revolucionarios en

Barcelona. Los últimos ecos de la asamblea de parlamentarios se hunden en la ineficacia cuando el señor Cambó abandona la segunda reunión madrileña del grupo para acudir a Palacio y ofrecer a don Alfonso XIII dos ministros de su partido para un nuevo Gobierno encargado de liquidar las consecuencias de la revolución abortada.

La falta de información de doña Dolores Ibárruri

Uno de los libros cuyo anuncio produjo mayor expectación en los medios históricos durante el año 1967 fue el que doña Dolores Ibárruri estaba a punto de lanzar sobre la revolución de 1917. Aunque el libro se editó en Moscú, casi todo el mundo pensaba que al menos algún capítulo importante se dedicaría a la revolución *española* de 1917. Vana esperanza. No hay en todo el libro —cuya exposición de la doble revolución soviética es sumamente mediocre— la menor alusión a la revolución española de ese mismo año, cuya comprensión es vital para el desarrollo de la historia de España. Esta desorientación de la señora Ibárruri puede servirnos como símbolo negativo de las misteriosas concomitancias entre las dos revoluciones, las que si bien se ignoraron profundamente en 1917 (aunque Pablo Iglesias, doliente, captó las profundas repercusiones futuras sobre España de la revolución soviética, las confusas noticias de Rusia alentaron muchas ilusiones revolucionarias en España) estaban destinadas a encontrarse, justamente veinte años más tarde, en otra pleamar de la historia de Europa. Este encuentro puede simbolizarse de manera muy apta en la extraña hermandad de Petrogrado y Barcelona, que nos ha servido de título para esta parte de nuestra exposición. Porque en Barcelona se incubó y se desarrolló el núcleo de la revolución española —asambleas de parlamentarios, Juntas de Defensa, contactos entre las tres riadas revolucionarias— y Petrogrado fue el escenario indiscutible de la doble revolución de febrero y de octubre. El paralelismo se iba a juntar en el infinito de la Historia, en un infinito inesperadamente próximo: el héroe de la Unión Soviética y jefe del asalto al Palacio de Invierno en 1917 sería veinte años más tarde cónsul general de la URSS precisamente en Barcelona, desde donde invocaría la ayuda de su país al Gobierno español…, bien pronto presidido por el miembro del Comité Revolucionario de 1917 don Francisco Largo Caballero, quien a su vez echaría unas semanas después de su despacho al embajador de la URSS, señor Rosenberg, aceptado en la España republicana por las sugerencias del gran cronista de la revolución española de 1917, don Luis Araquistáin. Semejante laberinto trágico entre las dos grandes ciudades

del Báltico y del Mediterráneo alentaba ya en los gérmenes de la Historia, mientras el país de la nieve y el país del sol se debatían en sus dos revoluciones de 1917.

FUENTES Y AMPLIACIÓN

El libro clave para la interpretación de la crisis de 1917 es el del socialista Luis Araquistáin, *Entre la guerra y la revolución*, Madrid, s.e., 1917. Es admirable que el autor logre improvisar una perspectiva antes de terminar el año de los sucesos. Para un enfoque general de la crisis ver J. Pabón, *Cambó*, vol. I., 1876-1918, Barcelona, Alpha, 1952, y J. A. Lacomba, *La crisis española de 1917*, Madrid, Editorial Ciencia Nueva, 1970. Una profunda crónica de los sucesos en M. Fernández Almagro, *Historia del reinado de Alfonso XIII*, Madrid, 1931.

Sobre las actividades revolucionarias en 1917 ver A. Saborit, *La huelga de agosto de 1917 (apuntes históricos)*, México, Edit. Pablo Iglesias, 1967. El problema de las Juntas de Defensa está tratado profundamente por un testigo, el general Mola, en sus *Memorias*, Barcelona, Planeta, 1977. R. de la Cierva, en su citada *Historia de la guerra civil española. Antecedentes*, dedica un capítulo a la crisis de 1917.

Sobre los propósitos revolucionarios de la izquierda proletaria unida en 1917 ver el folleto, muy revelador, de Mauro Bajatierra, *Desde las barricadas*, Madrid, 1918. El libro de Dolores Ibárruri es *De febrero a octubre de 1917*, París, Lib. du Globe, 1967.

Sobre la repercusión de la revolución soviética en los medios del movimiento obrero en España, ver Díaz del Moral, en la citada *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*; y sobre la situación personal del fundador del PSOE en ese momento, ver Juan J. Morato, *Pablo Iglesias*, Barcelona, Ariel, 1968.

Son 1933 y 1934 los grandes años del fascismo europeo. (Hitler, nuevo canciller alemán, saluda al jefe del Estado, mariscal Hindenburg.)

Ricardo Zabalza sustituye al besteirista Lucio Martínez y lanza al socialismo agrario a una huelga suicida en junio de 1934 que deshace la organización.

CAPÍTULO 7
DOS EMISARIOS ESPAÑOLES ANTE LENIN

Esperanzas españolas en la Rusia soviética

Marx y Engels sintieron siempre un gran interés por las cosas de España; el creador de la Primera Internacional llegó a escribir un conjunto de artículos sobre la situación política española de su tiempo que todavía se leen con provecho, y los dos profetas de la nueva clase política escribieron unidos o por separado artículos públicos e informes internos sobre problemas españoles que, aun muy discutibles, siguen resultando muy interesantes.

En contraste con los creadores de la Primera y la Segunda Internacional, los rígidos doctrinarios y los oportunistas que dieron origen a la Tercera se distinguieron casi siempre por el más absoluto desconocimiento de la realidad española del siglo XX. José Stalin sólo conocía las cosas de España a través de las informaciones de segunda mano que le proporcionaban los delegados en la Comintern de los partidos comunistas del mundo latino; jamás se fió de sus corresponsales españoles y en todo momento trató a los comunistas de España con desprecio e incomprensión. Esta actitud contrastaba con la de su colega y rival León Trotski, que heredó muchas más vetas auténticas del marxismo histórico, entre ellas el interés y la capacidad analítica sobre la trayectoria española. Con toda claridad intuyó Trotski que para que arraigase en España el comunismo tendría que presentarse no como apéndice de un movimiento internacionalista, sino como un comunismo nacional, tan marxista como español; y buscó sus principales adeptos entre los sindicalistas españoles más ilustrados, mientras compartía el comprensible desprecio de su rival Stalin por los primeros comunistas ortodoxos españoles, reclutados entre los hombres más inestables y menos profundos de los movimientos obreros autóctonos.

Stalin solamente consideró a España como un campo de operaciones propagandísticas, políticas y estratégicas; la experiencia española de casi todos sus enviados acabó convirtiéndose para ellos en sentencia de muerte,

desde el momento en que la gran aventura española de la Comintern en los años treinta se transformaba desde la primavera de 1937 en sangriento fracaso contra todos los dogmas históricos del marxismo soviético. Desde ese instante, Stalin sólo pensó en la eliminación gradual y masiva de sus testigos españoles, como el mundo asombrado comprobaría en la lectura de las impresionantes listas aireadas por Nikita Kruschev.

¿Y Lenin? Alguien ha insinuado su interés por España. No son muy conocidas las pruebas. Al contrario que Trotski, Lenin no estuvo en España ni, al contrario de Marx, escribió sobre ella. Parece que en la etapa final de su vida Lenin se ponía nervioso cuando alguien suscitaba en su presencia cualquier problema español. Es muy posible que esta incomprensión y este desvío tuvieran una raíz personal en el continuado fracaso de los primeros emisarios soviéticos en España y, con mayor razón aún, en el recuerdo resentido de Lenin sobre sus primeras entrevistas con los emisarios de los movimientos obreros españoles.

La filípica de Angel Pestaña

Desunidos y abrumados por las consecuencias de su fracaso en la revolución de 1917, los movimientos obreros españoles trataron de compensar sus cuitas con las noticias que llegaban de la revolución soviética. En el mes de diciembre de 1919 se celebran casi simultáneamente dos Congresos extraordinarios del PSOE y de la CNT, deslumbrados por el atractivo de la revolución soviética. Poco después parten para Rusia enviados especiales con el expreso encargo de informar, a su vuelta, sobre las posibilidades de adhesión definitiva de los movimientos españoles a la Tercera Internacional de Lenin.

En su interesantísima obra, por desgracia demasiado breve, *Setenta días en Rusia,* Ángel Pestaña, defensor con Salvador Seguí del sindicalismo puro y apolítico, nos cuenta su extraordinaria aventura soviética. Es el único delegado de la CNT que consigue llegar a Petrogrado con tiempo para asistir a las reuniones del II Congreso de la Comintern, que se celebra en julio y agosto de 1920. Allí puede conversar con Víctor Serge, quien a pesar de sus trabajos como propagandista de la Tercera Internacional le revela las graves inconsecuencias de la obra leninista y le predispone en sentido crítico para su participación en el II Congreso, en el que actúa dentro del Comité principal. Por su sinceridad y su dominio del francés, Pestaña causa una gran impresión en las deliberaciones. En una ocasión, harto de escuchar alabanzas

indiscriminadas al partido comunista, se levanta y exclama: «Es posible que en algunos países los obreros quieran agruparse en partidos políticos; en España no tenemos necesidad de ellos. Y la Historia enseña que las revoluciones, empezando por la francesa, se han hecho sin partidos». Consecuente con esta idea, Pestaña se abstiene de votar en nombre de la CNT la aceptación de las *Veintiuna condiciones* propuestas por Lenin a los grupos extranjeros para el ingreso en la Internacional Comunista, aunque vota a favor de la Internacional Sindical Roja, y al término del Congreso acepta la invitación de Lenin para una larga entrevista personal.

La entrevista, que se celebra inmediatamente, es uno de los momentos estelares de la historia del movimiento obrero español. El ascético representante de los proletarios españoles lanza, ante los intérpretes asombrados, una tremenda filípica al ya omnipotente dictador soviético cuando éste le pregunta el concepto que merecen al delegado español los representantes de la revolución europea:

—¿Queréis que os sea franco? —pregunta Pestaña.

—Para eso os lo pregunto —dice Lenin.

—Pues bien, aunque el saberlo os cause alguna decepción, ese concepto es deplorable. Salvando raras excepciones, todos tienen mentalidad burguesa.

Lenin, atónito, replica:

—¿Y en qué os fundáis para emitir juicio tan desfavorable?

El sindicalista castellano, que para dirigirse a Lenin utiliza siempre el plural mayestático, explica:

—Me fundo en la contradicción entre los discursos que pronunciaban en el Congreso y la vida ordinaria que hacían en el hotel. ¿Cómo queréis, Lenin, que creamos en los sentimientos revolucionarios, altruistas y emancipadores de muchos de esos delegados que en la vida de relación diaria obran ni más ni menos como el más perfecto burgués? Murmuran y maldicen de que la comida es poca y mediana, olvidando que los delegados extranjeros somos los privilegiados en la alimentación, y que millones de hombres, mujeres, niños y ancianos carecen no ya de lo superfluo sino de lo más absolutamente indispensable. ¿Cómo se ha de creer en el altruismo de esos delegados, que llevan a comer al hotel e infelices muchachas hambrientas a cambio de que se acuesten con ellos? A hombres y mujeres del pueblo los consideran servidores, criados, lacayos… Cada noche, al igual que si viajaran por países capitalistas, ponen sus zapatos en la puerta del cuarto para que el camarada servidor del hotel se los limpie y embetune. ¡Hay para reventar de risa con la mentalidad *revolucionaria* de estos delegados! Y esas lucrativas

componendas que presenciamos los que estamos asqueados de tantas defecciones; ese continuo ir y venir tendiendo la mano y poniendo precio a su adhesión reviste todos los caracteres de la más infame canallada, de la más indigna granujería. ¿Cómo vamos a creer en el espíritu revolucionario y en la seriedad de esas gentes?

Lenin escuchó en silencio, y al terminar Pestaña se puso en pie y, tras un breve saludo, partió. Cuando Pestaña regresa a Barcelona no puede transmitir su informe a la CNT; es encarcelado por orden de un Gobierno que le creía portador del fuego sagrado revolucionario y no de la más helada desilusión; la CNT sería para siempre enemiga acérrima del comunismo internacional.

Fernando de los Ríos no responde

En diciembre de 1919 y en junio de 1920 el Partido Socialista Obrero celebra dos Congresos para debatir, como tema principal, la adhesión del PSOE a la Tercera Internacional comunista creada por Lenin poco antes de la primavera del año 1919, para aprovechar el desencanto y la dispersión provocados por el reconocido fracaso de la Segunda Internacional ante la Gran Guerra de 1914-1918, entre cuyas consecuencias fundamentales se contó —como más trascendental— el triunfo de la revolución en Rusia y la implantación de un régimen soviético previa destrucción de la débil democracia republicana. En el congreso extraordinario de 1919 el PSOE rechazó la adhesión a la III Internacional por escaso margen de votos, y desde ese mismo momento empezó a gestarse la escisión inevitable entre *terceristas* o partidarios de la adhesión y socialistas democráticos, que aun aceptando los logros de la revolución en Rusia se oponían a incorporarse a la Internacional comunista o leninista. El impacto de la revolución soviética sobre el proletariado mundial ganaba cada vez más fuerza, y en su segundo congreso monográfico sobre la adhesión, celebrado en la segunda quincena de junio de 1920, se daba por descontada la aproximación del PSOE a la Tercera Internacional; pero se discutían dos modalidades de adhesión, la incondicional, propugnada por los tercerista, que maduraban su conversión en comunistas, y la condicionada, recelosa hasta conseguir más información sobre las orientaciones soviéticas, que defendían, con el doliente Pablo Iglesias, Julián Besteiro y Francisco Largo Caballero, aunque no faltaban importantes socialistas históricos a favor de la adhesión incondicional.

En el congreso extraordinario de 1920 venció la tesis de la adhesión condicionada y se decidió el envío a Rusia de los dos portavoces que habían

defendido esta tesis —el profesor Fernando de los Ríos— y la tesis de la adhesión incondicional, el histórico Daniel Anguiano. La delegación del PSOE llegó a Moscú en octubre de 1920, cuando Lenin había proclamado ya unas durísimas *veintiuna condiciones* que prácticamente enfeudaban a los partidos que se adhiriesen a la dictadura del partido bolchevique. A raíz del congreso extraordinario anterior, las Juventudes Socialistas se habían adherido por su cuenta a la Tercera Internacional y el 15 de abril siguiente se erigieron en Partido Comunista Español, sin más incidencia dentro del PSOE y destinado a una vida marginal y efímera. Pero este movimiento probaba que la tensión interna del socialismo español se acercaba al punto de ruptura.

Fernando de los Ríos ha contado, de forma inolvidable, su conversación con Lenin. Los historiadores socialistas, tanto los socialdemócratas (Virgilio Zapatero) como los marxistas radicales (Gómez Llorente), tratan de quitar importancia a esta conversación histórica; Zapatero ni la reproduce y Gómez Llorente la llama *manida*, nada menos. Pero según el testimonio del profesor de Granada se desarrolló así:

—¿Cómo y cuándo cree usted —interrogamos— que podrá pasarse del actual período de transición a un régimen de plena libertad para Sindicatos, Prensa e individuos?

—Nosotros —respondió Lenin— nunca hemos hablado de libertad, sino de dictadura del proletariado; la ejercemos desde el Poder, en pro del proletariado, y como en Rusia la clase obrera propiamente dicha, esto es la clase obrera industrial, es una minoría, la dictadura es ejercida por esa minoría y durará mientras no se sometan los demás elementos sociales a las condiciones económicas que el comunismo impone, ya que para nosotros es un delito así el explotar a otro hombre, como el guardarse la harina que ha menester alguien.

Tras explicar las graves dificultades en que se debate la nueva Administración soviética, continúa Lenin:

—El período de transición de dictadura será entre nosotros muy largo: tal vez cuarenta o cincuenta años. Otros pueblos, como Alemania e Inglaterra, podrán a causa de su mayor industrialización hacer más breve ese período; pero esos pueblos, en cambio, tienen otros problemas que no existen aquí; en alguno de ellos se ha formado una clase obrera a base de la dependencia de las colonias. Sí, sí; el problema para nosotros no es de libertad; respecto de ésta siempre preguntamos: Libertad, ¿para qué?

Fernando de los Ríos no responde. No puede responden Regresa a España y comunica su informe al nuevo congreso extraordinario del PSOE, que se

celebra, con las dos facciones a punto de ruptura, en el mes de abril de 1921. El dilema, ahora, es mucho más tajante: ¿Se aceptan o no las *veintiuna condiciones* de la Internacional Comunista? Pablo Iglesias, enfermo, no asiste, pero envía una carta en que fija con toda claridad su posición: totalmente favorable a la propuesta moderada que va a presentar Fernando de los Ríos. No es una propuesta socialdemócrata sino francamente revolucionaria; que aprueba de lleno la revolución rusa. Pero en cambio rechaza las condiciones de la Tercera Internacional y se inclina por no ingresar en ella, con lo que el PSOE se mantendría fiel al espíritu de la Segunda Internacional resucitada, aunque sin demasiado vigor, en Viena. Largo Caballero, que con vistas a la inevitable sucesión de Pablo Iglesias se perfila cada vez más como líder de la mayoría obrerista del PSOE, se alinea también con el fundador, y de paso proclama el antimilitarismo del partido, si bien rechaza el montaje de una campaña contra el Ejército en el interior de los cuarteles. Pero conviene reflejar exactamente su tesis en este punto: «Hemos dicho que el Partido Socialista Español era eminentemente antimilitarista». El profesor Julián Besteiro se sitúa en posición parecida respecto del tema principal. Afirma la necesidad de implantar la dictadura del proletariado, pero sólo en el caso de que las condiciones de España llegan a parecerse a las de Rusia; pero no acepta el dictado de las *veintiuna condiciones*. Celebrada la votación, venció la propuesta de Fernando de los Ríos, para incluir al PSOE en la nueva versión vienesa de la Segunda Internacional, con 8808 votos. Fue rechazada la propuesta de los radicales, que proponían aceptar las condiciones de Lenin y convertir al PSOE en un partido satélite del soviético, por 6025 votos. Al conocerse este resultado se produjo inmediatamente la temida escisión. El excapitán Óscar Pérez Solís, líder de los terceristas, lee un documento que firmaron también otros socialistas históricos, como Perezagua, Acevedo, Virginia González, Torralba, etcétera. La nueva Ejecutiva, presidida por Iglesias, con Besteiro como vicepresidente, Saborit como tesorero, y Largo Caballero, Indalecio Prieto, Fernando de los Ríos y Lucio Martínez, entre otros, como vocales, comunicó inmediatamente un manifiesto en que se decía, entre otras cosas:

«Nosotros no estamos conformes con las condiciones que impone la Tercera Internacional de Moscú; pero afirmamos hoy, como lo hicimos desde el primer día de la Revolución rusa, que estamos, sí, identificados plenamente con aquella Revolución; con ella principia la era del desmoronamiento capitalista y de las realizaciones socialistas».

En los locales de la Escuela Nueva, vivero de intelectuales socialistas hasta poco antes, se reunían poco después los socialistas escindidos y daban a luz el segundo y definitivo partido comunista, que se llamó de momento Partido Comunista Obrero Español y abrevió después su nombre al actual Partido Comunista de España, bajo la supervisión del emisario de la Comintern, el diputado italiano Graziadei. Los dos partidos comunistas se fundían, a requerimiento de la Internacional Comunista, en noviembre de 1921. Poco después del congreso socialista de la escisión, el Ejército español sufría un terrible desastre entre Annual y Monte Arruit, se hundía la Comandancia de Melilla y se alzaba, promovido en buena parte por la pequeña minoría socialista en el Congreso, el clamor por las responsabilidades. El débil sistema liberal de la Restauración vacilaba, incapaz de plantear los problemas de la España real. Casi todo el mundo acabó por convencerse de que una dictadura militar era, gustase o no, el único camino. La CNT rechazaba también, poco después de los socialistas, la adhesión a la Tercera Internacional, que lograba la incorporación de importantes núcleos socialistas en Francia y en Italia; pero se veía repudiada por la gran mayoría del movimiento obrero español, orientado ahora contra Lenin como muchos años antes decidió rechazar a Marx.

FUENTES Y AMPLIACIÓN

Hemos transcrito el contenido de las dos fundamentales entrevistas con Lenin, que son el tema principal de este capítulo, directamente de los escritos de los antagonistas españoles. Ángel Pestaña narra su encuentro en *Setenta días en Rusia, lo que yo pienso*, Barcelona, Lib. Española de Antonio López, s.a. Fernando de los Ríos narra su experiencia en *Mi viaje a la Rusia sovietista*, Madrid, 1921, reeditado recientemente por Alianza Editorial. Lo esencial de la conversación del profesor De los Ríos con Lenin, así como un detallado estudio de los congresos del PSOE entre 1918 y 1921, con la escisión del grupo comunista, puede consultarse en M. Gómez Llorente, *Aproximación a la historia del socialismo español* (hasta 1921), Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1972.

González Peña.

Tomás.

Los dirigentes socialistas Ramón González Peña y Belarmino Tomás dirigían las operaciones militares y organizaban su retaguardia como República socialista.

Dolores Ibárruri, a la luz de los incendios de octubre, emerge como máxima estrella propagandística del proletariado. (A su izquierda, el secretario general del PCE, José Díaz.)

CAPÍTULO 8
LA CRISIS DEL PARTIDO, POR LA SUCESIÓN DE PABLO IGLESIAS

Agonía y muerte de «El Abuelo»

A partir de la revolución de 1917, Pablo Iglesias arrastra su vida entre el dolor físico y la angustia moral por su obra. Ha votado sinceramente en contra de la adhesión a la Tercera Internacional después de sopesar, con los informes de sus enviados, el cinismo antidemocrático de las *veintiuna condiciones* leninistas; pero sus recuerdos y su alma se desgarran cuando ve que abandonan las filas del PSOE, junto a un grupo inestable de jóvenes militantes oportunistas, miembros de la vieja guardia tan queridos para él como Rodríguez Acevedo, Perezagua, García Quejido y Daniel Anguiano, aunque ya pesaban sobre éste acusaciones de traición con motivo de su actuación en los sucesos de 1917. Las sesiones de los Comités ejecutivos del PSOE y de la UGT, que desde 1917 se celebraban en su casa de la calle de Ferraz, tienen al fin que reunirse sin él. Pronto echan de menos su presencia y su saludo los obreros que edificaban las lujosas mansiones del paseo de Rosales, por donde «El Abuelo» paseaba las tardes de sol. Ya no puede asistir a la segunda sesión de la Asamblea de Parlamentarios en Madrid; participa cada vez menos en las actividades políticas y se limita a aconsejar a todos la unión, pero ni él ni ningún otro de los dirigentes socialistas de Europa consigue apuntalar la precaria supervivencia de la Segunda Internacional. Las discordias entre la UGT y la CNT adquieren en ocasiones aspectos de guerra civil dentro del proletariado militante; «El Abuelo», impotente para conjurar los peligros que por la derecha y por la izquierda, desde la política española y la política soviética, se ciernen sobre su obra, encuentra refugio en el consejo personal, en los cientos de cartas que cada vez más penosamente sigue dirigiendo a sus fieles, en la lectura de obras tan dispares como las dos que quedaron, abiertas y anotadas, sobre la mesa de su despacho monástico: el primer tomo de las *Memorias* del conde de Romanones, y el libro que, en

malas traducciones francesas y españolas, hacía furor en las conversaciones de los universitarios avanzados y los *snobs* madrileños: la *Decadencia de Occidente*, de Oswald Spengler.

Pero todo iba ya a terminar para el fundador del socialismo en España. Su titánica lucha material y moral contra la enfermedad —agravada porque la Dictadura le suprimió, como a todos los diputados de la Monarquía, el subsidio de 500 pesetas mensuales— llegaba a su término una brillante mañana de diciembre de 1925. Miles de madrileños, incluso muchos que no estaban afiliados a su partido ni a sus sindicatos; docenas de hombres políticos del socialismo y de campos nada afines al socialismo, como el jefe del partido conservador, señor Sánchez Guerra, le acompañaron hasta su tumba fría del cementerio civil de Madrid, muy cerca de la aún más fría tapia con que los hombres prolongan a veces hacia la eternidad la eterna incomprensión de sus vidas. El último de sus compañeros que soltó las asas de su féretro era el vicepresidente del PSOE, el profesor Julián Besteiro. Por aquellos mismos días otro gran luchador de muy distante trinchera, don Antonio Maura, pasaba también a otra vida y a la misma Historia. Poco imaginaron los dos viejos adversarios de 1909 que la condena de uno de ellos contra el otro estaba destinada a cumplirse por una voluntad superior y descendería, compasivamente, sobre los dos a la vez. Esta tierra dura y sedienta que ahora les albergaba, la misma tierra por debajo del muro de los hombres, no pudo beneficiarse con los surcos paralelos de dos políticos que la amaban por igual, y que a la larga habían dado su vida por ella. Por el momento, los herederos de los dos precursores tampoco harían nada para comprenderlo.

El apogeo de don Julián Besteiro

La deserción de la vieja guardia obrera del PSOE y la elocuencia de don Fernando de los Ríos aclararon el camino del profesor Julián Besteiro dentro de la jerarquía socialista. Ungido por el propio Pablo Iglesias, el catedrático de Lógica en la Universidad Central fue designado como presidente del PSOE y de la UGT; en sus manos estaba la herencia completa del fundador. Su mandato, sin embargo, no pudo brillar a la altura de sus cualidades personales y políticas. Primero, porque España estaba en plena luna de miel con la Dictadura; la decisiva victoria de Alhucemas, que para muchos españoles, entre ellos el propio dictador, parecía ser la consolidación sin límites del Régimen, había liquidado la pesadilla africana solamente dos meses antes de

la muerte de Pablo Iglesias y la exaltación semiclandestina del profesor Besteiro a la doble jefatura de sus huestes. La Dictadura no admitía la existencia de los partidos políticos y ensayaba por entonces, en su *gobierno de hombres civiles* surgido al resplandor de la victoria de Alhucemas, nuevos métodos tecnocráticos que en manos de jóvenes procedentes de cepas mauristas y centroderechistas parecían a todos la última palabra de las ideas y las esperanzas políticas de la segunda *belle époque* europea en el siglo XX. La palabra mágica era el *corporativismo*, tan brillante que nadie se tomaba el trabajo de definirla ni menos de analizarla.

Jamás fue el profesor Besteiro un auténtico marxista; si quisiéramos catalogarle políticamente —tarea difícil—, le llamaríamos doctrinario abierto a las evoluciones de la socialdemocracia europea, con un ojo en el laborismo y otro en el revisionismo continental que acabó por convertirse en doctrina de la Segunda Internacional tras la temprana siembra de Bernstein. Pese a su aparente rigidez, que tanta impresión había causado en su antecesor Pablo Iglesias, el profesor Besteiro era hombre profundamente humano, ansioso de diálogo y propenso a la comprensión, aunque su instinto polémico le desviaba a veces hacia el formalismo. Acosado por la maledicencia de algunos núcleos obreros del PSOE y de la UGT, que jamás trataron de comprenderle, no pudo dedicarse plenamente ni a la política ni a la cátedra, y no nos ha dejado obras definitivas en ninguno de los campos. En cambio, nos ha dejado gestos llenos de valor y de nobleza, tal vez la más preciada herencia que en tiempos de oportunismo y de cobardía universal puede legar un político a la consideración de sus compatriotas.

«El Partido Socialista Obrero Español se alzaba en la vida política del país como una fortaleza incorruptible», escribe el autor del *Anticaballero*, Gabriel Mario de Coca, tan identificado con la línea besteirista que a veces nos hemos sentido inclinados a pensar que se trata del propio Besteiro. «El partido socialista vivía entonces —continúa el mismo autor, refiriéndose al final de la década de los veinte—, con más ferviente emoción que nunca, los alientos de su propio ser. Era el único organismo nacional que poseía una tradición y una fortaleza, doblemente temible por su magnitud y por su experiencia. La Ejecutiva del partido cultivaba un criterio de honda raíz marxista, un socialismo añejo, estructurado por esas inspiraciones de la concepción materialista de la Historia que suelen atribuir un valor voluble e ingenuo a las idealidades que sólo se sustentan en el mito de la política y no son producto de la crítica de la realidad económica ni se empapan, por tanto, en su poder

fecundo». En el capítulo siguiente matizaremos estas entusiastas afirmaciones.

Travesuras de Indalecio Prieto

Junto al doctrinarismo de Besteiro y el oportunismo nada intelectual de Francisco Largo Caballero surge ya en vísperas de la Dictadura el que pronto será abanderado de la tercera corriente del socialismo español, la denominada por él mismo *centrista*: Indalecio Prieto. Es el momento de introducir en nuestra historia a este español singular, tan mal comprendido por los historiadores y por sus propios correligionarios, tan difícil de encasillar en la política española e incluso en la política socialista. El joven diputado por Bilbao —había nacido en 1882 en Asturias, pero siempre se consideró bilbaíno— tuvo que luchar con dureza y valor sin par para abrirse paso en la vida tras su niñez «desvalida y desorientada», como la llama un biógrafo. Despierta inteligencia, hondo sentido humano, incansable espíritu de lucha, le condujeron a la cumbre del periodismo bilbaíno y a la cumbre de la política nacional. No tuvo tiempo para recibir una instrucción organizada y es el ejemplo típico del autodidacta, tan repetido en el periodismo español contemporáneo. Gozaba de la buena mesa y conocía, hasta detalles increíbles, los libretos y la música del repertorio zarzuelero español. Cultivó siempre una amplia base de contactos personales y desde su juventud se preciaba de ser, con toda razón, el hombre mejor informado de España; docenas de veces reveló al jefe del Gobierno de la primavera trágica, Casares Quiroga, los detalles anticipados de la gran conspiración, sin conseguir otro resultado que ser despedido violentamente como «menopáusico» —la cita es exacta— por el confiado hombre de Gobierno «que se iba a acostar cuando los militares se levantaban». Es Prieto el menos dogmático de los socialistas españoles; confesaba abiertamente que jamás había encontrado tiempo para aburrirse leyendo a un Marx incomprensible, y ni siquiera por *pose* se declaraba marxista, como superficialmente solían hacer Besteiro y sus amigos, con discutible sinceridad. Era Prieto un buen burgués socialdemócrata, pero jamás desafió ni a la disciplina de su partido ni a su dedicación a la clase humilde y pobre en que nació. Su vida, sobre todo después de las tensiones febriles de la guerra civil y tras su defenestración por los comunistas, se cargó de puntos oscuros que han enturbiado su imagen histórica; pero en una o dos ocasiones trascendentales estuvo a punto de convertirse en el salvador de España.

Elegido diputado a las Cortes de 1918, después de su participación, un tanto rocambolesca, en la revolución de 1917, Prieto se convirtió inmediatamente en la revelación de la izquierda antidinástica. Gran conocedor de los entresijos de la política africana —había estado en Marruecos como periodista y como agente más o menos secreto de su protector, el millonario bilbaíno Horacio Echevarrieta, negociador con Abd-el-Krim para la devolución de los prisioneros españoles de 1921—, sus discursos crearon en el Parlamento y en el país el ambiente propicio para la exigencia unánime de responsabilidades por el desastre; y bajo su dirección oratoria y política, la izquierda y el centro se unieron entre 1921 y 1923 con pretensiones que evocaron más de una vez las perspectivas de una convención. Es indudable, como se deduce de muchos datos y de las obras de observadores de la talla de un Ernesto Giménez Caballero, que la actitud de Prieto resultó decisiva para acelerar la implantación de la Dictadura.

Ya antes de este momento se había ganado Indalecio Prieto justa fama por sus impresionantes travesuras políticas. En una ocasión, recién designado para el escaño de las Cortes, se atrevió a sustituir a don Miguel de Unamuno en una conferencia del Ateneo. Nadie quería el encargo, y, como nota Prieto, «resultaba necesario encontrar un irresponsable y el irresponsable era yo». En la primavera de 1923 el Gobierno disuelve las Cortes para evitar que la inmunidad parlamentaria proteja a Prieto, decidido a atacar duramente a la Monarquía en la misma tribuna del Ateneo. Era no conocerle. Su ataque fue tan virulento que el dibujante de *El Sol*, el inimitable Bagaría, publicó su caricatura con la cabeza en forma de bomba explosiva. Detenido, cita como fiadores al presidente del Consejo, García Prieto, y al conde de Romanones; la ley obliga a comparecer a los citados, quienes, para no hacerlo, ordenan la libertad del detenido.

La sucesión de Pablo Iglesias queda, pues, provisionalmente resuelta con la designación del profesor Besteiro; pero el nuevo prestigio de Largo Caballero y de Prieto parecían presagiar una dura crisis interna del PSOE y de la UGT, como en realidad sucedió. Es el propio Prieto quien, al evocar el entierro de «El Abuelo», escribe: «Me volví y, contemplando el gentío que como enorme mancha negra cubría la calle de Alcalá, contesté: Temo que, muerto Iglesias, no pueda recogerse en toda su vastedad la fuerza que representa esta adhesión casi increíble que hoy se le rinde. Pasé mi mirada por cuantos formaban la presidencia del duelo, y no encontré, ni sumándolos todos, la sustitución, aunque allí figurasen Largo Caballero, Besteiro y el

propio De los Ríos. Ninguno, por altos que fuesen sus méritos, tenía la atracción simbólica de "El Abuelo"…».

La crisis, incubada con motivo de la colaboración de la UGT con la Dictadura, iba a estallar abiertamente en el prólogo de una segunda colaboración: la colaboración republicana del PSOE. Y de crisis degeneraría en guerra civil y en desastre cuyos ecos siguen hoy surcando la historia del socialismo español, a punto de convertirse en trágica.

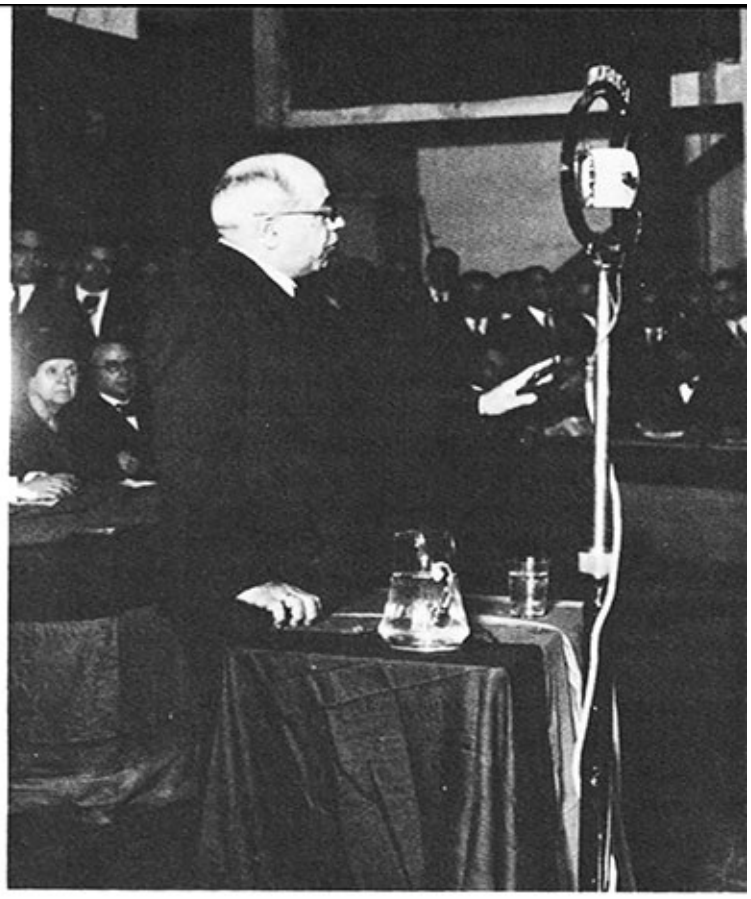
Pablo Iglesias, al desaparecer, dejaba un partido relativamente recuperado ya de su escisión comunista, y relativamente tolerado por los militares de la Dictadura, que procuraban, con sentido populista, la colaboración con el socialismo. El marxismo original del PSOE se mantenía teóricamente como doctrina oficial en su programa vigente, pero en realidad la ideología socialista en España era confusa, admitía el revisionismo y la socialdemocracia reformista y cultivaba con intransigencia el anticlericalismo y el antimilitarismo. Indiferente a las formas de gobierno, el socialismo español rechazaba más a la monárquica que a la republicana, pero sin insistencias dogmáticas. Era el socialismo español un radicalismo populista, con un fuerte rescoldo marxista capaz de incendiarse revolucionariamente cuando las circunstancias lo fomentasen como había predicho Besteiro, el preconizado y después elegido sucesor de Pablo Iglesias Posse.

FUENTES Y AMPLIACIÓN

La fase final en la vida del fundador del PSOE puede ampliarse en J. J. Morato, *Pablo Iglesias…*, ya citada. Las actuaciones parlamentarías de Iglesias aparecen en las citadas obras de M. Teresa Martínez de Sas, *El socialismo y la España oficial*, y Antonio Padilla Bolívar, *Pablo Iglesias y el parlamentarismo restauracionista*, interesantes además para fijar la ideología concreta del fundador del PSOE. Sobre Besteiro —figura que todavía no se ha estudiado en plenitud— la obra más interesante es la de Emilio Lamo de Espinosa, ya citada. Desde este momento la historia interna del PSOE ha sido analizada por un testigo excepcional: Gabriel Mario de Coca, *Anticaballero, crítica marxista a la bolchevización del Partido Socialista*, editada por vez primera en Madrid en 1936 y reeditada oportunamente por Ediciones del Centro, Madrid, 1975, con introducción y notas de Marta Bizcarrondo. Para la trayectoria socialista de Indalecio Prieto hay que recurrir a sus obras, sobre todo *Convulsiones de España* y *De mi vida*, citadas al final del capítulo 1.

Sobre Bernstein, el primer revisionista del marxismo en relación con el socialismo español, ver Manuel Pastor, «Una revisión del revisionismo: la teoría política de Eduard Bernstein», *Revista de Política Comparada*, Univ. Inter. Menéndez Pelayo, 8 (primavera 1982), pp. 67 y ss. Sobre el marxismo en la ideología del PSOE ver Elias Díaz, «Marxismo y no marxismo: las señas de identidad del Partido Socialista Obrero Español», en *Sistema*, 29-30 (mayo 1979), pp. 211 y ss. La misma revista *Sistema* dedicó su número 11 (octubre 1975) a la obra, la producción ideológica y la antología de textos de Pablo Iglesias, con cierto sabor hagiográfico, participación del historiador marxista-comunista Antonio Elorza e inclusión del discurso de Besteiro en 1926 *La obra de Pablo Iglesias.*… El libro de Fernando de los Ríos *El sentido humanista del socialismo* (Madrid, 1926) es contradictorio: critica profundamente al marxismo teórico y luego asume una posición práctica netamente marxista.

La génesis de nuestro Frente Popular es iniciada paradójicamente por la ciega persecución de las derechas contra Manuel Azaña. (Azaña en un mitin del Frente Popular.)



A fines de 1936 las Juventudes Socialistas claman por la «derrota de la burguesia y el triunfo de la revolución bajo la forma de dictadura proletaria.» (Santiago Carrillo en un mitin de las JSU.)

EL SOCIALISTA

PABLO IGLESIAS, FUNDADOR

Año LI.—Núm. 8.062 Madrid, martes 18 de febrero de 1936 Precio del ejemplar, 15 céntimos.

LA REPUBLICA, RESCATADA

El Frente popular victorioso en toda España

DESPUÉS DE LA VICTORIA

Una sola demanda: el Poder

¡Otra vez la República!—Amnistía.—El Partido radical, liquidado.—Los fascistas, fuera de circulación.—Asturias y Cataluña.—La unidad obrera.—El buen pueblo de Madrid

CON LA CONCIENCIA A CUESTAS

Los radicales toman la raya

El 16 de febrero triunfó en las urnas, de forma que después se manipuló y exageró pero que no cabía negar, el Frente Popular español.

Cree Madariaga, y no le falta razón para ello, que si hubiese madurado este plan Azaña-Prieto, España hubiera podido salvarse de los horrores de la guerra civil.

CAPÍTULO 9
LARGO CABALLERO, CONSEJERO DE ESTADO EN LA DICTADURA

Durante los años veinte la evolución del socialismo español se inscribe en un trascendental movimiento interior —la dictadura de Primo de Rivera— que forma parte, a su vez, de una onda autoritaria populista coincidente, pero no identificada absolutamente, con el fascismo. El fascismo había triunfado en Italia con la Marcha sobre Roma que dirigió Mussolini en octubre de 1922; Primo de Rivera, que dio su golpe de Estado casi un año después, el 13 de septiembre de 1923, llegó a verse en algún momento como un Mussolini español, pero esa equiparación no deja de ser genérica por una parte y superficial por otra. Los populismos autoritarios, o «totalitarismos conservadores», como les denomina el profesor José Andrés Gallego, fenómenos típicos del período de entreguerras, se inauguran con Mussolini y Primo de Rivera, para seguir con Gomes da Costa en Portugal y Pilsudski en Polonia (1926), Venizelos en Grecia (1928) y Alejandro I en Yugoslavia (1929). Durante la siguiente década de los años treinta el populismo se extenderá por América mientras el fenómeno paralelo del fascismo se impondrá en Europa gracias a la prepotencia del hombre a quien Mussolini se derretía llamándole discípulo: Adolfo Hitler. Pero este fascismo brutal y agresivo sería el horizonte de la Segunda República española. La Dictadura coincidió con un fascismo que no desplegaba todavía toda su capacidad violenta y fascinaba a muchos observadores, incluso demócratas, con sus logros espectaculares en su política de obras y realizaciones, con sus alardes de disciplina nacional, progreso material y fervor cívico. El fascismo, desde sus primeros momentos en el poder, decretó el aniquilamiento del socialismo, pero esta amenaza sólo se advirtió con fuerza por el socialismo español hasta la década siguiente. De momento el fascismo aparecía como una esperanza o como una incógnita, mientras la doctrina social católica se inclinaba cada vez con más decisión ante el corporativismo, asumido por el fascismo como su entramado social.

El segundo fenómeno europeo que influye, y de momento mucho más decisivamente que el fascismo, sobre el socialismo español durante la Dictadura es el auge del laborismo o socialismo reformista británico, definitivamente apartado del marxismo revolucionario (aunque no, por su ala izquierda, del marxismo teórico) y ya en trance de sustituir al decadente liberalismo como partido-alternativa en el tumo con los conservadores. En diciembre de 1923 el partido laborista avanza mucho en los resultados electorales y, para aislar a la minoría más numerosa, la conservadora, entra en coalición con el partido liberal y consigue situar por primera vez en la historia británica a un socialista, Ramsay McDonald, al frente del Gobierno. La experiencia resulta bastante efímera, pero el laborismo, pese a retrocesos inmediatos, marginará al liberalismo y se afianzará como alternativa, gracias al poderoso respaldo social y electoral de los sindicatos británicos, las Trade Unions. El PSOE y la UGT sienten con fuerza enorme el tirón laborista, acentúan el carácter reformista de su ideología y por primera vez contemplan seriamente la posibilidad de alcanzar el poder en España. Primo de Rivera intuye con profundidad política esta disposición y como por su parte siente con viveza el populismo, decide apoyarse en los socialistas españoles para ampliar el soporte popular de su régimen, gradualmente divorciado de las capas sociales más privilegiadas y reaccionarias. El encuentro final entre el socialismo y la Dictadura se frustró, como veremos; pero constituye una de las experiencias políticas más apasionantes de la historia contemporánea española, sin que la presencia de la Monarquía constituyese, a pesar de las preferencias socialistas por la República, un obstáculo insalvable. Por otra parte, esta colaboración de los socialistas con la Dictadura provocó en el seno del PSOE una peligrosa escisión, que marcaría gravemente su trayectoria en el futuro inmediato.

La contradictoria personalidad de Largo Caballero

Aunque ya nos hemos referido a él varias veces en el curso de esta historia, la personalidad de don Francisco Largo Caballero es todavía un enigma para el historiador que trata de detectarla a través de juicios encontrados y hasta contradictorios, debidos a miembros de su propio partido. Adelantemos que pocas personas resumen en su vida y en su calvario personal la tragedia del pueblo español como este hombre singular, uno de los pocos políticos de envergadura que Madrid ha dado a la España contemporánea.

La creciente influencia de Largo Caballero en el PSOE y en la UGT se derivó de su nunca desmentida raíz proletaria. Como tantos obreros madrileños, tenía que trabajar eventualmente en la construcción —incluso en menesteres tan duros como el trazado de las carreteras de entonces— durante los períodos en que el paro de otros sectores le impedía ejercer su oficio de estuquista. Fuerte, enérgico, de profundos ojos azules e innato magnetismo un tanto aristocrático, causaba honda impresión entre los obreros socialistas por la integridad de su vida, por su familia ejemplar, por la dedicación absoluta a la redención de su clase y por la estima con que siempre le distinguió Pablo Iglesias. Enviudó muy joven, y quedó con un hijo; su segunda esposa, doña Carmen Calvo —otra admirable mujer socialista—, le dio tres hijas —muy bellas— y un hijo, Paquito, que se convertiría en protagonista de un episodio dramático durante la guerra de 1936.

La miseria y el abandono de su niñez le mantuvieron largos años en el analfabetismo, del que no salió hasta cumplir los veinte; su autodidactismo posterior fue menos eficaz que el de Iglesias y su formación intelectual no superó nunca la fase primaria; desplegó, en cambio, bien pronto dotes extraordinarias de organizador. Fundó la Casa del Pueblo en Madrid, con Iglesias; fue elegido, con Iglesias, concejal por Chamberí; votó siempre con el fundador del PSOE en los Congresos y en las crisis del partido; el sindicato madrileño de la Construcción «El Trabajo» le eligió pronto para las ejecutivas del PSOE y de la UGT. En nombre de Iglesias negoció el pacto revolucionario con la CNT en marzo de 1917 y consiguió algo muy difícil para un dirigente socialista: la estima política del proletariado de Barcelona, que le elegiría diputado a Cortes en 1918. Ya conocemos su actuación en el Comité de la gran huelga revolucionaria de 1917.

Era Francisco Largo Caballero miembro de la ejecutiva de la UGT en el tormentoso período de los congresos de la adhesión socialista a la Tercera Internacional; lo mismo que Iglesias y los intelectuales del partido votó finalmente por la independencia por convicción democrática, y cuando el grupo juvenil del PSOE abandonó al socialismo junto con la vieja guardia histórica para fundar los partidos comunistas españoles, Caballero, elegido secretario general de la UGT, quedó marcado para siempre por la deserción de los jóvenes socialistas; esta huella reverdecería inesperada y decisivamente en la segunda gran crisis de las juventudes obreras españolas, a partir de 1934, y a la larga convertiría al sincero demócrata Largo Caballero en jefe de un ala socialista, a la que sin metáforas cabe designar como bolchevique. Nadie

mejor que él comprendería bien pronto el tal vez inevitable, y por eso trágico, error.

Hombre del pueblo y noblemente obsesionado por los problemas inmediatos del pueblo, que en la España de las *belles époques* dejaban poco margen para teorizaciones, es inútil preguntarse por la ideología política de Francisco Largo Caballero. No tuvo ni instrucción ni tiempo para creársela. Parece que no empezó a leer a Carlos Marx hasta su larga prisión de 1934 y 1935, tras la revolución de octubre. En cuanto le abandonó la sombra protectora de Pablo Iglesias su trayectoria política fue más bien oportunista, aunque, consciente de su vacío intelectual, buscaba sin demasiado discernimiento el apoyo de aquellos intelectuales que se le ofrecían. Para desgracia del socialismo español, los dos intelectuales que más influyeron después en la estrategia política de Francisco Largo Caballero fueron dos criptocomunistas al servicio de la Comintern: Luis Araquistáin, publicista brillante, obsesionado, y no sin razón, con la trágica marcha del socialismo germánico —que más tarde modificó su trayectoria personal y nos ha entregado sensacionales revelaciones sobre su etapa de compañero de viaje—, y Julio Álvarez del Vayo que quizá por sus mucho más limitados alcances no ha cambiado su rumbo personal, en permanente órbita de Moscú, compartida luego con la de Pekín.

Don Justo Martínez Amutio cree que se ha exagerado mucho la influencia de estos dos intelectuales criptocomunistas sobre Largo Caballero, pero el análisis histórico, tras reconocer la integridad, la dedicación y el patriotismo del personaje, parece tener que inclinarse a suscribir el duro juicio de un correligionario, Gabriel Mario de Coca, cuando escribe sobre el Largo Caballero de la época que estamos historiando:

«Francisco Largo Caballero goza en la masa obrera de un concepto superhumano, con el equipo completo de los atributos anejos de infalibilidad e inviolabilidad. Los trabajadores creen en él ciegamente, porque él les ha prometido su redención a plazo fijo, en un zafarrancho definitivo… Una labor polémica contra Largo Caballero es difícil y desabrida, puesto que no puede basarse en ideas. El ideario de Largo Caballero está inédito, más que para nadie, para él mismo, pues sus basculaciones de posición sólo hablan de desconcierto. Largo Caballero posee, a lo más, la dialéctica del oportunismo, que es una dialéctica práctica, de hechos que por no provenir de una ideología científica, que él no puede comprender nunca, integran un sofisma práctico, arrebatado de vivo por la contradicción, la paradoja y la sorpresa[7]».

La colaboración socialista en la Dictadura

Basta leer algunos *Bosquejos históricos de la Dictadura* debidos a plumas de la derecha para comprender que el acercamiento entre el general Primo de Rivera y el socialismo español fue un movimiento sincero, emprendido por iniciativa del dictador y secundado, tras varias indecisiones, por la mayoría de los hombres más responsables del PSOE y de la UGT. En este punto, como en otros tantos, el patriotismo romántico e inconformista de don Miguel tuvo que enfrentarse con incomprensiones y recelos de todo tipo. Antes de las cuarenta y ocho horas, tras el golpe de Estado, los socialistas publicaban un manifiesto en el que afirmaban: «La clase trabajadora, que tan triste experiencia había adquirido del proceder de las altas jerarquías militares, no debía prestar aliento a la sublevación preparada y dirigida por un grupo de generales que podían ostentar como emblema el favor y el fracaso enlazados». Impertérrito, el general Primo de Rivera insiste el 29 de septiembre de 1923: «Entonces podremos decir con fundamento que la regeneración la hemos iniciado pueblo y Ejército juntos, sin tener que vencer más que la resistencia, débil si marchamos unidos, de las organizaciones políticas, en gran parte contritas de su anterior actuación». Envueltos en la oleada popular que acompañó a la implantación de la Dictadura, los dirigentes socialistas aceptaron cada vez con más decisión las propuestas del general Primo de Rivera. No aplicó éste con rigidez sobre el PSOE la suspensión de los partidos políticos y en todo momento reconoció la legalidad de la UGT, mientras se dedicaba a la plena desarticulación de la confederación anarcosindicalista. Los doctrinarios anarquistas, para escapar a la aniquilación total, se agruparon en varios núcleos de terrorismo secreto (y por el momento silencioso), más o menos coordinados en la levantina Federación Anarquista Ibérica (FAI), pero la orgullosa CNT, que en 1919 había lanzado un reto homérico —absorción o muerte— a la UGT, vio deshechos sus cuadros, reducidos al mínimo sus militantes y cerrado el futuro previsible. En cambio, bajo la protección dictatorial, el PSOE y la UGT aumentaron enormemente sus efectivos —el incremento de militantes en la UGT llegó tal vez a cien mil—, y hacia 1927 parecía que el socialismo español, en cada vez más estrecha colaboración con el Gobierno, se convertía en el gran representante del proletariado de cara al futuro.

Mientras la ejecutiva del PSOE movía todos los hilos en una discreta y tolerada penumbra, la UGT participó en las tareas del Consejo Interventor de Cuentas del Estado, la Comisión Interina de Corporaciones, el Consejo de

Trabajo (organismo que había sustituido al Instituto de Reformas Sociales, de grata memoria para el Estado y los trabajadores españoles). Al configurarse los comités paritarios, tras el decreto de 1926 sobre organización corporativa nacional, la organización obrera legal con mayor número de afiliados —es decir, la UGT— tomó posesión de la inmensa mayoría de las delegaciones obreras en los comités, y, desde ellos, a fuerza de una gestión honesta, perseverante y hábil, ensanchó por todas partes la base del socialismo español. El líder del sindicalismo socialista asturiano, Manuel Llaneza, celebró con Primo de Rivera una entrevista resonante, de la que surgió la primera gran experiencia de socialización industrial en España: la famosa mina «San Vicente», en el valle de Langreo, administrada desde 1927 por el Sindicato Minero Asturiano, con Amador Fernández como gerente y Belarmino Tomás como director de los trabajos interiores. La gestión fue un éxito social y económico, y se rubricó en la sesión del Consejo de Ministros —agosto de 1929— en la Diputación Provincial de Oviedo, con la aprobación y puesta en marcha de varias medidas propuestas por Manuel Llaneza y encomendadas a la gestión del Sindicato Minero. El momento más profundamente simbólico de la colaboración entre el socialismo y la Dictadura fue, junto con esta sesión asturiana, el nombramiento para el puesto de consejero de Estado, en representación del Consejo de Trabajo, del vicepresidente de la UGT, don Francisco Largo Caballero.

Tempranamente, el 22 de septiembre de 1923, el PSOE permite a sus concejales y diputados provinciales que colaboren en las nuevas corporaciones locales de la Dictadura. La entrevista de Primo de Rivera con el líder sindical asturiano, Manuel Llaneza, inicia las disensiones internas: Largo Caballero, Besteiro (cuya futura enemistad con el líder obrerista no surgirá hasta mucho después) y Saborit, apoyados por el doliente fundador, Iglesias, imponen el colaboracionismo y arrastran a la inmensa mayoría del PSOE y la UGT contra el parecer de la minoría intransigente dirigida por Prieto y Teodomiro Menéndez. El tirón laborista confirma a Besteiro en su posición, y también influye poderosamente en Largo Caballero, quien en su libro de 1925, *Presente y futuro de la Unión General de Trabajadores*, apunta claramente a una orientación laborista de modelo británico para el PSOE y la UGT más coordinados aún que hasta entonces. Wenceslao Carrillo y Manuel Cordero son los vocales socialistas que participan como vocales en el Consejo Interventor de Cuentas del Estado; y el propio Caballero, con Núñez Tomás, Lucio Martínez y Santiago Pérez Infante, quienes se incorporan por Real Orden al nuevo Consejo Superior de Trabajo, que sustituye al Instituto de

Reformas Sociales. Precisamente en virtud de designación de este Consejo (según el método indirecto que los socialistas escogen para evadir las acusaciones de nombramiento a dedo) entra Largo Caballero en el Consejo de Estado, según nombramiento publicado en la Gaceta del 14 de octubre de 1924; no juró, sino que prometió, y no mencionó al Rey aunque sí a la Constitución (que incluía el régimen monárquico) al tomar posesión de su alto cargo.

Con este motivo Prieto protestó y dimitió de la Ejecutiva del PSOE. Fernando de los Ríos también manifestó su desacuerdo, pero Besteiro y la UGT apoyaron al nombramiento, mientras el PSOE se inhibía. «La política de participación del socialismo en los cargos públicos —resume el profesor José Andrés Gallego tras un lúcido análisis del problema— continúa a lo largo de todo el período de la Dictadura, hasta la misma dimisión de 1930».

Incluso después del desaire socialista a Primo de Rivera con motivo de las designaciones para la Asamblea Nacional. El 13 de septiembre de 1927 se nombran sin previa elección ni consulta miembros de la Asamblea Nacional a cuatrocientas personalidades políticas, entre ellas Largo Caballero, Fernando de los Ríos, Llaneza y la esposa de Besteiro, doña Dolores Cebrián. Los líderes socialistas habían mostrado, según el testimonio del ministro Aunós, su aquiescencia a esa designación si se les permitía guardar las formas y acceder a la Asamblea previa elección por un órgano social intermedio. Pero Primo de Rivera no cedió y los congresos extraordinarios del PSOE y la UGT, reunidos el 7 de octubre de 1927, rechazaron los nombramientos.

Pero este hecho no marcó el final de la colaboración socialista con el régimen dictatorial. Los líderes socialistas habían venteado el poder y seguían a su acecho. En junio y septiembre de 1928 se celebraron, con permiso de la Dictadura, los Congresos ordinarios del PSOE y la UGT. En uno y otro triunfó abrumadoramente la línea colaboracionista (por 5388 votos contra 740 en el caso del PSOE) contra la intransigente de Prieto, Teodomiro Menéndez y Gabriel Morón. Para presidir la ejecutiva del PSOE se eligió a Besteiro; con Caballero de vicepresidente y Saborit de secretario.

Deserciones ante la tormenta

«Probablemente, la Dictadura de Primo de Rivera fue más beneficiosa que perjudicial para la nación», afirma el historiador socialista Antonio Ramos Oliveira, antes de confundir, a fuerza de estadísticas insuficientes y tergiversadas deducciones teóricas, la limpia y enérgica trayectoria de la

política social del vencedor de Alhucemas. Pero el socialismo, que tantos beneficios había obtenido de la Dictadura, cayó en la más oportunista de las ingratitudes en cuanto la gran esperanza de los años veinte comenzó a escorar. El corporativismo no conseguía calar en la conciencia nacional como fórmula armónica; la Unión Patriótica nacía muerta, sin imaginación ni inteligencia suficientes para canalizar la adhesión popular; las inútiles agresiones Institucionales del cada vez más incomprendido y acosado general confluían con los contraataques de la vieja política y con el absurdo enconamiento de la hostilidad de los estamentos intelectuales, alzados en su propio griterío negativista y cobarde. El régimen perdía la confianza en sí mismo cuando aún gozaba de una casi intacta confianza popular; las disensiones entre sus hombres más representativos surgían ante el endurecimiento de la Corona, y por todas partes se orquestaba un movimiento de deserción y de *manos fuera* para huir de la nueva exigencia de responsabilidades por colaboracionismo. Los comprometidos líderes del socialismo no son excepción. Se niegan a participar en los proyectos para la constitución de la Asamblea Nacional; insisten en varios intentos espectaculares de oposición aparente, y se dedican cada vez con mayor afán a inventar una complicada trama de explicaciones y teorías para justificarse ante los enemigos irreconciliables de la Dictadura y alejar de sí las acusaciones de colaboracionismo, pero siguen colaborando en sus cargos hasta el final. Es el primer gran esfuerzo de purificación histórica —es decir, de oportunismo propagandístico— emprendido por el socialismo español, y en ese esfuerzo lleva la voz cantante el principal de los colaboracionistas del PSOE, el consejero de Estado de la Dictadura, don Francisco Largo Caballero, quien para no perder el control de las masas de la UGT será capaz de arrojarse casi incondicionalmente a un nuevo colaboracionismo expresamente prohibído en el testamento político de Pablo Iglesias: el colaboracionismo con los republicanos, interrumpido por el fundador del PSOE, quien tampoco fue un paradigma de consecuencia política, en el año difícil de 1919.

Eso sí, la amenaza comunista, tan grave a raíz de las escisiones después de los consejos de la adhesión, había desaparecido por el momento —para el PSOE y para España— al término de la Dictadura. Los primeros comunistas españoles se destacaron muy pronto por su espíritu de algarada revolucionaria y estuvieron a punto de liquidar a Indalecio Prieto en un tumulto bilbaíno. Restallaron las primeras órdenes de Moscú y los dos partidos comunistas gemelos y hostiles —el PCO y el PCE— se unieron con pérdida de numerosos efectivos, que fueron regresando al socialismo o al sindicalismo,

las dos ramas de las que se desgajó el débil comunismo original en España. Pero la historia comunista de la primera década es lamentable. La vieja guardia del socialismo no resistió los dictados brutales de la Comintern y se refugió en el silencio y el olvido. Los jóvenes más aprovechados vieron cerrado el horizonte y huyeron a unas filas imposibles: las del conde de Romanones, nada menos. El pequeño grupo de los fieles a todo trance fue cínicamente utilizado por Moscú en sus negociaciones petroleras con Calvo Sotelo, y naufragó en el petróleo soviético y en algunas oficinas de esa gran creación económica de la Dictadura que se llamó la CAMPSA. Mientras el socialismo español terminaba los años inciertos y quijotescos de la Dictadura armado de todas sus armas, los tres o cuatro centenares de comunistas autóctonos no eran más que una ignorada tertulia que ni siquiera pudo ser llamada a la Asamblea Nacional porque no hubo manera de encontrar media docena de sus miembros que supieran leer y escribir.

También los sindicatos católicos —frustrados relativamente en las ciudades, poderosos cada vez más en los campos— y los Sindicatos libres de Cataluña —de raíz católica y oposición armada al sindicalismo libertario— se quejaban de las preferencias dictatoriales hacia la UGT. El desaire final de los socialistas a la Dictadura ocurrió en el año 1929, cuando ya el régimen entraba en barrena. El 6 de julio de ese año la Asamblea Nacional Consultiva, encargada de preparar una nueva Constitución, aceptó las exigencias socialistas y pidió a la UGT que designase cinco militantes obreros para participar en sus sesiones. Entonces, con la oposición de Julián Besteiro, que prefería aceptar, la UGT se opuso; Largo Caballero se sumó a la mayoría en un nuevo gesto de oportunismo político. El pretexto fue que los socialistas se decantaban por «un Estado republicano de libertad y democracia». Pero Largo Caballero no dimitió de su puesto en el Consejo de Estado.

Tres años antes, en 1926, el profesor Fernando de los Ríos publicaba libremente en Madrid, ediciones Morata, su conocido libro *El sentido humanista del socialismo*. Es una obra de suma importancia y junto con la interpretación histórica de Araquistáin sobre los sucesos de 1917 constituye seguramente la aportación más interesante del pensamiento socialista hasta la guerra civil de 1936. El libro contiene elementos netamente marxistas, como la consideración de la religión en cuanto factor alienante; para el profesor de los Ríos el Concilio Vaticano I ha supuesto «la conversión de la Iglesia en una monarquía absoluta de tipo oriental» y, de expreso acuerdo con Marx, la empresa libre debe considerarse como «la nueva Bastilla». Sin embargo, en su entraña, el libro es revisionista sin dudas. Niega don Fernando de los Ríos la

identificación marxista de lo natural con lo socioeconómico; critica moderna y profundamente al marxismo original por su falsa identificación con una concepción científica caduca y groseramente materialista; y niega el fundamento totalitario de la lucha de clases, clave del marxismo. No alude el profesor a su dramático encuentro con Lenin, pero se mantiene en la misma línea: «El socialismo moderno… no tiene nada que ver con el leviatán asiático edificado en Rusia». Pero deja prendidos, como realizaciones necesarias, la escuela única como grito de combate. Es un libro de gran trascendencia dentro de la evolución ideológica del PSOE: y seguramente la gran mayoría de los socialistas españoles que en estos años ochenta, cuando se escribe esta historia, son capaces de mantener una ideología, identificarían esa ideología con el libro de don Fernando de los Ríos si son capaces de conocerlo y meditarlo. Un libro que, como dijimos, niega la teoría marxista y propone un marxismo práctico, implacable, en la economía y en la educación.

FUENTES Y AMPLIACIÓN

El libro capital para comprender la evolución del PSOE y la UGT durante el período de la Dictadura es el del profesor José Andrés Gallego, *El socialismo durante la Dictadura 1923-1930*, Madrid, Tebas, 1977. Junto a él mantenemos la importancia del *Anticaballero* de G. M. de Coca, citado anteriormente. Para el análisis económico de la Dictadura ver el libro, ya clásico, del profesor Juan Velarde Fuertes, *Política económica de la Dictadura*, Madrid, Biblioteca Universitaria Guadiana, 1973. No hay demasiadas obras sobre la Dictadura, por lo que todavía siguen vigentes las historias clásicas publicadas en 1930 a raíz del *Bosquejo histórico de la Dictadura*, del duque de Maura; y los capítulos correspondiente en la *Historia del reinado de Alfonso XIII*, de M. Fernando Almagro. Resulta muy útil, como documento y ambiente, la *Crónica de la Dictadura*, de M. Rubio Cabeza, Barcelona, Nauta, 1974. El libro clásico de don Fernando de los Ríos, *El sentido humanista del socialismo*, lo hemos seguido en la edición de Morata, en Madrid, 1926, ya citada.

CLARIDAD

Año 1 - Núm. 2 - Precio: 15 céntimos — DIARIO DE LA NOCHE — Madrid, martes 7 de abril de 1936

¿ESTA NOCHE SERA DESTITUIDO EL PRESIDENTE?

Los representantes del Frente Popular afrontan resueltamente las consecuencias del artículo 81 de la Constitución

Se presenta a la Cámara una proposición concreta para centrar el debate

«Desde las columnas de "Claridad" se infundía al proletariado un optimismo revolucionario injustificado y temerario.»

El 5 de abril de 1936 se celebraba en la plaza de toros de Madrid un «mitin monstruo» para sellar la unificación de las Juventudes bajo la égida comunista.

CAPÍTULO 10
LA EQUÍVOCA ILUSIÓN REPUBLICANA

«Dos alas enemigas y hostiles»

Cayó la Dictadura, y el Partido Socialista Obrero Español, mimado por la Dictadura, surgió como la fuerza política más poderosa y mejor organizada en el confuso escenario que trataba de orquestar el general Berenguer. Es fundamental para nuestra historia destacar en este momento un hecho clave: el fantasma de la disensión y de la crisis interna, presente siempre en todos los movimientos políticos españoles de derecha y de izquierda y de centro, que se había cernido amenazador desde la menor edad del socialismo, se abate precisamente en este momento de triunfo sobre él y le produce, de manera irremediable y definitiva, una escisión no declarada, pero que ya no se soldaría jamás. El gran analista del socialismo en la República, Gabriel Mario de Coca, lo ha expresado en estas certeras y solemnes palabras:

«En 1930, el partido socialista se escindió en dos alas enemigas y hostiles. Unos, los menos, pensaban que los burgueses debían gobernar su República, que para eso era de ellos, y los socialistas utilizar el nuevo régimen para crear la instrumentación económica precisa para la socialización. Los más pensaban que el partido socialista debía actuar como un partido más de la República, en estrecha colaboración con los republicanos que ellos llamaban afines. Y así fue. Largo Caballero impuso la táctica política del colaboracionismo y se pregonó su ortodoxia y legitimidad en nombre de doctrinas concretas desquiciadas de sentido. Se cayó en un oportunismo político, sin norte ni principios, que Largo Caballero defendía con la frase: “Estamos en una cuestión de táctica, no de principios”. Y para el proletariado, el principio de la lucha permanente de clases es toda sustantividad y todo ser. Un movimiento socialista sin principios, sin esa potente raíz vital, es una fuerza ciega, desencajada de la firme fortaleza ideal, que rueda a descomunales bandazos por la nave política del país, hasta que el marinero menos experto y hábil le

abre camino hacia el abismo. Del bandazo colaboracionista al bandazo bolchevique. Desde que se quiso restablecer el concepto de neta diferenciación proletaria, se dio de lado la crítica inteligente del principio. La diferenciación se hizo a mayor gloria de la posesión de los mandos políticos del Estado, concibiéndolos como fuertes palancas capaces de efectuar el aplastamiento del adversario, no en razón a invalidar por la técnica del sindicato el poder económico del capitalismo. Toda esta concepción defectuosa del movimiento socialista parte de la iniciativa personal de Largo Caballero[8]».

Revolución y República

El vacío ideológico encerrado bajo las brillantes fachadas —y bajo las briosas banderas— de revolución y de República desde 1868 a 1936 es aterrador, y revela la inmensa deficiencia cultural de las masas que formaban bajo esas banderas; en realidad no se trataba de dos ideologías complementarias, sino de dos entusiasmos coincidentes con base negativista, sentimental y romántica; y de dos reacciones ante el opresor ambiente de injusticia social agravado por el estúpido exhibicionismo de las clases superiores de la sociedad española. No parece demasiado probable que la verdadera causa del congénito republicanismo del PSOE sea, como quiere Luis Araquistáin, la escasez de intelectuales socialistas. El socialismo es sentimentalmente, aunque no dogmáticamente, republicano durante todo el primer siglo de su trayectoria española; y terminó por superar, al menos provisional y prácticamente, sus graves disensiones de 1930 para colaborar en el advenimiento y en la instauración de la República, porque, lo mismo que las masas anarcosindicalistas, las masas y los cuadros del socialismo habían caído bajo la magia propagandística republicana y a lo largo de todo el primer tercio de siglo XX (ni un año más) identificaban República y revolución. Claro que la República sería un conjunto de realidades y de problemas infinitamente más complicado que el supuesto por esa identificación apresurada y la crisis de la República se implicó, de forma indiscutible, con la crisis del socialismo, hasta el punto que una y otro quedaron envueltos en el mismo proceso de desintegración. Pero en 1930 la identificación revolución-República era un dogma para las masas, y de ahí el inevitable desprestigio de Julián Besteiro, que con notable acierto no creía en esa identificación; de ahí también la hegemonía que va a adquirir en el PSOE y en la UGT Francisco Largo

Caballero, precisamente por sustentar una actitud oportunista que, como demostraría la historia del primer bienio republicano, en el fondo tampoco era auténticamente revolucionaria.

Besteiro y sus seguidores atacan a Largo Caballero en nombre del socialismo ortodoxo; pero observadores neutrales y profundos, como el gran analista del movimiento obrero español, Joaquín Maurín, van más al fondo del asunto y creen que el revolucionarismo de la ejecutiva del PSOE en 1930 (Besteiro-Saborit-Trifón Gómez y Lucio Martínez) no era más que teórico. La República, según Maurín, sorprendió al PSOE cuando éste acababa de adaptarse a la Dictadura; el socialismo salvó la situación elevando a la categoría de dogma el mito de la revolución posible e incruenta. Besteiro y sus seguidores, atentos observadores de Europa, contaban con un tentador modelo en la experiencia laborista; pero es parcialmente injusta la etiqueta de fabianismo absoluto que se les atribuye, aunque no sería contradictoria con su nostalgia revolucionaria marxista porque ésta se desarrollaba tras el fracaso de 1917 en el plano de las ideas y de las utopías, sin contacto inmediato con la realidad. A los revolucionarios auténticos se les reconoce por sus obras, y la trayectoria de don Julián Besteiro y su grupo entre 1930 y 1939 no es una trayectoria revolucionaria. Aunque otro grupo socialista y mayoritario desencadenase la revolución de 1934.

Sin advertir la terrible capacidad esterilizadora de este doble plano, Besteiro y su grupo seguían considerando en 1930 al PSOE como partido de clase y por eso negaban el nuevo colaboracionismo; durante el verano de ese año lanzaron una campaña de propaganda nacional contra la colaboración. Pero en ese mismo año ocurre un acontecimiento importante para el socialismo. Tras casi cinco años de labor organizadora —un nuevo fruto de la Dictadura— se crea, integrada en la UGT, la Federación Española de Trabajadores de la Tierra, que va incorporando al movimiento socialista grandes masas de campesinos poco dispuestos a admitir soluciones teóricas para sus problemas acuciantes. Lucio Martínez es el dirigente de la Federación; con la presencia dentro de casa de las masas campesinas, la opinión mayoritaria del socialismo se indina a la República. Indalecio Prieto, en su ya declarada posición centrista, acude oficiosamente a la reunión republicana de la que surgió el Pacto de San Sebastián en agosto de 1930. A fines de ese año, cuando estaba a punto de estallar la revolución republicano-anarquista de diciembre, se impone en el Comité Nacional del PSOE la tesis colaboracionista de Largo Caballero y éste es designado, con Prieto y

Fernando de los Ríos, en representación del socialismo español dentro del Comité Revolucionario presidido por don Niceto Alcalá Zamora.

Largo Caballero, nuevo adalid de la nueva conjunción

A raíz del fracaso de la revolución de diciembre de 1930 Besteiro y su grupo interpretan la derrota como definitiva y tratan de forzar dentro de la Ejecutiva del PSOE y de la UGT una resolución contraria a la colaboración con los republicanos. Son derrotados, y después de la sesión conjunta de las dos Ejecutivas en 22 de febrero de 1931, Besteiro dimite irrevocablemente sus cargos de presidente del partido y de la UGT. Largo Caballero, vicepresidente y secretario general, respectivamente, asume en funciones la dirección de los dos núcleos socialistas. En vísperas de la República, Largo Caballero domina partido y sindical; todas las agrupaciones socialistas del país se inclinan hacia él, excepto la muy influyente Agrupación Socialista Madrileña, que permanecerá durante todo el primer bienio republicano como ciudadela besteirista.

Eufórico por su gran victoria, Francisco Largo Caballero habla, junto a Niceto Alcalá Zamora, el 29 de marzo de 1931, en un mitin de propaganda electoral celebrado en el cinema Europa, de Cuatro Caminos, en Madrid. Allí expresa inequívocamente toda su táctica y toda su ilusión republicana:

«Tengo que declarar que soy muy contumaz y que perseveraré en la lucha por un cambio de régimen. Yo, afiliado desde muchos años a mi partido, por ser socialista soy fundamentalmente republicano.

»El partido socialista —continuaba el secretario general de la UGT— dijo siempre que iría a un movimiento con las fuerzas de izquierda, sin las cuales no sería posible la alianza, y yo declaro ante el país que esas garantías las hemos encontrado. Yo declaro que la unión se ha hecho con tales garantías, que continuará seguramente hasta que logremos el triunfo. Y decimos también que la clase obrera organizada será el más firme sostén del régimen republicano.

»La alianza está hecha. En ella ha presidido la mayor lealtad y seguirá presidiendo. No desmayemos».

Mientras tanto, los bien preparados cuadros de la organización socialista española —partido y sindical— recibían una verdadera oleada de nuevas inscripciones. Una estadística interna del partido habla de 15 000 afiliados en 1928; 25 000 en 1930, y 75 000 en 1931. Las cifras correspondientes al crecimiento de la UGT son, seguramente, cinco veces mayores en términos

absolutos. Por parte del sindicalismo cristiano, segado en flor por las preferencias y la desconfianza dictatorial, cuando tal vez empezaba a vivir en suelo relativamente autónomo e incoloro, la UGT no podía esperar graves obstáculos, como demostró el rápido crecimiento de la Federación socialista de Trabajadores de la Tierra. Esta gran idea de Besteiro y Lucio Martínez se dirigía a construir un valladar para la previsible expansión de la CNT en cuanto se levantase la prohibición dictatorial que pesaba sobre la gran confederación rojinegra. Pero la eficacia secreta de la FAI resultó, tras la caída de la Dictadura, una inmensa sorpresa para todos sus émulos.

Sostenida durante la tormenta por la misteriosa sociedad anarquista, la CNT resucitó con energía asombrosa y recuperó inmediatamente todo el terreno perdido; las esperanzas socialistas sobre el proletariado catalán se desvanecieron. Por supuesto que también rondaba la crisis interna a la CNT, presa de la lucha entre la facción sindicalista moderada de Pestaña y los terribles doctrinarios de la FAI; mientras se decidía la hegemonía doctrinal y estratégica de la poderosa Confederación, los anarcosindicalistas se apuntaban también en masa a la gran ilusión republicana. En el seno equívoco de esa gran ilusión no solamente surgía de sus cenizas la ya veterana conjunción republicano-socialista de 1909, sino que parecían ponerse en marcha los oxidados pactos de acción revolucionaria de la CNT y la UGT para 1917. Mientras tanto, el coro de lunáticos en que había degenerado el partido comunista de España trataba de hacer oír su voz anacrónica en medio de la general euforia republicana de los movimientos obreros españoles; con grandes esfuerzos intelectuales y económicos consiguieron los comunistas de Madrid publicar un extraño folleto lleno de incorrecciones gramaticales en que se insultaba a los anarcofascistas y se proclamaba la urgencia de un «Gobierno Obrero y Campesino» tan enemigo de la República como de la Monarquía. Es lógico que el único grupo proletario que nada tenía de español renunciase a incorporarse a aquella gran ilusión española —luego se convertiría en fantástico espejismo, pero eso nadie podía preverlo en la primavera de 1931— que fueron las alegres vísperas de la República de Abril.

Las vísperas republicanas

Así, pues, la equívoca y torrencial ilusión republicana enmascara desde primeros del año 1931 las graves disensiones del socialismo español, que rebrotarían bien pronto. Al iniciarse este año decisivo se perfilaban ya las tres grandes corrientes socialistas, que se mantendrían diferenciadas a lo largo de

toda la República hasta la guerra civil interna del socialismo en la estela del Frente Popular. La más influyente y popular era, sin duda, la capitaneada por Francisco Largo Caballero, apoyado por gran parte de la UGT, por las Juventudes Socialistas rehechas tras la escisión de 1923, por la *base del partido* fuera de Madrid y por un selecto grupo de intelectuales que no querían verse abocados al *espléndido aislamiento* de Julián Besteiro: los profesores Fernando de los Ríos y Luis Jiménez de Asúa, los publicistas Julio Álvarez del Vayo y Luis Araquistáin, entre otros. El grupo Besteiro se apoyaba en el prestigio de su jefe, que desbordaba los límites del socialismo y se extendía por todo el campo republicano; su principal plataforma interna era la poderosa Agrupación Socialista de Madrid, de la que dependía en gran medida la designación de los puestos clave en las Ejecutivas del PSOE y la UGT. Por último, Indalecio Prieto, cuyos simpatizantes no se habían definido aún expresamente como grupo independiente (este fenómeno *centrista* no cobraría entidad autónoma dentro del socialismo hasta 1933), contaba con la adhesión de los influyentes sindicatos y agrupaciones socialistas de Castilla la Vieja, Asturias y Vascongadas.

Éste era el ambiente interno del socialismo español cuando, tras superar la prueba difícil de la Dictadura y consolidarse durante el período agónico de la Monarquía liberal restaurada, se disponía a irrumpir con su bandera conjuncionista al viento en la gran ilusión republicana.

Fuentes y ampliación

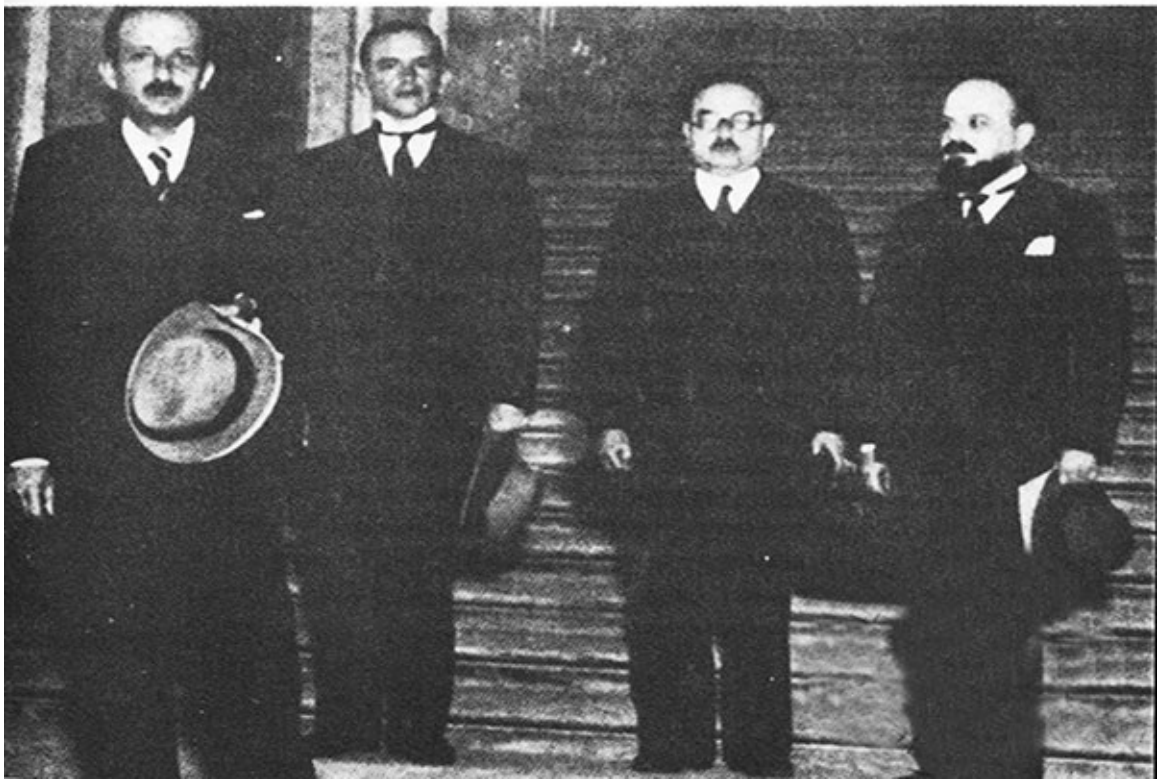
A partir de este capítulo nos apoyamos preferentemente en el testimonio de Gabriel Mario de Coca, un militante del PSOE de abierta confesión marxista, cordial adversario del oportunismo de Largo Caballero y próximo, más por actitud que por coincidencia teórica, al profesor Besteiro. Citamos y tenemos presente su obra básica, *Anticaballero*, editada en Madrid en 1936 poco antes de la guerra civil y reeditada, por indicación del autor de este libro, en Ediciones del Centro, Madrid, 1975. Nos merece también crédito, por la agudeza y hondura de sus juicios, el libro del escritor y político marxista y comunista anti-Stalin, Joaquín Maurín, *Revolución y contrarrevolución en España*, París, Ruedo Ibérico, 1966, edición corregida y aumentada de la que publicó el autor en 1932, en Madrid, Editorial Cenit.

Para las vísperas de la República, y la actuación durante ellas de los líderes socialistas, ver las obras completas, ya citadas, del general Mola y las

reescritas e interesantes *Memorias* de don Niceto Alcalá Zamora, Barcelona, Planeta, 1977.

Un capitán socialista de la Guardia Civil, Condés, y un pistolero socialista, Cuenca, fueron los principales culpables del asesinato de Calvo Sotelo.

Caballero expulsó al embajador soviético, Rosenberg (a la izquierda), por su insistencia en exigir la unificación del PSOE y el PCE.



CAPÍTULO 11
LA PRIMERA EXPERIENCIA SOCIALISTA EN EL PODER

Con el triunfo republicano del 14 de abril, la versión pacífica española de las *uniones sagradas* conquista el Poder —como siempre, tras unos lustros de retraso— y los dirigentes socialistas, curtidos ya en la gestión municipal y provincial, obtienen el control de Ministerios muy importantes: Hacienda (Indalecio Prieto), Trabajo (Francisco Largo Caballero), Justicia (Fernando de los Ríos), además de otros cargos decisivos, como la Dirección General de Enseñanza Primaria (Rodolfo Llopis) y los equipos subalternos de los ministros citados. Los nuevos reclutas del PSOE son, naturalmente, los primeros en apuntarse a la *petrea*; un testigo certero, Félix Rangil Alonso, lo proclamó inmediatamente con esta denuncia: «Asistimos a una desenfrenada carrera hacia los cargos públicos, viéndose los ministros y los amigos de los ministros y parientes asediados por una abrumadora legión de aspirantes. Cuántos hombres, militares y civiles, participaron en algo en el movimiento revolucionario, se creen con derecho a ocupar un puesto, lo más alto y lucrativo posible, naturalmente, y como no hay suficientes puestos, precísase crear otros nuevos y contestar a la mayoría con promesas más o menos realizables[9]».

La gestión del profesor Fernando de los Ríos en Justicia se enturbió demasiado pronto por la innecesaria y esterilizadora hostilidad de la joven República contra la Iglesia, que ante su advenimiento se había portado con estricta neutralidad; corrían incluso por Madrid rumores, confirmados después históricamente, de cierta discreta participación del nuncio Tedeschini en contactos con el Comité Revolucionario. En cambio, los trabajos gubernamentales de los demás prohombres socialistas respondieron a las esperanzas que se habían puesto en la seriedad y la preparación de los respectivos equipos de Gobierno. Cierto que sobre los aspirantes socialistas a los nuevos cargos subalternos se acuñó, precisamente entonces, la acusación de *enchufismo*, pero sería injusto atribuírsela a ellos en exclusiva, después de

los ejemplos anteriores, simultáneos y posteriores de la política administrativa española.

Proclamada la República, el PSOE celebra en julio de 1931 un Congreso extraordinario para deliberar sobre la política a seguir dentro de la conjunción gubernamental y parlamentaria con los republicanos. El Congreso se reduce a una dura polémica entre Besteiro —que recalcaba los peligros de la colaboración— y Largo Caballero —que la defendía a toda costa—. Este Congreso y el inmediatamente siguiente votaron por una radicalización de la política revolucionaria del partido; pero Largo Caballero sacrificó hasta 1933 las decisiones partidistas al buen entendimiento con los nada revolucionarios políticos del Gobierno provisional, y a lo largo de 1931 consiguió asegurar su control sobre la minoría parlamentaria socialista. Besteiro, entonces, apoyado siempre en la Agrupación Socialista Madrileña, consigue ganar cada vez más terreno entre los líderes locales de la UGT; los sindicalistas del socialismo comienzan a referirse un tanto despectivamente al PSOE como «el partido político».

Pero su sincera convicción democrática obliga a Besteiro a colaborar con la República desde un puesto decisivo: la Presidencia de las Cortes Constituyentes, que desempeña con gran habilidad y eficacia, sobre todo cuando tiene que transmitir el débil poder supremo de la República del dimitido don Niceto Alcalá Zamora a la nueva gran promesa, don Manuel Azaña, triunfador en los difíciles debates sobre los artículos eclesiásticos de la Constitución. Durante unas horas peligrosísimas, don Julián Besteiro ocupa el más alto puesto a que jamás ha llegado un socialista español: la jefatura del Estado en funciones. El feliz resultado de su maniobra le valió una nueva acumulación de prestigio.

Una acertada gestión ministerial

Es lamentable que mientras los dirigentes socialistas conseguían por lo general la aprobación mayoritaria en sus gestiones particulares de Gobierno, aumentasen hacia dentro sus disensiones mutuas. Porque el equipo de don Francisco Largo Caballero ponía en marcha el difícil y esencial Ministerio de Trabajo con competencia generalmente reconocida. Bien entrenado en la política social de la Dictadura, Largo Caballero aceleró el proceso de constitución de los Comités paritarios, a los que cambió el nombre —casi solamente el nombre— por el de Jurados Mixtos y, con excelente acuerdo, se esforzó en ampliarlos a un sector social bien poco abonado: el del trabajo en

el campo. Salvo errores técnicos disculpables en un equipo que en las altas esferas del Gobierno se puede considerar como novel, pocas cosas hay en la legislación laboral de Largo Caballero —prolongada durante todo el bienio Azaña— que no puedan admitirse por cualquier observador imparcial; su política social fue sin duda progresiva, pero no puede tacharse de irresponsable, ni menos de revolucionaria. La única aparición del colectivismo fue insignificante: las Asociaciones de Obreros del Campo, de escasa efectividad. Por el momento no parecía fraguarse amenaza alguna al capitalismo español por parte de un Ministerio regido por los serios y eficaces administradores socialistas, acostumbrados ya de antiguo a la colaboración y al diálogo con la *burguesía*. Durante las siguientes singladuras republicanas, el Ministerio de Trabajo volvió a sestear entre arrullos reaccionarios. Cuando los generales de julio proclamaban en sus primeros manifiestos que «serían respetadas las conquistas obreras de la República» ese respeto era un reconocimiento expreso a la eficacia progresiva del equipo de Francisco Largo Caballero durante el primer bienio de la República.

Igualmente brillante es la gestión de Indalecio Prieto en los dos Ministerios que tuvo que regir durante esta época. A pesar de sectarias limitaciones en la valoración de sus balances, siempre se ha reconocido que su etapa en Obras Públicas fue sumamente positiva, y a la vez que se apoyaba en los ambiciosos proyectos de la Dictadura, sentó las bases para realizaciones posteriores, incluso muy posteriores. Señaló a Madrid su expansión urbanística por los caminos del norte; se adelantó a su tiempo con la planificación de la infraestructura del descanso; soñó con una España regada y verde, y sembró, en la famosa Conferencia Interprovincial de Alicante en 1933, la esperanza del desbordamiento de la España húmeda sobre la España sedienta. De cara ya a la recta final del siglo XX, el historiador no tiene que esforzarse demasiado para colocar a Indalecio Prieto junto a Guadalhorce y Silva Muñoz en el terceto de los grandes ministros de Obras Públicas de la España contemporánea. Su demasiado breve gestión previa en Hacienda —tan mal comprendida por don Manuel Azaña— dejó también huella muy honda. Salvó la frágil peseta republicana del hundimiento por la poco patriótica evasión de muchos capitales monárquicos; emprendió por su cuenta la misión imposible, y necesaria, de reordenar la Banca oficial y la gran Banca privada, volcando sus recursos sobre los grandes proyectos de transformación del país. Consciente de sus limitaciones y de los obstáculos que le cerraron el paso recuerda muchos años más tarde su gestión bajo un título simbólico: «Lo que no pude hacer».

Agricultura, anticlericalismo y enseñanza: los tres errores trágicos

Si en la política económica y social durante el primer bienio de la República las actuaciones ministeriales del PSOE parecen aceptables, reformistas y nada revolucionarias —pese a las protestas reaccionarias de las derechas entonces y después— los socialistas incurrieron desde el poder en tres errores trágicos que precipitarían la ruina de la República: en agricultura, política religiosa y enseñanza. En las elecciones para Cortes Constituyentes celebradas a raíz del hundimiento monárquico de abril, es decir en el mes de junio de 1931, el PSOE surgió, con 117 diputados, como el primer partido del régimen, seguido por los radicales con 93 escaños; los radical-socialistas con 59; Esquerra Republicana de Cataluña con 32; y Acción Republicana de Azaña con 27. Esta preponderancia electoral parecía dejar en manos socialistas la principal responsabilidad para la orientación de la República; pero no fue así y Manuel Azaña, el desconocido funcionario y ateneísta que acababa de cumplir los cincuenta años, fue quien desde las primeras sesiones de Cortes empuñó el timón.

El Partido Socialista es culpable, junto con los partidos republicanos, del fracaso de la que debió ser prueba de fuego para la reforma profunda en la República: la reforma agraria. Los socialistas no urgieron a los republicanos para ocupar la cartera de Agricultura, desempeñada durante el primer bienio por políticos republicanos que, como el mismo Azaña, de quien dependió la Reforma Agraria en momentos decisivos, no sentían su necesidad políticamente, sino sólo burocráticamente y en los momentos de mayor tensión la interpretaron y aplicaron como elemento de revancha contra los terratenientes presuntamente implicados en el golpe del 10 de agosto de 1932. Los socialistas no presionaron en favor de la reforma agraria desde el ministerio de Hacienda (Prieto), aunque sí intervinieron e incluso interfirieron en ella desde el Ministerio de Trabajo, con criterios plausibles de humanitarismo social, pero de pésimos efectos sobre la marcha de la agricultura. Los republicanos y socialistas no implantaron durante el primer bienio una revolución en el campo, sino una reorganización, como se ha dicho, predominantemente administrativa, que sembró el terror entre los pequeños y medianos propietarios, y la desilusión —ésa sí que sería revolucionaria— entre los campesinos sin tierra, que se apartaron violentamente del ideal republicano anterior. «Las causas del fracaso de la reforma —concluye su principal especialista, el profesor Edward Malefakis—

deben buscarse principalmente en los partidos del centro y de la izquierda que dieron nacimiento a la República». Y más adelante: «Ni la izquierda republicana ni los socialistas apoyaron el proyecto de la Comisión Técnica de julio de 1931, acaso la propuesta agraria más prometedora formulada durante la República». Ésta es precisamente la tesis de quien fue el alma de aquella Comisión, ingeniero don Pascual Carrión, y de historiadores eminentes de la economía como el profesor Velarde Fuertes. «En último término —concluye Malefakis— el fracaso de la reforma agraria fue debido primariamente a la incoherencia y a la incompatibilidad última de las dos grandes fuerzas que habían compuesto la coalición de Azaña». Se refiere a republicanos y socialistas, y concreta así: «La incompetencia de Domingo, la indiferencia de Azaña para las cuestiones rurales, la temeridad y falta de perspectiva de Largo Caballero y la coincidencia de la República con la depresión mundial contribuyeron a echar por tierra la reforma agraria». Y la agricultura era entonces, por abrumadora superioridad, la principal actividad económica de España.

El anticlericalismo del PSOE fue ingrediente principal de lo que denomina el primer especialista sobre la materia, monseñor Antonio Montero, tomando la expresión del Episcopado de la época, el *laicismo agresivo* de la Segunda República. La Iglesia había aceptado al nuevo régimen y se mostraba dispuesta a sustanciales concesiones que salvasen lo esencial de su función y su misión en España. Pero pese a la presencia de sinceros católicos en el Gobierno provisional, como Miguel Maura y el propio presidente Alcalá Zamora, el anticlericalismo morboso de los liberales radicales, orientados por Manuel Azaña, auténtico epígono del progresismo tradicional; los radical-socialistas, legión de tragacuras del más puro estilo petrolero del XIX, y de los socialistas, que revelaban en este terreno una de sus persistentes vetas marxistas, planteó unilateralmente desde los primeros momentos un desvío y una auténtica persecución contra la Iglesia católica que se puso de manifiesto en la torpe inhibición del Gobierno ante los incendios provocados de los días 11 y 12 de mayo de 1931, que se iniciaron en Madrid y se extendieron a media España. El régimen republicano malgastó su energía naciente en la agresión contra la Iglesia que, dado el signo de los tiempos, respondió a la persecución con la cruzada. Y el director de la persecución, que se centró desde el principio en el delicadísimo terreno de los símbolos —el Crucifijo, las restricciones al culto y a la actividad episcopal—, era el ministro de Justicia, profesor Fernando de los Ríos Urruti, destacado teórico y militante

del PSOE, miembro de la Institución Libre de Enseñanza y por supuesto de la Masonería.

Pero el principal terreno de combate entre la República y la Iglesia católica, con relevante participación del PSOE, fue la enseñanza. Confluían ahí dos líneas de ataque: la del liberalismo radical republicano en todas sus corrientes, aunadas en la obsesión de Azaña para echar sistemáticamente a la Iglesia del mundo de la enseñanza, donde radicaba, según el propio Azaña, toda la capacidad eclesiástica de influencia social; y la tradición anticlerical del PSOE, fundida en este terreno con la Institución Libre de Enseñanza, y coincidente del todo en idéntico objetivo. Durante todo el bienio desempeñó la vital Dirección General de Enseñanza Primaria el socialista Rodolfo Llopis, que había incorporado al PSOE a un alto porcentaje de maestros; y después de promulgada la constitución el propio Fernando de los Ríos asumió, después de Marcelino Domingo, la cartera de Justicia.

Ya veíamos en capítulos anteriores cómo la Escuela Nueva, fuerte plataforma de orientación pedagógica anticlerical, había funcionado como vivero intelectual del PSOE durante la segunda década del siglo. Los socialistas, en sus congresos de enseñanza, se habían alineado como un solo hombre en ese movimiento de escuela única y laica que los socialistas, con la entusiasta colaboración de institucionistas y masones, llevaron a la misma Constitución. Hombres como De los Ríos, Llopis y Besteiro pertenecían simultáneamente a la Institución Libre y al PSOE. Con el pleno apoyo de Manuel Azaña consiguieron implantar su bandera en el artículo 48 de la Constitución republicana, que declaraba atribución esencial del Estado el servicio de la cultura, que se prestará «mediante instituciones educativas enlazadas por el sistema de la escuela unificada». Y por supuesto, esta enseñanza unificada, según el mismo artículo, será la laica.

Hoy, después de importantes investigaciones monográficas, está claro que los casi 180 masones que formaban en los partidos de izquierda republicana y socialista durante el primer bienio actuaron con cierta dispersión durante la discusión constitucional; pero como una auténtica minoría masónica en el debate y aprobación de las disposiciones siguientes hasta 1933, que plantearon una auténtica persecución contra la Iglesia y las congregaciones y órdenes religiosas, a quienes se privó del derecho de enseñar e incluso, en el caso de la Compañía de Jesús, del derecho de convivir en España. La bandera anticlerical era la principal referencia de unión entre socialistas y republicanos de izquierda. Ni que decir tiene que el resultado fue, además de una política educacional catastrófica, la siembra de enconos sociales y

políticos que desembocarían, a través de la dialéctica suicida de persecución y cruzada, en la guerra civil.

La absurda reacción de la base

Mientras los dirigentes del socialismo, con estos aciertos y errores, prestigiaban y comprometían al partido en las alturas de la República, las organizaciones locales no conseguían asimilar plenamente a las nuevas oleadas de reclutas y, lo que es más grave, siguieron a veces una política escandalosamente divorciada de la gestión política de sus propios ministros. Así, las algaradas campesinas que minaron las bases de la convivencia nacional a partir de las primeras semanas del bienio Azaña no partieron siempre de anarquistas, sino, a veces, incomprensiblemente, del socialismo sindical y rural; Castilblanco y Arnedo no son motines rojinegros, sino manifestaciones de la Federación de los Trabajadores de la Tierra y de la UGT; y la huelga del Sindicato Minero Asturiano en 1933 provoca las iras del gran subsecretario de Indalecio Prieto, Teodomiro Menéndez. La base del partido se comportó en estas ocasiones con una irresponsabilidad y una indisciplina que debieron conmocionar a Pablo Iglesias en su tumba madrileña. Lo cual constituye un interesante precedente para actuaciones de la base y los sindicatos socialistas contra el Gobierno socialista de 1982.

Los inevitables equívocos de la colaboración gubernamental socialista eran fácil presa de la propaganda de los grupos extremistas del partido, y, por supuesto, de los envidiosos comunistas, que en una de sus publicaciones de 1932 proclamaban: «El partido socialista de España, principal apoyo y organización activa de la contrarrevolución burguesa». El fondo de verdad que envolvían tales ataques impresionaba cada vez más a los colaboracionistas del partido —es decir, a Largo Caballero y su ala—, que por paradoja representaban a las capas menos intelectualizadas del socialismo y tendían a virar ante el peligro —pronto convertido en realidad— de ceder a las tentaciones demagógicas de la extrema izquierda.

Los Congresos del PSOE y de la UGT, que se celebran en octubre de 1932, ponen de manifiesto —dramáticamente— la tensiones que esta presión exterior induce sobre la permanente crisis interna del socialismo en torno a la colaboración republicana. A Prieto le molestó muchísimo la definición de la socialdemocracia que por aquellos días divulga su correligionaria Margarita Nelken: «el perfil proletario del caciquismo». La Agrupación Socialista de Madrid, dominada por los besteiristas, propone la condena del

colaboracionismo; Prieto apoya en esta ocasión a Caballero y arrastra a casi todas las agrupaciones de provincias con su amenaza de dimisión fulminante de los ministros socialistas caso de aprobarse la propuesta. El apoyo de Prieto es decisivo, y se confirma la colaboración. En las elecciones para la presidencia del partido, Prieto se muestra más neutral, y aunque es elegido Largo Caballero, el prestigio de Besteiro se demuestra en que obtiene solamente unos cientos de votos menos que su rival, a pesar de que no presentaba oficialmente su candidatura.

El contraataque de Besteiro

Inmediatamente después se celebra el XVII Congreso Nacional de la UGT, en que cambia por completo la decoración y salen a luz los progresos tácticos del besteirismo. Largo Caballero ventea la derrota y deja de asistir *por enfermedad*. La candidatura Besteiro (que incluía también a Caballero como secretario general y a dos caballeristas entre los ocho miembros de la Ejecutiva) triunfa de manera abrumadora. Largo Caballero renuncia inmediatamente a convertirse en el secretario general de su adversario; sus dos adictos le siguen. Entonces Besteiro convoca nueva elección y cubre las tres vacantes caballeristas con tres hombres de su grupo, que derrotan fácilmente a tres jóvenes candidatos caballeristas: el más significado de estos derrotados se llama Santiago Carrillo. Largo Caballero se refugia entonces en el PSOE, cuya ejecutiva controla con el beneplácito de Prieto. Pero termina el año 1932 con dos presidentes enemigos al frente del partido y de la UGT; jamás se había visto cosa parecida en la accidentada historia del socialismo español.

Indalecio Prieto, que sigue tratando de mediar, se ve rechazado por los caballeristas cuando, como ministro de Obras Públicas, publica el 17 de diciembre de 1932 unas patrióticas declaraciones ante las amenazas de huelga ferroviaria: «Ante los intereses de España sacrificaría los intereses de mi partido y cumpliría con mi deber»; es decir, reprimiría la huelga. El Sindicato Nacional Ferroviario perdió en el mes siguiente varios millares de afiliados; Indalecio Prieto, en cambio, comenzó a sonar como uno de los no demasiado abundantes políticos republicanos capaces de inspirar esperanza a los más opuestos sectores de aquella República dividida; como uno de los poquísimos políticos españoles capaces de poner a España por encima de los turbios intereses y particularismos de partido.

Pero la división del PSOE y de la UGT, junto con el resentimiento de los líderes de las Juventudes Socialistas barridos en la elección parcial para la ejecutiva sindical, iban a juntarse bien pronto con las gravísimas noticias de Europa y con el despeñamiento del Gobierno Azaña —Casas Viejas estaba ya a la vuelta de la esquina— para arrojar al socialismo español a un nuevo acto de su tragedia íntima: el acto de 1933.

«Bajo una capa de armonía —confiesa un testigo de excepción, Juan-Simeón Vidarte, del que hablaremos más extensamente en el próximo capítulo— nuestros líderes estaban divididos». El XIII Congreso del PSOE quiso forzar la ruptura con los republicanos; los socialistas se sentían atrapados. Prieto no pudo evitar que se aprobase la ruptura, pero consiguió que se endulzara con una cláusula de aplazamiento indefinido. Pero la ruptura estaba, al iniciarse el año 1933, a la vuelta de la esquina.

Fuentes y ampliación

El autor tiene en cuenta, para este capítulo, el marco general de historia de la Segunda República que ha trazado en dos obras anteriores: *Historia de la guerra civil española, antecedentes*, Madrid, San Martín, 1969; e *Historia básica de la España actual*, 12.ª edición, Barcelona, Planeta, febrero 1981. Sigue siendo esencial el recurso al citado *Anticaballero* de Gabriel Mario de Coca. Se ha tomado un testimonio muy curioso de Félix Rangil Alonso, *El ensayo socialista en la República española*, Buenos Aires, s.e., 1934. Es importante el testimonio de un destacado socialista y masón, don Juan-Simeón Vidarte, *Las Cortes Constituyentes de 1931-1933*, Barcelona, Grijalbo, 1976, escrito con enorme viveza, sinceridad y sectarismo. El capítulo se escribe también, naturalmente, a la luz de los recuerdos de Prieto y las *Memorias* de Manuel Azaña, editados unos y otras por Oasis en México. Es imposible resumir siquiera aquí las innumerables noticias de Vidarte sobre la vida interna del PSOE y la UGT en esos años.

Sobre política agraria, ver E. Malefakis, *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX*, Barcelona, Ariel, 1970. El mejor estudio sobre la República y enseñanza es el libro de Mercedes Samaniego, *La política educativa de la Segunda República*, Madrid, CSIC, 1977. Sobre la acción de la masonería hemos consultado un trabajo monográfico, en prensa, de M. D. Gómez Molleda y la propia M. Samaniego.

Es muy importante, para el estudio del socialismo en la República, el capítulo «Atención al disco rojo», de José María García Escudero, en su *Historia política de las dos Españas*, 2.ª ed., Madrid, Editora Nacional, 1976, vol. 2. En artículo del diario *Ya*, en abril de 1983, el autor ha fijado documentalmente la posición anticatólica del PSOE durante la República. Véase *Ya*, días 14 y 16 de abril del citado año.

Fue Babeuf promotor de un socialismo total y de un comunismo que exaltaba la lucha de clases para imponer la abolición de la propiedad privada.

La Internacional se divide y luego se escinde entre la línea autoritaria de Marx y la línea libertaria del aristócrata ruso Miguel Bakunin.

Carlos Marx.

M. Bakunin.

CAPÍTULO 12
1933: POLÉMICA EN LA ESCUELA DE VERANO DE TORRELODONES

Cada año socialista de la República española está marcado por una etapa específica de la crisis permanente en que puede resumirse la historia del grupo español adicto a la Segunda Internacional y sus cada vez más fantasmagóricos derivados. En el 1931, crisis de la colaboración con los republicanos. En el 1932, crisis entre el partido y la UGT. La crisis de 1933 va a ser mucho más profunda: puede expresarse como el forcejeo de Largo Caballero, atrapado en su oportunismo colaboracionista, para situarse, por cualquier camino, a la izquierda de Julián Besteiro. Ese camino no podría ser otro que el de la demagogia revolucionaria, y esa nueva bandera es la que enarbola el consejero de Estado de la Dictadura, quien, sin perder jamás su íntima independencia celtibérica, cede —según piensa, sólo tácticamente— a los concertados consejos de quienes serán los hombres de Stalin en España que, bajo la máscara de un carné del PSOE y una ocupación intelectual, le rodean desde el alba de la República. La crisis socialista de 1933 puede designarse, pues, como la crisis de la nueva demagogia caballerista.

Un doble condicionamiento exterior

Sin embargo, es muy posible que la dinámica interna del socialismo español no hubiese bastado para provocar esta dramática inversión de posiciones dentro de sus filas. Al empezar 1933, Largo Caballero era el campeón del colaboracionismo con la burguesía, es decir, de hecho, el abanderado del ala derecha del socialismo español. Besteiro, en cambio, mantenía la posición independentista y predicaba la conquista del Estado por medio de la acción sindical; al menos sobre el papel —el papel prensa, que no el de la pura teoría — era la izquierda revolucionaria del socialismo, e incluso tomaba prestadas algunas frases de Rosa Luxemburgo:

«Hay que dominar todos los resortes del poder de la sociedad burguesa por una acción de penetración decidida y enérgica y continua del proletariado. Y cuando se tengan bien dominados, entonces cambiar de arriba abajo toda la estructura social». Según su amigo Vidarte, Julián Besteiro no renunció nunca a su ideología marxista. Utópica y teóricamente es verdad.

¿Qué ha podido suceder en el socialismo español para que a fines de ese mismo año Largo Caballero estuviese situado no ya a la izquierda, sino a la extrema izquierda de Besteiro, mientras que éste, desbordado por uno y otro flanco, permaneciese en una postura incierta, sin referencias posibles, y marginado para siempre de la política socialista y de la política española?

La carencia de este planteamiento esencial para esta nueva etapa de la crisis socialista mina, por la base, casi todos los resúmenes históricos que hasta hoy se han intentado en nombre de la dialéctica conservadora; fuera de la graciosa e ignorada excepción del *Anticaballero*, no se conocen intentos semejantes en nombre de la dialéctica marxista. La respuesta a esa pregunta es trascendental para comprender las siguientes etapas del socialismo español y las siguientes etapas de la historia de España.

Lo que había sucedido es que la marcha de nuestro socialismo durante 1933 estaba condicionada por dos terribles crisis generales y exteriores a él. Una, la crisis de la democracia centroeuropea, aniquilada en este año hitleriano por la marcha de las antorchas y la confirmación del nazismo como esperanza para un nuevo milenio de Europa. (¡Cuántos de los viejos profetas que aun hoy se rasgan las vestiduras ante tamaña evocación pensaban entonces en la forma menos denigrante de uncirse al carro del «cabo bohemio»!). De esta crisis europea —abatida sobre el socialismo europeo físicamente y sobre el socialismo español a través del trágico vehículo del miedo— nos ocuparemos en el siguiente capítulo, pero conviene ya dejar suspendida sobre nuestra historia de 1933 sus sombras ominosas. Pero es que a la vez que la democracia centrista de Centroeuropa, se hundía en el naufragio de don Manuel Azaña la democracia liberal de la República española. 1933 es el año que se abre con la hecatombe de Casas Viejas, y después de una serie de desastres sociales y políticos —utilizados, sí, con marcado sectarismo por la propaganda derechista, tan implacable como la propaganda enemiga— culminaría en el desastre izquierdista de las elecciones de noviembre; un desastre de partido, al que el simétrico sectarismo de las izquierdas se empeñó en convertir en desastre republicano. Y a fe que lo consiguió del todo, como demostraría la historia de 1934.

Las juventudes socialistas, a primer plano

Abrumado por las noticias de Europa que le elaboraba hábilmente uno de sus mentores stalinistas, don Luis Araquistáin, y acosado por la evidencia de que, al estar fracasando con su jefe de Gobierno, Manuel Azaña, puede verse desplazado de la vanguardia revolucionaria por la contundente lógica del profesor Besteiro, Largo Caballero, quien, por desgracia, no se contaba entre los alumnos de esa cátedra en la Universidad Central, no contempla otra solución que la fácil, es decir, el atajo demagógico: durante toda la primavera de 1933 Largo Caballero se angustia buscando un lugar más a la izquierda de Besteiro al que, con lógica o sin ella, pueda trasladarse para conservar la atracción innegable que seguía ejerciendo sobre las masas del socialismo español. Mientras tanto, en la Casa del Pueblo de Madrid, ante la «amenaza fascista», es decir, ante los alardes incipientes de los encamisados partidarios del señor Gil Robles, crea una *fuerza de choque* dentro de las Juventudes Socialistas, llamada Grupo Deportivo, que se entrena en evoluciones militares y en el manejo de las armas cortas. El retorno de las excursiones domingueras se llena de puños en alto, de cánticos revolucionarios y de pañuelos rojos. Han nacido los *chíbiris*. Las Juventudes Socialistas comienzan a montar guardia ante los inmuebles del partido. Se presiente ya el choque violento y callejero; pero faltan todavía muchos meses para que las camisas azules den la réplica a los pañuelos rojos, contra el deseo íntimo de José Antonio Primo de Rivera, al que la fría luz de la Historia reconocerá alguna vez que entró en la ciega espiral de violencia contra su talante y su voluntad.

Pero no adelantemos acontecimientos. En la primavera de 1933 José Antonio se encuentra muy tentado por el fascismo y en plena evolución íntima cuando, como prueba suprema de la desintegración socialista, el diputado del PSOE, Amador Fernández, organiza una huelga del poderoso Sindicato Minero Asturiano, con sus correligionarios todavía en el Poder. Los socialistas asturianos intensifican su influencia en el partido y en la UGT por medio del lanzamiento, en este mismo año, de su notable periódico *Avance*, que, bajo la experta dirección de Javier Bueno, se erige en portavoz de la revolución. Ya empieza a destacarse Asturias, lo mismo que en 1917, como vanguardia de la revolución socialista en España.

Y es precisamente en Asturias donde se desarrolla el primer *round* de la controversia socialista de 1933. Las dudas de Largo Caballero se han desvanecido: frente a la revolución ortodoxa, cada vez más teórica, de Besteiro, él ha encontrado su fórmula mágica: la *dictadura del proletariado*.

La vieja expresión leninista tenía para Caballero, el obrero español, un sentido totalmente diverso del que le atribuyó el intelectual soviético, quien seguramente hubiera diagnosticado en su admirador español la enfermedad extremista infantil que tan acremente censurara en algunos de sus colegas y en varios grupos europeos. Pero la frase era redonda, la idea era muy simple (para Caballero y muchos de sus oyentes, dictadura del proletariado significaba eso precisamente: dictadura del proletariado), y Lenin era una bandera mucho más inteligible para los indiferenciados proletarios españoles que esa Rosa Luxemburgo agitada por Besteiro que nadie sabía aquí quién era y que tenía, para mayor desventura, nombre y apellido de vals. Las nuevas posiciones de la controversia socialista explotan en julio de 1933, cuando la crisis azañista entra a su vez en agonía. Mientras en un homenaje a Manuel Llaneza, en Oviedo, Besteiro asegura que de triunfar el bolchevismo en España, «la República sería la más sanguinaria de la historia contemporánea», y se declara enemigo irreconciliable de la dictadura del proletariado, Francisco Largo Caballero sigue eligiendo auditorios juveniles y el 23 de julio inflama a las Juventudes Socialistas de Madrid con su declaración de que el PSOE «quería conquistar legalmente el Poder» (en el que ya estaba; Largo seguía siendo ministro), pero si alguien se interponía se pondrían en marcha procedimientos resumidos en una frase certera: «Aspiramos a cambiar el régimen en una República socialista». La frase se pronuncia en el cine Pardiñas, de Madrid, y Largo Caballero, que monta el discurso como una pieza polémica contra Besteiro, sigue defendiendo la colaboración con la pequeña burguesía republicana; él no era profesor de Lógica.

En el Congreso del Sindicato Nacional Ferroviario, celebrado poco después, Besteiro recoge la onda y replica que no hay que hablar de dictadura del proletariado, sino de socialización de la industria. La misma línea —social-demócrata clásica— brilla en la introducción al *Programa de Erfurt*, de Kautsky, traducido al español por aquellos días. Besteiro, superado a la izquierda por Largo Caballero, abandona ahora sus un tanto extrañas invocaciones a los revolucionarios alemanes y etiqueta a Caballero como «reformista práctico, que puede a veces adoptar apariencias de un radicalismo extremo». A partir de este momento, los dos polemistas del socialismo español se arrojarían uno al otro la acusación de *reformista* como un insulto. Y lo más curioso es que los dos eran. Nada más que reformistas, aunque se vieran desbordados por una oleada revolucionaria que, en sus más profundos fondos, no era marxista ortodoxa ni marxista atenuada ni marxista leninista; si nos dejamos de etiquetas pretenciosas e importadas, no era más que una

oleada secular de abandono, de incultura y de anarquía. Y una oleada reciente de propaganda apocalíptica.

A orillas del Guadarrama

La respuesta de Largo Caballero a esta primera acusación de reformismo lanzada por el reformista Besteiro no se haría esperar. Restallaría en el discurso de clausura de la Escuela Socialista de Verano, de Torrelodones, situada justo fuera del límite de la canícula madrileña. Miles de excursionistas despreocupados acampan hoy durante el verano en las márgenes idílicas y torrenciales del pequeño Guadarrama, a su paso por las estribaciones de la clásica colonia madrileña de vacaciones; ninguno de ellos, ni siquiera los centenares que almuerzan o meriendan en el destartalado edificio junto al río tropiezan con los ecos de la desgarradora polémica que allí mismo surgió en el verano de 1933 para extender sus ecos incendiarios sobre España entera. Durante la transición el nuevo PSOE ha resucitado la Escuela de Verano.

En Torrelodones se estaba consumando la conversión al bolchevismo de las Juventudes Socialistas, dedicadas a poner a punto el ideario leninista, como reserva para cuando terminase la luna de miel con el agonizante colaboracionismo republicano. «Enseñaban el leninismo a la burguesía, por si se atrevían a echarles del Gobierno»; ésta es la interpretación dictada por el propio Besteiro sobre la marcha ideológica de la Escuela de Verano, tras ser expulsado violentamente por los Jóvenes Socialistas, entregados por completo a su rival.

No tuvo mejor éxito Indalecio Prieto, ante un auditorio tan poco apto para sus latiguillos y sus genialidades. Los jóvenes leninistas, a cuyo frente se encontraba un periodista muy inteligente, Santiago Carrillo, llamaron a Largo Caballero para la clausura. Después de su discurso, Largo Caballero se convirtió en el ídolo de la juventud revolucionaria. Comienza en Torrelodones la versión española del culto soviético a la personalidad; en Torrelodones se empieza a llamar oficialmente a Caballero «presidente del partido» con resabios de titulación nobiliaria que hacían reír a los viejos socialistas. Largo Caballero empieza en Torrelodones a proclamar abiertamente la dictadura del proletariado como objetivo concreto e inmediato: las anteriores alusiones eran globos-sonda.

Otro título soviético nobiliario que empezó a recibir en Torrelodones el antiguo consejero de Estado de la Monarquía militar, ahora presunto líder del bolchevismo español, fue precisamente el de «Lenin español». Los

comunistas, que no habían inventado el título, tomaron buena nota de él y recibieron inmediatamente de Moscú la consigna de difundirlo a todos los vientos. La orden se empezó a cumplir durante la campaña electoral para los comicios de noviembre.

La segunda ruptura de la conjunción

Mecido en las auras serranas de su nueva popularidad extremista, el hundimiento de Manuel Azaña coge desprevenido a Largo Caballero, quien no esperaba un desdén tan resonante de la burguesía para sus amenazas. Por lo pronto, el ministro de Trabajo no despide su automóvil oficial durante el período de crisis, como por dignidad hicieron todos los demás. En vista de que don Alejandro Lerroux no hace el menor ademán de consultarle, declara rota la conjunción republicano-socialista, a la vez que manifiesta en público su arrepentimiento por haber votado a favor de don Niceto Alcalá Zamora para la presidencia de la República. Triple reacción infantil que evidenciaba lo peligroso del deslizamiento de la militancia socialista a las manos de un político que exteriorizaba tales muestras de versatilidad e irresponsabilidad. Las actuaciones de Caballero a lo largo de la campaña electoral para las elecciones de 1933 son cada vez más tremendistas. La víspera de que Alejandro Lerroux formase su primero y efímero Gobierno, Largo Caballero proclamaba ante un fervoroso auditorio en el Cinema Europa de Madrid: «Hemos cancelado nuestros compromisos con los republicanos. Fieles a nuestra doctrina, la clase trabajadora debe aspirar a tener en sus manos el poder, íntegramente. Hemos de luchar hasta convertir el régimen actual en una República socialista (*delirante ovación*)». Pero tanta demagogia de su presidente no podía ocultar que el PSOE iba a las elecciones solo, dividido y sin alianzas; el desastre de las primera vuelta resultó particularmente amargo para Caballero, porque la única victoria socialista significativa, la de Madrid, fue una neta victoria de Besteiro, en la que él, último de la mayoría socialista, participaba como simple comparsa. La nula deportividad del derrotado presidente se pone de manifiesto en su asentimiento fervoroso a la cómica demanda de la izquierda para que se disolviesen las Cortes de 1933, incluso antes de celebrarse la segunda vuelta. Un discípulo fiel de Besteiro expresa duramente la actitud de Caballero ante la nueva situación:

«¿Cuál era la actitud del partido socialista ante la nueva situación política planteada por las Cortes vaticanistas y los Gobiernos del partido radical?

»De un lado habían llegado a su concreción madura y firme los amagos bolcheviques que tuvieron su primer brote sensible en la Escuela de Verano de 1933, que se habían convertido en unánime consigna de la inmensa mayoría del proletariado socialista. Al frente de este irresistible impulso de opinión obrera figura Francisco Largo Caballero, *resueltamente partidario de acudir a la insurrección armada para apoderarse del Poder*. (Subrayado nuestro). La propaganda de estos métodos expeditivos causaba el entusiasmo ciego de las masas, seguras de encontrar su redención por tan seguros procedimientos[10]».

Ésta era la situación interna del socialismo español a punto de abrirse el año 1934, que sigue resumido para la historia de España en una sola palabra: octubre.

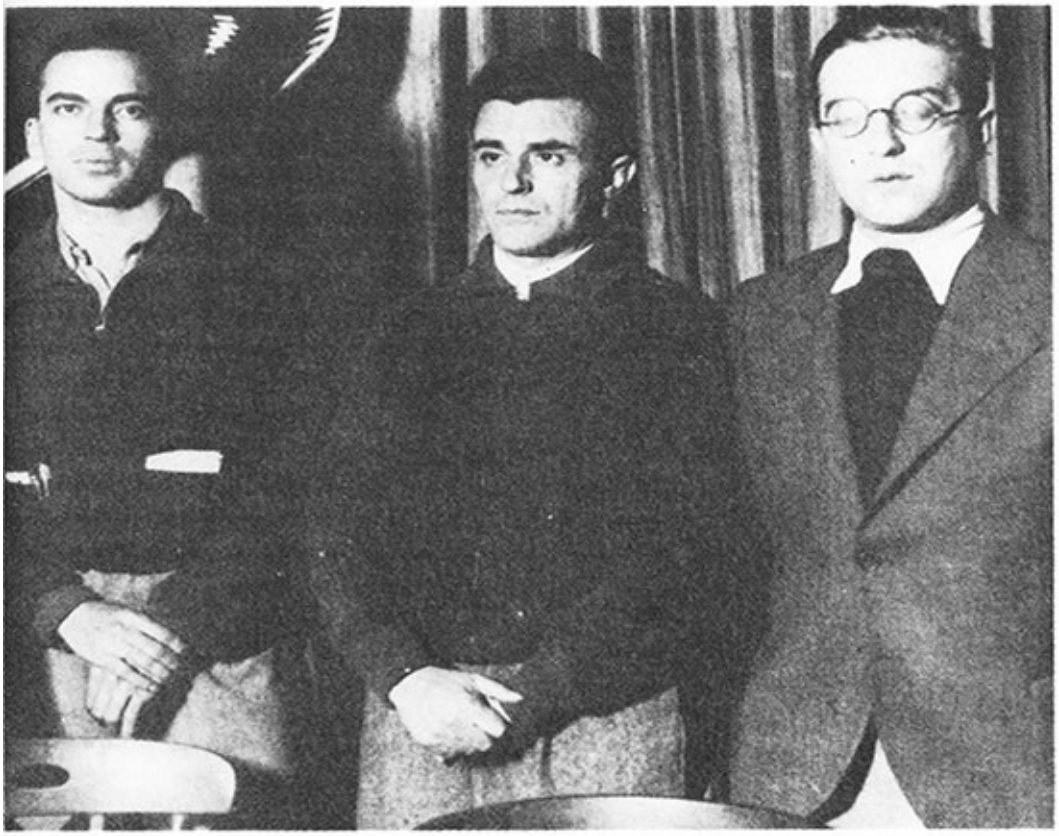
Pero en marzo de este año 1933, trascendental en la historia de Europa, en la de España y en la del socialismo español, Julián Besteiro había pronunciado una importante conferencia en el teatro María Guerrero de Madrid, a propósito del cincuentenario de Marx. Bajo el título *El marxismo y la actualidad política*, Besteiro ofreció una de las hasta entonces escasas contribuciones españolas al pensamiento marxista. El marxismo no es, para él, un dogma sino un método: un método de investigación y de acción. No hace una crítica científica sino una apología relativista del marxismo. Aprovecha la ocasión para criticar al colaboracionismo del PSOE con los republicanos. Ampara su ortodoxia con una apelación a Rosa Luxemburgo contra la desviación leninista.

FUENTES Y AMPLIACIÓN

Valga para este capítulo la misma recomendación y cita de fuentes que para el capítulo anterior. Especial insistencia debemos hacer en el libro-testimonio de Juan-Simeón Vidarte, *Las Cortes Constituyentes de 1931-1933*, Barcelona, Grijalbo, 1976. El autor, secretario del Congreso y elegido vicesecretario del PSOE en 1932, es miembro de la Masonería y relata las relaciones de la secta, el PSOE y la República de forma muy sugestiva. Su libro es una película de la vida política interna del PSOE durante el bienio Azaña, con numerosos datos, documentos (sobre todo intervenciones parlamentarias) y anécdotas, además de retratos de los socialistas más distinguidos. Es particularmente importante el análisis de la personalidad y la trayectoria de Besteiro, y la descripción patética de Fernando de los Ríos, a quien Vidarte venera, cuando se dirige a

las Constituyentes: «Llegamos a esta hora, profunda para la historia de España, nosotros, los heterodoxos españoles» (p. 191). La cita de Largo Caballero en el cine Europa la aduce Vidarte en la p. 632 de su libro.

Mantiene todo su interés, para este capítulo, otro libro-testimonio ya citado: el *Anticaballero* de G. M. de Coca. La conferencia de Besteiro se publicó en *El Socialista* el 29 de marzo de 1933 y se extracta en la versión 1975 del *Anticaballero*.



Prieto, en vista de que Antón no se presentaba en su destino del frente, le redujo a soldado raso y le expulsó del Comisariado.
(De izquierda a derecha, Francisco Antón, José Díaz y Mijail Koltsov.)

«La fricción entre Prieto y Negrín fue una bomba de tiempo que hubo de estallar en la emigración, con grave perjuicio para todos los españoles exiliados.»

CAPÍTULO 13
LA NUEVA TRAGEDIA DEL SOCIALISMO EUROPEO

No se puede comprender ni la historia del socialismo español ni la historia de España durante los años de la República —especialmente durante los años cruciales de 1933 y 1934— sin una mirada, atenta y permanente, a la gravísima crisis de Europa. Y no se trata solamente de una mirada histórica; eran los propios líderes españoles, de derecha y de izquierda, quienes estaban entonces pendientes de la última noticia europea, del último rumor, de la última moda política. Y aquella Europa a la que tan vergonzantemente reverenciaban o temían no podía entonces darles otras lecciones y otros ejemplos que las lecciones de la violencia, el ridículo de la democracia apaciguadora, el auge incontrolado de todos los totalitarismos, rojos, marrones y negros. Un historiador tan penetrante como el malogrado profesor Jaime Vicens Vives atribuye a Europa la principal responsabilidad por el desencadenamiento de nuestra guerra; no puede negarse que nuestra tragedia fue en gran parte *el crimen de Europa*, a través de la acción de agitadores y propagandistas europeos, bien sincronizados, para nuestra desgracia, con la clase política española empeñada en extraer sus orientaciones de Europa en exclusiva, empeñada en olvidar que tenía a sus espaldas una enorme y palpitante tradición de posibilidades políticas inéditas, ávidas de insertarse en un horizonte español moderno. Pero el morboso espejismo europeo no fue inventado por los políticos españoles de 1933 y 1934; surgía ya desde un par de siglos antes en nuestro desierto político, e incluso después de la experiencia definitiva de la guerra civil parece que seguimos volcados a la espera del maná de Europa, que tal vez no vendrá jamás hasta que hayamos aprendido nosotros a cavar en ese desierto nuestros propios pozos y nuestros propios canales.

Los años fascistas

Son 1933 y 1934 los grandes años del fascismo europeo; si 1933 marca la irrupción del nazismo —cancillería de Hitler en enero, incendio del Reichstag a fines de febrero—, 1934 es el año de la apoteosis. El 30 de junio, tras la sangrienta purga hitleriana de los tres días, las SS arrebatan el control de la violencia política a las SA; Himmler triunfa sobre Röhm. El 1 de agosto Adolfo Hitler se proclama Führer ante la sombra agonizante del mariscal Hindenburg; el ejército alemán, la poderosa Wehrmacht, imbuida de las tradiciones de fidelidad prusiana, le jura adhesión hasta la muerte, una adhesión que llegaría hasta Stalingrado y hasta las Ardenas. Y ante la mirada temerosa de Europa, la gran víctima de Hitler no son las salvajes y anárquicas SA, sino el gran socialismo de Alemania, el primer partido socialdemócrata del mundo entero, aniquilado no solamente por la persecución contra sus líderes, sino por las votaciones aplastantes y a la vez amañadas del pueblo alemán, que ha visto reducidos sus ocho millones de parados de 1932, y que no ve contradicción alguna entre el concepto de *nacional* y el concepto de *socialismo* que le brinda la nueva encarnación de Wotan para sus sueños de pueblo señorial, *Herrenvolk*. Pero la tragedia no se abate solamente sobre el socialismo germánico. En febrero de 1934, y en los combates sangrientos de la Plaza de la Concordia entre la extrema izquierda y la extrema derecha nacen a la vez el fascismo y el antifascismo de Francia; las cosas de Francia tienen siempre inmediata repercusión española, y de ese choque —aldabonazo rojo del Frente Popular— brotaría, a lo lejos, un batallón de la Brigadas Internacionales que se llamaría precisamente así: *Seis de Febrero*. Junto a las confusas noticias de Francia, son los sucesos de Austria los que mayor influencia van a ejercer en la política española del momento. El canciller católico Dollfuss había aplastado, mediante la *Heimwehr* del príncipe Starhemberg, el levantamiento socialista de Viena de los días 11, 12 y 13 de febrero de 1934; los comunistas difunden por toda Europa el folleto de Kurtz *Las épicas luchas de Viena*, que causó sensación en España y contribuyó a que el proletariado español pensase que Viena había sido una insurrección comunista. Es la primera vez que los comunistas tratan de apoderarse, con relativo éxito, de una empresa socialista; inmediatamente van a repetir el intento en Francia y en España. Dollfuss era un dictador sin fuerza parlamentaria, sostenido por la Iglesia y por los reaccionarios cristianosociales; la extrema izquierda española no puede resistir la tentación —no muy fundada en una semejanza real— de proclamar «pequeño Dollfuss» a José María Gil Robles. Pero los nazis no conquistan inmediatamente el poder en Austria, destinada en los designios hitlerianos a convertirse en

Marca Oriental del Gran Reich de los milenios. Porque Mussolini siente hervir su vocación de árbitro danubiano y sitúa a sus emplumadas divisiones en la guardia del Brennero. A pesar de este emplazamiento, el socialismo austríaco quedó tan aniquilado como el socialismo alemán, y tan desprestigiado como el socialismo de Francia. El terror socialista europeo fue transmitido —con habilidad perfectamente calculada— al presidente del PSOE y exministro de Trabajo de España, don Francisco Largo Caballero, por el exembajador de España en Alemania, don Luis Araquistáin. Y los exministros socialistas de la República van a dedicarse durante todo el año 1934 a preparar la insurrección armada del socialismo español contra la República.

Por si hicieran falta confirmaciones históricas sobre la premeditación y la culpabilidad del PSOE en la preparación del movimiento revolucionario —absolutamente antidemocrático— de octubre de 1934, y sobre el pánico por el aniquilamiento de los partidos socialistas de Alemania y de Austria como causa principal de la decisión revolucionaria socialista en España, el testimonio de Juan-Simeón Vidarte, publicado durante la transición reciente, es totalmente definitivo, además de detalladísimo. Vidarte, vicesecretario general entonces del PSOE, nos transmite punto por punto la génesis de la revolución, la inspiración de Araquistáin, la dirección suprema en manos de Largo Caballero, el impulso de Prieto, la marginación de Azaña y otros moderados, como Fernando de los Ríos. Cita expresamente Vidarte dos reuniones socialistas de especial importancia para la preparación revolucionaria: la conjunta de las ejecutivas del PSOE y la UGT el 31 de diciembre de 1933, donde de momento se imponen las tesis moderadas, pero acto seguido los caballeristas emprenden la conquista de la UGT, bastión de Besteiro, coaccionándole para que acepte un programa soviético más que simplemente revolucionario. Pasado ya el verano se celebra, bajo la presidencia de Largo Caballero, la que llama Vidarte «la reunión más trascendental de las celebradas por el Partido Socialista»; el líder de la revolución inminente convoca a quienes están ya designados por él como *Gobierno de comisarios del pueblo* según el más puro estilo leninista, entre los que figuran Prieto, Negrín, Del Vayo, Jiménez de Asúa, Amador Fernández, Pascua, Carlos Hernández, Felipe Pretel, De Francisco, Vidarte y Santiago Carrillo, a quien se había encargado la preparación de unos grupos de choque. Asistía también, levantada su marginación, el profesor de los Ríos. Era a primeros de octubre y Largo Caballero había expuesto ante sus hombres que el ejemplo de Alemania y de Austria les impulsaba —como había dicho

Araquistáin— a elegir entre la dictadura de la derecha o la dictadura revolucionaria del proletariado. Y todavía algún historiador pacífico e iluso cree a estas alturas que sólo se trataba de palabras.

La verdad sobre las alianzas obreras

Ante el telón de fondo europeo puede comprenderse bien el esfuerzo de Largo Caballero en pro de la creación de las Alianzas Obreras, fundadas a instancias suyas por la Ejecutiva del PSOE, precisamente en febrero de 1934. Erigiéndose en líder de toda la izquierda revolucionaria, Caballero revive los tiempos de 1917 y establece contactos estratégicos con la CNT a nivel regional. Pero fracasa. Solamente la Confederación Regional del Trabajo en Asturias firma un pacto revolucionario con la Federación Socialista correspondiente, pacto reprobado por el pleno de la CNT, pero mantenido —por algo se trataba de anarquistas— por los líderes sindicalistas de Gijón y de La Felguera. También los comunistas disidentes del Bloque Obrero y Campesino, capitaneados por Joaquín Maurín, tratan de organizar a su alrededor las Alianzas Obreras, y hasta es posible que de ellos fuese la idea original; no olvidemos que su mentor europeo era nada menos que Leon Trotsky, profeta frustrado, pero gran profeta al fin y presunto depositario de la auténtica herencia marxista. La escasa base nacional de masas del BOC sólo le pone al frente de las Alianzas en Cataluña y en algunos focos asturianos, como Mieres. Largo Caballero había decidido la creación de las Alianzas para evitar un posible monopolio comunista de la Unión del proletariado; el PCE, que por aquellos días había renovado profundamente sus cuadros, lanzaba una y otra vez su consigna de «Frente único». A pesar de ello, Largo Caballero consiente en unas conversaciones tácticas con los comunistas, que se celebran, a nivel de Juventudes, a fines de junio de 1934. Es muy interesante recordar que los tres representantes socialistas se llamaban Santiago Carrillo (futuro secretario general del PCE), José Laín Entralgo (también futuro comunista) y Segundo Serrano Poncela (futuro comunista, chequista e intelectual del exilio). La lectura de las actas de estas reuniones es una espléndida lección de Historia; ningún anticomunista español ha atacado jamás con tanta precisión y serenidad al comunismo como su entonces enemigo político y futuro secretario general Santiago Carrillo. Los tres socialistas criticaron duramente los propósitos absorcionistas del comunismo; dos años después los tres formarían parte del partido comunista de España.

Todos los movimientos obreros españoles de 1934, pues, quieren las Alianzas Obreras, pero en realidad no pretenden la unión efectiva del proletariado, sino la absorción de todos los demás grupos bajo las banderas particularistas de cada uno de ellos. Los comunistas, que se habían negado sarcásticamente a entrar en las Alianzas caballeristas, se dan cuenta del peligro de quedarse en tierra, y, apresuradamente, el 12 de septiembre de 1934 se olvidan de todos los desdenes y piden el ingreso sin condiciones. Aun así no ocultan sus propósitos de intensificar el proselitismo comunista dentro de la plataforma común de las Alianzas. En vísperas de la revolución de octubre se han enfriado mucho los interesados elogios comunistas al «Lenin español», y ante el demasiado evidente cinismo del PCE se ha detenido por unos meses el proceso de bolchevización de las Juventudes iniciado en Torrelodones en 1933.

La marcha hacia la revolución

A pesar de la cortina de humo de las Alianzas, la preparación y desarrollo de la revolución de octubre fue obra casi exclusiva del socialismo español y, sobre todo, del presidente del PSOE, Francisco Largo Caballero. Como hemos dicho, el año 1934 se caracteriza por la marcha socialista a la revolución; los cruces ideológicos y tácticos de las dos alas, besteirista y caballerista, son tan vertiginosos que el sentido común socialista, encarnado en Indalecio Prieto, no puede ya mediar eficazmente y, para no quedar arrumbado, juega decididamente en este año su carta revolucionaria. La ejecutiva del PSOE, por inspiración de Largo Caballero, traza a principios de año un programa de diez puntos para la acción revolucionaria, concretado en un *programa de acción*. Uno y otro reflejaban un extremismo absoluto: disolución del Ejército, nacionalización de la tierra, implantación de la dictadura socialista mediante la legislación por decreto, etc. Una excepción asombrosa es el expreso aplazamiento de la socialización de la industria, propuesta muy poco revolucionaria que parece dictada por Largo Caballero con el exclusivo fin de fastidiar a Besteiro. Es todavía el mes de enero de 1934 cuando Indalecio Prieto, en su última actuación de mediador, lleva este programa del presidente del PSOE al presidente de la UGT, Besteiro. Naturalmente, Besteiro rechaza el proyecto, y entonces Largo Caballero, auxiliado desde este momento por Prieto, que durante todo el año 1934 actúa como el más consumado caballerista, monta una tremenda ofensiva de desprestigio contra Besteiro, al que va privando, una a una, de todas sus

fortalezas políticas y sindicales. Es 1934, dentro del socialismo español, el año de la agonía de Julián Besteiro. *El Socialista*, órgano del partido y, por tanto, de Largo Caballero, publica con regularidad contundentes listas de sociedades y grupos de la UGT que se adhieren a la disciplina del PSOE; por primera vez en la historia del socialismo las dos creaciones de Pablo Iglesias aparecen profundamente divididas. Conquistan los caballeristas la importante Federación Española de Trabajadores de la Tierra; Ricardo Zabalza sustituye al besteirista Lucio Martínez y lanza al socialismo agrario a una huelga suicida en junio de 1934, que deshace a la organización. Pero la victoria fratricida de Caballero ha desmantelado una ciudadela besteirista. El Sindicato Nacional Ferroviario cae pronto en manos de los *leninistas*, como gustan de llamarse los socialistas revolucionarios. El principal reducto de Besteiro, la Agrupación Socialista de Madrid, cae en poder de Caballero. Los caballeristas, que ya dominan en el Comité Nacional de la UGT, plantean a la Ejecutiva besteirista el sometimiento o la dimisión. Prieto actúa en la controversia, en frase de un destacado besteirista, «como representante de los rojos»; es la primera vez que se utiliza esta expresión de forma consciente en las luchas políticas españolas. Besteiro y su grupo tienen que dimitir e inician un ostracismo del que solamente saldría el sucesor de Pablo Iglesias en la breve agonía republicana de marzo de 1939. Partidario del final de toda colaboración. Caballero dimite de la presidencia de la minoría parlamentaria socialista. Pero todo el partido y sus dependencias son suyas al llegar el verano de 1934: grupos socialistas, UGT, Juventudes, Alianzas Obreras… La UGT tiene un nuevo presidente, el caballerista Anastasio de Gracia, pero Largo Caballero la maneja desde su reconquistado puesto de secretario general. Dentro del reducto del socialismo —reducto rojo, como le llaman sus propios correligionarios— ha comenzado a funcionar ya, antes de terminarse el invierno de 1933-1934, la dictadura del proletariado.

El 7 de febrero de ese mismo año, Indalecio Prieto confirma oficialmente en el Parlamento la declaración de guerra revolucionaria que él mismo, haciéndose eco de múltiples declaraciones previas de Caballero, había proclamado días antes en el cine Pardiñas, de Madrid. Teodomiro Menéndez apoya las palabras de Prieto. El exministro de Obras Públicas, en una actitud bien poco *centrista*, gestiona eficazmente el envío de un importante cargamento de armas a los futuros rebeldes asturianos. Las armas van en el famoso buque *Turquesa* y Prieto se encuentra junto a Negrín dirigiendo el desembarco cuando las fuerzas de Orden Público se presentan y el barco tiene

que huir a medio descargar. La insurrección armada del socialismo español no era, desde entonces, un secreto para nadie.

Sin embargo, el socialismo entra en *su* revolución de octubre bajo la penosa impresión de un nuevo conflicto personal; esta vez entre Caballero y su fiel aliado de todo el año, Indalecio Prieto. Ante una propuesta de éste en el seno del Comité Nacional, Largo Caballero, a quien el resonante mitin de las Alianzas Obreras en el Estadio Metropolitano (14 de septiembre) había hecho, en frase de Madariaga, «perder la cabeza», interpreta la proposición de Prieto como crítica personal y dimite irrevocablemente de la presidencia del PSOE. Dimite con él su fiel Enrique de Francisco, secretario del partido. Para evitar que la revolución, inminente, se declarase con un PSOE decapitado, el Comité Nacional vuelve de su acuerdo y borra de las actas la proposición de Prieto, que había sido reglamentariamente aprobada. Prieto y varios de sus partidarios sienten que «abdican incluso de su dignidad personal». Pero el dictador del proletariado tenía el camino libre para que su partido, su sindicato, sus Juventudes y sus Alianzas desencadenasen en esa misma semana la revolución de octubre.

Fuentes y ampliación

Para el marco europeo —la angustia y la destrucción del socialismo en Alemania y en Austria— y para la gestación de las Alianzas y la dinámica interna revolucionaria del PSOE, hemos seguido las orientaciones de nuestro análisis detallado sobre el problema en *Historia de la guerra civil española, antecedentes*, Madrid, San Martín, 1969, que seguimos considerando válidos incluso después de la aparición de nuevas fuentes. Entre los testimonios socialistas preferimos para explicar este período los de Gabriel Mario de Coca, en *Anticaballero*, ya citado reiteradamente en los anteriores capítulos; y el siguiente libro de las *Memorias*, interesantísimas, de Juan-Simeón Vidarte. *El bienio negro y la revolución de Asturias*, Barcelona, Grijalbo, 1978. A veces no es fácil la concordancia entre estos dos testimonios, como por ejemplo en las disensiones socialistas en vísperas del estallido de octubre, que Vidarte disimula, mientras exalta, con razón, la preponderancia de Caballero como jefe del inminente «gobierno de comisarios del pueblo» del que significativamente está excluido Besteiro, aunque se repesca para el caso a Fernando de los Ríos.

La influencia de la Masonería en todo este proceso está más que discretamente insinuada por el distinguido miembro de la Orden y autor de ese trascendental testimonio citado en último lugar. En nuestra citada obra se incluyen análisis y citas detalladas acerca de los encuentros de socialistas y comunistas de 1934 a 1936.

«El Partido Comunista francés —escribe Besteiro en 1939—, más patriota que el español, se negó ya en mayo de 1936 a exigir representación en el Gobierno como ordenaban desde Moscú. Prefirieron la paz interna de su nación al acatamiento de las consignas recibidas.» (Besteiro, sentado, dirigiéndose por radio a los madrileños en nombre del Consejo Nacional de Defensa.)

En carta a su padre, fechada el 15 de mayo de 1939, Santiago Carrillo repudia «la traición de Casado, Besteiro, Miaja, Mera, Wenceslao Carrillo (en la foto) **y Cía».**

CAPÍTULO 14
OCTUBRE 1934: LA PURIFICACIÓN POR EL FUEGO

Alguien ha dicho que la historia de España, tras circular por cauces imprecisos y encontrados, se concentra a veces, imprevisiblemente, en tramos torrenciales de aceleración trágica. La temible imagen es desgraciadamente exacta y puede simbolizar adecuadamente momentos de la historia de nuestro pueblo tan difíciles de explicar como la revolución de octubre de 1934. A partir de octubre termina abruptamente el difícil diálogo de izquierdas y derechas en la República española; a partir de octubre se impone una nueva dialéctica, de la revolución y contrarrevolución. Las dos Españas, que pese a todo no eran hasta entonces más que un inmenso e incoherente temor, cobran ya, en octubre, entidad separada y mutuamente agresiva. Después de octubre se destierra de la República la serenidad y sólo se podrá discutir el futuro con la vista fija en ese capítulo sangriento del pasado. El vocerío propagandístico, la múltiple tensión emocional convertiría a octubre en bandera, en insulto, en presagio. Aún hoy resulta difícil el frío análisis de octubre, por debajo de los escombros de la propaganda. Y, sin embargo, tenemos que intentarlo porque octubre es un capítulo esencial en la historia del socialismo español.

La revolución de octubre es, antes que todo, y por encima de todo, una revolución socialista. Y es una revolución lustral, mediante la cual el ala caballerista del socialismo español trató de purificarse, por el fuego revolucionario, de las culpas y los remordimientos de la fracasada colaboración con la burguesía republicana. Esta tesis es importantísima, y a fuer de evidente ha quedado tan sumergida en otras atribuciones de la propaganda que necesita un enérgico subrayado histórico. Fracasó octubre en Cataluña porque el pueblo y la sociedad política catalana no se identificaron con la aberración separatista de Luis Companys, seducido por el provocador Dencás y luego arrepentido; y porque el socialismo catalán carecía de importancia y las Alianzas Obreras de Cataluña eran las únicas que no estaban controladas por el socialismo, sino por el débil comunismo disidente del Bloque Obrero y Campesino; las milicias de la Generalidad izquierdista,

sin ánimo de lucha, jugaron su revolución a la única carta de la cooperación de las fuerzas de Orden Público. Junto al fracaso de la noche triste de Barcelona, el segundo gran fracaso de octubre fue el de Madrid, y ése sí que puede considerarse ya como un pleno fracaso socialista. El fracaso del organismo central de la revolución socialista de 1934 parece la reedición de los de agosto de 1917 y diciembre de 1930; el único miembro del Comité Central de Huelga en las tres ocasiones era por cierto el principal inspirador y organizador del intento de 1934, Francisco Largo Caballero. Y el presidente del PSOE prácticamente no se movió. Ya conocemos su *espantá* en una de las últimas sesiones de la ejecutiva, que a duras penas pudo rehacerse para encarar el desencadenamiento revolucionario. A última hora Caballero dio órdenes y contraórdenes, y la mayoría de las agrupaciones socialistas carecían de instrucciones precisas en la noche del 4 de octubre. Solamente Asturias y sus comarcas limítrofes se levantaron conforme al plan central, una vez que llegó a Mieres en el momento justo el diputado Teodomiro Menéndez con las instrucciones detalladas del Comité. Para que no quedasen dudas sobre el carácter oficialmente socialista de la revolución, fueron precisamente los diputados del PSOE los encargados de transmitir la orden de echarse a la calle a los afiliados de su circunscripción. Pero las vacilaciones de Largo Caballero desanimaron a casi todos, y muchos ni siquiera intentaron el viaje. Éste es un hecho capital para la comprensión del fracaso del movimiento en toda España; la inacción y la torpeza del Comité de Huelga se prueba con la facilidad con que fueron reprimidos los débiles focos de la revuelta socialista en la capital. Las explicaciones que dio después Largo Caballero rezuman incoherencia.

Quince días de Asturias

Ante el fracaso y la inhibición de las demás provincias, salvo un intento serio en Vizcaya y varios chispazos en otros puntos, la revolución socialista de octubre fue, lo mismo que la de 1917, una revolución asturiana. No es éste el momento de detallar su descripción, a la que en otro lugar hemos dedicado un estudio monográfico que hasta el momento, según creemos, ni siquiera se había intentado desde fuentes históricas. El poderoso socialismo asturiano, perfectamente organizado para la acción política y sindical, se reveló desde los zambombazos de la madrugada del 5 de octubre como una formidable máquina de guerra. Un ejército de treinta mil mineros dominó casi inmediatamente las cuencas, estableció en Mieres la capitalidad

revolucionaria y se lanzó concéntricamente a la conquista de Oviedo, a la vez que se desbordaba sobre las zonas mineras de las provincias vecinas. Su moral creció hasta el infinito después de su primera victoria en campo abierto, en la batalla de la Cuesta de la Manzanera; pronto irrumpieron sus vanguardias en Oviedo, donde cercaron estrechamente a la poco decidida guarnición y establecieron su cuartel general en el Ayuntamiento.

Los dirigentes socialistas Ramón González Peña y Belarmino Tomás dirigían las operaciones militares y organizaban su retaguardia como República socialista. Todos los grandes líderes del socialismo asturiano ocuparon sus puestos; junto a ellos apenas destacaba ocasionalmente algún jefe secundario perteneciente a otros credos políticos, como el comunista Juan Ambou, el sindicalista José María Martínez, el comunista disidente Manuel Grossi. Incluso estos dirigentes de las Alianzas acataban la supremacía socialista en lo militar, en lo político, en lo administrativo.

Mientras la izquierda republicana, marginada por sus exaliados del PSOE para el intento revolucionario, permanecía a la expectativa, el centro y la derecha de la República se unieron como un solo hombre en contra de la revolución más antidemocrática de toda la historia contemporánea española. Recordemos una vez más la definitiva condenación de Madariaga, contra la que se estrellan todos los malabarismos verbales que pretenden justificar la raíz de octubre: «El alzamiento de 1934 es imperdonable. La decisión presidencial de llamar al poder a la CEDA era inatacable, inevitable y hasta debida ya desde hacía tiempo».

El argumento de que el señor Gil Robles intentaba destruir la Constitución era a la vez hipócrita y falso… Con la rebelión de 1934, la izquierda española perdió hasta la sombra de autoridad moral para condenar la rebelión de 1936[11].

Tres generales del Ejército español desarticularon el intento revolucionario. El jefe de la IV División Orgánica, en Barcelona, don Domingo Batet; el inspector general del Ejército, don Eduardo López Ochoa, con su heroica penetración al frente de un batallón incompleto hasta el mismo centro del ataque rojo, y el asesor especial del ministro de la Guerra, don Francisco Franco Bahamonde, perfecto conocedor de la situación desde su experiencia personal en 1917. Por su parte, el coronel Antonio Aranda, de acuerdo con el general Franco, acordonó los puertos asturianos con un dispositivo hermético de columnas móviles; la revolución socialista se ahogó en su propio ambiente.

El resto de la historia pertenece más bien a la crónica negra que al análisis científico. Oleadas de propaganda se han abatido sobre el tema de la represión gubernamental y sobre el tema de la represión minera. Cuando en la historia española surge el tema de la represión, normalmente hay que suprimir un par de ceros en las infundadas cifras que suelen airearse; en Asturias, el número de bajas en combate abierto fue superior al de las cifras propagandísticas de la represión, por parte de los dos bandos. Esto no supone negar la tragedia, sino fundarla en sus límites exactos de realidad.

El rapto comunista de la revolución

Cuando los líderes de la República socialista de Asturias advierten su aislamiento y presienten su derrota, cometen dos errores gravísimos y sucesivos que tendrán consecuencias incalculables en la historia de España. Autorizan con su presencia oficial el desvalijamiento de los Bancos asturianos y acto seguido huyen por el monte con el dinero, un dinero que el socialismo jamás devolvió a la República. Este doble rasgo incalificable hundió de pronto el prestigio del socialismo asturiano, acumulado durante decenios de honestidad profesional y política. Es el momento que han esperado los comunistas españoles durante todo el último de esos decenios. Inmediatamente son ocupados por miembros del partido comunista de España los puestos abandonados en los Comités asturianos por los socialistas huidos. La República socialista se transfigura en República de obreros y campesinos; la revolución agoniza, pero aún es suficiente para que los comunistas se vuelquen sobre sus restos, improvisen un festival propagandístico numantino y se apoderen con habilidad sin par del recuerdo y del mensaje de un octubre que no fuera nunca suyo. Miles de milicianos socialistas de Asturias se pasaron en masa al comunismo que recogía del fango y de la sangre la bandera abandonada por Ramón González Peña y su grupo. Para el comunismo, Asturias —que no había sido una plataforma de revolución— se convirtió en una fantástica plataforma de propaganda. Y esto de forma consciente, premeditada, planificada; algo ha cambiado en el partido comunista de España para hacer posible tamaño triunfo realista y estratégico; son los comunistas quienes mejor aprovechan el desprestigio y el hundimiento socialista. Cuando la plana mayor del socialismo asturiano veía la partida perdida, trataba de pactar y abandonaba a todos los niveles los comités de lucha y de resistencia, los comunistas se lanzaron inmediatamente a suplir el vacío de poder proletario e improvisaron unos nuevos comités que

ellos eran los primeros en saber condenados al fracaso, pero que estaban destinados a apoderarse propagandísticamente de una revolución en la que el PCE había entrado sólo a regañadientes y en el furgón de cola. Ni después del 12 de octubre de 1934 —fecha inicial de la desbandada socialista— ni después del 5 de marzo de 1939 —fecha inicial de la revuelta comunista con la que terminó la guerra de España— hubo propósitos auténticamente numantinos por parte del comunismo español. Los propósitos fueron mucho más sencillos y mucho más inteligentes: dejar montada una cabeza de puente propagandística, apoderarse de una revolución cuando se hundía políticamente, pero históricamente empezaba a convertirse en mito, y agrupándose bajo la nueva bandera raptada, conseguir al fin el sueño nunca abandonado de *frente único por la base* y esperar, lo que no parecía nada improbable, a convertirse en vanguardia y en grueso del próximo ejército rojo en cuanto el eterno retorno del péndulo español lo permitiese.

Es muy posible que para explicar este primer gran éxito del comunismo español, a costa del fracaso socialista, no baste con anotar el cambio de influencias dentro de las orientaciones españolas de la Comintern. Es seguro, por supuesto, que a partir de 1934 los dirigentes comunistas del mundo latino —Thorez, Togliatti— desplazan para esas orientaciones a los confusos delegados centroeuropeos que hasta entonces habían marcado la débil trayectoria del PCE. Pero no basta con señalar el cambio exterior. Es muy posible que los principales responsables de la victoria estratégica del PCE sean dos comunistas españoles; ante todo, Dolores Ibárruri, que a la luz de los incendios de octubre emerge como máxima estrella propagandística del proletariado, heredera directa de otro mito comunista asturiano, la Agustina de Aragón roja Aida Lafuente. Y tras el atractivo cada vez más poderoso políticamente de *Pasionaria*, el misterio de Santiago Carrillo que, fracasado como líder de las juventudes revolucionarias en el Madrid de octubre, inicia entonces su hégira hacia las filas comunistas y va a protagonizar la segunda gran victoria del comunismo español, también a costa de un socialismo desmantelado y a la deriva: el rapto comunista de las Juventudes, terror casi atávico de Francisco Largo Caballero, que para evitarlo no dudará en despeñar al viejo PSOE por los torrentes de la bolchevización.

A partir de ese momento nada puede explicarse en la historia de España sin la evocación de octubre. Octubre es el crisol del Frente Popular después de que con su grito UHP —Unión de Hermanos Proletarios— lanzase, por encima de las polémicas, la realidad del Frente Único; octubre es el ensayo y el presagio de la guerra civil, después de incubar en su recuerdo y en su

desesperación la guerra civil interna del socialismo. Conscientes de su fracaso íntimo, y lo que es peor, de su fracaso dialéctico, los socialistas apenas se atreven a hablar de octubre. Unos, porque se encuentran perdidos en el monte, como el *generalísimo* González Peña, capturado después por la delación de sus propios amigos; otros, porque terminaron en el exilio, como Indalecio Prieto, escapado milagrosamente de España en el estrecho maletero del automóvil conducido por el agregado aéreo de la República en Roma, Ignacio Hidalgo de Cisneros; otros encerrados en la cárcel Modelo tras una poco gloriosa captura, como el presidente del PSOE y exministro de la República, Francisco Largo Caballero. Ni siquiera cuando los líderes socialistas regresan a la vida política, en vísperas del triunfo del Frente Popular, se muestran propensos a alardear de su aventura asturiana. En las llameantes Cortes republicanas de la primavera de 1936 se agitará, sí, continuamente, el espectro de octubre, pero no en los discursos de los diputados socialistas, sino en las parrafadas incendiarias de los representantes del partido comunista de España.

Para la historia inmediata, la gran consecuencia comunista de octubre fue la creación y el rapto comunista del nuevo mito revolucionario; para la historia que ya surgía en el horizonte, octubre predeterminaba la trascendental conversión al comunismo del joven intelectual y táctico que dirigía las juventudes caballeristas, Santiago Carrillo. Y para el gran capítulo que iba a abrirse en la historia de España, la consecuencia absoluta, y tal vez trágicamente necesaria, de la revolución de octubre era nada menos que la guerra civil de 1936.

FUENTES Y AMPLIACIÓN

Aludimos en el texto a nuestro análisis monográfico de los antecedentes, desarrollo y consecuencias de la revolución de octubre en España; puede consultarlo el lector en nuestra *Historia de la guerra civil española, antecedentes*, Madrid, San Martín, 1969, de la que constituye el episodio central. Ese análisis se monta sobre un detenido estudio, entre otras, de las fuentes socialistas contemporáneas, algunas de las cuales, muy importantes, se transcriben y estudian por Marta Bizcarrondo en *Octubre del 34: reflexiones sobre una revolución*, Madrid, Ayuso, 1977.

El mejor estudio histórico de conjunto sobre la revolución de octubre es el de J. A. Sánchez y García Saúco, *La revolución de octubre de 1934 en*

Asturias, Madrid, Editora Nacional, 1974, avalorado con un decisivo prólogo del profesor Vicente Palacios Atard. Es muy interesante y positivo el capítulo sobre octubre de 1934 en el lúcido estudio del profesor Stanley G. Payne *La revolución española*, ya citado. En el también citado *Anticaballero*, de Gabriel Mario de Coca, se detallan los errores e inconsecuencias de Largo Caballero y su grupo de revolucionarios (que para el implacable crítico son revolucionarios de opereta) en la dirección nacional del movimiento subversivo y sobre todo en Madrid, sede del comité central de huelga.

Prieto, en sus citados libros de memorias, ha narrado su evasión de España, confirmada por el militar que le escondió en su maletero, Ignacio Hidalgo de Cisneros, en su divertidísimo libro de recuerdos *La República y la guerra de España*, París, Ed. du Globe, 1964, 2.º vol.

En el citado análisis de 1969 citamos todo el conjunto de fuentes contemporáneas sobre la revolución de octubre en Asturias y Cataluña. El notabilísimo testigo socialista, miembro del Comité de Huelga, y diputado, Juan-Simeón Vidarte, proporciona, como siempre, valiosos recuerdos y textos en su citada obra *El bienio negro y la insurrección de Asturias*, Barcelona, Grijalbo, 1977.

Los capítulos 42 —«Atención al disco rojo»— y 43 —«Octubre»— de la ya clásica *Historia política de las dos Españas*, de José María Escudero, son la mejor interpretación profunda de la Revolución socialista publicada hasta hoy. (2.ª ed., Madrid, Editora Nacional, 1976).

Diego Martínez Barrio promete su cargo como presidente de la República y poco después designa a José Giral como jefe de un Gobierno en que participan dos socialistas, De los Ríos y Jiménez de Asúa. (De izquierda a derecha, José Giral y Martínez Barrio.)

«El partido socialista de la emigración es un gran gesto romántico y heroico, sin ninguna eficacia política; una admirable Numancia errante —añade Araquistáin (en la foto)**— que prefiere morir gradualmente a darse por vencida.»**

CAPÍTULO 15
EL PSOE COMO EJE DEL FRENTE POPULAR

Cuando al fin se reúnen las Cortes de la República después de la revolución de octubre —a fines de la primera semana de noviembre— los bancos de la izquierda están vacíos. Ni un solo diputado socialista comparece en el hemiciclo, aunque don Alejandro Lerroux, en plena apoteosis, tiene un arranque generoso y evoca con tristeza la ausencia del anterior presidente de la Cámara, don Julián Besteiro. El depuesto presidente de la UGT no había participado para nada en la preparación revolucionaria, pero tampoco interviene en las Cortes de la contrarrevolución. Su ostracismo político dentro de su partido y dentro de la política española sigue en pleno vigor.

Pero durante todo el año 1935 también el gran rival de Julián Besteiro está personalmente ausente de la política socialista y de la política española. Francisco Largo Caballero, a pesar de que niega cínica y sorprendentemente —por consejo de sus abogados, que no por cobardía personal— toda culpa revolucionaria, seguirá todo el año encerrado en la cárcel Modelo, donde al fin encuentra tiempo para sumergirse, perplejo, en la lectura de los clásicos del pensamiento marxista. Con todos sus grandes rivales fuera de actividad, Indalecio Prieto, desde su cómodo destierro de París, ve llegar su gran hora y se dispone a aprovecharla con su permanente carga de información política y con su acreditada habilidad maniobrera. Pero la pesadilla del socialismo español, la perenne amenaza de crisis interna, va a hacerse también presente a lo largo del año derechista y reaccionario de 1935, y es la actividad política de Prieto desde el exilio quien va a desarrollar la nueva crisis socialista, a propósito de la gestación del Frente Popular español.

Los problemas históricos del Frente Popular

Porque la génesis de nuestro Frente Popular, iniciada paradójicamente por la ciega persecución de las derechas contra Manuel Azaña a raíz de la

revolución de octubre, va a desarrollarse desde fines de 1934 hasta principios de 1936 en manos de dos protagonistas que colaboraron entre sí cada vez con mayor sentido de responsabilidad y de equipo: el propio Azaña e Indalecio Prieto, los creadores de la tercera y última etapa histórica de la veterana conjunción republicanosocialista que, con significativas, aunque no esenciales ampliaciones de la extrema izquierda, conocemos más de cerca con el nombre de Frente Popular español.

Estudiamos en este capítulo la esencial participación del PSOE en la génesis del Frente Popular. Tan esencial que le definimos como eje de esa coalición de *partidos republicanos* y *partidos obreros*, que es como se definió a sí mismo, en su manifiesto electoral, el Frente Popular en España. El análisis de los historiadores socialistas es más complejo: para algunos de ellos, como el doctor Santos Juliá, el Frente Popular se define mejor desde la teoría política, supera por todas partes la simple coalición electoral y sólo se concreta, ideal y realmente a la vez, en el sistema presidido por el doctor Juan Negrín ya mediada la guerra civil española. Aquí pretendemos definir el Frente Popular desde el análisis histórico, no desde una teoría política preconcebida; y llamamos Frente Popular a lo que todo el mundo consideró, en España, como Frente Popular: la conjunción de los *partidos republicanos* de Azaña y Martínez Barrio con los *partidos obreros*, es decir revolucionarios, cuyo eje era el PSOE caballerista y, como se designaba a sí mismo, bolchevique de 1935/1936. Para el citado doctor Juliá ese PSOE consistía en un *reformismo radical*. Para el propio Caballero, líder del movimiento, se trata de un *bolchevismo*. Este proceso de radicalización revolucionaria del PSOE, reconocido con diversos nombres por todo el mundo, fue alentado, como veremos, desde un órgano de prensa —*Claridad* — y desde una revista teórica y divulgadora, *Leviatán*, dirigida también por el mentor de Caballero, Luis Araquistáin, y que constituye un importante y excepcional intento de teoría y aliento a la praxis marxista durante los meses de mayo de 1934 a julio de 1936, en que apareció. Luego Araquistáin minimizaría ese marxismo que abandonó y superó; y el propio Largo Caballero sería expulsado del Gobierno y de la política por los auténticos bolcheviques, es decir por los comunistas estalinianos. Pero ahora estamos trazando la trayectoria socialista desde la revolución de octubre al pacto del Frente Popular. Como se demuestra directamente por los testimonios de Coca y Vidarte —y sobre todo por la vital correspondencia Azaña-Prieto— el PSOE fue el eje y el motor del Frente Popular en España, para encontrar, sin duda, una cobertura defensiva que le evitase la presentida hecatombe a manos

del *fascismo* (un fascismo que los socialistas españoles interpretaban arbitraria y equivocadamente) y le permitiese una salida digna de su tremendo fracaso en la revolución de octubre.

El fascismo europeo que aterrorizaba al socialismo español no era ningún fantasma, pero la personificación de ese fascismo en Falange Española y sobre todo en la CEDA es un error trágico que los historiadores socialistas aceptan acríticamente, como una verdad dogmática. Se han acumulado los dicterios y las hipercríticas unidimensionales sobre el gobierno de centro-derecha que salvó a la República del abismo revolucionario de octubre y dirigió, con sucesivas formas, la política española hasta la disolución de las Cortes de 1933 por imposición del Presidente de la República en diciembre de 1935. El propio José María Gil Robles ha trazado una excelente descripción defensiva de su bienio político, con la que por lo general estamos de acuerdo, aunque el líder de la derecha católica disimula, sin ocultarlos del todo, los aspectos evidentemente reaccionarios de esa orientación, por más que desde luego no fueron los únicos. El PSOE veía en el campo centro-derechista fantasmas y pretextos. No se guió en su proceso de bolchevización por una crítica social sino por terrores políticos.

Conviene pues que en este punto de nuestra historia fijemos con precisión el verdadero origen del Frente Popular, porque los comunistas, después de su éxito propagandístico al apoderarse de las consecuencias de la revolución de octubre, han tratado de repetir la suerte y de apoderarse de toda la posible virtualidad histórica del Frente Popular en España. El problema es complicado y no puede zanjarse con demasiado esquematismo, pero es un problema real, no una elucubración de teoría política. La colaboración Azaña-Prieto desde fines de 1934 fue, sin interferencias comunistas por el momento, el verdadero origen del Frente Popular. Tanto Azaña como Prieto habían sido hasta entonces anticomunistas convencidos, lo seguían siendo y nunca se retractarían de sus convicciones. En una de las cartas a Prieto que forman el entramado original del Frente Popular, Azaña escribe: «¿Adonde podemos ir nosotros, ni ustedes, con los comunistas? La coalición con los socialistas, para una obra realizada desde el Poder por los republicanos, es legítima, normal y deseable, y usted conoce mis puntos de vista sobre la colaboración de los socialistas en la construcción de la República. Con los comunistas no sucede lo mismo. Y, además, electoralmente, sin aportar número de votos apreciable, espantarían a los electores y desnaturalizarían, en perjuicio nuestro, el carácter de la coalición[12]».

Prieto, en su respuesta, se mostraba perfectamente de acuerdo. Pero sabido es que los comunistas acabaron entrando en el pacto del Frente Popular, y consiguieron en las elecciones del Frente Popular, en febrero de 1936, un número de diputados completamente desproporcionado a su fuerza real. ¿Qué había sucedido? La participación comunista en el Frente Popular se había decidido, como siempre, fuera de España, en el VII Congreso de la Comintern, en agosto de 1935. A partir de su regreso a España, los dirigentes del PCE desencadenan una frenética campaña para introducirse en el pacto electoral de las izquierdas, a lo que se oponen los elementos del centro republicano y el ala prietista del socialismo. Pero los comunistas relanzan su campaña de exaltación de Largo Caballero, ansioso de reivindicarse por su equívoco papel en octubre, y el líder del socialismo extremista conoce complacido en la cárcel los periódicos de Moscú, que plantan en primera página su efigie resucitada de «Lenin español». Por su compenetración con las Juventudes Socialistas del ya virtual comunista (aún no declarado) Santiago Carrillo y por su identificación con el movimiento de recuperación caballerista desde el otoño de 1935, los comunistas consiguen introducirse subrepticiamente en el pacto del Frente Popular y enquistarse, por tanto, profundamente, en la nueva etapa de la conjunción de socialistas y republicanos. Dentro ya de la *fortaleza democrática* seguirían apoyándose en Largo Caballero para conseguir la realización paulatina de las consignas del VII Congreso de la Comintern, proceso que se aceleraría a partir del 18 de julio. Hay ya una abrumadora documentación histórica para demostrar que el Frente Popular, que comenzó no solamente sin los comunistas, sino con tendencia anticomunista, acabó siendo la gran víctima y la gran conquista española del PCE. Una especie de reedición de la victoria histórica en la revolución de octubre.

Las polémicas socialistas de 1935

No podía imaginar semejante desenlace Indalecio Prieto cuando lanzaba desde París, el 23 de marzo de 1935, su resonante carta al partido socialista en la que abogaba por la nueva conjunción con los republicanos. La carta se publicaba en el periódico de Prieto, *El Liberal*, de Bilbao, con el título de «Amplitud y condiciones de la coalición de izquierdas» y sentaba la tesis de que la coalición «se debe extender a nuestra derecha y a nuestra izquierda, y que constituiría un tremendo error dejarla circunscrita a una de las alas». «Considero indispensable —recalcaba Prieto— la inclusión en tal alianza de

elementos republicanos». Es interesante la confesión de Vidarte sobre su impulso a Prieto para la coalición con los republicanos, a la que colaboró desde la otra banda otro político masón todavía más importante: Martínez Barrio.

El ala caballerista del partido y de la UGT, muy alicaída por el desairado papel de su jefe en la revolución de octubre, reacciona inmediatamente ante la propaganda conjuncionista de Prieto por medio de dos portavoces: el periodista Carlos de Baráibar, que publica un demoledor ataque contra Prieto en el folleto *Las falsas posiciones socialistas de Indalecio Prieto*, y el líder (con Santiago Carrillo) de las Juventudes Socialistas, Carlos Hernández Zancajo, que a fines de abril de 1935 lanza el agresivo manifiesto *Octubre, segunda etapa*, trascendental para comprender la crisis del socialismo en 1935 y el proceso de bolchevización de su ala izquierda, en el que los historiadores más responsables ven, casi con unanimidad, una de las causas más claras de la provocación y el estallido de la guerra civil española. No se crea que la *bolchevización* es un término de contrapropaganda. Es nada menos que la confesión patente del objetivo básico del grupo juvenil caballerista: «Hoy ya es una necesidad reconocida por todos la depuración revolucionaria del partido socialista; lo que nosotros denominamos su *bolchevización* (cursiva original). Por tanto, es indiscutible que las Juventudes Socialistas de España son hoy unas falanges verdaderamente bolcheviques en la justa acepción del término, puesto que son el motor de la depuración y la radicalización del partido[13]». Los caballeristas invocan el apoyo de la Unión Soviética para la conquista del Poder *por medio de la insurrección armada* (subrayado nuestro, texto original); señalan como objetivos internos la expulsión de Besteiro y la eliminación del centrismo (Prieto) de los puestos directivos; claman por la «derrota de la burguesía y el triunfo de la revolución bajo la forma de la dictadura proletaria»; y participan en la campaña comunista para la exaltación del líder encarcelado, Francisco Largo Caballero.

Todo el año se mantiene la cada vez más acre polémica de los caballeristas contra Indalecio Prieto; no era éste fácil enemigo y se revuelve con saña contra sus adversarios y compañeros. En pleno recrudecimiento de la polémica, los caballeristas sienten la necesidad de disponer de un órgano propio, porque el diario oficial del PSOE, *El Socialista*, bastión de Largo Caballero hasta octubre, se encontraba en manos de una ejecutiva que, debido a las muchas vacantes de la revolución, seguía las orientaciones de Prieto a través de su director, el periodista de Bilbao, Julián Zugazagoitia. Así aparece en julio de 1935 el semanario, y poco después diario, *Claridad*, dirigido por

Luis Araquistáin y portavoz del ala caballerista del partido y la UGT. Ante la estupefacción de todas las fuerzas políticas del país, los dos periódicos socialistas se enzarzan en una lucha no solamente fratricida, sino en ocasiones desleal y hasta soez; ninguna expresión más dramática de la hondísima y ya irreversible crisis histórica del socialismo español que los ataques en tromba de un periódico socialista contra otro periódico socialista.

Manuel Azaña, el más atento observador de la terrible polémica de los herederos de Pablo Iglesias, trata de animar a Prieto en su pugna con el *ala dura* del partido y de la UGT. «Por la izquierda corre una fruición inteligente y peligrosa», escribía el 9 de mayo de 1935 en *Arriba* otro inteligente observador de la realidad política española, José Antonio Primo de Rivera, el único que desde fuera del Frente Popular supo advertir su verdadera trayectoria en la etapa de gestación. Mientras tanto, *Claridad* sacudía el polvo a las viejas citas del fundador Iglesias y trataba de fundamentar en ellas toda una teoría para la conquista violenta del Poder contra los republicanos de derecha y de izquierda. Manuel Azaña no atribuía excesivo valor de futuro a las aberraciones caballeristas y se atrevía a animar a Prieto en plena crisis del socialismo con estas palabras amistosas: «Creo que tiene usted ganada la partida no sólo en la oposición, sino dentro de la masa de su propio partido». La tenía perdida.

Una dramática confrontación personal

A finales de 1935, los acontecimientos se precipitan y el Frente Popular está a punto de concretarse. El 14 de noviembre, Manuel Azaña, en su calidad de jefe del Frente Revolucionario —que por el momento solamente cuenta con la precaria unión de los republicanos—, propone formalmente en carta a la ejecutiva del PSOE el establecimiento de una coalición electoral. Caballero ha afianzado su influencia en el partido y éste responde a Azaña afirmativamente, pero con una condición bien poco grata a Prieto, que debe transigir: el ingreso simultáneo de los comunistas. El 30 de noviembre sale de la cárcel, tras un simulacro de proceso político, don Francisco Largo Caballero, tras negar y renegar su participación en la revuelta. En las fiestas del octubre soviético —principios de nuestro noviembre— la propaganda de las derechas aireó que una efigie del «Lenin español» se había alzado en la Plaza Roja de Moscú, entre las de Lenin y Stalin. Pero en la última reunión de la ejecutiva del PSOE, en 1935, el 17 de diciembre, Prieto, que ha regresado clandestinamente de París ante la tolerancia del nuevo gobierno Portela, lanza

un contraataque personal y desesperado contra Caballero; por un momento la ejecutiva respalda a Prieto y el presidente repite su gesto infantil de octubre con estas palabras reflejadas entrecortadamente en las actas de la reunión:

«Además, Prieto sabía mi criterio, y sabía muy bien cómo yo me produzco en estas y en otras cuestiones. Yo le interpreto en el sentido de que ha sido una propuesta incluso para provocar la situación y es inútil seguir hablando, porque no nos vamos a convencer, ni yo a ti ni tú a mí[14]».

Con estas palabras, Largo Caballero dimite otra vez irrevocablemente de la presidencia del partido, y monta su demagógica campaña electoral desde la presidencia de la UGT. Pero las Juventudes se declaran el 23 de diciembre en franca oposición contra la ejecutiva e inmediatamente, en las antevotaciones para la designación de candidatos socialistas, triunfa netamente Largo Caballero y se forman dentro del PSOE dos ejecutivas cismáticas, a un hilo de la definitiva escisión, que, sin embargo, no llega a formularse. En esta situación de guerra civil interna termina el año socialista de 1935 y se abre el año trágico de 1936. En la noche del 14 de enero, tras unas frenéticas negociaciones, los socialistas de Prieto tienen que aceptar definitivamente el ingreso de los comunistas ortodoxos de la *Pasionaria* y de los comunistas disidentes del recién fundado POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista) en la coalición electoral de las izquierdas burguesas y revolucionarias. Esta exigencia es demasiado explosiva para uno de los principales forjadores del pacto, don Felipe Sánchez Román, que desiste de firmarlo. Al pie del inarmónico documento, bien calificado por don José María Gil Robles como «acta de desacuerdos» figuraban, por el PSOE, las firmas de Juan-Simeón Vidarte y Manuel Cordero; por la UGT, la de Francisco Largo Caballero. Nadie mejor que su principal inspirador, don Manuel Azaña, ha descrito la esencia trágica de ese pacto, tanto más peligroso cuanto más inconcreto:

«Las ambiciones, divergencias, rivalidades, conflictos e indisciplina que tenían atascado al Frente Popular, lejos de suspenderse durante la guerra se han centuplicado… La granada se ha roto en mil pedazos, precisamente por donde estaban marcadas las fisuras[15]». Pero cuando se fijaba para la Historia esta descripción exacta, la desintegración del Frente Popular ya era irreversible. Solamente un año y medio escaso después de que su representante de Izquierda Republicana, don Amos Salvador, estampase su firma al pie del pacto del 15 de enero de 1936, don Manuel Azaña, a punto de ser linchado por sus sitiadores anarcosindicalistas —que no habían firmado el pacto—, escapaba por milagro a tan increíble fin, mientras corrían a liberarle,

por tierra y mar, las tropas controladas por los comunistas y los barcos del ministro de Marina y Aire de los primeros días de mayo de 1937, que se llamaba Indalecio Prieto. Inmediatamente después, los dos extraños aliados de las *jornadas de mayo* en Barcelona se revolvían contra su jefe común, el presidente del Consejo, y le eliminaban de la política nacional y de la política socialista. El nombre de este presidente del Consejo caído a mediados de mayo de 1937, un año y medio escasamente después del pacto del Frente Popular: Francisco Largo Caballero. Éstas eran, desde los primeros momentos, las «fisuras» que veía don Manuel Azaña en la alianza electoral de todas las izquierdas, lanzada a todos los vientos en la triste alborada de 1936.

FUENTES Y AMPLIACIÓN

El marco histórico y el análisis de fuentes republicanas y socialistas para comprender la génesis del Frente Popular y las polémicas internas de la bolchevización del PSOE entre 1933 y 1936 pueden ampliarse en nuestra *Historia de la guerra civil española, antecedentes*, Madrid, San Martín, 1969, donde analizamos esa génesis y esa degradación revolucionaria del PSOE con detenimiento. En el mismo sentido son importantes los testimonios de Juan-Simeón Vidarte y Gabriel Mario de Coca en las obras citadas en el capítulo anterior. En el testimonio de Vidarte hay interesantes conexiones masónicas de primera mano.

Los dos libros de Santos Juliá a que se hace referencia en el texto son *La izquierda del PSOE* (Madrid, Siglo XXI de España editores, 1977), y *Orígenes del Frente Popular en España* (Madrid, ibíd., 1979); dos enfoques de política teórica y un tanto abstracta, pero interesante, sobre el mismo período 1934-1936. En realidad la bolchevización, como hemos mostrado a nuestros lectores, se inicia en el año 1933.

La radicalización del PSOE se estudia con profundidad por Marta Bizcarrondo en), el libro de Vidarte *El bienio negro* contiene una excelente y amplia antología.

El capítulo 45 (vol. III, p. 45) de la relevante *Historia política de las dos Españas*, de José María García Escudero (2.ª ed. citada) contiene importantes orientaciones sobre el Frente Popular y sobre el socialismo en relación con el Frente Popular.

CUADERNOS para el DIÁLOGO.

Al amparo de «Cuadernos para el Diálogo» se fue organizando un importante trasvase de jóvenes (y maduros) políticos democristianos a las filas del PSOE resucitado.

José Antonio Primo de Rivera, como testimonia Félix Gordón Ordás (en la foto), **declaró expresamente a Indalecio Prieto que se apuntaría sin vacilar al PSOE «en cuanto éste se declarase nacional».**

CAPÍTULO 16
LA VICTORIA REVOLUCIONARIA DE FEBRERO

Testigos socialistas cualificados, como Juan-Simeón Vidarte, que firmó por el PSOE el pacto del Frente Popular, nos han confirmado y transcrito el programa revolucionario socialista aprobado después de la excarcelación de Largo Caballero en 1935; que incluía la nacionalización de la banca y de la tierra, el sometimiento del Ejército y otras cláusulas bolcheviques. Pero la alianza entre los caballeristas y los comunistas para las elecciones de febrero de 1936 ha sido una de las revelaciones sensacionales y perfectamente documentadas del equipo oficial de historiadores del PCE dirigido —suponemos que simbólicamente— por Dolores Ibárruri para la publicación del libro *Guerra y revolución en España* (Moscú, 1966). Las propuestas caballeristas para la firma de este pacto secreto de Frente Único —que precedió al pacto general del Frente Popular— fueron suavizadas por consejo de los propios comunistas, porque Largo Caballero, despeñado en su demagogia electoral, proclamaba primero que «no nos diferenciamos en nada de los comunistas» y se corregía inmediatamente al afirmar que a la izquierda de él no había nadie, ni la CNT ni el PCE. Algún testigo recuerda la pregunta de Stalin por aquellos días a sus fieles súbditos del comunismo español: «¿Por qué no se están quietos esos socialistas de ustedes?». Pero tampoco se estaban quietos los comunistas, que en un punto radicalizaron las propuestas de Largo Caballero: un punto esencial. Proponía el jefe del socialismo revolucionario la creación de milicias conjuntas del Frente Popular, con inclusión de los republicanos; los comunistas exigieron que las milicias se formasen exclusivamente a base de militantes del PCE y caballeristas. Así se acordó y al calor del pacto secreto de Frente Único nacieron, bajo inspiración y control comunista, las Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas, las famosas MAOC, cuya instrucción militar se encomendó a oficiales de plena confianza para el PCE. Muy poco después, el miembro del Comité Central del Partido Comunista, Antonio Mije, se refería a las MAOC como «las vanguardias del Ejército Rojo Obrero y Campesino». Ahora, en una nueva conversión de

frente dentro de su eterno proceso inmovilista, los herederos directos de aquel Comité Central tratan de que la Historia catalogue definitivamente como *Ejército Republicano* a aquel Ejército del Ebro, cuyo jefe supremo, sus jefes de Cuerpos de ejército, los jefes de las divisiones y la inmensa mayoría de los jefes de brigadas, comisarios y oficiales superiores o eran comunistas o estaban en declarada órbita comunista. Pero la Historia se hace con documentos y no con ruedas de molino propagandísticas.

El triunfo socialista de febrero

Desanimado por su fracaso en las antevotaciones electorales, Prieto sale por unas semanas del primer plano de la política interna socialista. Sigue dominando la reducida ejecutiva oficial del PSOE, vaciada por dimisiones y vacantes, mientras Caballero se atrinchera en esa especie de ejecutiva rival que era la Agrupación Socialista Madrileña, entregada a su demagogia. El peso de la campaña electoral recae sobre Caballero. Pero se trata de un remanso de la crisis interna del socialismo, no de un apaciguamiento. «El pleito interno entablado entre centristas (de Prieto) y bolchevizantes (de Caballero) afirma Gabriel Mario de Coca, como un eco del marginado Besteiro, quedó aplazado hasta después de las elecciones sin que, entretanto, a la chita callando, descuidaran los contendientes perfilar ni pulir los detalles de la pelea». Prieto, por su parte, cumplió la promesa, reflejada en la última reunión de la ejecutiva antes de las elecciones, de «no tomar parte en un mitin con oradores anarcosindicalistas y comunistas, aunque se lo ordenase el partido».

Ante los documentos y testimonios de la campaña electoral no se comprende cómo Coca, tan exacto en sus referencias, afirme que Largo Caballero rebajó los tonos de su tremendismo. Cierto que los principales líderes de izquierda y derecha —excepto Gil Robles, que jamás negó en sus discursos a la democracia— advirtieron que no acatarían el resultado electoral si las urnas les eran desfavorables. Uno de los más distinguidos en tan antidemocrática hipótesis —que justifica al historiador socialista Ramos Oliveira cuando describe a las elecciones de febrero como inicio real de la guerra civil— fue el propio Largo Caballero, quien en su discurso del 12 de enero en el cine Europa, tres días antes de firmarse el pacto del Frente Popular, dijo taxativamente: «No vengo aquí arrepentido de nada (*muy bien*), absolutamente de nada. Yo declaro paladinamente que, antes de la República, nuestro deber es traer al socialismo. (*Grandes y prolongados aplausos*). Y

cuando yo hablo de socialismo a secas, hablo del socialismo marxista. (*Muy bien*). Y al hablar del socialismo marxista hablo del socialismo revolucionario». Y pocos párrafos después completa la tesis: «Nuestra aspiración es la conquista del poder público. ¿Procedimientos? ¡El que podamos emplear!». El discurso apareció en toda la prensa, y quería decir lo que decía.

El 16 de febrero triunfó en las urnas, de forma que después se manipuló y exageró pero que no cabía negar, el Frente Popular español, y por tanto el Partido Socialista bolchevizado que era su eje y su motor. Después del recuento y la manipulación final de los 297 diputados que formaban la gran coalición de izquierdas, 99 eran socialistas que constituían, como en 1931, la minoría más numerosa de todas. Pero la gran victoria socialista desencadenó otro acto de la crisis del partido que en las circunstancias de 1936 no puede calificarse más que como suicida. Las dos tendencias se acometen y tratan de dominar una a la otra. Caballero mantiene el control de la Agrupación socialista madrileña y, desde que se constituye el Congreso, manda también sin problemas en el grupo parlamentario. Caballero se presenta como el gran vencedor; y lo era.

El grupo centrista de Prieto incorpora a los líderes asturianos liberados por la fulminante amnistía. «El partido socialista —recuerda Coca, notario eximio de esta etapa agónica— se encontró de pronto con una situación completamente nueva, que alteró bastante las respectivas posiciones de los dos bandos centrista y bolchevizante, que batían apasionada pugna. Terminado el período de paz impuesto por el armisticio electoral, las espadas se requirieron nuevamente, y prietistas y caballeristas se atacaron con denuedo. *Claridad* pidió con inflamado belicismo que se posesionase de su cargo la ejecutiva *marxista* presidida por Largo Caballero, negando éste en una carta toda autoridad a la ejecutiva centrista. Reintegrado Prieto al ejercicio público de sus actividades, replicó con brío a los embates bolchevizantes, desplegando una acometividad arrolladora».

Pero el gran testigo de la dramática crisis socialista —insistimos en que se trata de un militante muy identificado con Besteiro— termina su tremendo alegato con un justificado pesimismo, y escribe estas palabras a raíz de las elecciones de febrero de 1936:

«Cierro mi trabajo con la impresión del triunfo bolchevizante en todos los frentes del partido. La minoría parlamentaria de las nuevas Cortes estará impregnada de un fuerte tono leninista. Prieto tendrá escasos diputados a su favor y Besteiro estará completamente sólo como discrepante marxista».

«Las campañas de los bolchevizantes —confirma Gabriel Mario de Coca, que en la anterior predicción resultó absolutamente certero—, han logrado dejar sin acta a Saborit, Lucio Martínez y a Narciso Vázquez, el veterano creador del movimiento socialista en Extremadura. EL VIEJO PARTIDO SOCIALISTA HA MUERTO CON SUS GLORIAS INCORRUPTIBLES. EL PARTIDO COMUNISTA ES HOY UN DERROCHE DE PONDERACIÓN AL LADO DE LA VIBRACIÓN CALENTURIENTA DE ESTAS MASAS SURGIDAS INESPERADA Y PRECIPITADAMENTE A LAS CONVICCIONES LENINISTAS DE REVOLUCIÓN Y DICTADURA OBRERA».

Claro que el autor de esas ominosas predicciones, uno de los pocos socialistas que se mueven con soltura dentro de la teoría marxista, niega raigambre auténticamente marxista a la ciega dialéctica de los *bolchevizantes*. Y tiene razón. No tiene, en cambio, la perspectiva suficiente para juzgar la verdadera trayectoria del comunismo español durante la primavera trágica, que en el fondo era mucho más revolucionaria que la del socialismo caballerista. Si contaba con las masas del «Lenin español» para desencadenar el proceso abiertamente revolucionario, no tenía el PCE necesidad alguna de descubrir su juego y podía de vez en cuando lanzar alguna cortina de humo *democrática*; sin embargo, las instrucciones de la Comintern en este sentido eran continuamente desbordadas por los comunistas españoles, preocupados por la victoria táctica inmediata y poco deseosos en lo íntimo de su corazón, que por algo era español, de contentarse con el mísero papel de simples peones en el juego europeo de José Stalin, a quien le rebrotaba por todos los poros el atavismo zarista de expansión. Tendría que llegar el aldabonazo del 18 de julio para que la estrategia propagandística de la Comintern —*el gran engaño* tan magistralmente detectado por Burnett Bolloten— se impusiese sin excepciones ni contemplaciones al comunismo español.

La primera defenestración de Prieto

Apoyado por los *héroes de Asturias*, Indalecio Prieto trata de desbancar a Largo Caballero por medio del reflujo sobre la política interna del socialismo de una amplia política nacional de centro-izquierda, para el que después de una serie de discretos contactos cree contar con la neutralidad e incluso con la lejana cooperación de las derechas republicanas. «Su plan —resume Madariaga— era elevar a Azaña a la presidencia de la República e iniciar bajo su propia dirección como presidente del Consejo una etapa de seis años de

dirección política de izquierda activa, vigorosa, pero sin violencia ni desorden». Cree Madariaga, y no le falta razón para ello, que si hubiese madurado este plan Azaña-Prieto, España hubiera podido salvarse de los horrores de la guerra civil.

Pero el plan de Prieto naufragaría trágicamente por medio de una maniobra de su propio partido, con la eficaz colaboración de los comunistas. Comunistas y caballeristas consiguen así la primera defenestración política de Indalecio Prieto en el mes de mayo de 1936, después de eliminar a Manuel Azaña proyectándole hacia arriba, hacia una olímpica presidencia de la República que sin un Gobierno fuerte y adicto debajo tendría que convertirse en lo que fue realmente: gran puesto de observación para un filósofo cada vez más platónico, no cúspide y bandera de una acción política eficaz. La impresionante revelación acaba de documentarse por el profesor Juan Marichal, en uno de sus prólogos a las *Obras completas* de Azaña.

«Tiendo, sin embargo, a dar considerable peso de verdad al siguiente relato que me hizo don Luis Araquistáin poco antes de su muerte en París. Según Araquistáin, el grupo extremista del partido socialista —en el cual él mismo era la cabeza más *pensante*— quería eliminar a Azaña de toda posición gubernamental de carácter ejecutivo y de impedir, asimismo, que Prieto fuese nombrado primer ministro. De este modo, el Gobierno estaría en manos sobradamente incapaces para frenar a las masas o para calmar a las derechas, y se precipitaría el paso a un Gobierno francamente revolucionario. La maniobra, según Araquistáin, fue sencilla de realizar; se *empujó* a Azaña hacia la presidencia de la República y en cuanto éste (como era de esperar) pensó en Prieto para sustituirle a la cabeza del Gobierno, se encontró con un veto absoluto de su propio partido, el socialista. "*Así los inutilizamos a los dos*", me dijo el veterano dirigente socialista, añadiendo: "*¿No le parece a usted que fuimos unos bárbaros?*". Debo también indicar —termina Marichal — que en 1960 repetí a Indalecio Prieto en la ciudad de Méjico el relato de Araquistáin y su comentario fue el siguiente: "*Algo de eso sospechaba yo, pero nunca pensé que fuesen tan maquiavélicos mis compañeros del partido*»."**[16]** Vidarte ha detallado la derrota de Prieto que, tras recabar la aprobación de su jefatura del Gobierno por la reducida ejecutiva que le apoyaba, vio sus esperanzas derrotadas estrepitosamente por Caballero en el grupo parlamentario. Y le mandó textualmente a la mierda.

El veto contra Indalecio Prieto va a ser formulado, pues, oficialmente por su propia minoría parlamentaria, cada vez más poseída por el vértigo caballerista, pero será orquestado por una durísima campaña de

contrapropaganda comunista, copiada servilmente por *Claridad* de los artículos y los editoriales de *Mundo Obrero*. La condena comunista estalla a partir del 15 de abril de 1936 y desde este momento Prieto no puede pronunciar una frase, ni en público ni en privado, sin recibir una feroz reprimenda roja, como ésta: «Indalecio Prieto debe abandonar el partido socialista voluntariamente para encajarse en cualquiera de los partidos republicanos…»[17]. Prieto no era, sin embargo, fácil de derribar y en su célebre discurso del 1.º de mayo, en Cuenca, lanza su último ataque desesperado para hacerse con el control de las masas socialistas dentro de la colaboración leal y moderada con los republicanos. Es un discurso patriótico, abierto, con inevitables concesiones demagógicas, pero digno de un hombre de Estado. La reacción caballerista-comunista no se hace esperar; las apasionadas invocaciones a España en el discurso de Prieto son motejadas en *Claridad* del 4 de mayo como «consejos equivocados y peligrosos» y la Patria recibe en las páginas del diario caballerista la definición más pedante y ridícula: «España es solamente un sistema de relaciones económicas». Naturalmente, que los autores de tamaño disparate pensaban que habían aplicado nada menos que la dialéctica marxista al proferir semejante definición, casi exactamente en los mismos días en que José Stalin ordenaba a sus servicios de propaganda interna poner a punto, ante la inminente cruzada contra el fascismo universal, los viejos mitos de la santa Rusia.

El último ataque de Prieto

Los comentarios al discurso de Prieto en Cuenca son imprescindibles para que el historiador dilucide ahora quién era quién en la política española de 1936. En dramático contraste con la condena caballerista que acabamos de mencionar, un político encarcelado, enemigo de Indalecio Prieto, aún recordando que éste le acaba de arrebatar en Cuenca, por medio de los pucherazos de su *Motorizada*, un acta segura que supondría el camino de su liberación y tal vez de su salvación, prescinde de resentimientos personales y en el más noble de todos sus artículos —titulado *Prieto se acerca a la Falange*— escribe en un editorial[18] estas palabras sobrecogedoras:

«El último neófito ha sido de marca mayor: Indalecio Prieto. El l.º de mayo se fue a Cuenca y pronunció un discurso. ¿Estaría quizá más presente la Falange en el ánimo del señor Prieto por hablar en acto donde se preparaba el gatuperio electoral de que he sido víctima? Tal vez pasara esto; lo cierto es

que el discurso del tribuno socialista se pudo pronunciar, casi desde la cruz a la fecha, en un acto electoral de Falange Española. Algunos párrafos, párrafos enteros, me han oreado el espíritu como encuentros felices con viejos amigos que uno ha dejado de ver». Y continúa su artículo con reproducción íntegra de los párrafos de Prieto que más le han impresionado. Nuestros lectores saben bien que el autor de este artículo se llamaba José Antonio Primo de Rivera. Y después de comparar estas palabras con la burda condena de *Claridad* están bien capacitados para comprender en cuál de los dos artículos se escribía de verdad la historia de España.

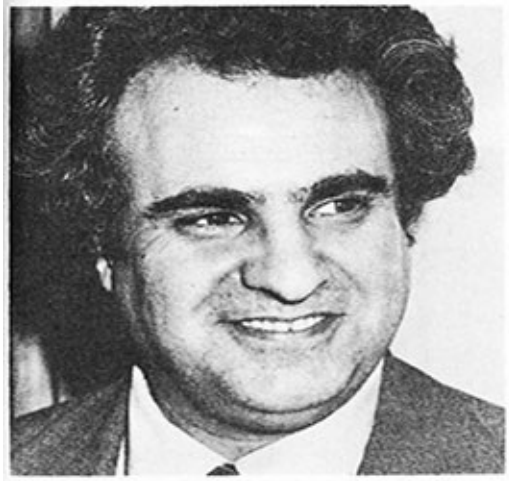
Ignorante por el momento de la cerrada y suicida enemistad de sus propios correligionarios, Indalecio Prieto todavía insiste, en su discurso del 25 de mayo en el Coliseo Albia, en alentar las múltiples esperanzas concentradas en su figura. Julián Zugazagoitia nos ha revelado que el principal apoyo de Prieto para sus pretensiones gubernamentales era nada menos que el doctor Juan Negrín, muy respetado dentro de todos los sectores del socialismo. Cree Zugazagoitia que fue el propio Negrín quien sirvió de enlace para el acercamiento entre Prieto y Primo de Rivera que siguió al discurso y al artículo de mayo.

Pero el veto caballerista-comunista se abatió sobre todos esos proyectos y don Manuel Azaña no tuvo más remedio que entregar los mandos del Gobierno a uno de los hombres más débiles y menos dotados para tan crítica misión: don Santiago Casares Quiroga. Largo Caballero y los comunistas tenían al fin el Gobierno que habían deseado. La vía de la revolución estaba libre, y, por su parte, la CNT, entregada por completo a las ciegas directrices anarquistas de la FAI, trasladaba a sus hombres más representativos desde Cataluña a Madrid y declaraba la guerra total a la República burguesa. La dialéctica revolucionaria española, en pleno proceso de bolchevización, sin la más mínima preocupación teórica ni rigor marxista, amenaza con la inmediata desintegración de la República y hasta de la nación española mediante la explosión de las energías incontroladas del Frente Popular. Pero la aceleración decisiva en este proceso trágico de desintegración va a ser, a la vez, un nuevo acto de guerra civil dentro de las filas ya casi también desintegradas del socialismo.

FUENTES Y AMPLIACIÓN

Casi todas las fuentes sobre las que basamos el análisis del capítulo anterior son válidas para éste, especialmente Gabriel Mario de Coca, *Anticaballero*. La documentación oficiosa del PCE, reveladora, la tomamos de *Guerra y revolución en España, 1936-1939*, vol. I, Moscú, editorial Progreso, 1966. La obra citada de Burnett Bolloten es *The spanish revolution*, ver fuentes del cap. 1, y la de Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles* (nuevo título de *Historia de la guerra en España*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1940).

Para este capítulo entra en juego otro libro esencial de la tetralogía de Juan-Simeón Vidarte, *Todos fuimos culpables*, Madrid, Grijalbo, 1977. El título del libro se refiere precisamente al abandono a que fue sometido Prieto por el grupo parlamentario socialista cuando se le negó el apoyo para aceptar la jefatura del gobierno que le ofrecía, antes que a nadie, el recién elegido presidente Manuel Azaña. Es un testimonio esencial que confirma de lleno el de Araquistáin-Marichal. También tomamos de Vidarte la cita de Largo Caballero en la campaña electoral.



Múgica.

Rubial.

Los grupos socialistas del Norte y de Cataluña muestran mayor actividad y se integrarán después en el esfuerzo común del PSOE renovado.

Redondo.

Joan Reventós.

Josep Pallach, cuyo grupo —después de su muerte— se integró en el nuevo PSC-PSOE.

CAPÍTULO 17
LAS BOFETADAS EN EL PALACIO DE CRISTAL

«La circunstancia que hizo inevitable la guerra civil en España fue la guerra civil dentro del partido socialista», ha dicho Salvador de Madariaga, y ningún historiador solvente se atreverá a contradecirle fuera de los socialistas, que se escandalizan del dictamen pero no lo pueden rebatir ni de lejos, pese a la indignación histérica con que lo rechazan. Para Francisco Largo Caballero la veneración de las masas enloquecidas por la propaganda, la pleitesía de los intelectuales extremistas, la unción suprema que una y otra vez llegaba de Moscú en forma de telegramas, titulares y pancartas —no eran ya los jóvenes extremistas de Torrelodones, sino la propia Comintern— fueron estímulos desbordantes que se unieron al fundado temor de que se le adelantasen los comunistas, de los que a pesar de todo no se fiaba nunca, en la vanguardia de la revolución. No era el presidente de la UGT hombre flexible, y su arrancada revolucionaria resultó tan espectacular que en el propio Moscú, que le había lanzado, había quien pensaba en frenarle. Un socialista revolucionario recién salido también de la cárcel de octubre, Antonio Ramos Oliveira, ve así las consecuencias de la hipertensión revolucionaria de Largo Caballero durante la primavera trágica:

«Largo Caballero arrastraba —si no era arrastrado por ella— a la mayoría del movimiento socialista. Estimulado por la juventud socialista, ya ganada por el ideario comunista, y sacado de la realidad por un grupo de intelectuales de su tendencia, se proponía depurar el partido socialista de elementos *centristas* y *derechistas* —esto es, cambiar de caballo en medio de la corriente — y desde las columnas de *Claridad* se infundía al proletariado un optimismo revolucionario injustificado y temerario**[19]**».

La batalla periodística

Con el refuerzo de los amnistiados de octubre, Prieto consigue mantener a trancas y barrancas el control de la ejecutiva legítima del PSOE e, incluso, reduce a sus competidores caballeristas el 30 de junio, tras unas elecciones en las que se designa presidente del partido al generalísimo de Asturias, Ramón González Peña. Durante toda la primavera trágica se mantiene con andanadas cada vez más demoledoras la guerra civil entre el periódico de la ejecutiva, *El Socialista*, controlado por Prieto, y el periódico de la UGT, *Claridad*, portavoz de los caballeristas y auténtica versión socialista de *Mundo Obrero*. Pero no era el PSOE, sino la UGT quien arrastraba a las masas del socialismo español, a pesar de las maniobras de Prieto en las alturas. Pronto sufrió éste un terrible desengaño cuando pudo comprobar que el secretario general de *su* ejecutiva centrista, Ramón Lamoneda, se había pasado secretamente al «bolchevismo». Con su firme control de la base de masas del PSOE y de la UGT, Largo Caballero prescinde de la ejecutiva prietista y se dedica a reconstruir las fenecidas Alianzas Obreras de octubre, apoyado por los comunistas, que veían en ellas la concreción de sus consignas pro Frente Único del proletariado. Durante las últimas semanas de la primavera trágica se habían establecido al menos dos organismos de enlace entre socialistas y comunistas, entre socialistas y anarcosindicalistas; los hombres del PCE cooperaban entusiásticamente con Largo Caballero para esta nueva conjunción revolucionaria al margen de los desbordados republicanos. Las banderas de Asturias —UHP, Poder Proletario, empuñadas firmemente por los comunistas después de su gran victoria propagandística en las Cortes y en la Prensa— cubrían el horizonte con tan evidente peligro que resulta ridícula la pretensión de ciertos historiadores empeñados ahora en negar la inminente explosión revolucionaria del Frente Popular al no encontrarse un programa detallado de la insurrección. Como si las revoluciones españolas desde Sertorio a Asturias hubiesen esperado a editar antes sus programas de festejos.

Pero la guerra civil del socialismo durante la primavera trágica no se reduce a las bolas de barro intercambiadas por sus dos grandes periódicos. A fuer de auténtica guerra va a desarrollarse en verdaderas batallas campales. Sin metáforas.

La bofetada socialista

La primera tiene lugar en los jardines del Palacio de Cristal del Retiro, en Madrid, el día 10 de mayo de 1936, durante el descanso de los compromisarios para la elección del Presidente de la República, cargo que, como saben nuestros lectores, recayó inmediatamente en don Manuel Azaña y Díaz. Hasta la misma víspera habían celebrado las diversas facciones socialistas una serie de tempestuosas reuniones para discutir la candidatura —impuesta al fin por Largo Caballero contra la opinión de sus partidarios— y de paso para ahondar un poco más las divergencias estratégicas que les separaban. En la última de estas reuniones se había hablado ya francamente de escisión y se había formulado veladamente el veto de los caballeristas contra Indalecio Prieto.

Pero la espléndida mañana del 10 de mayo, en el marco sereno y estimulante del Retiro, había serenado un tanto los ánimos, y mientras la Mesa recontaba votos, los compromisarios socialistas, como todos los demás, paseaban en grupos junto al lago o comentaban en los bancos dispersos por los románticos paseos las incidencias de la votación y las perspectivas de Azaña como presidente. Un testigo excepcional, don Justo Martínez Amutio, nos va a fijar definitivamente el grave suceso[20]. Era don Justo en aquellos momentos representante de la región de Levante en el Comité Nacional y secretario de la Federación Socialista Valenciana. El último recrudecimiento de la polémica entre los dos periódicos socialistas se debió a una serie de intervenciones suyas —contra Prieto— en reuniones de la minoría parlamentaria socialista. En la mañana del 10 de mayo comentaba precisamente estos sucesos con un grupo de caballeristas, sentados alrededor de una de las mesas del jardín; formaban el grupo don Fernando Arias, profesor de Derecho Internacional; don Luis Menéndez, consejero del Instituto Nacional de Previsión y directivo de la UGT, y el catedrático don Federico Landrove, gobernador civil de Valladolid, todos en tomo al director de *Claridad*, don Luis Araquistáin. De pronto, Araquistáin se altera; ve aproximarse por el paseo al director de *El Socialista*, Julián Zugazagoitia, con un amigo, y dejando a sus compañeros con la palabra en la boca se levanta y le espeta: «¿Por qué no juega usted limpio? ¡Yo no le he enseñado eso!». (Zugazagoitia se había declarado muchas veces discípulo de Araquistáin en el periodismo, y con razón). Zugazagoitia esboza, sin responder, un gesto despectivo, y entonces Araquistáin le propina una sonora bofetada. Toda la galería histórica del socialismo español interrumpe su paseo o se levanta de los bancos para separar a los contendientes cuando Zugazagoitia replica a la tremenda bofetada de Araquistáin con un no menos tremendo empujón. Así

terminó, en lo material, la pelea. El catedrático de Sevilla, Fernández Ballesteros, Martínez Amutio y Landrove separan inmediatamente a los contendientes. Caballero y los caballeristas rodean a su portavoz; Prieto y los prietistas, al suyo. El comandante de Asalto, Armando Álvarez, gran amigo de Araquistáin, que hablaba momentos antes con Largo Caballero, le coge del brazo y le aparta a una mesa, donde el presidente de la UGT y los demás amigos tratan de calmar al agresor. Jerónimo Bujeda, diputado por Jaén, y el amigo con quien paseaba, se llevaron a Zugazagoitia. Mientras Prieto va de uno a otro grupo con palabras conciliadoras —lo mismo que el profesor Jiménez Asúa—, surge una imprecación de un grupo de prietistas: «Esto lo arreglará un Congreso», se oye decir al diputado por Zaragoza, Castillo. Ricardo Zabalza, distinguido caballerista, le replica con dureza y poco falta para que se provoque un segundo *round* ante el Palacio de Cristal. Por fortuna, los ujieres llaman nuevamente a los compromisarios al hemiciclo improvisado y de las bofetadas socialistas no quedará sino el recuerdo simbólico.

El rapto de las juventudes

Pero hay algo más que bofetadas y símbolos en la batalla del 31 de mayo. En ese día, los caballeristas, encabezados por su jefe y por Santiago Carrillo, celebraban un mitin conjunto con el secretario general del partido comunista, José Díaz, en Zaragoza. Carrillo clamaba contra los centristas llamándoles «héroes de barraca que recorren el país haciendo el ridículo». Algo más que el ridículo. A la misma hora, en un mitin organizado por la Casa del Pueblo en Écija, al que asistían exclusivamente militantes del PSOE y de la UGT, Prieto, González Peña y Belarmino Tomás se ven acallados violentamente; han de abandonar el local a botellazos y, lo que parece increíble, a tiro limpio. Los líderes centristas se salvan por la acción de la Policía y de los muchachos de *La Motorizada*. «A varios de ellos y de modo singular a uno…, debo yo haber salido con vida del mitin de Écija», recuerda, impresionado todavía muchos años después, la propia víctima[21]. Formaban *La Motorizada* un grupo de jóvenes prietistas del Sindicato de Artes Blancas de Madrid, que se habían erigido en escolta personal de Prieto.

Aún no había estallado la guerra civil cuando Largo Caballero empieza a darse cuenta de la inmensa trampa a que le había arrojado precisamente su temor ciego a caer en ella. Las belicosas y poderosas Juventudes Socialistas —quizá cincuenta mil militantes—, con sus cuadros íntegros, son absorbidas

oficial y públicamente, en diversas etapas que se suceden de abril a julio de 1936, por el partido comunista de España, que se convierte así de grupo minoritario en organización de masas. El eterno temor de Largo Caballero desde el primer rapto comunista de las Juventudes del partido en 1923 se consuma así ante su propia impotencia y como efecto directo de su propia actitud. Para consolarse y ocultarse la verdad. Caballero piensa al principio que ha sido él quien ha absorbido a las Juventudes; pero se hunde moralmente al enterarse de que Santiago Carrillo, en contra de las órdenes de su propio padre, el veterano socialista Wenceslao Carrillo, devolverá el carné del PSOE y se declarará oficialmente comunista, decisión que no se formalizará hasta el 6 de noviembre de 1936. El 5 de abril de 1936 se celebraba en la plaza de toros de Madrid un «mitin monstruo», como se decía entonces, para sellar la unificación de las Juventudes bajo la égida comunista. Carrillo, principal orador, no se anda por las ramas: para él este momento equivale nada menos que al cierre de un paréntesis cismático abierto en 1921. Largo Caballero, quien por primera vez desempeña un papel secundario dentro de una reunión aparentemente socialista, insiste en los tópicos de toda su última etapa; pero las ovaciones a Santiago Carrillo suenan con mayor fuerza que las dedicadas a él por sus antiguos idólatras de Torrelodones. Al día siguiente, la crónica del órgano del PCE revela la auténtica trama. Santiago Carrillo comenta la fusión: revela sin empacho alguno que las bases para la unidad de las Juventudes se han concertado en Moscú; presenta la nueva unidad como un legado de octubre, y en su euforia victoriosa no tiene reparos en hablar de la necesidad de un partido bolchevique para España: «No hay más vanguardia revolucionaria del proletariado que el partido bolchevique, que crearemos con la unión de la izquierda del partido socialista y el partido comunista».

Como triste compensación por la entrega de las Juventudes —que dejan al socialismo español reducido a unos grupos, hostiles entre sí, de veteranos políticos marginados—, los comunistas sumergen en la UGT los desmedrados cuadros de su macilenta sindical roja, la CGTU que nació fracasada, y al tiempo de su ingreso en la UGT no contaba sino con unos centenares de afiliados; pero sirvió de baza para el más desigual trueque político de la historia contemporánea española. Juan-Simeón Vidarte confiesa que el rapto de las Juventudes se consumó por la voluntad de Caballero contra todo el PSOE, y bajo la orientación y dirección de los delegados de la Comintern en España.

Las nuevas alianzas obreras

Atrapado por los comunistas y deseoso de conservar al menos una sombra de control sobre sus Juventudes, Largo Caballero se identifica totalmente con la política del PCE durante las últimas semanas de la primavera trágica. Santiago Carrillo, el mejor político que ha tenido el comunismo español en toda su accidentada historia, orienta a su viejo jefe —que aún sigue siendo útil como bandera unificadora— para consumar la unión táctica e incluso institucional con los demás grupos revolucionarios: las consignas del VII Congreso de la Comintern se ponen otra vez en marcha acelerada. Es Santiago Carrillo quien, utilizando ya sin distinción las páginas socialistas de *Claridad* y las páginas comunistas de *Mundo Obrero*, trata de convertir a la nueva concreción de las Alianzas Obreras en un órgano para la insurrección armada hacia la inmediata conquista del Poder:

«Desde el momento en que a la Alianza se le da el carácter de órgano insurreccional, implícitamente se le considera órgano de poder. Porque la revolución proletaria es todo un proceso en el cual no se pueden separar las etapas a capricho. Es imposible decir: "Las alianzas van a vivir hasta el momento en que termine la insurrección". Pero una vez en el poder el proletariado, ¿ha terminado la guerra civil? Pues si no ha terminado, como parece probable, las alianzas seguirán luchando contra los enemigos del proletariado; el Ejército que se ha ido corporeizando a través de la insurrección será el mismo que continuará la lucha desde el Poder[22]».

Estas palabras inequívocas están firmadas por el gran animador de las nuevas Alianzas Obreras de 1936, que después de arrebatar la fecunda idea a Largo Caballero y a Maurín —los creadores de esa idea en 1933 y 1934— la ha vuelto a lanzar por elevación, y con nuevas etiquetas, sobre la España de hoy. Pero en 1936, tanto Largo Caballero como su joven ideólogo Santiago Carrillo, obsesionados y encerrados en una dialéctica premiosa e insuficiente, se olvidaron de que junto a sus masas fanatizadas por la propaganda vivía una «media España que no se resigna a morir», y que pocas semanas después de proclamarse el programa que acabamos de reproducir despertaba al fin de su letargo y hacía añicos las dogmáticas profecías seudomarxistas, basadas en su impotencia y en su conformismo. Las Alianzas Obreras de 1936 dejaron de servir como pantalla y el comunismo tuvo que presentarse ante las demás fuerzas políticas del país con su verdadera faz triunfalista, absorcionista, amparado en el chantaje de los suministros y la ayuda militar soviética. Pero,

mientras tanto, ese mismo comunismo había conseguido, en el primer semestre de 1936, desmantelar al veterano socialismo español, dejarle sin Juventudes, infiltrarse en sus ejecutivas, esterilizar a sus mejores hombres y lanzar hacia la inmensa incógnita de la guerra civil a un partido socialista desunido, carcomido por la crisis y la escisión, arrojado a la más desoladora deriva política.

Fuentes y ampliación

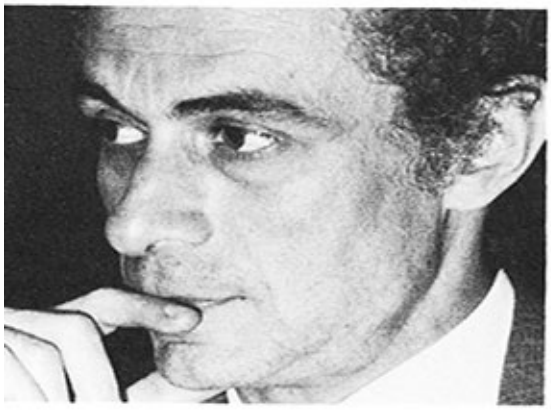
El dictamen de Salvador de Madariaga sobre el suicidio del PSOE como causa principal de guerra civil se contiene en su célebre ensayo *España*, Madrid, Espasa-Calpe, 1978, p. 380. Los historiadores socialistas se arrebatan contra esta tesis, que estimamos fundadísima; pero sustituyen los razonamientos por invectivas, como por ejemplo el señor Juliá y la señora Bizcarrondo, en sus citadas obras. Stanley G. Payne, en *La revolución española* y otros historiadores no comprometidos con el socialismo historiográfico, como Vicente Palacio Atard, muestran su acuerdo con Madariaga. El texto del historiador socialista Ramos Oliveira, tomado de su *Historia de España* como se concreta en la correspondiente nota a pie de página, favorece también la tesis de la historiografía liberal; como el *Anticaballero* de Coca, pese a su filiación besteirista, que trata de aprovechar la doctora Bizcarrondo para enervar sus méritos como analista del período, inútilmente.

La famosa escena de las bofetadas en el Palacio de Cristal ha sido definitivamente fijada por un testigo, el senador Martínez Amutio, cuya versión fue publicada por primera vez por nosotros en la primera versión de este libro; hoy la mantenemos intacta. Juan-Simeón Vidarte, cuyo testimonio en *Todos fuimos culpables* sigue siendo fundamental para este capítulo, trata de quitar importancia al combate de boxeo en el Palacio de Cristal. Pero fue todo un símbolo.

Las *Cartas a un escultor* (Sebastián Miranda) de Prieto se incluyeron en el volumen III (ed. Oasis) de sus *Convulsiones de España*.

González.

Yáñez.



Galeote.

Guerra.

En 1963 Felipe González conecta con un grupo de jóvenes socialistas sevillanos entre los que destacan dos estudiantes de Medicina, Guillermo Galeote y Luis Yáñez, y un original estudiante de Letras y peritaje técnico, Alfonso Guerra.

Felipe González extremaba su moderación y conseguía seducir a estamentos, instituciones y sectores enteros del pueblo español que aceptaron sus promesas de moderación.

4ª EDICIÓN ESPECIAL

EL PERIÓDICO de CATALUNYA

Viernes 29 octubre

Felipe barre

• El PSOE logra mayoría total y AP consigue ser el segundo gran partido

La participación del 71,57% supera en más de siete puntos a la de 1979

Convergència i Unió consolida su posición en Catalunya

La UCD se hunde estrepitosamente en toda España

Los comunistas pasan a ser una fuerza política casi testimonial

«editorial»
La victoria de la normalidad

CAPÍTULO 18
LA DEFENESTRACIÓN DE LARGO CABALLERO: 1936-1937

Durante la primavera trágica los dirigentes del PSOE denuncian inútilmente al Gobierno los preparativos para un alzamiento militar, pero Casares no les hace demasiado caso. En su célebre discurso de Cuenca, el l.º de mayo de 1936, Indalecio Prieto menciona incluso al general Franco y trata de disuadirle con esa alusión. Largo Caballero, entregado a la táctica de Frente Único preconizada por los comunistas —para quienes el Frente Popular era simplemente una pantalla que sirviera de coartada a ese Frente Único, la fusión con el PSOE, en que consistía la consigna de fondo emanada del VII Congreso de la Comintern—, había conseguido que la Agrupación Socialista Madrileña aprobase la fusión con el PCE, lo que produjo un rechazo general que condujo precisamente al triunfo prietista en las elecciones para cubrir, el 30 de junio, las vacantes en la ejecutiva del Partido. Ya se había decidido la convocatoria de un Congreso del PSOE que terminase con el cada vez más evidente peligro de escisión entre caballeristas bolcheviques y prietistas moderados, pero el estallido de la guerra civil suspendió la cita general de los socialistas españoles. El PSOE o mejor algunos de sus militantes exaltados provocó el chispazo decisivo para la guerra civil cuando un capitán socialista de la Guardia Civil, Condés, y un pistolero socialista, Cuenca, fueron los principales culpables del asesinato de Calvo Sotelo en la madrugada del 13 de julio de 1936; lo reconocen fuentes socialistas de primera mano, como Vidarte, primer dirigente del PSOE que recibió la confesión del oficial asesino.

En este capítulo y los que siguen no se intenta ni siquiera resumir una historia política de la guerra civil española. Lo hemos intentado ya en otros libros. Pretendemos solamente, dentro de un apunte general sobre la historia del socialismo en España, marcar los puntos y movimientos más importantes de esa historia, sobre la base de testimonios socialistas de primera mano. Esos movimientos son principalmente dos: la defenestración de Largo Caballero

por inspiración comunista con apoyo en Prieto y Negrín; y la defenestración de Prieto con el mismo impulso y la colaboración de Negrín.

El socialismo español entra en la guerra civil envuelto en sus propios problemas, aunque en las mismas vísperas del 18 de julio Indalecio Prieto consigue convencer a sus correligionarios de que en España existen además otros problemas y, al confirmarse las noticias del alzamiento en África, improvisa una soldadura superficial entre las diversas facciones socialistas y una tregua táctica hasta que se conjure el nuevo y gravísimo huracán que amenaza a la República. Pero la escisión de los espíritus continuará y hasta se profundizará. Sin cargo oficial alguno, Indalecio Prieto se vuelca en la cooperación y la coordinación del esfuerzo de guerra republicano; en los primeros días de agosto de 1936 pronuncia su célebre discurso sobre la superioridad de medios materiales y administrativos por parte de la República; un discurso exacto en sus datos en el que por primera vez Prieto aplica correctamente la dialéctica marxista a la realidad española. Un discurso que tres años de propaganda republicana de guerra y treinta años de propaganda prorepublicana de posguerra tratarán inútilmente de borrar. Porque el fracaso de sus predicciones demostraría palmariamente algo tan poco marxista como el triunfo de la fe, de la esperanza y de la moral sobre las frías estadísticas de recursos y de infraestructura. Fuentes socialistas citan discursos anteriores de Prieto en el mismo sentido, desde el 23 de julio.

Las unidades militares del socialismo

El presidente Azaña alienta incondicionalmente los trabajos de Prieto para superar el abismo cada vez mayor entre los dos polos del *doble poder* republicano: el del Gobierno y el de la revolución desatada. Y comienza a transmitir a la Historia sus diagnósticos inapreciables sobre la situación de su propia zona. He aquí el primero de ellos, que se refiere al período de gobierno republicano en el verano de 1936:

«¿Cómo se llama una situación —dice Azaña— causada por un alzamiento que empieza y no acaba (se refiere a la revolución de la zona después del 18 de julio), que infringe todas las leyes y no derriba al Gobierno para sustituirse a él, coronada por un Gobierno que aborrece y condena los acontecimientos y no puede reprimirlos ni impedirlos? Se llama indisciplina, anarquía, desorden. El orden antiguo pudo ser reemplazado por otro, revolucionario. No lo fue. Así no hubo más que impotencia y barullo[23]».

Mientras Prieto y los centristas del socialismo trataban de mantener la

unidad entre los partidos republicanos y los grupos revolucionarios, Besteiro y su núcleo de fieles permanecían toda la guerra al margen de la vorágine. Besteiro permanecerá en Madrid al frente de una inútil Junta de Reconstrucción y desempeñará luego una imposible misión de paz. Largo Caballero, por su parte, permanece por inercia en la trayectoria táctica de los comunistas, quienes le siguen considerando baza utilizable. Considerado por todos como responsable de la marcha ciega del Frente Popular, se encargará del Gobierno por la presión del Frente Popular. Los comunistas ponen en marcha la gran idea del Quinto Regimiento, en el que encuadraban a los mejores militantes de las absorbidas Juventudes Socialistas; los socialistas, en cambio, apenas lograban poner en pie de guerra un batallón en Madrid —el carabanchelero *Primero de Mayo*—, y su hecho de armas más señalado en toda la primera fase de la guerra fue el asalto general contra el Alcázar de Toledo después de la primera mina, dirigido por el pintor socialista Luis Quintanilla y abortado casi antes de trepar por las escombreras de la cuesta que arranca de Zocodover. Porque a pesar de las visitas del socialista histórico —y antiguo fundador del Fascio de Forli— señor Pietro Nenni al batallón serrano *Octubre*, la confusa unidad de Fernando de Rosa era ya entonces una unidad comunista. Sólo en el norte tuvieron los socialistas españoles una participación masiva y destacada en primera línea, pero la resistencia del Ejército y del pueblo de Oviedo —¿o no eran pueblo los habitantes de la capital asturiana?— desmantelaba por tercera vez en el siglo XX los intentos de la revolución socialista y el coronel Antonio Aranda conseguía tener a raya, contra todas las reglas de la guerra, a una masa de maniobra superior a la que el general Miaja había detenido en noviembre ante Madrid.

Prieto describe «el gran engaño»

En vista de que los maduros burócratas socialistas que permanecían en la obediencia del PSOE no resultaban demasiado aptos para el esfuerzo militar, los comunistas, acostumbrados ya a administrar la desunida herencia de Pablo Iglesias, deciden utilizarlos como pantalla política. Montan, pues, una tercera campaña de exaltación caballerista y el viejo «Lenin español» —apelativo vitando tras el 18 de julio— se transfigura en «esperanza de la República democrática de nuevo tipo», como se definía en las proclamas comunistas —sin concretar nunca el *tipo*— a los restos de la gran ilusión perdida del 14 de abril. El intento triunfa, y de los doce ministros del Gobierno revolucionario

del 4 de septiembre de 1936 —presidido por Francisco Largo Caballero— nada menos que seis son socialistas: el propio Caballero, en Guerra; Negrín, en Hacienda; Prieto, en Marina-Aire; Galarza (neófito del PSOE), en Gobernación; Anastasio de Gracia, en Industria, y Julio Álvarez del Vayo, en Estado. En realidad era éste un ministro comunista más, que, junto a Uribe y Jesús Hernández, representaba la primera presencia del comunismo español en el Poder. La entrada de cuatro ministros anarquistas dos meses más tarde no hace perder posiciones a los socialistas, que a las órdenes de Caballero gobernarán la zona republicana hasta mayo de 1937. Según el socialista Vidarte, subsistían en plena guerra civil las mortales disensiones del PSOE, y Azaña dio el poder a Caballero contra el designio de Prieto.

Va a ser Indalecio Prieto, colaborador eficaz de los comunistas en toda esta etapa, quien nos revele la estrategia de sus aliados durante la guerra de España:

«El riesgo de utilizar comunistas en mandos militares y en cualesquiera cargos de la administración pública proviene de obligarles la disciplina política a servir al buró de su partido antes que al Gobierno de quien dependen. Semejante modo de proceder entraña no sólo preferencias inadmisibles, sino desobediencia y a veces deslealtad y hasta traición. Contra tal doblez resulta difícil precaverse, porque hay comunistas con cargos de confianza a quienes, para que no se recele de ellos, se les ordena ocultar su filiación, e incluso enmascararla, haciéndoles ingresar en otros partidos. Ya es gravísimo de por sí el hecho de que, mediante tal sistema, el buró comunista pueda tener en sus manos los más sutiles hilos del Estado, pero la gravedad alcanza puntos extremos si ése buró obedece ciegamente las instrucciones de un Gobierno extranjero.

»Hoy me limito —continúa Prieto, que va a demostrar inmediatamente su tremenda tesis con pruebas definitivas— a registrar el hecho de que en 1936 el comunismo español era una fuerza insignificante, que creció prodigiosamente durante la guerra. La mayor parte de los mandos militares los desempeñaban a última hora los comunistas, y en manos de éstos quedaron los principales resortes del Poder. ¿Cómo pudo ocurrir tal fenómeno? Por un sistema de coacciones, graduadas entre el provecho personal para quien se sometía y el asesinato para quien se rebelaba, coacciones que, en su comienzo, pasaron inadvertidas para el Gobierno —período presidencial de Largo Caballero, quien, queriendo rectificar su propia obra de aliento al comunismo, reaccionó tardíamente— y que luego —período presidencial de Negrín, gran exaltador de los comunistas— fueron no

sólo encubiertas, sino amparadas y fomentadas desde las cumbres del Estado[24]». Insistimos en que Prieto colaboró a fondo, al principio, con los comunistas. Revela Vidarte que en una ejecutiva llegó a proponer la fusión del PSOE con el PCE, que tan mal se lo iba a pagar.

Largo Caballero expulsa a Rosenberg

En el invierno de 1936, mientras los comunistas se volcaban en la organización y entrenamiento de las Brigadas Internacionales —esa «fuerza soviética en España», como las ha designado definitivamente el investigador americano D. T. Cattell—, hacían esfuerzos titánicos para atraerse definitivamente al jefe del Gobierno. Pero jamás habían contado con que el viejo revolucionario se sentía, por encima de todo, jefe de un Gobierno español y lo mismo que sus antiguos maestros de alta política, Pablo Iglesias y Miguel Primo de Rivera, ponía por encima de todo lo que él creía que era el interés de España. Por eso, cuando una mañana de 1937 el embajador soviético Rosenberg y el ministro Álvarez de Vayo presionaron más de lo debido a Francisco Largo Caballero, sucedió la famosa escena que uno de los testigos del antedespacho, el diputado caballerista Ginés Ganga, dejó así fijada para la Historia:

«Una mañana la visita a puerta cerrada había durado ya dos horas cuando de súbito se oyó gritar a Largo Caballero. Los secretarios se reunieron alrededor de la puerta del despacho sin atreverse a abrirla, por respeto. Los gritos de Largo Caballero aumentaron en intensidad. De pronto se abrieron las puertas y el anciano presidente del Consejo de ministros de España, en pie delante de su mesa, con el brazo extendido y señalando la puerta, decía con voz trémula de emoción: "Marchaos, marchaos. Debéis aprender, señor embajador, que los españoles somos muy pobres y necesitamos ayuda del exterior; pero somos lo suficientemente orgullosos para no consentir que un embajador extranjero intente imponer su voluntad sobre el jefe del Gobierno de España. Y en cuanto a usted, Vayo, mejor sería que recordara que es español y ministro de Estado de la República, en lugar de ponerse de acuerdo con un diplomático extranjero para ejercer presión sobre su jefe de Gobierno[25]"».

Vidarte, que vio la carta, cree que Caballero expulsó al embajador por su insistencia en exigir la unificación del PSOE y el PCE, como pedía Stalin en

una segunda misiva, no publicada, al jefe del Gobierno español. En la primera, Stalin daba a Caballero algunos consejos obvios y «democráticos».

Teodomiro Menéndez no se extraña de la escasa dignidad con que abandonaron el despacho Vayo y Rosenberg; el ministro, porque sus escasas luces, reconocidas por todos, no le permitieron reaccionar ante la reprimenda; el embajador, porque, según el contundente don Teodomiro, poseía una estatura moral inferior aún a la material. Pero el héroe de la jornada, don Francisco Largo Caballero, podía darse ya por condenado desde aquel arranque tan celtibérico y tan socialista.

(Casi por las mismas semanas, con la misma eficacia, aunque con menos alboroto, otro embajador extranjero tenía que abandonar precipitadamente otro despacho, en Salamanca, y regresar a su país; la diferencia es que el sucesor de Rosenberg, Gaikiss, acabaría por imponerse rápidamente al sucesor de Largo Caballero, mientras que el sucesor de Von Faupel veía aumentar antes de cada audiencia el número de cuartos de hora de sus esperas en el antedespacho de su interlocutor).

La agonía de Largo Caballero

Es ahora Rodolfo Llopis quien recuerda la tenacidad soviética en conseguir, incluso tras la escena del despacho, la aprobación de Caballero para el gran proyecto político de Stalin en España, la fusión absoluta de los partidos socialista y comunista. Caballero, escarmentado sangrientamente después del rapto de las Juventudes, se niega en redondo. «Dijo muy poco —transcribe Llopis—, pero muy claro: ¿Qué es esta necedad de la absorción? Nadie me absorberá a mí. El partido tiene una tradición y unas posibilidades que no pueden ser echadas por la borda. Mientras yo viva, habrá un socialista[26]».

Los comunistas van a aprovechar el escándalo político-militar provocado por la caída de Málaga (8 de febrero de 1937) para lanzar su ataque definitivo contra Largo Caballero. A pesar de que la principal responsabilidad por el desastre malagueño recaía sobre el anárquico comisario de guerra —el diputado comunista Bolívar—, los comunistas logran atribuir las culpas al grupo de jefes militares caballeristas, alguno de los cuales ingresa en prisión. Con una nueva aplicación de su cinismo aliancista, los comunistas se aseguran el apoyo de Prieto y de los dirigentes de la CNT en su campaña masiva contra Caballero. Al principio de esta campaña, el diario rojinegro *Nosotros* espeta esta condena: «El ministro de la Guerra, camarada Largo Caballero, debería tener presente que es viejo, y lo que es más grave, está

entrando en la senectud, y comprender que los hombres seniles ni deben gobernar ni se debe consentir que gobiernen» (25 de febrero de 1937). El jefe del Gobierno trata de contraatacar en su fiel portavoz *Claridad*, pero sus respuestas llegan cuando la eficacísima maquinaria de propaganda comunista tiene ya en marcha un nuevo ataque inesperado. Los escándalos se acumulan. Uno de los más resonantes es el del Comisariado de Guerra, donde su titular, que es también Álvarez del Vayo, ha nombrado cientos de comisarios comunistas sin consultar al jefe del Gobierno, quien, sin embargo, no se atreve a expulsarle del partido ni del Ministerio a pesar de contar ya con la aquiescencia de Azaña. Indalecio Prieto se indigna por esta muestra de debilidad, pero él mismo va a ser utilizado por los comunistas contra su correligionario. Largo Caballero destituye a los comisarios comunistas y Dolores Ibárruri, públicamente, les incita a la desobediencia: «¡Comisarios —clama en *Frente Rojo*—, permaneced en vuestros puestos!». Y permanecieron. La Unión Soviética incrementaba fuertemente los envíos de material a los puertos del Mediterráneo durante los primeros días de mayo, mientras la misión militar soviética vetaba el plan de Largo Caballero para lanzar una ofensiva en Extremadura. Interviene entonces en la turbia disputa por el poder republicano un elemento sorpresa: la iniciativa del general Franco de trasladar al norte el centro de gravedad de las operaciones militares. Caballero se opone al envío de asesores soviéticos a aquel sector, lo que acaba de enemistarle con Prieto, ansioso de salvar su norte a toda costa. Entonces los comunistas piensan definitivamente en utilizar a Prieto contra Caballero y van a encontrar una ocasión ideal para ello en la rebelión de Barcelona que se conoce como «los sucesos de mayo», estallido de una endémica disputa entre la CNT y el Gobierno de la Generalidad. Mientras Caballero preconiza la prudencia y la negociación para dominar la rebelión armada de la CNT, los comunistas y Prieto prefieren la acción directa y triunfan en toda la línea. Eliminan definitivamente al poder anarquista en Barcelona y recortan las alas a la Generalidad. Largo Caballero está a merced de los vencedores de la pequeña guerra civil de mayo. Una fingida crisis provocada por los dos ministros comunistas después de un discurso fríamente agresivo del ministro Hernández contra su propio jefe del Gobierno va a señalar el desenlace. Indalecio Prieto, arrepentido colaborador en la gran jugada, lo describe de forma inimitable:

«La enorme autoridad del líder obrero, a quien se había llegado a denominar *Lenin español*, presidente del PSOE y de la UGT, las dos organizaciones proletarias numéricamente más importantes del país y de más

añejo prestigio, cayó a tierra, hecha añicos. Después de esta claudicación el *agit-prop* del partido comunista se puso en plena actividad. Fueron suficientes unas semanas para que aquel coloso de la autoridad política quedara convertido en un guiñapo invertebrado al que se iba a arrojar del poder como se arrumba en el desván un trasto inservible. Caballero estaba vencido. Los *tovarich* podían telegrafiar a Moscú: *Consummatum est*.»[27].

Ha sido también Prieto quien nos ha transmitido las actas de la reunión de lo que él llama *concilio comunista de Valencia*, basándose a su vez en el testimonio del que se autotitula ministro de Stalin en España, Jesús Hernández; allí pontificó Palmiro Togliatti, quien con estas palabras decidió la sucesión en la jefatura del Gobierno:

«En cuanto al sucesor de Caballero, es un problema práctico sobre el que invito a los camaradas a reflexionar. Creo que debemos proceder a elegirlo por eliminación. ¿Prieto? ¿Vayo? ¿Negrín? De los tres, Negrín puede ser el más indicado; no es anticomunista como Prieto ni tonto como Del Vayo». Así se designó en mayo de 1937 el nuevo jefe del Gobierno de la zona republicana.

Y así fue defenestrado de la política española don Francisco Largo Caballero, el viejo león maniatado por los hombres a quienes él había facilitado, un año antes, el acceso al poder político en España. Desde ese momento tuvo que refugiarse en la grande e inoperante tertulia de sus maduros partidarios. Habló alguna vez más en algún mitin disperso y vacío. Pero aun esa inocente actividad le fue prohibída. Sus últimas palabras públicas —el discurso de octubre de 1937— reflejan toda su nobleza y toda su angustia:

«Me conocieron demasiado tarde. Debieron haber comprendido desde el primer momento que Largo Caballero no tiene ni el temperamento ni la sustancia del traidor. Yo me negué categóricamente a llevar a cabo su política, con la consecuencia de que en una ocasión tuve una escena muy violenta con los representantes de cierto país, cuyo deber era ser más discretos, pero que no cumplieron esa obligación. Y yo les dije (en presencia de uno de sus agentes, que, sin embargo, desempeñaba una cartera ministerial) que Largo Caballero no toleraría ninguna clase de interferencias en la vida, política de nuestro país».

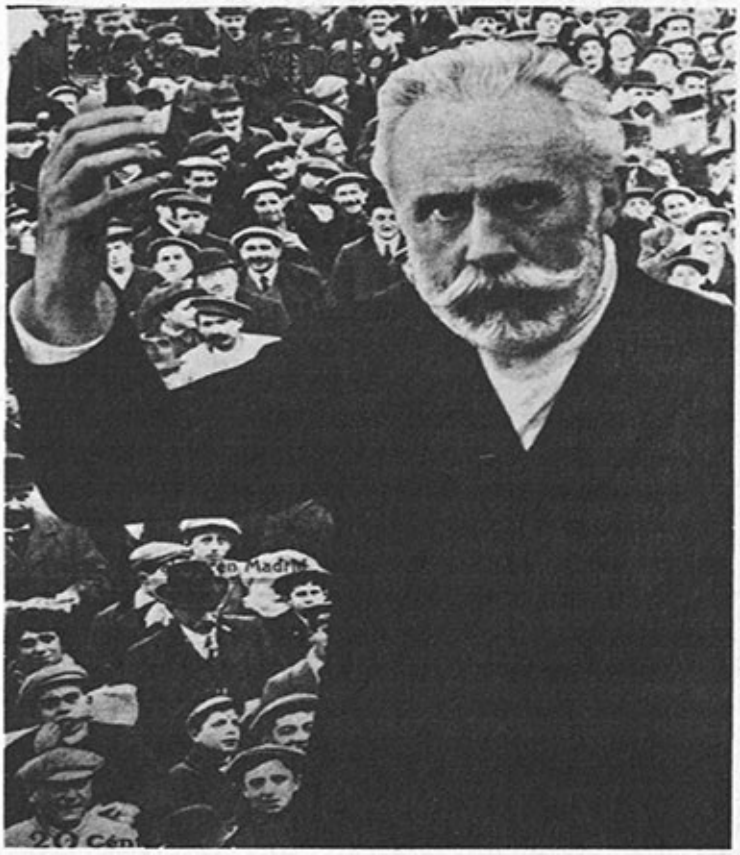
Al perderse estas palabras en el silencio, los batallones socialistas del norte estaban cautivos y desarmados; mientras sobre las unidades milicianas de los jóvenes socialistas que montaban la guardia en los demás frentes flotaba la bandera de la hoz y del martillo.

FUENTES Y AMPLIACIÓN

La obra fundamental, uno de los grandes clásicos de la guerra civil española, para comprender la estrategia política de los comunistas en torno a Prieto, Largo Caballero y Negrín, y en especial el proceso para la defenestración de Caballero, es la de Burnett Bolloten que, en su definitiva versión, se titula *The Spanish revolution* (antes, *The grand camouflage*), The University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1979. El testimonio de Prieto se contiene en su famoso informe al PSOE «Cómo y por qué salí del Ministerio de Defensa Nacional», en *Convulsiones de España*, II, 27, México, Oasis, 1968. En ese mismo volumen se transcribe a continuación el importante artículo de Prieto «Los rusos en España; destitución de Largo Caballero» y otros que se refieren al mismo problema político.

Los testimonios de Vidarte están tomados de su obra *Todos fuimos culpables*; debe tenerse en cuenta que Vidarte participó en la operación Prieto-Negrín contra Caballero, impulsada por los comunistas, y fue premiado con una subsecretaría tras el éxito. Es dramáticamente clara su confesión en o. c., II, 679: «Nuestros ministros habían secundado a los comunistas en lo que Caballero llama una maniobra contra él». La tesis de Bolloten en vivo.

Salvochea habló con Carlos Marx en Londres y le reprochó duramente la inconsecuencia de la vida burguesa de los internacionalistas europeos.



Sobre Pablo Iglesias corrieron leyendas de boato e hipocresía; sin excepción, esas leyendas eran falsas.

CAPÍTULO 19
LA ELIMINACIÓN DE INDALECIO PRIETO: 1937-1938

El comunismo ha tenido siempre muy mala prensa en España hasta su infiltración fabulosa en los primeros años de la transición y por eso jamás ha abordado directamente y de frente sus objetivos políticos. A partir de 1934, fecha en que comienza aquí la historia seria del comunismo, los tácticos del PCE, bien inspirados y asesorados *in situ* por los estrategas foráneos, han reforzado su energía dialéctica mediante la utilización, para sus fines, de un compañero de viaje circunstancial al que se eliminaría fríamente durante el movimiento siguiente. Éste fue el destino de Francisco Largo Caballero, exprimido hasta la última gota de savia política en 1936, defenestrado en 1937, y este mismo va a ser el caso de Indalecio Prieto, utilizado contra Caballero en 1937 y eliminado casi mecánicamente en 1938. Así desviaba el comunismo las energías del disgregado socialismo en la época de la Comintern. Aniquilada ésta virtualmente en el supremo cinismo del pacto germano-soviético de 1939, y disuelta oficialmente en 1943, cuando el comunismo internacional decidiese el montaje de una nueva dialéctica española, no podría ya utilizar de momento al socialismo, que no era más que un espectro exiliado de su propia historia; pero fiel al esquema formal de los años treinta, advirtió pronto la posibilidad de canalizar dialécticamente las disensiones cada vez más acentuadas de otro movimiento español con posibilidades y derivaciones políticas: el catolicismo militante. Los defensores a ultranza del diálogo indiscriminado con esos tremendos inmovilistas que son y han sido siempre los comunistas españoles, harán bien en recordar el destino que depararon sus amigos comunistas al hombre que con más energía y patriotismo protagonizó el diálogo político durante los años treinta en España: Indalecio Prieto**[28]**. Ya en la transición la URSS resucita su experiencia de la guerra civil y tratará de utilizar el PSOE incluso con preferencia al eurocomunismo.

Un paralelismo trágico

No crean nuestros lectores que este trágico paralelismo entre la defenestración de Largo Caballero y la eliminación de Indalecio Prieto es un recurso polémico del autor de este libro. Se trata de un hecho histórico comprobado por la convergencia de informaciones, por el reiterado testimonio de Indalecio Prieto y por innumerables documentos contemporáneos, entre los que destaca el sensacional informe del jefe de la 61 Brigada Mixta, comandante Francisco García La vid, en el que, fechado en 12 de abril de 1938, se lee:

«Coincidiendo con nuestra estancia en Alcalá de Chivert, al amparo del malestar que la salida del compañero Indalecio Prieto produjo entre las tropas, se desencadenó contra él una campaña repugnante y asquerosa que indignaba incluso a los compañeros de la CNT. Los mismos elementos comunistas que hasta ayer ensalzaban, aún más que nosotros mismos, al compañero Prieto, le calumniaban e injuriaban de una forma que sería visiblemente infantil si no hubiera gentes que prestaban oídos a todo y creyesen todas las estupideces que los charlatanes puedan decir. Los mismos que antes levantaban a Largo Caballero y después le derrumbaban e injuriaban, los mismos ensalzaron a Prieto y luego le atribuyeron cosas que nuestro camarada es incapaz de hacer…».

Otro sensacional documento, debido al propio Prieto, es el informe que leyó ante la Comisión Ejecutiva del PSOE el 9 de agosto de 1938; este informe tiene el extraordinario valor de haber sido pronunciado delante del propio jefe del Gobierno, Negrín, que asistía a la reunión socialista de Barcelona donde fue revelado. Comentando y confirmando sus palabras, resume Prieto en septiembre de 1939, con la amargura de la derrota quemándole aún los labios.

«Concluida la guerra deben conocerse algunas intimidades de la misma, muy aleccionadoras para todos los partidos políticos, pero singularmente para el socialista.

»Mi informe revela cómo se entablaron contra mí dos acciones simultáneas y paralelas, una a cargo de los militares y policías rusos que actuaban en nuestro país y otra de los comunistas españoles. Más que de una coincidencia se trataba, en realidad, de una servidumbre. Los comunistas españoles servían a los enviados de Moscú, aunque pretendían disfrazar tal servidumbre acometiéndome por motivos distintos a los del enojo ruso. Las *consignas* parecían surgir por otros móviles, pero la finalidad de la campaña

era la misma: derribarme. Y para lograrlo, los rusos ordenaban y los comunistas españoles obedecían[29]».

Los comunistas españoles y sus inspiradores soviéticos tratan de cobrar a Indalecio Prieto la factura de su alianza durante los sucesos de mayo obligando al flamante ministro de Defensa Nacional del Gobierno, Negrín, a crear el SIM —Servicio de Investigación Militar— bajo control comunista; muy a duras penas Prieto tiene que acceder. En cambio se niega en redondo a dirigirse por radio para animar al país: «Entonces dije ante Negrín y ante todos los ministros que eso no lo podía hacer porque, necesitándose para ello fe en la victoria y no teniéndola yo, cualquiera podía dirigir la palabra al pueblo español en mejores condiciones…». Negrín, pues, conocía perfecta y oficialmente el pesimismo de Prieto desde la primera reunión de su Gobierno en mayo de 1937; pero no esgrimiría el argumento hasta un año después, cuando se decidió la eliminación del gran socialdemócrata español. Este pesimismo nacía de una doble fuente: la inmediata caída de su Bilbao, para cuya salvación Prieto no pudo hacer absolutamente nada, y su correcta apreciación de las verdaderas fuerzas que luchaban en España. Es Prieto el único dirigente de la zona republicana que se atreve a considerar ante sus correligionarios una realidad tan aplastante y tan sistemáticamente ignorada por ellos como el carácter popular del levantamiento nacional y de la zona que seguía al general Franco. En un texto esencial para comprender el pensamiento de Prieto y la realidad de la guerra civil española, afirma el ya exministro socialista: «Un tercio largo de la nación española (se está refiriendo a la zona republicana de 1938) luchaba con el resto del país».

El paralelismo entre la caída de Caballero y la de Prieto es tan hiriente que la propia víctima lo proclamó en uno de sus momentos decisivos, la visita de los ministros Uribe y Hernández para forzarle a la colaboración incondicional con ellos. «Ustedes se han equivocado —les increpa Prieto, todavía en mayo de 1937— si suponen que van a sostener contra mí una lucha como la que sostuvieron con Largo Caballero. Con razón o sin ella, Largo Caballero se creía imprescindible, estimándose el salvador de la situación de España. Yo no tengo en mí la confianza que Largo Caballero tenía en sí: yo me considero diente mellado de una rueda destartalada, y entiendo que se puede prescindir de mí con ventaja[30]». El testimonio de Vidarte confirma plenamente la maniobra comunista contra Prieto, calcada sobre la que acabó con Caballero.

El choque con el general Gorev

Mientras Prieto rechaza con su rudeza habitual las insinuaciones de los comunistas españoles, se ve acosado también por los emisarios soviéticos en España, con los que se enfrenta en lucha desigual y patriótica. Para que el paralelismo con la caída de Caballero sea más dramático, también Prieto fue declarado incompatible con los comunistas después de una crisis político-militar; una crisis en el SIM y en el Comisariado. «Caí en desgracia —confirma la víctima— desde que, destituyendo al comandante Duran (el jefe comunista del SIM), quise impedir que el SIM cayese en manos rusas, como cayó la Dirección General de Seguridad cuando estuvo al frente de ella el teniente coronel Ortega». Duran, como antaño hiciera Álvarez del Vayo, sin atribuciones para ello, recluta cientos de agentes comunistas del SIM junto a media docena de socialistas; cuando Prieto le destituye viene a visitarle destempladamente el propio jefe de la misión soviética, general Gorev, quien reproduce la escena de Rosenberg en el despacho de Largo Caballero. Es el propio Prieto quien nos transmite la entrevista:

«*Gorev* —Duran podía hacer nombramientos provisionales.

»*Prieto* —Ni efectivos ni provisionales. Aquí, en España, lo provisional se convierte en definitivo.

»*Gorev* —Sea lo que sea, vengo a pedirle la reposición inmediata del comandante Duran en la jefatura del SIM de Madrid.

»*Prieto* —Lo lamento mucho, pero no puedo acceder.

»*Gorev* —Si no accede a la reposición de Durán quedan rotas mis relaciones con usted.

»*Prieto* —Lo lamento, pero el comandante Durán seguirá al frente de su división y no volverá al SIM. La actitud de usted es injustificada, y no puedo doblegarme ante ella».

Y el general Gorev, héroe de la Unión Soviética, se convierte en el tercer jefe de Misión extranjera expulsado de un despacho español en el año 1937.

Los contraataques de Prieto

No era *Don Inda*, como le llamaban sus íntimos, hombre fácil de derribar, y tanto los rusos como sus subordinados comunistas españoles temblaron más de una vez ante sus feroces contraataques. Por lo pronto ordena al comandante del destructor *Ciscar*, que esperaba en Gijón al Estado Mayor de la defensa de Asturias con las máquinas a punto, que se haga a la mar ante el peligro inminente de su captura por los nacionales en octubre de 1937. Los comunistas captan el mensaje y se lo entregan al asesor soviético del Cuerpo

de Ejército de Asturias…, no era otro que el propio general Gorev. Prieto había pensado tal vez en jugarle una mala partida a su intemperante amigo soviético, quien a pesar de la intercepción del telegrama se queda en tierra después de que los aviones nacionales hundan al destructor en el Musel. El general soviético, a punto de caer prisionero, pudo ser rescatado por el heroico aterrizaje y despegue de un *Rata* en un prado de las montañas asturianas minutos antes de que llegasen las columnas que liberaban ya el último reducto del norte. Más grave aún fue la serie de medidas con que Prieto trató de reducir la abrumadora influencia comunista en el seno del Ejército Popular. Puso a las Brigadas Internacionales bajo el mando directo y exclusivo de los militares republicanos, reduciendo la autoridad de la base de Albacete a un plano administrativo y simbólico; prohibió expresamente el proselitismo político en el Ejército, y ordenó que los comisarios abandonasen sus cómodos refugios de retaguardia para incorporarse sin excepciones a la primera línea de combate. Esta medida hirió en el corazón a doña Dolores Ibárruri, porque enviaba inexorablemente a las trincheras, degradándole además, a su fiel compañero el comisario Francisco Antón. Toda la jerarquía roja de España se movilizó para ablandar al terrible Prieto, pero fue inútil; en vista de que Antón no se presentaba en su destino del frente, le redujo a soldado raso y le expulsó del Comisariado. Tal medida hizo explotar el resentimiento comunista nacional e internacional y todo el aparato de *agit-prop* aplicó a Prieto, desde todos los ángulos, la campaña de desprestigio que tan buenos resultados había dado en el caso Largo Caballero. Los comunistas presionan a Negrín y éste envía a un correligionario —el ministro de la Gobernación Julián Zugazagoitia— para que convenza a Prieto de que salga por su pie del Ministerio de Defensa y acepte otro cargo; Negrín pensaba asumir la cartera de Defensa y Prieto podría ayudarle como secretario general. La respuesta de *Don Inda* le revela de cuerpo entero. «Mire, usted, Zuga, no puedo medir el grado de mi humildad, ignoro si podría llegar a ese extremo, pero si llegara, creo inútil apelar a ella; hay motivos de decoro externo que no lo permiten. A la puerta de este Ministerio unos hombres me presentan hoy armas por ser ministro; unos hombres que unas veces son marinos; otras, soldados de infantería; otras, aviadores; pues bien, al día siguiente se mofarían de mí, me tirarían huesos de melocotón o cascotes de ladrillo si vengo a desempeñar funciones tan subalternas[31]».

Prieto abandona España

Los socialistas históricos, escarmentados por la tormenta que ha aniquilado a Caballero, se reúnen ahora bajo el temporal rojo y tratan de apuntalar a Prieto. Todo es inútil. Hasta los arriscados hombres de la CNT visitan corporativamente al agonizante ministro de Defensa Nacional y tras soltarle unas típicas frescas le dicen que olvidan los agravios de mayo y que apoyan su permanencia en el poder; socialistas y sindicalistas saben muy bien lo que les espera si, tras la caída de Prieto, los comunistas se encuentran sin obstáculos en las alturas del Gobierno. Incluso don Francisco Largo Caballero vuelve de la Historia para proponer la presencia de dos vigilantes de la CNT y la UGT en un Gobierno dentro del cual debería permanecer, como dique principal contra la avalancha comunista, el ministro de Defensa Nacional, Indalecio Prieto.

Éstas eran las componendas del 5 de abril de 1938 en las grandes tertulias políticas de la zona republicana cuando, ya de madrugada, el general Miaja llama por teléfono desde Madrid a Prieto, que duerme en Valencia. Unas horas antes Negrín ha visitado a Prieto sin decirle una palabra de la crisis.

«—¿Qué hay, general?

»—Acaba de dar la radio una lista del nuevo Gobierno.

»—Ah, pues nada sé, general.

»—No se chancee usted; lo sabrá mejor que yo.

»—Le digo que no sé nada.

»Y entonces el general Miaja me da la lista completa del nuevo Gobierno. Por Miaja, y desde Madrid, conocí la solución de la crisis[32]».

Una crisis provocada por los comunistas de la URSS y de España; bendecida por el equipo manchego de la Comintern al que Prieto había amenazado con la cesantía político-militar, y admitida servilmente por el miembro del PSOE y jefe del Gobierno español, don Juan Negrín. Los lectores no deben esperar, sin embargo, un capítulo dedicado expresamente al doctor Negrín. El capítulo de Negrín no es un capítulo de la historia del socialismo, sino un capítulo de la historia del comunismo español y del comunismo soviético en la guerra de España.

No fue Negrín, por tanto, quien frustró el pleno aprovechamiento comunista de la gran crisis del 5 de abril de 1938. Fue ese desconocido y poco comentado artífice de ésta y las demás crisis del poder republicano: el general Francisco Franco, cuyas tropas se descolgaban en esos momentos de las viejas fortalezas carlistas del Maestrazgo y escogían un día simbólico, el 14 de abril de 1938, para hundir su mirada sedienta en el mar de Vinaroz. La fuerza principal de los comunistas, sus mejores unidades militares y el

Gobierno de su satélite socialista, quedaban en la sentenciada zona nordeste. Un fuerte sentimiento anticomunista surgía por todas partes en la zona principal, la centro-sur, pero no se aglutinaba en tomo al hundido Indalecio Prieto, sino que trataba de realizar el milagro socialista de la resurrección de don Julián Besteiro. El gran vencido del 5 de abril, el exministro de Defensa Nacional, Indalecio Prieto, partía lentamente hacia América en oscura misión diplomática. Al cruzar el Atlántico era Prieto ya el más enconado anticomunista español de todos los tiempos. Para él había terminado la guerra de España.

La actuación de los socialistas en la guerra civil

Debemos ahora completar los datos ya expuestos sobre la actuación de los socialistas durante la guerra civil española. El testimonio de Juan-Simeón Vidarte, que como buen masón logró situarse en tierra de nadie y de todos, es fundamental. Conseguida la defenestración de Largo Caballero y elevado Negrín a la jefatura del Gobierno, los comunistas, movidos a distancia por las obsesiones de Stalin (evidenciadas en su segunda carta inédita al exjefe del Gobierno), urgen a Negrín y al PSOE para que consumasen la fusión de los dos partidos marxistas. Ahora Caballero se opone frontalmente al proyecto, que tampoco secundan los demás dirigentes del PSOE (con excepción, según vimos, de Prieto; y es que el oportunismo de los prohombres socialistas es insondable). Pero la ejecutiva del PSOE propone a cambio el 17 de julio de 1937 un programa de acción conjunta con el PCE de carácter servilmente estaliniano, cuyo punto 15 incluye *la defensa de la Unión Soviética* en términos idénticos a los utilizados en su propaganda por la Comintern. Caballero redobla entonces su hostilidad contra Negrín y provoca una escisión en la UGT, dirigida desde entonces por dos ejecutivas.

Vidarte comunica detalles estremecedores sobre la persecución gubernamental contra Largo Caballero, a quien se prohíbe viajar a Valencia, por ejemplo, a punta de metralleta. Y atenúa los detalles profundos de la maniobra de Negrín al servicio de los comunistas contra Prieto por una razón que deja entrever: Negrín era también masón que había reavivado su actuación en la Orden secreta. «El golpe de los comunistas —reconoce— contra el líder de la Comisión Ejecutiva (Prieto) era una bomba de tiempo».

Y en otro momento afirma: «Después de la salida de Prieto del ministerio hablamos largamente con Negrín, al que no podía ocultarse que nuestra situación interior era tan grave que podía el Partido terminar en una escisión».

Revela también Vidarte que los famosos *trece puntos* de Negrín, aireados por una frenética máquina de propaganda, surgieron de una reunión del jefe del gobierno con la ejecutiva del PSOE.

El testimonio de Vidarte es fundamental para corroborar lo que ya sabíamos sobre la importante reunión del Comité Nacional del PSOE, máximo órgano del partido entre Congresos, celebrada el 7 de agosto de 1938, ya eliminado Prieto, que pronunció un durísimo discurso anticomunista al que nos hemos referido, y que fue la base de su célebre alegato *Cómo y por qué salí del Ministerio de Defensa*. «La fricción producida entre Prieto y Negrín, claramente expuesta por ambos en aquel histórico Comité Nacional, fue una bomba de tiempo que hubo de estallar en la emigración, con grave perjuicio para todos los españoles exiliados». Prieto y Negrín volvieron a verse el 30 de septiembre de 1938, en la sesión de Cortes celebrada en el monasterio de San Cugat. En vista de que se encontraba sin trabajo y se dedicaba todo el día a despotricar del gobierno, Negrín logró quitárselo de en medio y pasaportarlo como embajador extraordinario a Chile para la toma de posesión del presidente Aguirre Cerda. Tan triste final tuvo Indalecio Prieto en la guerra civil española.

La actuación de Juan Negrín, que desde su nombramiento hasta su huida por aire en Monóvar actuó, como sugeríamos, en perfecto engranaje con los comunistas, se caracterizó por una gran energía en el mantenimiento de la resistencia y por la implantación en toda la zona de una férrea dictadura política, cuyo código de justicia militar, por ejemplo, era más duro que el de Franco. Es cierto que faltan todavía estudios monográficos sobre la figura de don Juan Negrín, y que algunos historiadores marxistas apuntan ya extrañas preferencias y hasta reivindicaciones del personaje, a quien consideran, como ha hecho expresamente Santos Juliá, el ideal del Frente Popular. Con ello prolongan en la historia el intento que el señor Negrín planteó en la dura realidad de la zona republicana entre 1937 y 1939.

La historiografía se ha concentrado en la actuación militar de los comunistas, pero ha desatendido demasiadas veces a la actuación de los socialistas fuera de los grandes movimientos de la política republicana; y no ha profundizado lo suficiente en la acción administrativa, la política militar y otros campos de gobierno en que intervinieron los socialistas durante la guerra civil. Faltan estudios sobre la importante acción de Prieto en los ministerios militares hasta su defenestración. El comisariado político fue organizado y dirigido por un socialista criptocomunista, Álvarez del Vayo, pero con importante colaboración socialista genuina. En el ministerio de la

Gobernación de la etapa Caballero figuraba un socialista reciente, el siniestro Angel Galarza Gago, de cuyas actividades represoras apenas se ha levantado un velo con la tremenda acusación de Vidarte, que expulsó, como subsecretario, a una banda de chequistas asesinos que mantenía Galarza oficialmente a costa de la Administración. La *Causa General* en su insuficiente resumen de propaganda, y en sus esenciales archivos contiene indicaciones y pruebas terribles sobre la actuación del PSOE en las actividades de represión. Ya hemos dicho que la principal responsabilidad en el asesinato de Calvo Sotelo recae en militantes socialistas de la *Motorizada*, y las Juventudes Socialistas emigradas en masa al partido comunista para formar las JSU de Carrillo participaron en todos los excesos y coacciones políticas del PCE durante la guerra civil. Innumerables socialistas, por otra parte, fueron víctimas de la represión en la zona enemiga. El principal esfuerzo militar de los cuadros y masas del PSOE se desarrolló en el frente Norte, donde las milicias y reclutas del socialismo se comportaron militarmente, por lo general, con valor y eficacia excepcionales. La orientación y mando político socialista en la Escuadra republicana y con menos intensidad en la aviación merecerán capítulos monográficos en venideras investigaciones.

Pero hemos subrayado las gravísimas polémicas internas y virtuales escisiones socialistas durante toda la guerra civil para comprobar que se mantenía vivo, por desgracia para el partido y para España, el espíritu de ruptura interior y de oportunismo político que siempre afloró entre los socialistas españoles incluso cuando vivía Pablo Iglesias, y muy especialmente a partir de las tensiones exteriores e interiores que surgieron en el año 1919.

FUENTES Y AMPLIACIÓN

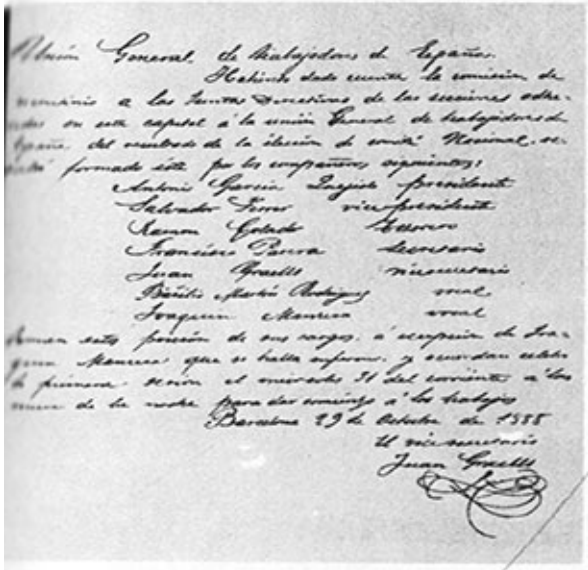
La base documental de este capítulo se centra en los testimonios de Indalecio Prieto, reunidos en el tomo II de *Convulsiones de España*, citado en el capítulo anterior. La clave de ese testimonio es el informe presentado a la reunión del Comité Nacional del PSOE en agosto de 1938, y que luego fue editado varias veces con el título *Cómo y por qué salí del Ministerio de Defensa*. Conviene compulsar las declaraciones, sobrecogedoras, de Prieto, con los recuerdos de Azaña en sus *Memorias* y con la vivida descripción de las disensiones socialistas que se refleja, entre otros enfoques muy

importantes, en el diálogo presidencial *La velada en Benicarló*, incluido, como las *Memorias*, en las *Obras completas* editadas en México por Oasis.

El segundo testimonio capital sobre la trayectoria socialista en la guerra civil, con las matizaciones indicadas en el texto, es el de Juan-Simeón Vidarte, *Todos fuimos culpables*, mencionado ya en capítulos anteriores.

La edición aludida de la Causa General es *La dominación roja en España*, editada por el Ministerio de Justicia en 1943, y luego reeditada.

En su última versión de *The grand camouflage*, titulada ahora *The spanish revolution*, citada en nuestro capítulo anterior, Burnett Bolloten amplía, con menos detenimiento e idéntica agudeza, su análisis del juego político en la zona republicana, con expresa atención a los problemas del socialismo en guerra.



Al volver el siglo la UGT era un núcleo con poco más de sesenta secciones y poco más de quince mil afiliados. (Primer Comité Nacional de la UGT.)

«Soy socialista convencido —escribe Unamuno a su amigo Mújica—, pero, amigo, los que aquí figuran como tales son intratables.»

Los movimientos obreros nacieron por eso en España al margen de la Iglesia, en los nuevos núcleos urbanos que se nutrían con las familias desarraigadas.

CAPÍTULO 20
1939: RETORNO Y PROCESO DE DON JULIÁN BESTEIRO

Como decíamos en el capítulo anterior, la historia política de la guerra española a partir del 5 de abril de 1938 hasta el mes de marzo de 1939 —once meses agónicos— no debe explicarse en un estudio dedicado al socialismo español, sino que forma un capítulo, seguramente el más brillante y nutrido, de la historia del partido comunista de España. Para un historiador que se atenga a sus fuentes primarias ese año debería encuadrarse en un movimiento histórico titulado «el final de la guerra», porque no fue más que eso, un angustioso e inevitable final, a partir de la ruptura del frente aragonés y del aniquilamiento de las Brigadas Internacionales.

Hay por tanto un doloroso paréntesis entrecortado en la historia del socialismo español de abril de 1938 a marzo de 1939, cuando esa historia resurge con enorme fuerza represada en un sensacional artículo publicado en *El Socialista* dentro del Madrid republicano el día 12 de marzo de 1939. Notemos que este artículo se publicaba en el mismo Madrid cuya defensa había cantado durante la epopeya de noviembre de 1936 el mismo periódico oficial del PSOE, que seguía siendo el periódico oficial del PSOE en el instante en que Madrid, sitiado aún, leía con estupor estas palabras editoriales:

Un editorial desconocido

«Acabamos de pasar las horas de mayor angustia de toda la guerra. También, en cierto modo, las de mayor humillación. Existe ésta cuando, al cabo de treinta y dos meses, nos vemos obligados a declarar ante Europa que no todo el Frente Popular estaba formado por españoles, mejor dicho, por servidores leales de España. Una gran parte de nuestros aliados de ayer ha aprovechado la más terrible coyuntura de la invasión fascista para revelar con toda claridad que sus aspiraciones no consistían tampoco en el logro de predominio y la liberación de la Patria, sino en el sometimiento de nuestro territorio al

Gobierno del cual son mandatarios fieles. No es hora aún de analizar despacio, con numerosos argumentos, en dónde y cómo empiezan las responsabilidades contraídas por quienes dieron lugar a que un grupo político, que no contaba en Madrid con más de quinientos afiliados, a lo sumo, el 18 de julio de 1936, se considerara en la actualidad con derecho a imponer al país su criterio, su táctica, su imperio indiscutible, so pena de tener que afrontar inmediatamente el sambenito de trotskista y de antirrevolucionario.

»Lo ocurrido el 6 de marzo —continúa *El Socialista*, que como habrán adivinado nuestros lectores está comentando el levantamiento casadista en el Madrid a punto de caer— pudo producirse muchos meses antes, según declaran ahora quienes, al parecer, estaban enterados y conocían a fondo las intrigas, las amenazas, las coacciones que debían sufrir algunos gobernantes y no pocos militares de alta graduación por parte de los representantes del partido comunista. El jefe que aceptaba sin rechistar el carné del partido comunista adquiría de pronto, en la prensa comunista, cualidades militares superiores a las de Napoleón y Alejandro, en tanto eran sinuosa y francamente criticados los que se atrevían a rechazar una filiación que no había sido solicitada. Entre tantos militares y tantos antifascistas de probada solvencia moral, ¿no pudo llegarse nunca a la conclusión de que era mil veces preferible romper y poner las cartas boca arriba antes que seguir tolerando pasivamente una situación que fatal e inevitablemente había de conducirnos a dónde hoy nos encontramos? No queremos citar casos concretos de quienes, por mantener con dignidad su libertad de criterio en todos los terrenos, supieron romper a tiempo con los directores del partido comunista, dirigidos, a su vez, por quienes reciben directamente las consignas moscovitas. Los innegables aciertos de la Unión Soviética en su propio territorio se desvanecen y resultan contraproducentes cuando pretende irradiar a otros países sus procedimientos y su acción.

»España y su partido comunista —prosigue la filípica del PSOE contra sus antiguos aliados de 1936— eran para la URSS el último baluarte importante de la Europa Occidental… El partido comunista francés, más patriota que el español, se negó ya en mayo de 1936 a exigir representación en el Gobierno como ordenaban desde Moscú. Franceses sobre todo, prefirieron la paz interna de su nación al acatamiento de las consignas recibidas».

Continúa *El Socialista* dibujando la antítesis entre comunistas franceses y comunistas españoles, para concluir: «Esos antecedentes justifican que el representante de Moscú en Europa enviara a nuestro país, en estos últimos

días, a dos o tres emisarios con el encargo de preparar un alzamiento contra la República. Prolegómenos de ese alzamiento —evitado a tiempo por la constitución del Consejo de Defensa Nacional— son, entre otros, los varios números apócrifos del Diario Oficial del Ministerio de Defensa, desde cuyas columnas el partido comunista fue tomando posiciones y apoderándose de los mandos fundamentales del Ejército, de la Marina y de nuestra Aviación, con el fin de preparar mejor la declaración pública de que nuestra Patria, en la cual tendrá ya poco fruto que recoger Rusia, era una colonia del régimen soviético.

»Mas ni la Tercera Internacional, ni sus incondicionales servidores en España, habían contado con la voluntad de los españoles, de los hombres bien nacidos en nuestro territorio, que sienten profundamente el honor de tales y que desde el principio de la guerra de invasión están dispuestos a defender nuestra independencia por encima de todo».

El autor de esta terrible diatriba anticomunista, en la que el Frente Popular agonizante expulsa de su seno al comunismo precisamente por su servil dependencia extranjera, es un hombre que desde 1934 no había ocupado cargo alguno político ni en el socialismo ni en la República en paz y en guerra fuera de la simbólica presidencia de la Junta de Reconstrucción de Madrid; un hombre que se había negado a salir de Madrid en la tormenta de noviembre de 1936 y en la agonía de marzo de 1939; un hombre que, desde febrero de 1937, había tratado inútilmente de mediar para la terminación del conflicto fratricida durante un viaje protocolario a Gran Bretaña; un hombre que, fundado solamente en su inmenso prestigio personal, trataba de agrupar a su alrededor los restos del naufragio y de la definitiva desilusión de un PSOE y una UGT dispersos, escindidos, sumergidos por el aluvión comunista y por la conciencia íntima de su fracaso histórico total, en el plano ideológico, en el plano político, en el plano mucho más importante del futuro. Este hombre, que a todos sus múltiples títulos tenía ahora que anteponer un *ex* no era otro que el inspirador político del levantamiento militar Casado-Miaja, don Julián Besteiro, quien había resucitado políticamente en un trascendental discurso radiado en el anochecer del 6 de marzo de 1939.

El mismo día 28 de marzo de 1939 en que las tropas nacionales entran en Madrid, don Julián Besteiro, que no ha querido ponerse a salvo como los demás dirigentes del PSOE y de la UGT, es detenido y se incoa contra él un procedimiento sumarísimo de urgencia —que lleva el número 1— que poco después, a propuesta del juez, se transforma en sumarísimo ordinario.

En España y fuera de España se han publicado versiones fragmentarias, oportunistas y en definitiva tendenciosas del proceso de Besteiro. Después de haberlo estudiado detenidamente en su versión original y auténtica, fue deber de este historiador comunicar a sus lectores y ahora confirmar que se trata de una pieza capital para la historia de España y para la historia del socialismo español. La versión íntegra del proceso se publicó enmarcada en un estudio monográfico interesantísimo, debido a don Ignacio Arenillas de Chaves, marqués de Gracia Real, que fue precisamente el defensor de don Julián Besteiro en el memorable proceso que comentamos. Era don Ignacio Arenillas uno de los grandes testigos de nuestra historia contemporánea, observador sereno y penetrante de la realidad española pasada y presente. Con su discurso en defensa de don Julián Besteiro rindió a España uno de los mejores servicios que puedan imaginarse en aquellas circunstancias dramáticas de 1939; su alegato improvisado —conservó siempre las notas borrosas que iba tomando durante el proceso— crea el milagro de cuajar, no sólo una brillante defensa, sino hasta un principio de perspectiva histórica del que casi nadie, de uno y de otro bando, puede ahora enorgullecerse.

El venerable procesado, con sus sesenta y ocho años y toda la pesadumbre del socialismo español sobre sus espaldas, declaraba «que nunca patrocinó la violencia como medio de imponer la doctrina que predicaba». Su actuación durante la guerra en Madrid, donde desempeñó una misión poco más que simbólica de tipo municipal, se limitó a «vivir la tragedia que le llegaba de la calle», frase profunda que impresionó al propio fiscal; quien, por cierto, había sido alumno suyo en la cátedra de Lógica. En un informe del Servicio de Información y Policía Militar —organismo creado por otro de los grandes testigos ocultos de nuestra guerra, el general don José Ungría, quien honró la confianza de este historiador al comunicarle diversas informaciones capitales poco antes de su muerte— se declaraba en aquellos momentos que «la actuación política del señor Besteiro ha sido correcta, caballerosa y hasta patriótica; de existir una información en contrario, podría ésta calificarse de defectuosa». El joven defensor solicita, ante el asombro de alguno de los presentes, la inhibición del Tribunal Militar en favor del Tribunal de Delitos Políticos; no se concede y el Consejo de Guerra se celebra el día 8 de julio de 1939.

Sin desflorar los importantísimos textos, ya históricos, de esta sesión, debemos solamente recordar que el profesor Besteiro expuso dramáticamente

su caso personal como involucrado en el *leitmotiv* de esta historia, es decir, en la permanente crisis del socialismo:

«Yo me encontraba en abierta oposición con la línea de conducta del partido socialista. No tengo por qué hablar de los sinsabores que ello me ha costado. Pero yo tenía el propósito de no abandonar al partido socialista ni a la masa de trabajadores en el momento que consideraba de desgracia; y no hacer el juego a los que pensaban expulsarme del partido o que yo me fuera. Y atento a esto yo cumplía externamente la disciplina del partido, con la esperanza de que permaneciendo en él quizá llegara un momento en que el ambiente público restituyera las cosas al punto del que no debieron salir. Por eso yo tomé parte en votaciones que no recuerdo bien».

El fiscal había solicitado —con profundo dolor personal, como se cuidó de advertir— la pena de muerte para el procesado. El defensor, tras una serena revisión histórica, política y jurídica, tras aducir los testimonios realmente impresionantes de los catedráticos señores Luis de Sosa y Antonio Luna, solicitó la libre absolución. El Consejo de Guerra tuvo en cuenta la propuesta del fiscal en cuanto a la calificación fundamental del delito, pero recogió también el argumento del defensor y consideró circunstancias atenuantes. El sucesor de Pablo Iglesias partió a la cárcel de Dueñas y luego a la de Carmona para cumplir una sentencia de reclusión perpetua, sustituida inmediatamente por treinta años de reclusión mayor. Don Ignacio Arenillas, que conservó desde entonces, con Besteiro, lazos de mutuo aprecio y amistad, interpuso inmediatamente recurso que no pudo ser admitido.

El final del profesor Besteiro

El día 27 de septiembre de 1940, vencido por la enfermedad y el dolor, fallecía don Julián Besteiro en la cárcel de Carmona, tras un año de conducta elevada y ejemplar, como había sido su ejecutoria personal a lo largo de su larga vida; así lo reconoció durante el proceso el propio fiscal. Este historiador no cree que su mejor epitafio sean los comentarios vindicativos y pendulares de ciertos correligionarios, quienes, por lo visto, no han aprendido las últimas lecciones que el profesor de Lógica nos dejó a todos los españoles en su vida y en su proceso. Y prefiere cerrar este capítulo triste y aleccionador con las últimas palabras de don Julián Besteiro en ese proceso, unas palabras que ha repetido más de una vez, calladamente, ante su tumba madrileña, que desde el 29 de junio de 1960 comparte la paz de nuestras noches junto a la de Pablo Iglesias:

«Hay un rasgo de mi conducta que yo quiero subrayar aquí. Yo he sido, además de diáfano en la conducta, absolutamente leal para todos. He sido leal para con el partido en el cual he militado desde el año 12. He sido leal para con los partidos que legítimamente se consideraban así. He sido leal, hasta la exageración, con algún partido que, llamándose afín, era el mayor enemigo del partido en que yo militaba, y de mí personalmente. He sido leal para el Gobierno que combatió a la República, para los que tenéis esa ideología aquí. Y en este momento creo que soy leal con el Tribunal.

»El juicio que se formule acerca de mí, eso no me compete. A mí me compete la responsabilidad interna, y la aplicación de la ley es otra cosa.

»Ahora sí que quisiera yo lamentarme de una circunstancia de mi vida que ha apuntado el señor fiscal, diciendo que yo soy algo mito y que ese mito no debe subsistir. Yo lo siento mucho. Yo no quisiera ser mito. Ahora puede que sea verdad; porque yo creo que en las circunstancias desfavorables los personajes mitológicos se convierten en mártires, y yo, las graves acusaciones que se me han dirigido, las he oído con una serenidad de espíritu enorme. Ése es un bien que nadie me puede quitar. He dicho».

Como único comentario a este testamento de Julián Besteiro no pueden superarse las palabras que otro gran socialista histórico, Indalecio Prieto, escribió con pluma trémula al leer por primera vez otro testamento de otra figura mítica, José Antonio Primo de Rivera, para quien no pudo encontrarse un defensor que convenciese al Tribunal en orden a la atenuación de la pena de muerte:

«Acaso en España no hemos confrontado con serenidad las respectivas ideologías para descubrir las coincidencias, que quizá fueran fundamentales, y medir las divergencias, probablemente secundarias, a fin de apreciar si éstas valían la pena de ventilarlas en el campo de batalla».

Semanas antes de la detención y proceso de don Julián Besteiro, el Partido Socialista Obrero Español y la Unión General de Trabajadores eran declarados disueltos y fuera de la ley por el Gobierno vencedor. La desaparición del profesor Besteiro coincide con el final de la primera etapa, larga etapa, en la historia pública del socialismo español. A partir de ese momento, y hasta nuestras vísperas, su historia será la de un destierro y una clandestinidad. Pero aun durante este epílogo el socialismo español seguirá carcomido por su eterno cáncer de la disensión y de la crisis.

La agresión de Carrillo a su padre

El final de la guerra civil provocó la dispersión de los líderes y personajes del socialismo español. Resulta patético el destino divergente de los cuatro grandes que se han ido alternando, desde la muerte de Pablo Iglesias, en el protagonismo de los capítulos precedentes. Francisco Largo Caballero partió para un exilio cada vez más trágico, que terminó en los horrores de un campo de concentración nazi, del que fue liberado para morir. Julián Besteiro, como acabamos de ver, fue el único que se quedó en Madrid para enfrentarse, junto a su pueblo, con su destino injusto. Prieto y Negrín, como vamos a ver, prolongaron en el exilio las luchas intestinas que se agudizaron en la célebre reunión del Comité Nacional del PSOE en agosto de 1938, como subraya certeramente Vidarte. Negrín fue el primero en huir, con sus amigos comunistas, después de su enfrentamiento mortal con Besteiro que fue el alma y la garantía política de la rebelión dirigida militarmente por el coronel Casado en Madrid.

Fue un auténtico aquelarre de enfrentamientos socialistas. Pero el movimiento final de la guerra civil en zona republicana provocó otro divorcio socialista, el más duro y antinatural de todos, entre el veterano dirigente del PSOE, Wenceslao Carrillo, y su hijo, el joven dirigente, entonces férvido stalinista, de las juventudes socialistas entregadas por él mismo al Partido Comunista de España: Santiago Carrillo Solares. Al cual, en otro momento muy lejano de terrible crisis política, el hundimiento del PCE en la España de la transición, se le escapó una confesión atormentada: «Si por el Partido rompí con mi propio padre —dijo por Radio Nacional, temblorosa la voz y el remordimiento— ¿no voy a romper ahora, por el Partido, con mis amigos?».

No sólo se atrevió Carrillo a escribir a su padre en 1939 sino, según la moda soviética que entonces exaltaba a los delatores juveniles de su propia familia, publicó la carta, que lleva fecha del 15 de mayo, el día 3 de junio de 1939. Sin encabezamiento afectuoso, dice Carrillo júnior que primero pensó no escribir a su padre, «pero luego he creído útil escribirte para que conozcas las razones por las cuales he decidido romper toda relación contigo». Repudia «la traición de Casado, Besteiro, Miaja, Mera, Wenceslao Carrillo y Cía»; una «traición por la espalda». «Para poder consumar vuestra traición habéis engañado al pueblo». Repite una y otra vez la palabra fatídica: «infame traición, el Consejo de la traición». Llama a su padre miembro «de vuestra cuadrilla». Y extiende la acusación al PSOE: «Y los obreros socialistas que algún día creyeron en la realidad del sedicente izquierdismo del grupo Largo Caballero —tu jefe e inspirador principal— han comprendido que el izquierdismo-trotskismo de Largo Caballero, Araquistáin, Baráibar, Zancajo y

Cía, agentes del fascismo, lleva al mismo fin que el profascismo de Besteiro. Unos y otros jugáis el mismo papel triste de la traición al servicio de Hitler y Mussolini. Unos y otros sentís el mismo odio al gran país del socialismo, la Unión Soviética, y al jefe de la clase obrera mundial, el gran Stalin, porque son la salvaguardia y el amigo fiel de todos los pueblos que luchan por la libertad».

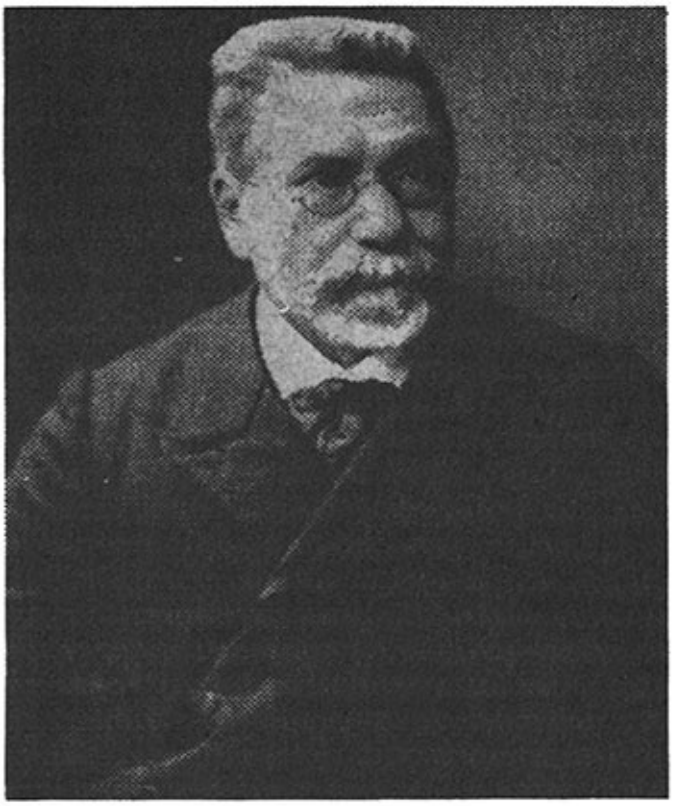
Prosigue Santiago Carrillo con nuevas invectivas de traición, nuevas declaraciones abyectas de amor a Stalin. «Cada día es mayor mi amor a la Unión Soviética y al gran Stalin». Y termina: «Cuando pides ponerte en comunicación conmigo olvidas que yo soy un comunista y tú un hombre que ha traicionado a su clase, que ha vendido a su pueblo. Entre un comunista y un traidor no puede haber relaciones de ningún género. Tú has quedado ya del otro lado de las trincheras. No, Wenceslao Carrillo, entre tú y yo no puede haber relaciones, porque ya no tenemos nada de común, y yo me esforzaré toda mi vida, con la fidelidad a mi Partido, a mi clase, a la causa del socialismo, en demostrar que entre tú y yo, a pesar de llevar el mismo apellido, no hay nada de común».

Un hijo exsocialista que después de entregar las Juventudes de su partido al comunismo estaliniano reniega de su padre socialista por amor a Stalin. No cabe mayor prueba de la degradación a que había llegado el PSOE durante la guerra civil española.

FUENTES Y AMPLIACIÓN

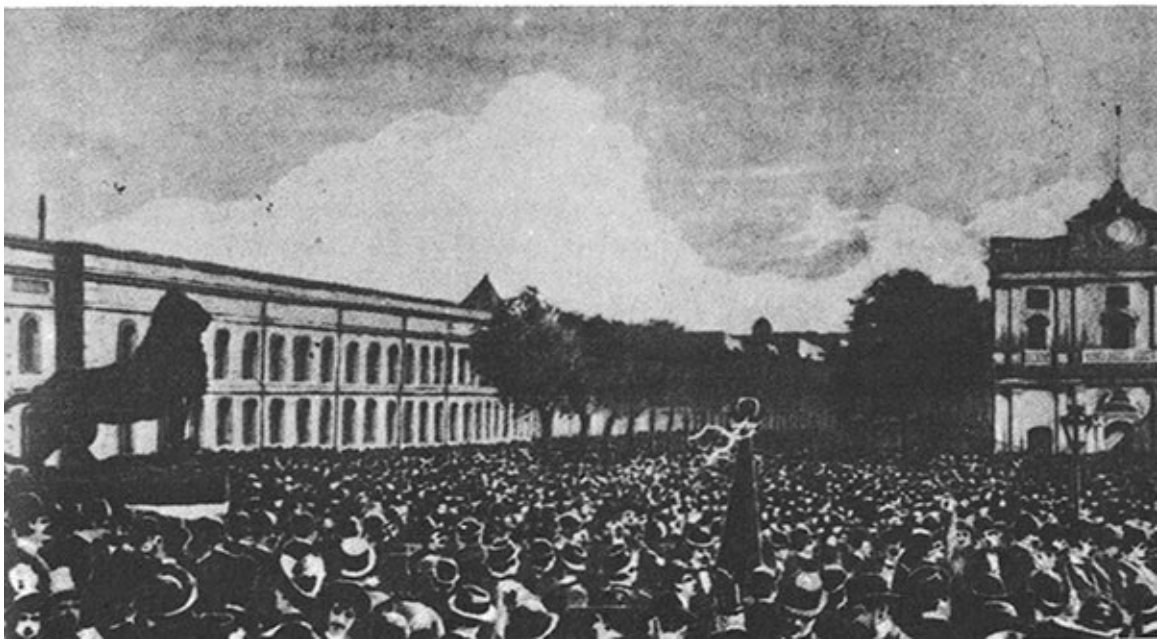
Sobre el consejo de guerra contra Besteiro, la obra capital es la de Ignacio Arenillas de Chaves, *El proceso de Besteiro*, Madrid, Biblioteca de la Revista de Occidente, 1976. La macabra carta de Santiago Carrillo a su padre se ha publicado en varias fuentes; la última es el libro de Carlos Fernández, *Paracuellos del Jarama, ¿Carrillo culpable?*, Barcelona, Argos Vergara, 1982.

El papel de Julián Besteiro en la precipitación del final de la guerra civil española aparece en nuestra obra *La historia se confiesa*, Barcelona, Planeta, 1976, tomo IV, capítulos «En el día de hoy» (final de la guerra en Madrid) y «Sumarísimo de urgencia número 1» (proceso Besteiro).



Se invitaba a los obreros de Europa a no participar en la Gran Guerra según la frase de Vaillant: «Antes la insurrección que la guerra.»

La primera fiesta española del Primero de Mayo —en 1890— constituye un éxito esperado por pocos. (Manifestación del primer Primero de Mayo en la barcelonesa Puerta de la paz.)



CAPÍTULO 21
EN LA ESTELA DEL «VITA»: LA CRISIS DEL EXILIO

Un yate llega a Veracruz

El 31 de marzo de 1939 —cuando el general Franco firmaba su primero y último parte de guerra— un fantasmal Parlamento se reunía en París y don Diego Martínez Barrio, sobre quien poco antes había arrojado su desilusión trágica el último presidente de la República española, tenía que aguantar las alusiones intencionadas de la señora Ibárruri, al declarar que ella no tenía sus manos manchadas de sangre ni de oro. Tres días antes había llegado a Veracruz, desde Boulogne, el lujoso yate *Vita*, con bandera americana, fletado por el último Gobierno de la zona republicana y cargado con cien maletas, en las que se encerraban las riquísimas migajas del tesoro que el mismo doctor Negrín enviara a la URSS en 1936; las joyas y objetos preciosos de propiedad particular en su inmensa mayoría que había decidido negociar y administrar aquel grupo de dirigentes exiliados, a pesar de que en España existía ya un Gobierno único, reconocido por todos los países democráticos y no democráticos, excepto dos, cuya democracia, por supuesto, era tan proclamada como dudosa. El valor del cargamento del *Vita* ascendía, según Javier Rubio, a unos 50 millones de dólares de entonces sólo en joyas. Con enorme sorpresa de Negrín, Indalecio Prieto, que estaba entonces en Méjico, reclamó la administración del tesoro, que le fue confiada tras unas gestiones con el presidente Cárdenas y un nombramiento de la propia Diputación Permanente de las Cortes. Prieto era el administrador principal —de hecho el decisivo— que actuaba en nombre de un organismo-pantalla, creado el 26 de julio de 1939 por la propia Diputación Permanente con el nombre de Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles: JARE. La JARE dispuso del tesoro del *Vita* —que fue desbanderado al arribar a Veracruz— y lo transformó en fondo de auxilios, inversiones y financiación de empresas con clarísima utilización política, hasta que el Gobierno mejicano decidió incautarse de ese fondo, del

que posteriormente entregó un saldo al «Gobierno republicano en el exilio» por él reconocido hasta la nueva Monarquía. En sus célebres *Cartas a un escultor* (1959) confiesa el propio Prieto: «El haber procedido así me valió y me vale multitud de infamias. Previamente las tenía descontadas, pero no hasta el punto que llegaron a alcanzar. Un amigo mío residente en París, en cuya casa vivía yo el año 39, me preguntó al conocer mi decisión: "¿Se da usted cuenta del daño que se va a causar usted mismo?". Sí —contesté—, me doy cuenta de que quedaré cubierto de mierda. Y así ha ocurrido». El amigo en cuestión, que lo fue también de este historiador y cuyo nombre silencia Prieto porque al escribirse esta carta vivía ya en España, siguió asegurando hasta su muerte que la predicción de Prieto era real y que, en efecto, quedó cubierto de la forma enunciada. Se llamaba Teodomiro Menéndez; ya apareció en este libro.

Pero a la historia del socialismo español, sobre la que vuelve a flotar el fantasma de González Peña ante la caja fuerte del Banco de España de Oviedo, le importa menos el aspecto ético e íntimo de la decisión de Indalecio Prieto que un nuevo y profundo contraste: mientras Prieto burlaba a Negrín y constituía la JARE, el propio Negrín fundaba en París, bajo los auspicios del partido comunista de Francia, el Servicio de Emigración para los Republicanos Españoles (SERE), que merece al propio Prieto estos comentarios:

«El SERE era simplemente la continuación del Gobierno Negrín.

»El Gobierno Negrín había padecido el dominio de los comunistas, como seguía padeciéndolo el Servicio de Emigración para los Republicanos Españoles.

»El partido comunista francés había administrado para compras de material de guerra dos mil quinientos millones de francos entregados por Negrín, sin que la administración de tan enorme suma la hubiese controlado, poco ni mucho, ningún funcionario del Estado español.

»El partido comunista francés había retirado para sí, quizá como beneficios de intermediario, cantidades considerables del dinero proporcionado por Negrín.

»La propaganda, pública primero, y clandestina después, del partido comunista francés se costeaba con dinero así extraído del Estado español.

»Parte del tesoro español sacado de nuestro territorio al evacuarse Cataluña estaba "custodiado" por comunistas franceses[33]»

Se abre, pues, el exilio socialista con una gravísima escisión que reencarna la permanente crisis fratricida del socialismo español desde 1933:

Prieto contra Negrín, JARE contra SERE. Y lo más grave del caso es que hay una inmensa y turbia montaña de oro ensangrentado y robado en el centro de esta nueva crisis.

Gobiernos, pactos, soledad

Mientras Negrín, consciente de su vinculación de guerra y posguerra con los comunistas, se va apartando cada vez más de la política activa, incluso en el plano irreal y nostálgico en que se estaba ya desarrollando la política republicana del exilio, la «Junta de Liberación Nacional» creada en Méjico por Diego Martínez Barrio como enlace entre las Cortes y el Gobierno, se declara incompatible con el comunismo, con expresiones sumamente duras y eficaces. La inmensa mayoría de los socialistas exiliados se apartan de Negrín y se van incorporando a la tendencia prietista. Prieto, por su parte, asume una línea francamente socialdemócrata, y se orienta hacia la colaboración, incluso con elementos de derecha republicana y monárquica, después de que sus frustraciones de 1934-1939 ahogasen a los recuerdos de 1917-1923, e incluso de los tiempos dorados del primer bienio republicano. Los comunistas españoles son los primeros en organizar un núcleo político exterior de resistencia: la Unión Nacional, y tratan de conseguir que los demás partidos en el exilio se incorporen a su proyecto, alentado insistentemente por la propaganda soviética en Europa. Los choques de Madrid en marzo de 1939 estaban demasiado cerca y nadie les hace caso. A fines de noviembre de 1943 varios partidos republicanos —Izquierda Republicana, Unión Republicana, los partidos catalanistas y el PSOE— firman el pacto para la restauración de la Segunda República, que designa a un órgano directivo: la Junta Española de Liberación. Indalecio Prieto, firmísimo en su repudio del comunismo, se erige en líder indiscutible del socialismo exiliado y en el personaje político más influyente de toda la diáspora republicana española. El Partido Comunista, expulsado del Frente Popular en 1939, queda lógicamente fuera del pacto, al que tampoco se han incorporado la CNT ni el PNV.

El 10 de enero de 1945, con permiso del gobierno mexicano, se reúnen los restos frentepopulistas de las Cortes republicanas en el Club France de la capital azteca, en sesión virtualmente necrológica; y el 17 de agosto celebran aquellas fantasmales Cortes una sesión política en el Salón de Cabildos. Diego Martínez Barrio promete su cargo como presidente de la República, y poco después designa a José Giral como jefe de un gobierno en que participan dos socialistas, Fernando de los Ríos y Luis Jiménez de Asúa. Ha fracasado

Juan Negrín, cuyo sector socialista-procomunista queda, como los propios comunistas, fuera del gobierno; pero Martínez Barrio ha conseguido también la marginación de Prieto, quien se había negado a participar en el juego al ver que se le intentaba mantener amablemente amaestrado. A partir de entonces Prieto provoca una escisión permanente en el exilio con su apartamiento de los republicanos y su planteamiento de lo que llama el mejor historiador de esta etapa, Javier Rubio, una política plebiscitaria; que a fin de cuentas acabó con la República. Pretendía Prieto no imponer *a priori* una forma de gobierno y dejar que el pueblo español decidiese. «O plebiscito —repetía con lucidez— o monarquía.»

La política negociadora de Prieto acaba por hundir al gobierno del doctor Giral, que se había implicado inútilmente en la campaña soviética contra Franco con algunos ribetes de ridículo, por ejemplo la famosa denuncia sobre la bomba atómica fabricada en Ocaña, nada menos. En un intento desesperado para conservar la colaboración del PSOE en apoyo de la República, Martínez Barrio ofrece la jefatura del gobierno al socialista Rodolfo Llopis, quien reconstruye fantasmagóricamente el Frente Popular con el comunista Santiago Carrillo entre sus «ministros». Pero han llegado los ramalazos de la guerra fría en 1947 y el mundo recuerda con cierta aprensión las palabras de aquel general que desde 1942 venía profetizando el nuevo giro de la política occidental frente al bloque soviético, gran vencedor de la guerra mundial. El partido socialista se retira del Gobierno presidido por el secretario general del partido socialista y finaliza por consunción la segunda experiencia española (aunque se hubiese desarrollado en el mundo fantasmagórico) de un equipo de Frente Popular.

Con Indalecio Prieto al timón, el socialismo exiliado inicia la larga y escabrosa etapa de su apertura a la derecha, incluida la negociación con los monárquicos de Gil Robles, lo que provoca inmediatamente, como era de esperar, dolorosos traumas hacia la izquierda. Los Gobiernos que van sucediendo al de Llopis en el exilio —don Álvaro de Albornoz, don Félix Gordón Ordás, don Emilio Herrera, don Claudio Sánchez Albornoz— van reduciendo la amplitud de su coalición, siempre dentro del campo republicano clásico; tan clásico que en el primero de ellos interviene por primera vez en la historia de España el venerable partido federal, cuyos miembros eran exclusivamente los amigos, y no todos, del correspondiente ministro. «El factor central de este debilitamiento progresivo de la oposición republicana —ha escrito un historiador procomunista no desencaminado, Xavier Flores— lo encontramos, doloroso es decirlo, en el Partido Socialista Obrero Español,

más preocupado por desligarse de las instituciones a fin de tener las manos libres para negociar con los monárquicos que por consolidar un frente de toda la izquierda, lo cual, dada su condición de partido obrero, era un deber primordial para él.» «Contribuyó también al debilitamiento de las instituciones exiliadas la crónica costumbre de los demás partidos de subordinar su colaboración con el Gobierno a la del partido socialista, como si su deber fuera ir a la zaga de hombres que ya no creían poco ni mucho en la República.» Es la época de los pactos patrocinados por el socialismo: el pacto con los monárquicos de 1948 (figuras clave, los señores Prieto y Gil Robles), el pacto de París de 1957 (socialistas, republicanos, sindicalistas), el pacto «Unión de Fuerzas Democráticas» de 24 de junio de 1961 (de parecido alcance) y, sobre todo, esa descomunal reunión de Múnich en junio de 1962, que pese a todo lo que han clamado sus autores, pese a los excesos de la contrapropaganda, y a las explicables nostalgias de no pocos demócratas, encierra todavía puntos muy oscuros y tramas muy oscuras ante la Historia.

El fin de las grandes figuras

Pocos ejemplos como el de este capítulo tan contundentes para demostrar lo superficial y lo endeble de la historia política en relación con el torrente vital y humano que por entonces estaba configurando la verdadera historia del exilio español, con sus miserias y sus grandezas, con su mezcla, tan española y tan trágica, que viene a ser lo mismo, de gran tertulia y gran epopeya. Hay en las páginas apretadas de uno de los grandes protagonistas de ese exilio, don Félix Gordón Ordás, innumerables pistas que ya hemos empezado a recorrer trabajosamente, sin descuidar el estudio monográfico de la trayectoria histórica de tan sugestiva personalidad; pero por ahora bástenos apuntar esta insuficiencia y este divorcio entre la aburrida y turbulenta historia política y la fecunda y variopinta historia real. En esta última deberán figurar las últimas singladuras de los grandes socialistas históricos, que van desapareciendo entre nuestras implacables fichas cronológicas. Ya hemos recordado el final triste de don Julián Besteiro. Don Julián Zugazagoitia muere trágicamente después de la derrota de Francia, entregado por la policía alemana y fusilado en España; don Francisco Largo Caballero, tras sufrir a sus setenta y seis años los horrores del campo nazi de Oranienburg, fallece de 1946 en París, agotado por la tragedia de su vida y por las privaciones de su última etapa; el doctor Juan Negrín muere en 1956, tras el gesto noble de entregar al Gobierno español los resguardos del oro de España en Rusia; el

señor Álvarez del Vayo queda violentamente expulsado del PSOE por su demasiado evidente vinculación al comunismo, pero ha seguido publicando alegatos tan optimistas como incoherentes. Las mutuas expulsiones han menudeado mucho, y no es raro encontrar a socialistas que se proclaman tales, mientras no reconocen como tales a varios antiguos compañeros. Por fin, el 11 de febrero de 1962 terminaba su vida, tras fecunda y detonante actividad periodística, como la empezara, la figura máxima del socialismo en la posguerra, don Indalecio Prieto, presidente del PSOE, al que debemos despedir con sus más bellas palabras:

«Tengo fe en nuestra España, en los destinos de la patria inmortal, y todos ansiamos volver a ella; quienes todavía sean jóvenes, para rendirle el tributo de su esfuerzo, y quienes hayan doblado la cúspide desde donde se puede contemplar serenamente la vida, con la santa ambición de devolverle nuestros huesos, para que la savia que reste de nuestros despojos pueda ser raíz de árbol, espiga de trigo, tallo de flor o, más humildemente, musgo pegado a las grietas del solar español.»[34]

Tras esta impresionante despedida de Indalecio Prieto, ningún cierre mejor para este nuevo desenlace de nuestra historia que las palabras de otro gran socialista histórico, don Luis Araquistáin, desengañado totalmente del comunismo, al que atacó duramente en un libro publicado ya en 1939, y que poco antes de morir escribía, el 12 de agosto de 1955, a un amigo de América, de este modo:

«Como usted vio en Toulouse, el partido (socialista) de la emigración es un gran gesto romántico y heroico, sin ninguna eficacia política; una admirable Numancia errante que prefiere morir gradualmente a darse por vencida. Emigramos por instinto de conservación, para que no nos mataran, como lo hubieran hecho de habernos quedado, y ahora creemos que nos fuimos por dignidad y que por dignidad no debemos volver, ni siquiera en una visita de placer o de nostalgia, aunque no nos pasara nada, como usted oyó en nuestro congreso. El partido en el exilio se está muriendo de muerte natural, consumido por la acción del tiempo. Ya han muerto casi todos los jefes. En Méjico acaba de fallecer bruscamente Trifón Gómez, acaso el mejor hombre de gobierno que hemos tenido. Morirán poco a poco los que quedan y acabaremos muriéndonos todos. Y no se puede renovar; los hijos de los emigrantes se desinteresan del partido, y, la mayoría, hasta de España y de su lengua. El partido, como todos los partidos de la emigración, de todas las emigraciones, es un cadáver político insepulto cuyos afiliados vamos enterrando físicamente día a día. Nuestras únicas señales de vida son los

gritos de resentimiento y desesperación por la República y por la Patria perdidas.»[35]

«Entre la múltiple siembra humana, cultural y política del gran exilio español —preguntábamos, con la premonición dentro, en 1969, y publicábamos la pregunta en un diario de Madrid, dentro de un artículo que se incorporó a la primera versión de este libro, en 1972—, ¿puede hablarse de simientes socialistas para el futuro de aquellos surcos lejanos? Es uno de los misterios con que deberá enfrentarse esa ineludible historia de nuestro exilio, cuya urgencia hemos planteado al comienzo de estas líneas. Por el momento, el resto es silencio.» Justo entonces ya germinaba la resurrección del PSOE.

Las nuevas corrientes socialistas en Europa

Mientras los socialistas españoles del exilio se adentraban cada vez más entre las nubes y sustituían una dialéctica marxista —a la que jamás habían prestado, por cierto, salvo excepciones, demasiada atención— por la dialéctica de la nostalgia, su actividad política se iba reduciendo, insensiblemente, como ha dicho uno de sus interesados críticos, a «contarse unos a otros la guerra civil», método por lo demás bastante acreditado también entre los *dialécticos* del bando opuesto. Tuvo, además, el socialismo histórico la grave circunstancia estructural de que al salir de España sus juventudes seguían raptadas por el comunismo, mientras las nuevas juventudes del exilio, como notaba acerbamente Araquistáin, se desentendían no solamente de los problemas socialistas, sino hasta de los problemas políticos y de los problemas españoles. Mientras tanto, la herencia de la Segunda Internacional salía de los estupores de la guerra fría a impulsos de una nueva espiral confusionista, acelerada gradualmente por los desplantes internacionales y las agresiones abiertas de la «gran democracia socialista», la URSS, fiel a la política patriótica staliniana a pesar de revisionismos personales y de reajustes ideológicos. «Los programas que han sido publicados a finales de los años cincuenta por los diferentes partidos socialistas, así como las numerosas declaraciones de los hombres de Estado —ha escrito Jacques Droz— dan a entender que el socialismo ha abandonado completamente lo que podía ligarle con la ideología marxista; se ha pronunciado de manera formal en favor del mantenimiento de la propiedad privada, contra la socialización de los medios de producción e incluso contra una planificación demasiado acentuada; se ha definido como una versión posible del cristianismo social en la era industrial; reconoce en el fondo al

capitalismo como la única forma posible en el mundo occidental contemporáneo…»[36].. Por su parte, Pedro de Vega, en un luminoso estudio publicado en el *Boletín informativo de ciencia política*, del profesor Carlos Ollero, plantea acertadamente el dilema entre crisis de los partidos socialistas y crisis del socialismo y habla de «una gran distorsión histórica entre la teoría y la práctica socialista, hasta el punto de llegar en muchos casos a desconocerse por completo». Hay indicios más que suficientes para definir la actual etapa evolutiva de la siempre confusa herencia de la Segunda Internacional como transición cada vez más intelectualizada del doctrinarismo al humanismo, de la dogmática de raíz marxista a la búsqueda de una nueva dialéctica de liberación social que no puede ya contenerse en un conjunto de símbolos tan anacrónicos como las banderas rojas, los cánticos de la Internacional y los Primeros de Mayo. En efecto, en junio de 1951 los laboristas británicos convocan a los demás partidos socialistas de Europa a un congreso para la reconstrucción de la Internacional Socialista, la Segunda Internacional, que se celebra en Frankfurt del Main. «De hecho —puntualiza un documentado historiador general del socialismo, el citado Droz— la nueva Internacional agrupaba exclusivamente a los *países europeos miembros* (actuales o futuros, s/n) de la OTAN y por consiguiente relacionados más o menos intensamente con la política de los Estados Unidos». Es curioso que una gran nación imperial, los Estados Unidos, donde el socialismo no había conseguido arraigar pese a sus intentos, patrocine ahora la reconstrucción de la Segunda Internacional; pero previa conversión a los ideales del mundo libre. «Su principal enemigo —sigue Droz— no es el imperialismo, que la esplendidez de los Estados Unidos les hace ver desde un ángulo favorable, sino el comunismo stalinista, que mantiene a los pueblos esclavizados bajo el terror». Y que ha sumergido a los partidos socialistas y socialdemócratas de Europa central y oriental en la pleamar comunista de un sistema de naciones satélites.

La Internacional de Frankfurt renuncia al marxismo como monopolio ideológico y admite, junto a él, la inspiración de principios religiosos o humanitarios para el análisis y la actuación social. Marx había perdido en La Haya, todavía en vida, a la Primera Internacional; ahora en Frankfurt pierde a la Segunda. «Desde el punto de vista ideológico —corrobora Droz— los partidos socialistas tienen tendencia a considerar al marxismo como una doctrina superada, esquemática e inactual, a la que se menciona por costumbre, pero de la que es conveniente desprenderse si se quiere conservar alguna eficacia». Esta orientación extramarxista, humanista, de la Segunda

Internacional culminaría en el repudio formal del marxismo por el antiguo bastión del marxismo, la socialdemocracia alemana, arrinconada hasta entonces por los demócrata-cristianos y ansiosa de compartir el poder. Para ello los socialistas alemanes rompen con la tradición implantada por Engels, seguida por Liebknecht y consagrada por Rosa Luxemburgo, sus tres lumbreras del santoral marxista, y aprueban por mayoría aplastante el famoso programa de Bad Godesberg en 1959. «El Partido Socialdemócrata —resume Droz— se define a partir de entonces como *el partido de la libertad de espíritu* (subrayados textuales del renovador programa); se funda en *la ética cristiana, el humanismo y la filosofía clásica*; interesa a *una comunidad de hombres procedentes de distintas tendencias de pensamiento; cuyo acuerdo se basa en los valores morales comunes y en los objetivos políticos parecidos.* Ha desaparecido el tradicional enfrentamiento con la Iglesia, de la que el Partido acepta *la libre colaboración*. Abandonando en el plano económico *la escatología de las nacionalizaciones*, admite que *la libre competencia y la libre iniciativa del empresario son elementos importantes para la política económica socialdemócrata*». El programa denuncia al comunismo porque *viola los derechos del hombre*; y la socialdemocracia dejará de ser en exclusiva el partido de los obreros para convertirse en el partido del pueblo. El SPD fue más allá. Presentó para las elecciones de 1960 al joven alcalde de Berlín, Willy Brandt, pero no consiguió todavía superar a los democristianos. Poco antes el SPD había expulsado a la Asociación Alemana de Estudiantes Socialistas bajo una insólita acusación: la de marxismo. Esta política acabó dando sus frutos; Willy Brandt y el SPD llegaron, por fin, al poder y se afianzaron sólidamente en él. Insistimos en estos hechos porque la experiencia socialdemócrata en Alemania ha sido, bajo la inspiración norteamericana, un determinante de la resurrección y el triunfo, en los años setenta y ochenta, del disperso y eclipsado Partido Socialista Obrero Español.

En el interior de España, mientras tanto, el PSOE no levantaba cabeza. Varios intentos de establecer una dirección clandestina acabaron en la cárcel. La aventura de los *maquis* fue casi exclusivamente de inspiración y ejecución comunista. Los comunistas acusaron, entonces y después, a los socialistas de abstención en la lucha contra el régimen de Franco; y criticaron amargamente a las antiguas masas del PSOE que, perdidos sus líderes, se rindieron al populismo de Franco y de Girón. Al comprobar su fracaso en las negociaciones con los monárquicos, torpedeadas por Franco en las maniobras a bordo del *Azor*, en el verano de 1948, y la nueva orientación de la política norteamericana durante la guerra fría, que se transformó en un claro apoyo al

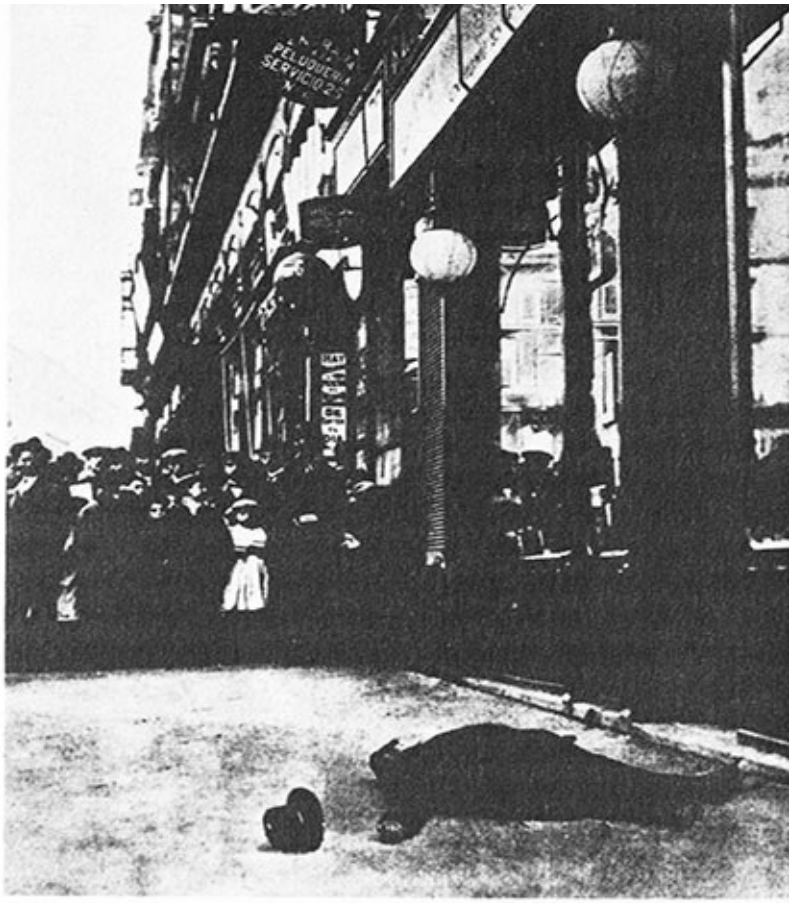
régimen de Franco, Indalecio Prieto dimitió de la presidencia del PSOE, se retiró virtualmente de la actividad política y volcó en la prensa sus consejos y sus recuerdos. Las reuniones y las ejecutivas del PSOE en el exilio de Francia —el centro era Toulouse— y América perdieron el contacto con la España real y se hundieron en sus recuerdos imposibles. Franco afianzaba cada vez más su posición internacional, y su dominio de la situación interior. Prieto debía contentarse con insultarle en su serie de invectivas impotentes *Bufonadas y megalomanía de Franco*, como había insultado a borbotones inconcebibles al conde de Barcelona tras el fracaso en lograr un acercamiento hacia él. (Al menos Prieto contribuyó sin saberlo a uno de los grandes servicios de don Juan de Borbón, impedir que resurgiese la República como un horizonte para el futuro de España). Participaba el PSOE en lo que llama Javier Rubio, certeramente, «el irreversible desvanecimiento del exilio». Nadie imaginaba, dentro ni fuera de España, una resurrección. Pero alguien la preparó con clarividencia, cuando pudo advertirse que el socialismo resucitaba dentro de España, como por generación espontánea, en plena transformación económica, social y cultural de España durante los años sesenta.

Fuentes y ampliación

El libro capital para el estudio histórico del exilio español, con expreso análisis de la trayectoria socialista, es *La emigración de la guerra civil de 1936-1939*, del diplomático don Javier Rubio, Madrid, San Martín, 1977 (3 vols.). Es nuestra fuente básica para este capítulo. Es también interesante, aunque con más nostalgia partidista y menos arquitectura y contenido histórico, la obra colectiva *El exilio español de 1939*, en 6 vols. editados en Madrid, Taurus, entre 1976 y 1978. Tiene más enjundia histórica y más valor de orientación, también, el capítulo 64, *El exilio* de José María García Escudero, en la 2.ª ed. de *Historia política de las dos Españas*, Madrid, Editora Nacional, 1976, tomo 4.

Las obras de Prieto editadas por Oasis, en México, con un título para cada recopilación (*Convulsiones de España, De mi vida, Palabras al viento*), contienen los textos que de él hemos citado con detalle y constituyen un impresionante documento histórico y humano para comprender la posición y la desesperación del líder socialista en el exilio.

Jacques Droz inserta, en su famosa *Historia del socialismo* (Madrid, Edima, 1968), los textos y referencias sobre las transformación de la Segunda Internacional en la posguerra que hemos citado en este capítulo.



El magnicidio de Canalejas había aniquilado en su mejor momento a una de las grandes esperanzas de la España contemporánea.

En el año 1917 todos los supuestos políticos y todo el entramado de la restauración entran en barrena. (Grupo de huelguistas detenidos por la Guardia Civil y soldados de Infantería.)

CAPÍTULO 22
EL VACÍO SOCIALISTA DEL INTERIOR

El PSOE se desvanecía en el exilio como un club de nostalgias. Diversos intentos para establecer una cabeza de puente socialista *en el interior*, como se decía entonces, habían fracasado por dos razones: el dogmatismo utópico de los dirigentes socialistas exiliados, cada vez más desvinculados de la realidad española; y la eficaz acción de la policía política en España, que desarticuló todos los proyectos para establecer una dirección o al menos una delegación clandestina del PSOE. Los socialistas no concretan demasiado estos proyectos, aunque hablan vagamente de seis ejecutivas completas del interior que cayeron en manos de la policía del régimen hasta 1953, y citan vagamente un muerto por la causa; un muerto. El profesor José María Maravall es mucho más sincero, aunque no mucho más explícito. Tras resumir (sin una sola cita de fuentes, cosa excepcional en su cuidado estudio) los efectos de la represión, añade: «Pero aparte de la persecución por la dictadura, los socialistas del interior padecieron un deficiente liderazgo». Que luego atribuye al error de la dirección en Francia, confiada excesivamente en la intervención extranjera en favor de la democracia en España. «La década de 1960, por tanto —continúa— fue un período de crisis para los socialistas, fundamentalmente debida a la política equivocada de la dirección del PSOE».

Hay una tercera razón: la consolidación evidente del régimen de Franco que alcanzaba en el verano de 1953, mediante el Concordato y los pactos con los Estados Unidos, lo que el historiador francés antifranquista Max Gallo denomina *la segunda victoria*. Pero sorprendentemente al final del invierno de 1956, menos de dos años después de esa victoria, un sector decidido de la juventud universitaria, en el que no faltaban conocidos apellidos del régimen y las clases dirigentes, se rebela contra el régimen que parece perder, ante el ataque, su horizonte político. Nos referimos a los sucesos de febrero de 1956, alentados, como se ha confirmado después, por los emisarios del partido comunista, al frente de los que actuaba el intelectual Jorge Semprún; pero que de ninguna manera pueden calificarse como de exclusiva inspiración ni

orientación comunista. Dionisio Ridruejo fue causante principal. Como se sabe estos sucesos acabaron con la experiencia liberalizadora incoada por el ministro católico de Educación, profesor Ruiz Giménez, acompañado por otros aperturistas del Movimiento, entre los que destacaban los profesores Fraga Iribarne, Pérez Villanueva, Fernández Miranda, y el antiguo grupo de intelectuales falangistas creado en 1937 por Ramón Serrano Suñer, cuyas personalidades más relevantes eran los rectores de Madrid, profesor Laín Entralgo, y de Salamanca, profesor Antonio Tovar. Los sucesos de 1956 removieron todos los posos del régimen y dieron paso, ya con carácter irreversible, al nacimiento de una oposición radical de varias corrientes y signos. El régimen trataría de paliar este nuevo factor político entregándose, desde el año siguiente, a un eficaz equipo de administradores y economistas, injustamente motejados de *tecnócratas*, que iniciaron inmediatamente un profundo proceso de transformación económica y social de España, lo que permitió mantener la esperanza del régimen hasta el planteamiento interno de la sucesión en el verano de 1969.

Republicanos, comunistas y cristianos alerta

En julio de 1956 el presidente del fantasmal Gobierno republicano en el exilio, don Félix Gordón Ordás, convocaba una reunión de diversas fuerzas antifranquistas en la que participó, por primera vez, una representación arbitraria de la nueva oposición interior, además de las tradicionales fuerzas exiliadas, entre las que acudió a la cita el PSOE mediante su secretario general, don Rodolfo Llopis, a quien conocen los lectores como antiguo director general de Enseñanza primaria en la República y después jefe de uno de los frustrados gobiernos del exilio. Pero ni los herederos nostálgicos de la República, ni el sucesor de Indalecio Prieto al frente de la nostalgia del PSOE, conseguirían articular ni resucitar a un nuevo socialismo en el frente exterior de la oposición. La oposición decisiva se estaba fraguando dentro, y esta profunda realidad solamente fue captada por dos instituciones de gran experiencia política: el partido comunista de España y la Iglesia Católica. En vista de que la dirección exiliada del PSOE no conectaba con la realidad, se produjo un vacío interior en el socialismo español que trataron de llenar varios grupos políticos, sindicales e intelectuales de dentro. Nada menos que once intentos se produjeron a partir de 1956 para colmar ese vacío socialista, lo cual no se ha advertido siempre con la necesaria precisión, ni con el debido espíritu de síntesis, por comentaristas e historiadores. Y es que la huella del

socialismo español, primer partido de masas y más veterano entre todos los que mantenían una tradición superviviente en España, era demasiado profunda para quedar definitivamente borrada después de la guerra civil y las simplificaciones políticas del régimen vencedor. Conviene repasar brevemente todos esos intentos hasta llegar al último, que fue precisamente el que cuajó contra toda previsión y pronóstico.

El primer grupo político que trató de colmar el vacío socialista fue el partido comunista de España, dirigido con mucho más sentido de la realidad por un antiguo militante socialista, Santiago Carrillo Solares. Carrillo lanzaba después de los sucesos de 1956 su política de reconciliación nacional (ya preconizada mucho antes, expresamente, por don Juan de Borbón a partir de 1942) y comunicaba a sus hombres en el interior de España que intensificasen la táctica de infiltración en los sindicatos y en las asociaciones del régimen que les había inculcado la dirección del partido después del fracaso y aplastamiento de la rebelión importada de los *maquis*, que se inició, con intervención del propio Carrillo, en 1944. Desde entonces los comunistas llevaron el peso de la oposición frontal y clandestina contra el régimen y desde 1956 vivían alerta para infiltrarse y controlar cualquier intento serio de oposición que se formase al margen de su obediencia. Los tres principales objetivos del PCE, desde 1956 hasta nuestros días (porque la táctica se mantiene viva, después de resonantes éxitos y contundentes fracasos), eran infiltrarse en las agrupaciones laborales católicas, en los medios de información, comunicación y cultura y en los proyectos concretos de un nuevo socialismo en cuanto se formulasen. A partir de entonces las asociaciones cristianas de trabajadores (y sus animadores, los grupos de sacerdotes con vocación social de primera línea), los periódicos, emisoras y centros intelectuales, con la Universidad en primer término, y los nuevos proyectos de oposición socialista (empezando por las nuevas estructuras del PSOE) fueron sometidas, hasta hoy, a un implacable acoso de penetración y de infiltración comunista conocido popularmente como instalación de *submarinos* en todas esas actividades y colectivos.

El segundo aprovechamiento del vacío socialista se intentó desde medios vinculados, de diversas formas, a la Iglesia católica. Para ello contó la Iglesia de España con una ocasión singular. El Concilio Vaticano II, convocado por Juan XXIII en enero de 1959 y clausurado por Pablo VI en diciembre de 1965, suscitó un profundo movimiento de inserción en el mundo real por parte de la Iglesia católica; supuso la definitiva reconciliación religiosa, social y cultural de la Iglesia con el mundo. Tal reconciliación era para espiritualizar

al mundo, no para entregarse a él; pero los encargados de ejecutar las orientaciones del Concilio quedaban algo más lejos de la inspiración directa del Espíritu Santo y —sobre todo en la inexperta España, donde la alienación cultural, social y política de la Iglesia había sido más desgarradora— confundieron demasiadas veces el diálogo con la entrega. Es cierto que la consecuencia espiritual del Concilio en España fue muy honda en cuanto a la renovación interior; es cierto que la consecuencia humana más importante fue que la Iglesia actuó como puente y no como factor de enconamiento en la dificilísima transición que se avecinaba. Pero en sectores concretos de acción social y cultural el diálogo provocó, desgraciadamente, la entrega. En 1962 una gran agitación huelguística sacudió a toda España, y en ella cuajaron, mientras se anquilosaba cada vez más el sindicato vertical del régimen, las Comisiones Obreras, movimiento sindical inicialmente de raíz cristiana (a través de la HOAC y la JOC) infiltrado y luego controlado férreamente por el comunismo, mientras esos militantes sociales cristianos o bien caían también en el comunismo o bien formaban grupúsculos político-sociales de mayor radicalismo marxista, como la ORT y otros. En el proceso de la transición, cuyos primeros movimientos gestatorios se notaban ya entonces, la Iglesia ganó mucho prestigio político al apartarse de la militancia política concreta; pero perdió muchísima influencia social, y vio cómo se iban torciendo y agostando irremisiblemente sus asociaciones de mediación social, sobre todo la Acción Católica, desaparecida prácticamente cuando se escriben estas líneas. La espantosa crisis de la Compañía de Jesús, dividida desde el Concilio Vaticano II en dos ramas irreconciliables, tuvo ciertas intersecciones con esta inflexión política de las asociaciones sindicales cristianas. Antiguos orientadores relevantes de la juventud religiosa, como el profesor José María Diez Alegría, o universitaria, como el padre José María de Llanos, ferviente falangista y *laínista*, colaboraron o —como el segundo— ingresaron en Comisiones Obreras e incluso en el partido comunista sin que de momento conste la conversión al catolicismo de comunista alguno. No hubo ahí diálogo, sino entrega.

Caso parecido, aunque con desembocadura distinta, fue el de *Cuadernos para el Diálogo*, aventura católica vital para la historia de la resurrección del socialismo en España. En abril de 1953, el papa de la apertura, Juan XXIII, publicaba su admirable encíclica *Pacem in terris*, que produjo una auténtica revulsión en la mente de un político católico vinculado todavía a las instituciones del régimen de Franco: el profesor Joaquín Ruiz Giménez, quien en octubre de ese mismo año lanzaba, con la tolerancia del régimen, esa

revista convertida en plataforma para el diálogo y la convergencia de cristianos y marxistas de varias obediencias, preferentemente socialistas. La revista se perfiló inmediatamente como un órgano moderado, pero muy decidido, de oposición política y cultural al régimen de Franco; con matiz en parte democristiano, en parte socialista, pero cada vez más dominada por el socialismo. Fernando Barciela ha revelado que Felipe González, con su mecenas Sarasola, facilitó una importante ayuda económica a la revista durante uno de sus crónicos apuros. Al amparo de esta publicación se fue organizando un importante trasvase de jóvenes (y maduros) políticos democristianos a las filas del PSOE resucitado, donde formaron, según las malas lenguas del partido, el llamado sector vaticanista. Virgilio Zapatero, Gregorio Peces Barba y a fin de cuentas el propio profesor Ruiz-Giménez son los nombres más resonantes de esta operación.

Los intentos del radicalismo marxista

El tercer intento para colmar el vacío del PSOE en los años cincuenta y sesenta consistió en dos interesantes movimientos de socialismo universitario y radical casi simultáneos y luego desvanecidos: el Frente de Liberación Popular o *felipe*, por sus siglas FLP, y la Agrupación Socialista Universitaria, ASU. Uno y otra nacieron por generación interior espontánea, sin el menor concurso del PSOE exterior.

El FLP desempeñó, en el campo universitario, el mismo papel que las iniciativas cristianas en el campo sindical, aunque desde una posición mucho más radicalizada desde el principio. Sus fundadores fueron dos marxistas (incluso uno de ellos definió al intento como marxista-leninista) cristianos: Ignacio Fernández de Castro y Julio Cerón Ayuso; el primero escribió un libro. *De las Cortes de Cádiz al plan de desarrollo*, que simplificaba las etapas de la historia contemporánea española con una aplicación ingenua de una presunta dialéctica marxista; el segundo era hermano del que sería ministro de Comercio con el general Franco. El radicalismo del grupo, muy minoritario, se teñía además de tercermundismo. Sus fundadores ven en el movimiento tres etapas: la primera, durante los años 1958/1959; la segunda, del 60 al 62, donde el Frente se configura casi como un partido clandestino que acabaría prácticamente captado por el partido comunista; y la tercera, a partir de 1965, ya sin participación de los fundadores. La captación comunista funcionó en este caso perfectamente.

La ASU nace algo antes, a raíz de los mismos sucesos de 1956. Es un intento todavía más interesante porque ya establece ciertos contactos con el PSOE clásico, aunque surgió totalmente al margen. Comunistas y socialistas tratan de infiltrarse y apoderarse de la agrupación, mediante la acción directa del enviado de Carrillo, Semprún, y varios «submarinos» entre los que destaca Carlos Zayas, que tras experimentar de cerca en Rusia las condiciones de vida en el mundo comunista reniega del partido y denuncia, a su regreso, a los demás «submarinos» infiltrados en él. Los jóvenes socialistas universitarios neutralizan a Semprún, pero no pueden evitar una infiltración de la policía que les desmantela en 1958. Poco después dos jóvenes prometedores en política, Miguel Boyer y Luis Gómez Llorente tratan de resucitar la ASU en forma de Juventudes Socialistas. Son detenidos en 1962 cuando alentaban ideas muy radicales sobre política y economía, que luego dulcificó Boyer, pero mantuvo, hasta hoy, Gómez Llorente, hombre de seriedad y empaque decimonónicos, correcto y dialogante si los hay.

Estos movimientos radicales seguían en contacto con el gran animador de los sucesos de 1956, Dionisio Ridruejo, que una vez desengañado de su intento de reformar al régimen desde dentro creó un pequeño grupo socialdemócrata, el Partido Social de Acción Democrática, más seminario que partido político, que mantuvo, con los demás grupos, el fuego sagrado de la oposición universitaria, en tomo al cual cooperaban, también, los universitarios comunistas y los grupos demócrata-cristianos reconstituidos por fin en torno de dos políticos de la protohistoria —don José María Robles y don Manuel Giménez Fernández— y otro de la historia contemporánea, don Joaquín Ruiz Giménez. Varios personajes que luego adquirirían gran importancia, como Francisco Fernández Ordóñez y José Ramón Lasuén en la socialdemocracia, Fernando Álvarez de Miranda, Óscar Alzaga, Íñigo Cavero y Guillermo Medina en la democracia cristiana, José Pedro Pérez Llorca y Miguel Roca Junyent en el FLP, Rodolfo Martín Villa, Juan Rosón en los intentos renovadores del acosado SEU, el veterano sindicato oficial de raíz falangista, convivían en el ámbito político de la Universidad con jóvenes comunistas, socialistas y toda una curiosa gama de grupos de extrema izquierda, y generaban, por encima de sus diferencias, unas conexiones personales que luego resultarían excepcionalmente útiles en la convivencia democrática. Estos grupos proliferaban sobre todo en la Universidad de Madrid así como en la de Barcelona, donde pujaba fuerte además una corriente catalanista y un notable grupo reducido de monárquicos, también visibles en Madrid. Nadie, sin embargo, daba importancia por aquellos

primeros años sesenta a un bullicioso grupo de universitarios sevillanos que organizaba en 1963 un pequeño escándalo en una conferencia del brillante ministro de Información y Turismo, Manuel Fraga Iribarne, y que más o menos se declaraban socialistas sin que el resto del socialismo español, dentro ni fuera, lo adivinase: sus dos incipientes directivos se llamaban Alfonso Guerra y Felipe González. Porque la atención socialista y la atención nacional de aquellos años sesenta se concentraban en tres sucesos de 1962: el arranque del primer plan de desarrollo bajo la estrella ascendente de Laureano López Rodó; el *contubernio de Múnich*, primera asamblea de la oposición democrática de derechas e izquierdas, del interior y del exterior, con participación de los socialistas de cada campo y la constitución, el 25 de noviembre de 1962, por los profesores Aranguren (un cristiano dialogante que terminó en una curiosa forma personal de anarquismo), Aguilar Navarro (socialista), Latorre y Enrique Tierno Galván, relativamente indefinible ya entonces, de un Movimiento de Reforma Universitaria contra el SEU que culminaría en 1965 con una Asamblea Libre de Estudiantes, una manifestación sonada y la separación del servicio de los catedráticos promotores, que pasaron con ello al naciente santoral de la oposición.

Los intentos paradójicos: Enrique Tierno Galván

Tras los intentos del partido comunista, los movimientos cristianos y las agrupaciones radicales universitarias para colmar el vacío del PSOE debemos registrar un conjunto de proyectos que denominaríamos genéricamente movimiento de apropiación desde fuera; y que se desarrolló en tres frentes paradójicos: el populismo falangista, el socialismo socialdemócrata y los manejos de un singular personaje con quien vamos a encontrarnos más de una vez en el resto de la presente historia: el recién citado profesor don Enrique Tierno Galván.

Todo hace pensar que al iniciarse la transformación histórica de España en la economía, la sociedad y la cultura, y al detectarse simultáneamente, desde fuera de España, la posibilidad de una apertura e incluso una transición política por superación del régimen, los grandes observadores estratégicos decidieron tantear las posibilidades de encauzar la nueva situación mediante el apoyo político y económico a fuerzas afines. La central estratégica soviética se había adelantado, naturalmente, y participó mediante sus satélites del PCE en la provocación de 1956 y en los movimientos de infiltración y control que acabamos de esbozar. Los grupos conservadores europeos

desatendieron a sus homólogos españoles, como vienen haciendo (con excepción de los fascismos) más o menos desde que demostraron tanta admiración, en el siglo XIX, por Narváez y su inspirador ideológico Donoso Cortés. Pero los Estados Unidos estaban invirtiendo seriamente en España con finalidades estratégicas y desde algún momento mal detectado de los años sesenta cambiaron su actitud iniciada en 1948 y culminada en 1953 —dejar que Franco gobernase tranquilamente su avispero— y se empezaron a preocupar del posfranquismo, pese a que el Generalísimo parecía gozar, después de su accidente de caza en la Navidad de 1961, de una salud excelente. El propio Franco se dio cuenta, y en sus interesantísimas conversaciones con su primo y confidente, Franco Salgado, advierte más de una vez que en Estados Unidos se pretende fomentar, para cuando él falte, la creación de dos grandes partidos: «uno democrático —dice— y otro socialista». Acertaba el veterano político; pero seguramente no advirtió que en estos movimientos de apoyo los Estados Unidos preferían operar, en cuanto a la naciente oposición, a través de su poderosa colaboradora en Europa, la República Federal de Alemania, sin ignorar las contribuciones que los también poderosos amigos del hemisferio occidental —México y Venezuela sobre todo— podrían aportar a los cimientos de una futura democracia española.

Si como hemos visto los socialistas españoles del exterior andaban completamente desorientados sobre la realidad interior de España, no debe extrañar la perplejidad y los resbalones de los ayudadores extranjeros. Hacia 1965 aparece en Madrid el señor Robert Lambert, enviado de la Fundación Ebert (brazo de la socialdemocracia germana) con la idea de conectar con grupos presuntamente afines. Sus dos primeros proyectos resultan, desde nuestra perspectiva, muy curiosos; se encabezaban con los nombres del profesor Jesús Fueyo y don Enrique Tierno Galván.

Jesús Fueyo Álvarez era (y es) un competente jurista y un destacado intelectual del régimen de Franco, con segura lealtad falangista, a quien solamente los imponderables privaron de una merecida cartera en cualquier gobierno de la época. En principio la idea de los socialdemócratas alemanes, bendecida sin duda por la inspiración norteamericana, no iba tan desencaminada como podría pensar el lector. El populismo falangista no era incompatible con un socialismo nacional apartado del marxismo dogmático, como la socialdemocracia alemana después de sus renuncias de Frankfurt y Bad Godesberg. José Antonio Primo de Rivera, como testimonia Félix Gordón Ordás, declaró expresamente a Indalecio Prieto que se apuntaría sin

vacilar al PSOE «en cuanto éste se declarase nacional», Emilio Romero, intérprete agudo y lúcido del Movimiento, recibía frecuentes acusaciones de socialismo andante por parte de la derecha española. Manuel Cantarero del Castillo, un populista abierto procedente del Frente de Juventudes (y hoy diputado de Alianza Popular), escribiría poco después libros-puente que aproximaban los ideales falangista y socialista. Torcuato Fernández Miranda, hombre clave de la futura transición, trataría sinceramente, antes ya de morir el general Franco, de articular lo que denominó expresamente un *socialismo nacional*. Cuando otra orientación estratégica más que probable de la transición española buscase hombres a quienes fomentar para dirigir el proceso, sus dos candidatos sucesivos serían los falangistas abiertos y populistas llamados Fernando Herrero Tejedor y Adolfo Suárez González. Un inteligente político de los años sesenta y setenta, el ministro José Solís, otro populista nato de origen falangista, cultivó con éxito numerosos contactos europeos en las filas más destacadas del laborismo y la socialdemocracia. Pese a todo, el extraño visitante de 1965, Robert Lambert, desistió de ayudar a don Jesús Fueyo y en cambio estableció un intenso y eficaz contacto con nuestro ya asiduo conocido, profesor Enrique Tierno Galván.

Hacia el año 1957, el profesor Tierno establecía importantes contactos políticos tanto interiores (con José María Gil Robles y Dionisio Ridruejo) como exteriores: envió mensajes personales a los republicanos (mientras se veía en Madrid con los monárquicos) y a los socialistas de Rodolfo Llopis. Jugaba asiduamente a todos los paños; nadie lo intentaba entonces con semejante amplitud. Su primera actuación pública, sin embargo, parecía vincularle al campo monárquico: habló en la famosa cena del hotel Menfis, a fines de enero de 1959, junto al liberal dinástico Joaquín Satrústegui, y fue multado con él. Desde 1962 participa en la dirección de la protesta universitaria y por fin se decide a pedir su ingreso formal en el PSOE, hecho que mantiene en discreta clandestinidad. Su fama como líder de la oposición se consolida en 1965, cuando participa en las protestas públicas y asamblearias de febrero y resulta expulsado de la Universidad por ello. Al aparecer, en el mes de abril del mismo ario, los cadáveres del general Humberto Delgado y su secretaria en territorio español cerca de la frontera, un hombre de Tierno, el diplomático Fernando Moran (destinado en Lisboa), entra en contacto con Mario Soares, quien pronto crearía el Partido Socialista de Portugal, y desde entonces abogará en favor de Tierno ante los nuevos socialistas españoles. Tierno es un eficaz político de relación. Cuando en ese mismo año 65 llega a Madrid el emisario de la Fundación Ebert, el profesor

Tierno le desvía de sus contactos con Fueyo y los populistas de Falange; y consigue una generosa financiación alemana para sus particulares proyectos socialistas. Como Tierno Galván se presenta en medios de la oposición en calidad de dirigente socialista (no era más que un simple miembro), la agrupación del PSOE en Madrid decreta su expulsión del partido en 1965, y Rodolfo Llopis confirma la medida. Pero el profesor no se inmuta. Gracias a los dineros alemanes continúa y amplía sus actividades. Para ganarse la vida después de su expulsión de la Universidad —en 1965 le expulsaron de todo— monta unas afamadas clases para la preparación de candidatos a la escuela Diplomática, donde consigue, además, numerosos adeptos para sus doctrinas, que se centran cada vez más en un marxismo radical. En 1972, para llenar el todavía persistente vacío del PSOE, y para forzar al PSOE a contar con él, funda el Partido Socialista Popular, con más atención, como él dijo, a la calidad que a la cantidad, y con el concurso de un nutrido equipo de jóvenes o intelectuales notorios por su radicalismo marxista, entre los que destaca Raúl Morodo, elegido por Tierno para ampliar su red de contactos. Tierno creyó seriamente que su partido, pese a las invocaciones a la calidad, podría competir en el terreno de las masas con el PSOE. Pero el renovado PSOE le introdujo varios «submarinos» al viejo profesor, Pedro Bofill y Donato Fuejo, incondicionales ya de Alfonso Guerra.

Casi nadie cita otro intento paralelo y teledirigido para ocupar el vacío socialista de España en los años sesenta y setenta: el intento socialdemócrata de Antonio García López, un interesante político que se movió intensamente en los pródromos de la transición, agrupó a su lado a varios supervivientes del equipo formado por Dionisio Ridruejo y trató de articular, con significativos contactos norteamericanos (el profesor Juan Linz, discreto asesor del Departamento de Estado, vio durante mucho tiempo con interés el intento), una organización interior del PSOE. García López consiguió numerosos contactos en el ámbito militar pero no pudo cuajar su proyecto como partido o ala de partido; y fue marginado, sobre todo por el PSOE, al iniciarse el rodaje de la democracia en 1977.

Los intentos regionales del PSOE

Por ultimo conviene estudiar brevemente el más paradójico intento de llenar el vacío interior del PSOE en España: el intento ortodoxo del propio PSOE. Varios militantes socialistas auténticos se movían por España a raíz de los acontecimientos de 1956; registrábamos ya el intento de dos de ellos, Miguel

Boyer y Luis Gómez Llorente, para convertir la acosada ASU en un embrión de Juventudes Socialistas. Pero ante la desorientación y la falta de capacidad coordinadora de la dirección del PSOE en el exilio, los intentos de reconstrucción genuina del PSOE en el interior surgían inconexos por núcleos regionales, sin comunicación importante entre ellos, entre los que destacaron cuatro: el de Madrid, el del País Vasco y Asturias, el de Cataluña y el de Sevilla, mientras en el resto de España el PSOE se mantenía en forma de rescoldo, sin aflorar en organizaciones clandestinas ni siquiera elementales.

El socialista por antonomasia en Madrid, durante estos años, es un joven abogado conocido por su izquierdismo radical, heredero del bolchevismo caballerista, llamado Pablo Castellano Cardiallaguet. Durante el XXI Congreso del PSOE (y VIII del exilio) en 1961, Indalecio Prieto, que moriría al año siguiente, planteó la necesidad de volver a la negociación con los monárquicos, a lo que se opuso cerradamente el enviado de la Agrupación Socialista Madrileña, Luis Gómez Llorente, lo que originó un primer chispazo renovador —la «tendencia joven de París»— sin continuidad después. Castellano y sus colaboradores no consiguen operar con efectividad en Madrid, pero mantienen el fuego sagrado ante los intentos de apropiación exterior, que acabamos de reseñar. Es muy notable que el líder de la Agrupación madrileña del PSOE que decide la admisión del profesor Tierno Galván sea un joven abogado, miembro ya de la Masonería, que llegaría a Gran Maestre del renovado Gran Oriente español: Antonio de Villar Massó, apoyado desde medios masónicos norteamericanos vía México para la resurrección de la Masonería española… y obviamente para la resurrección del PSOE, que ya contaba, como vimos, con una interesante tradición masónica desde sus tiempos heroicos.

Los grupos socialistas del Norte y de Cataluña muestran mayor actividad y se integrarán después en el esfuerzo común del PSOE renovado. En el Norte, el promotor socialista es el joven abogado Enrique Múgica Herzog, de familia judía, liberal y capitalista, que había participado como agente comunista en los sucesos de 1956 y después abandonó al PCE tras duras experiencias en prisión. Conectó entonces, desde 1962, con el socialista histórico Ramón Rubial, que había pasado veinte años en la cárcel, y con el sindicalista, de raigambre socialista, Nicolás Redondo, y extendió sus viajes de captación en busca de rescoldos socialistas desde Asturias hasta Despeñaperros, como dice un cronista del PSOE. La intervención del grupo vasco-asturiano del interior sería decisiva para la resurrección nacional del socialismo.

Con el apoyo, en su momento, de los socialistas renovados de Cataluña, actuaba clandestinamente un Movimiento Socialista creado en Toulouse hacia 1945. Un conocido vástago de la gran burguesía catalana y republicana, Joan Reventós Carner, ingresa en el PSOE en 1949 aunque no inicia sus actividades de oposición hasta 1958, al frente de una de las dos ramas que se disputan el monopolio socialista en Cataluña; la otra se creó por un antiguo y duro militante del POUM, Josep Pallach, cuya tendencia acabaría por confluir, ya en plena transición, con el socialismo más ortodoxo de la otra.

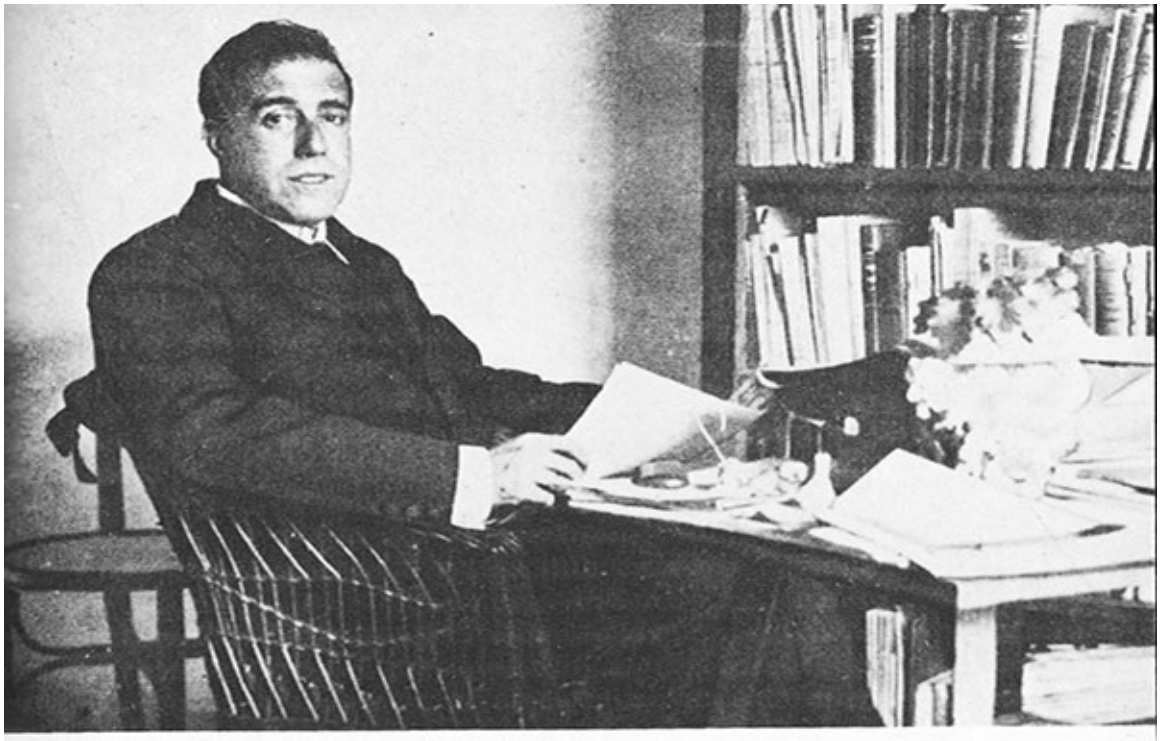
Nadie prestaba la más mínima atención a las posibilidades de un pequeño grupo sevillano de socialistas jóvenes agrupados en torno a un militante veterano, Alfonso Fernández Torres, fulminado por Rodolfo Llopis en 1967 por conducta que vista desde la utopía de Toulouse parecía heterodoxa. Este grupo se movía, además, entre influencias del cristianismo social, alentado en Sevilla por el exministro católico de la Segunda República don Manuel Giménez Fernández. Cuando en 1968 el curioso impertinente Sergio Vilar, un periodista político de criterios cambiantes, recorría las regiones españolas en busca de núcleos de oposición, habló en Sevilla con el profesor Giménez Fernández y con el veterano del PSOE Urbano Orad de la Torre, un antiguo militar republicano que había participado en el asedio al cuartel de la Montaña, y que había ayudado en su academia sevillana a un joven estudiante llamado Felipe González. Pero Urbano Orad no habló a Vilar de González y en el libro de Vilar sobre la oposición en ciernes, publicado a los pocos meses, no existe mención alguna de la constelación sevillana destinada a la hegemonía de esa oposición inminente.

FUENTES Y AMPLIACIÓN

Los problemas de 1956 y sus consecuencias han sido objeto de una bibliografía que ya va siendo copiosa. Además del marco histórico general para el contenido de este capítulo que trazamos en nuestra *Historia del franquismo,* vol. II, Barcelona, Planeta, 1978, es muy útil la consulta de los apuntes y documentos de Dionisio Ridruejo, *Casi unas memorias,* Barcelona, Planeta, 1976.

Sobre la protohistoria del PSOE renovado hay ya varios libros, pero destaca entre todos ellos el de Eduardo Chamorro, *Felipe González, un hombre a la espera*, Barcelona, Planeta, 1982, avalorado por una importante documentación interna. Por su publicación en 1969 es hoy especialmente

valioso (dentro de sus apriorismos) el libro de testimonios recopilados por Sergio Vilar *Protagonistas de la España democrática: la oposición a la dictadura*, publicado en ese año por la editorial comunista radicada en París, Ediciones sociales. El intento de don Antonio García López, la participación de los movimientos cristianos y del PCE en la captación del vacío socialista y otros puntos de este capítulo se apoyan en fuentes del archivo del autor que serán analizadas más a fondo en su proyectada *Historia de la transición*. Hemos citado también el libro del profesor José M.ª Maravall *La política de la transición. 1975-1980*, Madrid, Taurus, 1981, que contiene datos interesantes sobre la protohistoria socialista; y el más desenfadado de don Fernando Barciela, *La otra historia del PSOE*, Madrid, Emiliano Escolar, 1981.



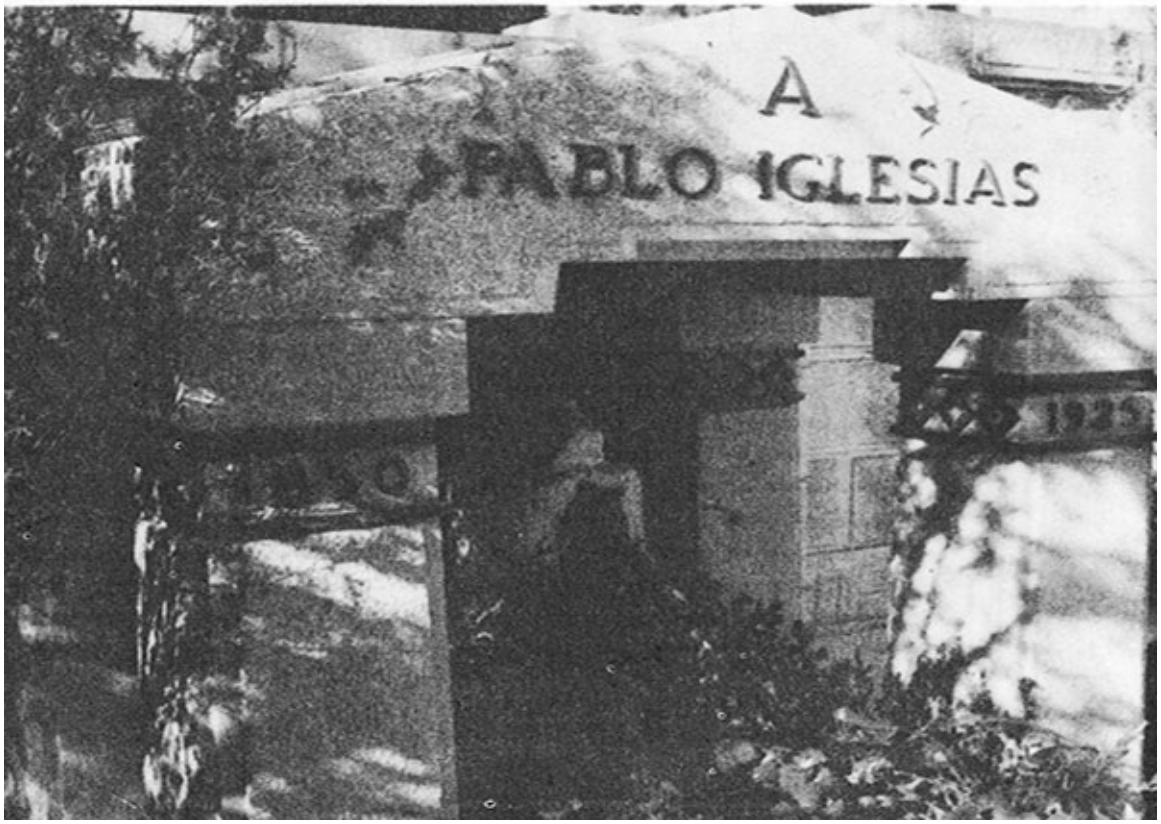
Besteiro afirma la necesidad de implantar la dictadura del proletariado, pero sólo en el caso de que las condiciones de España lleguen a parecerse a las de Rusia.

La CNT rechazaba también, poco después de los socialistas, la adhesión a la Tercera Internacional. (En la foto, Ángel Pestaña, antisovietista convicto.)

La presidencia del duelo.

Miles de madrileños, incluso muchos que no estaban afiliados a su partido, acompañaron a Pablo Iglesias hasta su tumba fría del cementerio civil de Madrid.

Su tumba.



CAPÍTULO 23
RESURRECCIÓN Y VICTORIA

La sorprendente resurrección y la victoria histórica de un renovado PSOE dependen, en una primera aproximación, de tres jóvenes políticos españoles, un apoyo estratégico exterior y, negativamente, del hundimiento de un grandioso proyecto político al margen. Cree el historiador que éstas han sido las condiciones necesarias y suficientes para un doble resultado histórico de tanta magnitud como es la resurrección y la victoria del PSOE, que ha alcanzado limpiamente, indiscutiblemente, la mayoría absoluta en las elecciones generales de 1982. Las tres personas son dos jóvenes socialistas sevillanos, Felipe González y Alfonso Guerra, y un guipuzcoano, Enrique Múgica Herzog. El apoyo estratégico exterior, imprescindible en el doble terreno de la financiación y de la imagen, provino del partido socialdemócrata alemán, niña de los ojos de Carlos Marx y Federico Engels; el partido de Liebknecht y de Rosa Luxemburgo, pero también de Willi Brandt y de Helmut Schmidt; el partido que actuó, además, como mandatario de la central estratégica occidental, con base en los Estados Unidos. El grandioso proyecto político hundido cuyo desmoronamiento provocó de forma insustituible la victoria histórica del socialismo es la Unión de Centro Democrático, creada y destruida, fundamentalmente, por un singular político llamado Adolfo Suárez González, cuya efigie deberían colocar los socialistas, por un elemental reflejo de gratitud, en lugar de honor de sus resplandecientes sedes. Este capítulo final tratará de traspasar al lector la sincerísima convicción del autor.

El grupo sevillano conquista la plataforma interior

Felipe González Márquez había nacido en Sevilla en 1942, hijo de padre montañés que mantenía un pequeño negocio ganadero familiar. Estudiante del montón, ingresó en la Facultad de Derecho sevillana en 1959 y al año siguiente sustituía la inquietud religiosa por la vocación política, según

declaración propia. En 1962, cuando cursa tercero de Derecho, establece contactos con el grupo socialcristiano de universitarios que ha formado el profesor Giménez Fernández, exministro de la CEDA en la República donde trató, sin éxito, de aplicar con criterios avanzados la doctrina social de la Iglesia. Conecta también con un grupo de jóvenes socialistas entre los que destacan dos estudiantes de Medicina, Guillermo Galeote y Luis Yáñez, y un original estudiante de Letras y peritaje técnico, Alfonso Guerra, hombre de inquietudes culturales y sentido de la organización que ya se empeñaba en reconstruir las juventudes socialistas en Sevilla, al modo de Boyer y Gómez Llorente entre los estudiantes de Madrid. Guerra demostraba ya entonces su afición escénica; dirigió un grupo teatral. *Esperpento*, y adquirió una librería progresista, Antonio Machado, por devoción al poeta, del que se reconocía experto, por más que a veces confundió solemnemente sus versos con los de Miguel Hernández. Alfonso Guerra asistió por entonces a una escuela socialista de verano cerca de Toulouse, y generó una gran desconfianza por la dirección y la orientación del partido en manos de Rodolfo Llopis y su equipo de nostálgicos.

Al año siguiente, 1963, Felipe González conoció, en el campamento universitario de Monte la Reina, a varios miembros del FLP. Participó, a su regreso, en la algarabía universitaria organizada por Alfonso Guerra después de una conferencia de Fraga en Sevilla. Como el profesor Giménez Fernández se negó a respaldar el pequeño escándalo, Felipe González rompió con su grupo. Pero siguió en observación por los cristianos. En junio de 1965 un dirigente de la HOAC le propone para una beca en Lovaina, con fondos del episcopado alemán. Todavía no se ha afiliado formalmente al PSOE. Toma en Lovaina su decisión socialista; y se adentra en varias lecturas sobre marxismo, que nunca profesa en el fondo, aunque llega a conocer, sin excesivo fervor, la terminología.

A fines del año 1967, cuando la desilusión general por la Ley Orgánica del Estado termina ya con las últimas esperanzas políticas del régimen de Franco, que entra en regresión cerrada, Felipe González y sus compañeros letrados abren un despacho laboralista en Sevilla que se convierte en embrión del PSOE y la UGT para toda Andalucía. Crean una primera infraestructura socialista por la región y rechazan con firmeza las aproximaciones comunistas, que se presentan de forma insistente. El 14 de julio de 1969, Felipe González, por designación unánime de los nuevos socialistas sevillanos, asiste a una reunión del Comité Nacional del PSOE convocada en el Club Náutico de Bayona por Rodolfo Llopis, quien demuestra una vez más

su desconfianza crónica por los jóvenes socialistas del interior. Éste es, sin que los personajes lo adviertan, un momento de decisión histórica: cuando Felipe González sale de la reunión, abatido, Enrique Múgica le busca, le reconforta y le ofrece, junto con Nicolás Redondo, un apoyo decisivo.

Mientras tanto, desde Sevilla, Alfonso Guerra ha anudado importantes relaciones personales con centros exteriores de apoyo; un cronista ha podido afirmar que al comenzar la década de los setenta Guerra se había hecho ya con toda la trama de relaciones internacionales del PSOE. Con ello, y con un análisis realista de la situación de España en el preludio de la transición, el núcleo renovador sevillano del PSOE abordará la vital etapa 1970-1974, la de los tres congresos en Francia, que le llevará a la conquista del partido.

Andrés Saborit, el veterano socialista de la República, preside en Toulouse el XI Congreso del PSOE en el exilio, donde las seis zonas del interior representadas carecían de voto. Felipe González, al defender victoriosamente contra Llopis la autonomía de los socialistas del interior, se convierte en la revelación del congreso, aunque Llopis gana la reelección como secretario general; pero el peso del interior, mediante el ingreso de varios líderes jóvenes en la nueva ejecutiva —entre ellos Felipe González, Múgica, Redondo y Castellano— se acrecienta ya de forma irreversible, y se confirma en el Congreso de la UGT celebrado al año siguiente. Después del Congreso de Toulouse y del Consejo de guerra contra la ETA en Burgos, que conmovió al régimen, Felipe González y los demás renovadores inician a fondo la organización clandestina del partido y los contactos con otros grupos de oposición. Todos estos movimientos se realizan bajo la vigilancia de la policía, pero con cierta tolerancia. Felipe González sufre una breve detención en Madrid a fines de enero de 1971, pero dentro del régimen cundía cada vez más la convicción de que había que permitir la reconstrucción de un socialismo más o menos domesticado y el trato policial a los socialistas no tenía nada que ver con el que todavía se aplicaba a los comunistas.

Varios dirigentes del interior figuran entre los diez convocantes del siguiente Congreso del PSOE, el XII del exilio, que se reúne en Toulouse en agosto de 1972; entre ellos *Juan* (Redondo), *Isidoro* (González), *Goizalde* (Múgica) y Castellano. No asistió Rodolfo Llopis, porque no quiso presenciar su defenestración segura; y provocó una escisión abierta que convocó y celebró otro congreso cismático en diciembre del mismo año, también en Toulouse. Se producía de este modo la segunda escisión formal en la historia del PSOE, que estuvo al borde de ella en más ocasiones, como sabemos, pero nunca la consumó después de la que, por discrepancias en torno a la Tercera

Internacional, originó la creación sobre bases socialistas del Partido Comunista de España. Desde esta segunda escisión de 1972 el PSOE se dividió en dos, el PSOE histórico, que siguió afincado en el exilio y la nostalgia, y el PSOE renovado, que trasladó al interior sus órganos de decisión. Desde ese momento los dos partidos socialistas trataron de recabar la legitimación de la Segunda Internacional; fueron los jóvenes renovadores quienes lograrían tan decisivo patrocinio. El Congreso de agosto no designó secretario general, pero actuaría como tal en funciones Nicolás Redondo, elegido secretario para las relaciones políticas. Cinco miembros de la nueva ejecutiva quedaron en el exilio; pero la mayoría de la dirección pertenecía a las agrupaciones del interior. Felipe González fue elegido secretario de prensa; Múgica de organización. Ingresaron también en la ejecutiva Alfonso Guerra, Galeote, Gimeno, Carmen García Bloise, una excelente administradora, y Pablo Castellano. Es importante señalar la presencia en el congreso cismático de diciembre en Toulouse, del profesor Enrique Tierno Galván, tras repudiar la validez del congreso renovado de agosto y reconciliarse con Llopis. Todavía más importante para el futuro del PSOE real es la presencia de Hans Matthoeffer, miembro del SPD y delegado de la Internacional Socialista en el congreso de los renovadores. Matthoeffer, que desde entonces se mantuvo en estrecho contacto informativo y político con el nuevo PSOE, volcó su considerable influencia en favor de Felipe González y su equipo, cuando comprobó el endoso incondicional de Enrique Múgica Herzog. A través de Matthoeffer recibió el nuevo PSOE y Felipe González la vital cobertura alemana e indirectamente la cobertura estratégica americana. En año de tales cimientos los antiguos militantes de la izquierda-democristiana inician su incorporación al nuevo PSOE: entre ellos destaca como abanderado Gregorio Peces-Barba.

Entre 1972 y 1974 Felipe González (secretario de prensa) y Pablo Castellano (secretario de relaciones internacionales) gestionan ante la Internacional Socialista el respaldo al PSOE renovado. Se oponen cerradamente los nuevos aliados del PSOE histórico, Rodolfo Llopis y Enrique Tierno, que se reunifican formalmente como PSOE en 1973 previa denuncia contra el PSOE de González «como un partido colaboracionista, creado por el franquismo como instrumento para domesticar al socialismo hispano a través de los hombres que Carrero Blanco había conseguido infiltrar en el antiguo PSOE, siendo uno de estos hombres Pablo Castellano», (Chamorro). Al verse perdido, el profesor Tierno solicita de la Segunda Internacional su designación como alto asesor, sin dependencia de ningún

grupo español. Pero ganó González. El 6 de enero de 1974 el buró de la Internacional Socialista, en su reunión de Londres, legitima al XII Congreso del PSOE celebrado en agosto de 1972 en Toulouse y no considera la petición del profesor Tierno Galván. Varios acontecimientos interiores reclaman una pronta acción política por parte del PSOE renovado y confirmado. Por una parte el partido comunista se une en extraño contubernio con un grupo de católicos exfranquistas, dirigido por el original profesor Rafael Calvo Serer, miembro destacado del Opus Dei, que cuenta con no menos extraños compañeros de viaje, como el brillante abogado García Trevijano, y un presunto apoyo de medios financieros e incluso masónicos internacionales; de todo este *pot pourri* nace la llamada Junta Democrática en marzo de 1974, que sin duda se puede calificar como una plataforma de acción comunista mediante una equívoca coartada liberal. El segundo acontecimiento político es la definitiva escisión de los socialistas catalanes, en los dos grupos Convergència Socialista (Reventós, Prats y Obiols) y Reagrupament Socialista i Democràtic, con Josep Pallach y Heribert Barrera. Un ambicioso abogado joven, Miquel Roca Junyent, pide el ingreso en Convergència Socialista tras su noviciado en el FLP, pero es rechazado; se acerca entonces, con mayor éxito, al grupo catalanista que capitanea Jordi Pujol. Toda esta efervescencia política se produce en la estela del asesinato, el 20 de diciembre anterior, del almirante Carrero Blanco. La transición ha comenzado; el régimen se cuartea políticamente. Ingresan en el PSOE por centenares jóvenes profesionales, funcionarios, intelectuales. La ejecutiva convoca entonces el último de los congresos del PSOE en el exilio, el XIII, que se reúne el 10 de octubre de 1974 en el suburbio parisino de Suresnes, famoso por su tradición revolucionaria.

Pese a que tanto González como Guerra habían dimitido como miembros de la ejecutiva por discrepancias internas, el grupo sevillano, en simbiosis con los jóvenes vascos, domina de la cruz a la fecha el congreso de Suresnes. Tal simbiosis se había reafirmado en la elaboración del *documento de septiembre*, suscrito antes del congreso por los sevillanos y los vascos en el restaurante Jaizquíbel de San Sebastián, donde se establecía la independencia del PSOE frente al intento hegemónico carrillista de la Junta Democrática recién creada. *Isidoro* es el encargado de presentar al congreso el informe de situación, que centra su objetivo en procurar una *ruptura democrática* frente a los intentos de reforma que sin duda planeará, para sobrevivir, la derecha ante la descomposición del franquismo; y en asegurar un camino socialista independiente de la Junta Democrática apoyada por los neodemócratas del

grupo Calvo Serer. El notable columnista Pedro Rodríguez reveló en *Pueblo* la identidad de *Isidoro*, que fue elegido *in absentia* como nuevo primer secretario del PSOE, una vez que Nicolás Redondo rechaza el cargo. Cuando Luis Yáñez propone a Felipe González, ausente, se opone Pablo Castellano, que ve perdida su ocasión histórica; se opone también Múgica, pese a sus apoyos anteriores al sevillano, porque teme que el partido se radicalice dada la influencia de Guerra sobre el candidato. Pero Múgica, antiguo comunista, tampoco puede ser elegido; y Felipe González gana el puesto por exclusión. A su regreso a España el nuevo primer secretario del PSOE sufre una breve retención policial en la que tal vez tuvo que ver su encuentro con Santiago Carrillo —se veían por primera vez— en Burdeos. González rechazó la constitución de la Junta Democrática en la que habían entrado, además de Serer y Trevijano, el inevitable Tierno Galván y el confuso señorito socialista de Sevilla, Alejandro Rojas Marcos, por quien Felipe González, su paisano, sentía un desprecio invencible. Carrillo, después de la conversación, dijo que Felipe González era peor que Rodolfo Llopis, el insobornable anticomunista; nunca imaginó el enorme favor que hacía a su inteligente adversario.

La reaparición pública del PSOE en España

En la primavera de 1975 Felipe González deja a su familia en Sevilla y se instala en Madrid. Hierve ya la capital de la transición. El asesinato de Carrero Blanco, la revolución de abril que enmascaró jubilosamente el trágico 98 de Portugal, el amago mortal de Franco en el verano del 74, la involución del régimen después de las esperanzas del Doce de Febrero, la gestación cada día más avanzada de un nuevo centro-derecha en la sociedad FEDISA y el grupo Tácito, las primeras repercusiones, no admitidas oficialmente, de la crisis económica mundial desencadenada por las convulsiones de 1973, la convicción de que se acercaba inevitablemente el final físico del Caudillo y el despeñamiento político de su régimen, las dudas sobre la viabilidad y la eficacia de la nueva Monarquía sin estrenar… todo aconsejaba que el líder de un partido esencial para la transición, el Partido Socialista, fijase su residencia y su centro de actividad en Madrid, desde donde se observaba el aumento de la militancia selecta del PSOE, desde los pocos centenares de la época heroica a los cuatro mil militantes (sólo dos mil en el interior) confesados en el congreso de Suresnes, y a los que integrarían pronto un previsible partido de masas, mientras se ampliaba por semanas la tolerancia del régimen agonizante hacia los socialistas. Pablo Castellano, despechado predicador demagógico en

el desierto, dimitía de su puesto en la ejecutiva. Para oponerse a los intentos comunistas de monopolizar la oposición, el PSOE vertebra el 11 de junio de 1975 un nuevo colectivo heterogéneo, la Plataforma de Convergencia Democrática, con la obsequiosa colaboración del grupo democristiano de izquierdas capitaneado por don Joaquín Ruiz-Giménez. Pero la presión comunista es cada día más fuerte. Muchos de los universitarios que se han apuntado al PSOE cultivan, con más o menos seriedad pero con invariable radicalismo, la teoría y la praxis marxista, si bien forman también entre los nuevos reclutas varios intelectuales y profesionales socialdemócratas, algunos de ellos formados en universidades anglosajonas, que sin descartar el análisis marxista de la historia, la economía y la política, parecen más inclinados a dotar al nuevo PSOE de una ideología práctica para el poder, alejada del dogmatismo e impregnada de positivismo. Hasta que el 20 de noviembre de 1975 muere el general Francisco Franco y comienza una nueva fase, más acelerada, de la transición, que el PSOE vivirá intensamente bajo la bandera de la ruptura.

Redoblan con mayor fuerza los intentos comunistas de aproximación, absorción e identificación con el socialismo. El nuevo gobierno, mucho más abierto, de Carlos Arias Navarro, con Manuel Fraga Iribarne en la vicepresidencia, contiene bravamente la ofensiva callejera de la izquierda en busca de la ruptura, en la que participan los socialistas arrastrados por la iniciativa y la táctica comunista. El gobierno admitiría de mil amores una legalización del socialismo pero con exclusión del PCE, que debería permanecer en las tinieblas exteriores; pero los comunistas consiguen, con enorme habilidad, identificar su legalización con la posibilidad misma de la democracia, y los socialistas aceptan dogmáticamente esta tesis. Los patrocinadores del nuevo PSOE, los socialdemócratas alemanes, miran cada vez con mayor aprensión esta identificación táctica del PSOE y el PCE, cuya fuerza parecía enorme, y constituía una gran incógnita antes de las primeras elecciones. Para mantener a Felipe González en su órbita atlántica, los socialdemócratas alemanes fuerzan al PSOE a que no participe en el intento del líder socialista francés, François Mitterrand, para ocupar la hegemonía del socialismo europeo mediante la potenciación de los socialismos del Mediterráneo en una Conferencia Socialista que, en efecto, aborta con la colaboración de los socialistas españoles. Felipe González recibirá como premio una vicepresidencia de la Internacional Socialista.

En marzo de 1976 uno de los nuevos ideólogos del PSOE que construye su nueva ideología de fachada marxista, pero estructura reformista y

socialdemócrata, Ignacio Sotelo, profesor de la Universidad Libre de Berlín, apunta en la revista *Cambio 16*, muy favorable desde el principio a la implantación y la alternativa del socialismo en España desde sus posiciones estratégicas de liberalismo radical y antifranquista, una singular profecía que se cumplió en sus propios términos: «El verdadero peligro para la clase política dominante —dice Sotelo— no es el PCE, cuyas posibilidades de acceder al poder son mínimas, sino los partidos democráticos de centro izquierda. Si se legalizase al PCE y éste no consiguiera más del 15% de los votos —es un decir— mientras que el PSOE obtuviera más del 30% —también es pensable—, entonces el PSOE tendría cierta libertad de movimiento que, bien dirigido podría constituir en un plazo de cinco años una alternativa real al actual centro posfranquista».

En la primavera de 1976 se filtra con claridad, desde el Gobierno, una situación política insostenible entre el inmovilismo del presidente Carlos Arias, testamentario de Franco, y el evolucionismo netamente democrático que impulsan el vicepresidente Fraga y el ministro de Exteriores Areilza. Parece claro también que el Rey don Juan Carlos, que se mantiene durante esa etapa en contacto telefónico diario con altos consejeros occidentales —Henri Kissinger, Valéry Giscard d'Estaing y el rey Balduino de Bélgica son los más probables—, intenta librarse de la tutela de Carlos Arias, pero no en favor de sus ministros aperturistas, como éstos tal vez llegan a creer, sino en favor de una opción que entonces parecía casi imposible (no a este historiador que la apuntó expresamente en el mes de mayo): el entonces ministro secretario general del Movimiento, don Adolfo Suárez González, quien pretendió entrevistarse en abril con Felipe González, a lo que éste se negó. Admitió en cambio un encuentro con el vicepresidente y ministro de la Gobernación Fraga en casa de Miguel Boyer, el 30 de abril de 1976. Felipe González habló con Fraga en presencia de Luis Gómez Llorente. No se entendieron. Fraga le propuso un sistema bipartidista de tipo canovista, con un partido conservador y un partido socialista a quien Fraga, como antaño Cánovas a Sagasta, cediera en su momento —un lejano momento— el poder. No se entendieron. Fraga recalcó que él era el poder y su interlocutor nada. Felipe González le anunció que dentro de pocos años Fraga podría depender de él más que ahora él de Fraga, que exigía el mantenimiento de los comunistas en las tinieblas exteriores. Eso sí, el ministro de la Gobernación concedió permiso para varios actos públicos del socialismo y el diálogo quedó abierto.

Pero no se reanudaría en las mismas circunstancias hasta que después de las elecciones de 1982 se vio cumplida la premonición de Felipe González,

empeñado en designar a Manuel Fraga Iribarne como líder de la oposición. Al empezar el mes de julio, el Rey de España despidió a Carlos Arias Navarro y encomendó la jefatura del Gobierno y la articulación ejecutiva de la reforma a Adolfo Suárez. Poco después, el 10 de agosto de 1976, Felipe González acude a casa de un hermano del entonces íntimo consejero de Suárez, Fernando Abril Martorell, para entrevistarse por primera vez con el hombre que había rechazado poco antes, pero que ahora, jefe del Gobierno, era el árbitro y el motor visible de la transición.

Se entendieron a fondo. Suárez asume una actitud abierta y humilde que seduce al líder socialista. El populismo franquista y el socialismo se acercan y se comprenden. Suárez expone a González el diseño del proceso para desmontar el franquismo, con expresa legalización del PCE. Felipe González había musitado, al principio de la conversación, el tratamiento de *Excelencia*. Suárez, con un gesto típico, le brindó el tuteo, y para pronto, la televisión. Repasada desde nuestra perspectiva, esta importante conversación adquiere tintes de tragedia griega.

Con tan altas bendiciones el PSOE puede por fin celebrar, dentro de España, el Congreso soñado y aplazado desde su crisis interna en la primavera de 1936. Más de cuarenta años después, en diciembre de 1976, los socialistas celebran en Madrid su XXVII Congreso tras los trece del exilio, ante un friso de personajes históricos en el que figuran Willi Brandt y Pietro Nenni, excombatientes en las unidades internacionales de la guerra de España bajo obediencia comunista; Olof Palme, que había esgrimido huchas contra el franquismo, y Michael Foot, dirigente de ese laborismo en quien soñara Julián Besteiro. El número de militantes del PSOE rebasaba ya los ocho mil. Por supuesto que el primer programa del PSOE, aprobado personalmente por Carlos Marx, había sido un programa marxista, cuyos postulados esenciales se retuvieron en las formulaciones siguientes; pero ninguna de ellas incluía la palabra marxismo ni la expresa confesión marxista que ahora, por presión salvaje de la izquierda socialista encabezada por el joven profesor Francisco Bustelo, quedaba inserta en el programa socialista aprobado por el Congreso, que definía al PSOE como «partido de clase, y por tanto de masas, marxista y democrático»; opuesto a «cualquier camino de acomodación al capitalismo» y, con resabios del primer programa de Marx-Iglesias, pretendía superar el sistema capitalista de producción «mediante la toma del poder político y económico, la socialización de los medios de producción, distribución y cambio por la clase trabajadora». Como reconoce un distinguido militante, el profesor Maravall, luego ministro, «esta socialización afectaría en una

primera etapa a los diez grandes bancos y a cincuenta de las doscientas mayores empresas». Para ello el PSOE utilizaría conjuntamente la actividad parlamentaria y las movilizaciones populares. Y aprobaba la táctica de ruptura democrática consagrada en Suresnes. La Mesa del Congreso ahogó el griterío de la izquierda socialista a favor de la República y mandó retirar una bandera tricolor, pero exhibió generosamente una teoría de puños en alto. Felipe González tuvo que tragarse la inclusión del marxismo en los ideales socialistas pero consiguió, previa amenaza de dimisión, descartar la adopción de la dictadura del proletariado como objetivo. Aun así la homologación marxista y tercermundista del PSOE renovado le alejaba de la semejanza con la socialdemocracia europea y provocaba en el seno del partido la pugna de dos corrientes, una radical-marxista y otra templada socialdemócrata, por la que apostó decididamente Felipe González, reelegido sin problemas como secretario general. La crisis tendría que estallar pronto.

Las crónicas del socialismo pasan como sobre ascuas el resonante fracaso de la ruptura en el referéndum del 15 de diciembre de 1976, que constituyó el momento estelar en la vida política de Suárez, después que hubo propuesto audazmente y logrado el harakiri de las Cortes de Franco al aprobar por gran mayoría su propio suicidio ritual. El pueblo español barrió a socialistas y comunistas que habían preconizado la abstención en el referéndum, y respaldó abrumadoramente a Suárez en su orientación de reforma. Desde aquel momento España vivió pendiente de las primeras elecciones de la nueva democracia. Nadie, y menos el PSOE, prestó la menor atención a la gravísima crisis económica que provocaría, por esta desidia, consecuencias posteriores de gravedad extrema.

Las dos primeras elecciones

El 6 de enero de 1977, cada vez más alarmado por la identificación de socialistas y comunistas, el líder de la social-democracia alemana Willy Brandt llega a Madrid en vísperas de que Felipe González, con otros tres miembros de la oposición, acordasen con Adolfo Suárez un primer marco político en el palacio de la Moncloa. El presidente mantiene después un diálogo sin testigos con el primer secretario del PSOE, que se renueva pocos días después en presencia del general Gutiérrez Mellado, con un tema monográfico: la Monarquía, que Suárez pretendía preservar de toda discusión constituyente. Más o menos de acuerdo en ello, aunque con diferentes perspectivas, el 10 de febrero de 1977 se abre la legalidad para los partidos

políticos proscritos desde 1939 por el franquismo en España. El PSOE histórico, que parecía contar con algunas posibilidades, es el primero en inscribirse. El PSOE renovado de Felipe González es una de las 160 formaciones políticas reconocidas por el Gobierno y los tribunales entre las 203 solicitudes de inscripción. Felipe González comparece por primera vez ante las cámaras de televisión una semana más tarde cuando ya se iniciaba, bajo la dirección experta y tenaz de Alfonso Guerra y Guillermo Galeote, una formidable infiltración y captación de terminales socialistas (los comunistas habían empezado mucho antes) en la televisión, la radio estatal y privada y la prensa privada y del Movimiento. La victoria del socialismo en las elecciones de 1982 reconocería como una de sus causas decisivas el éxito de esta estrategia de infiltración en los medios ajenos, porque los periódicos y revistas del PSOE fracasaron ruidosamente.

Adolfo Suárez desembarcó, con otro de sus golpes de audacia, en el Centro Democrático tan cuidadosamente creado y articulado por Pío Cabanillas, y lo transformó en su creación e instrumento personal, la Unión de Centro Democrático con la que, como comunicó en televisión el 3 de mayo siguiente, pensaba participar personalmente en las elecciones generales que se convocaron para el 15 de junio de 1977. Desplazado a la derecha, Manuel Fraga Iribarne calculó mal la situación y marchó hacia esas elecciones al frente de una Alianza Popular que, con importantes apoyos de la derecha financiera, no consiguió convencer a los españoles de que su vocación populista dominaba sobre la apariencia nostálgica. El partido comunista se creyó su propia propaganda y pensaba seriamente capitalizar de forma mayoritaria sus duras décadas en la oposición. Después de altas discusiones teóricas, don Juan de Borbón, depositario de la Corona desde la abdicación y muerte de don Alfonso XIII en 1941, renunciaba con solemne sencillez a sus derechos históricos en su hijo, el Rey de España; era el 14 de mayo de 1977. Seis días después, el día 20, un Rey de España recibía por primera vez en la Historia a un secretario general del PSOE, que llegó al palacio de la Zarzuela acompañado por un joven marxista muy bien situado en los círculos de la alta sociedad financiera de Madrid: Javier Solana, quien nadie pronosticaría entonces su futura condición, para decirlo con sus propias palabras, de *catorceavo* ministro de la Corona en el departamento de Cultura.

En las reuniones para preparar la entrevista, los dirigentes del PSOE habían descartado toda alusión a la Monarquía, en vista del republicanismo tradicional, aunque no dogmático, del partido. El propio Rey planteó *ex abrupto* la cuestión. Después de proponer a Felipe González el borbónico

tuteo —que fue aceptado, y correspondido por un igualitario *usted*— don Juan Carlos espetó la siguiente pregunta:

«Y vosotros —(versión Chamorro)— ¿por qué tenéis que seguir siendo, como partido, republicanos? ¿Es que eso es circunstancial con la alternativa socialista, y el sentimiento republicano inherente al movimiento socialista?». Felipe González se salió diplomáticamente con una anécdota: con un cuento sueco que terminó bien. Probablemente en aquel momento ya fue preconizado Felipe González como el Sagasta de la segunda Restauración.

Pocos días después, el 24 de mayo, Felipe González iniciaba entre invectivas al franquismo histórico (AP) y al franquismo renovado (UCD) la primera campaña electoral de la nueva democracia. El PSOE acudía a la prueba muy reforzado por la fusión con el Partido Socialista de Cataluña encabezado por Joan Reventós Carner; y enfrentado con el Partido Socialista Popular del profesor Tierno. Llegaron las elecciones y venció netamente la UCD de Adolfo Suárez, pero el PSOE alcanzó la hegemonía de la izquierda con casi seis millones de votos y casi el 30% de los electores, contra el casi 35% de la UCD, muy favorecida por la ley d'Hondt. Quedaban muy relegados, y con una decepción enorme, Alianza Popular y el Partido Comunista. Los 118 diputados y 47 senadores socialistas constituían una importante fuerza parlamentaria. El PSOE naciente había logrado su objetivo de rondar el 30% de los votos y se había distanciado decisivamente del PCE. No era una victoria, pero sí un avance más que prometedor.

Como señala el profesor Maravall, el PSOE configuró su estrategia desde las primeras elecciones en el sentido de una alternativa de poder. La vencedora UCD desaprovechó su victoria ante el electorado. Se inclinó, internamente, hacia una orientación de centro-izquierda progresista que, contra la gran mayoría de sus electores, concedió preponderancia a su ala socialdemócrata, representada por Francisco Fernández Ordóñez y Rafael Arias Salgado, elegido secretario general del partido, y responsable principal de inocular la obsesión progresista en la mente de Adolfo Suárez, con el respaldo de un oportunista nato y vacío, Fernando Abril Martorell. Los militantes del PSOE subieron desde unos setenta y cinco mil antes de las elecciones a unos cien mil largos después. La UCD parecía pedir perdón diariamente por su victoria al PSOE como si los socialistas tuviesen que legitimar la ejecutoria democrática de los centristas; y se empeñó, so pretexto de conseguir una Constitución de validez universal, en una política de consenso que dejaba de hecho al PSOE un arbitraje no conseguido en las urnas. La política económica yacía en el más lamentable de los abandonos. La

cumbre del consenso fueron los pactos de la Moncloa entre UCD y la izquierda, considerados por los economistas más solventes como una soberana concesión a la demagogia.

El 8 de abril de 1978 se producía la fusión entre el PSOE y el PSP de Tierno Galván, reducido a una representación simbólica y endeudadísima después de su fracaso electoral de 1977. La fusión aportaba al PSOE algunos cuadros radical-marxistas además del famoso «voto de calidad» preconizado por el profesor Tierno, quien trató de cobrar influencia con un pretencioso consejo asesor a su simbólica presidencia del PSOE, no sin que inmediatamente le fuesen recortadas las alas; desde entonces ha mantenido una actitud distante y cínica, con la para él providencial plataforma municipal de Madrid. Para que el equipo Tierno no se forjase indebidas ilusiones, Felipe González anunció al mes siguiente de la fusión, en mayo de 1978, su propósito de «desembarazarse del marxismo», presionado por el designio estratégico que apoyaba al PSOE desde fuera, y concretamente por la socialdemocracia alemana, que ya se había desembarazado del marxismo en su programa-retractación de Bad Godesberg, una generación antes. Pero el inteligente propósito del primer secretario, dispuesto a saltar sobre el poder en la próxima prueba electoral, cayó como una bomba en el partido, donde como anota certeramente Fernando Barciela, por entonces todo el mundo profesaba o fingía el marxismo, sin que los lectores de Carlos Marx fueran precisamente, dentro del PSOE, una multitud. En estas condiciones, Adolfo Suárez comprobó que la joven UCD carecía de cohesión interna; el grupo parlamentario era ya un semillero de discordias y los jefes de fila y tendencia dentro del partido —liberales, socialdemócratas, democristianos, azules—, casi todos ellos diputados por Madrid, no discutían de momento su liderazgo absoluto, pero reclamaban, como ellos mismos decían, parcelas de poder, es decir cargos y prebendas para sí mismos y para sus clientes políticos. Sin advertir que no eran las deficiencias de los llamados *barones*, sino sus propias insuficiencias las que provocaban el malestar, Adolfo Suárez disolvió insensatamente las Cortes por sorpresa en la Navidad de 1978/ 1979, una vez logrado su nuevo gran éxito personal de la Constitución, y convocó nuevas elecciones para la primavera de 1979; primero las generales y un mes más tarde las municipales. Durante la discusión constitucional los socialistas rechazaron sistemáticamente como *mayoría mecánica* el acuerdo mayoritario UCD/AP y lograron, gracias a su audaz presión sobre Suárez, que se concretaba en las impúdicas reuniones constituyentes de Abril y Guerra, una

huella constitucional mucho más importante que su propia entidad parlamentaria.

Notará el lector que no estamos trazando una historia de la transición —que será objeto de nuestro próximo libro—, sino el capítulo final de una historia general del socialismo en España. Por eso nos limitamos a esbozar las líneas generales de aquella historia para prender en ellas la crónica vital del PSOE en esta víspera de nuestro tiempo. Los socialistas lanzaron su campaña electoral de 1979 amparados en la imagen del patriarca fundador Pablo Iglesias y bajo el lema «cien años de honradez y firmeza», al que los comunistas, con mala tinta, añadieron muchas veces «y cuarenta de vacaciones». En el clima de consenso que había inducido la primera Constitución española que no era contra nadie, sino de todos para todos, con excepción de ultras y etarras, nadie recordó a los socialistas los atracos a mano armada contra los Bancos en la revolución de Asturias, ni el diagnóstico de Teodomiro Menéndez sobre el tesoro del *Vita*, ni las incitaciones de Pablo Iglesias para aplicar contra Maura el atentado personal que luego recayó, tras la represión de una huelga socialista, contra José Canalejas. Los socialistas de 1979, fiados de sus encuestas, creyeron esta vez que conseguían la victoria y el poder. Guillermo Galeote tenía preparados, en la misma noche de las elecciones, comandos de invasión destinados a ocupar inmediatamente los puestos clave de Radio Nacional y Televisión española, en combinación con los terminales introducidos dentro de las dos redes de comunicación pública. Adolfo Suárez vivía unas jornadas de enorme preocupación. Había enviado a sus ministros más levantiscos a que se ganaran el escaño como paracaidistas en provincias donde carecían de arraigo: por ejemplo Joaquín Garrigues en Murcia, donde su presencia cambió la victoria centrista de 1977 en triste retroceso en favor de una hegemonía socialista; Francisco Fernández Ordóñez a Zaragoza, donde montó demagógicamente oficinas electorales del Ministerio de Hacienda, que detentaba; y Fernando Abril Martorell a su Valencia natal y abandonada, donde improvisó un valencianismo oportunista y anticatalanista bastante rentable en el terreno de los votos. Pero Suárez estaba intranquilo; no quería arriesgar su capital político, todavía enorme, a una derrota electoral. Compareció en Madrid con un presunto factótum de la gran Banca y la gran industria, Leopoldo Calvo Sotelo, como número dos y después de que Felipe González resumiera un tanto vagamente la antevíspera electoral sus proyectos de gobierno, sin demasiada convicción, Adolfo Suárez aprovechó los últimos minutos de la campaña para denunciar, sin réplica posible, al PSOE como partido marxista; como monstruo colectivista capaz de

sumir a la nación en la dictadura del proletariado; como partido divorcista, abortista y contrario a la religión y a la patria y a la economía libre. Deshizo con frase certera y demoledora la imagen de moderación que se había empeñado en vender Felipe González; suscitó con habilidad suprema el voto del miedo y provocó una reacción antisocialista que le valió un importante corrimiento del voto de derechas cuando Fraga se volvía a equivocar invocando al centro que él inventó; y desde luego le arrancó por lo menos un millón de votos a Felipe González en las pantallas. Presa de un acceso de rabia y desesperación, Felipe González, que previo inmediatamente el efecto de la invectiva, se juró a sí mismo no perdonar jamás a Suárez la gran faena.

El resto de los socialistas no lo veían tan claro y esperaban ansiosos los resultados la noche del recuento, con las neveras repletas de cava, que se quedó en las neveras. Unión de Centro Democrático no lograba la mayoría absoluta, pero mejoraba sus posiciones con tres diputados más, 168. Se hundía Alianza Popular (presentada con la etiqueta de Coalición Democrática) al bajar de 16 a 9 diputados. Ascendían ligeramente, de 20 a 23 escaños, los comunistas. Se mantenían los nacionalistas y surgían como fuerza considerable en Andalucía los señoritos de Rojas Marcos con su PSA, cinco escaños. El incremento de la abstención en zonas de tradición socialista y el mantenimiento e incluso incremento del voto nacionalista perjudicaron al PSOE, que se estancó con 121 diputados frente a los 118 de 1977. Parecía consolidarse el mapa electoral de 1977; la victoria personal de Suárez era innegable, después de la fortísima confrontación electoral de centristas y socialistas. No sirvió de mucho la fusión con el PSP; no se sumaron los escaños respectivos de 1977. La derrota socialista fue particularmente sensible en Andalucía y el País Vasco. Felipe González, dolidísimo por el ataque de Suárez, se negó a felicitarle pero prometió «no forzar elecciones antes de tiempo y esperar cuatro años de gobierno de UCD, porque el país merece este período de estabilidad». Fue una de las promesas peor cumplidas de la transición.

La noche triste de 1979

A principios del mes siguiente el Partido Socialista, contra sus manifiestos anteriores, se echaba en brazos del Partido Comunista para aprovechar juntos los resultados de las elecciones municipales. Fue una renovación del pacto del Frente Popular, sin que esta vez una izquierda burguesa sirviese de coartada. UCD consiguió la mayoría de los votos municipales y la gran mayoría de los

ayuntamientos. Pero la izquierda unida conquistó la mayoría municipal en Madrid, Barcelona, Valencia y 27 de las 50 capitales de provincia; con 23 para ayuntamientos de UCD, apoyada por AP. La dirección socialista pensó que el triunfo de Tierno Galván en Madrid era un problema. «La capital del reino —dice una fuente directamente inspirada por Felipe González— pasó a manos del más complejo, díscolo y recalcitrante de sus militantes, el profesor Tierno Galván». Los apoyos estratégicos del PSOE vieron con ojos airados este hermanamiento municipal con los comunistas.

Por éste y otros motivos más importantes, el año 1979 fue la prolongada noche triste de Felipe González Márquez; justo es decir que resurgió de ella gracias a un formidable equipo dirigido por Alfonso Guerra y se templó en la dificultad con aguante y recursos de un gran político, mientras sus adversarios de la UCD ni aprendieron la lección ni, desde la barrera, la aprovecharon. Convencidos de que la decepción electoral fue provocada por la política de consenso y por la timidez en asumir la línea tradicional del PSOE, el ala marxista del partido, autodenominada *Izquierda socialista* y capitaneada por el profesor Francisco Bustelo y Luis Gómez Llorente (con Pablo Castellano como perro ladrador) montó una ofensiva contra la línea socialdemócrata y moderada de Felipe González, que estalló a mediados de mayo de 1979 en el XXVIII Congreso del partido. Hasta Alfonso Guerra fue sorprendido y desbordado por un aluvión de delegados elegidos por las agrupaciones locales, sin apenas control del aparato, y dispuestos a exhibir un ardor neófito de marxistas revolucionarios. Uno de ellos pidió tratar a ETA como movimiento de liberación nacional; otros se habían repartido durante la campaña electoral fincas rústicas, con ocasional exhibición de navajas; otro exigió el traslado a Ibiza de la sede de las Naciones Unidas para liberarla de presiones capitalistas; otro insultó a los moderados llamándoles a voz en cuello tecnócratas. La militancia había descendido desde los cien mil largos en 1977 a 70 000 cotizantes en esta primavera, y cayó a 50 000 después del Congreso fallido. Había una cierta falta de doma y formación, repite la citada fuente. Felipe González, con notable y excepcional fallo de sentido político, replanteó la casi bizantina cuestión del marxismo ante los congresistas. Al frente de la ponencia ideológica, Francisco Bustelo se opuso rotundamente a la eliminación del término que, adecuadamente esgrimido por Adolfo Suárez en la antevíspera electoral, había provocado, según Felipe González, el rechazo y la derrota. Ganó Bustelo ante un congreso vociferante; y Felipe González presentó su dimisión como primer secretario en la noche triste de su año triste, 20 de mayo de 1979.

La conmoción fue tremenda. Los marxistas de la izquierda socialista habían sido capaces de imponer el *trágala* pero, profundamente asustados por la dimisión, no lograron presentar una ejecutiva de recambio. Los representantes de la Internacional y el SPD advirtieron a los vencedores pírricos del Congreso que nada tenían que esperar de ayuda política y económica exterior. Se improvisó una Comisión gestora presidida por un senador grato a los críticos, José Federico de Carvajal, que pese a sus convicciones marxistas no olvidaba a su padre asesinado por los comunistas en Paracuellos del Jarama y desde el primer momento se ofreció a Felipe González y Alfonso Guerra. Fue, durante todo el verano, la hora de Guerra, que manejaba la Gestora a través de Carvajal y la fiel Carmen García Bloise. Guerra manipuló a fondo la convocatoria del siguiente Congreso extraordinario. Decidió que los delegados fuesen elegidos por las Federaciones, mucho más sensibles al aparato, y no por las agrupaciones que habían enviado al aluvión libertario del Congreso anterior. Aisló a los críticos marxistas, se atrajo a varias federaciones dudosas, suspendió algunos congresos regionales. El 30 de septiembre Felipe González reconquistó la dirección del PSOE, de forma desde entonces indiscutible y casi por aclamación. Todo su equipo volvía con él a la ejecutiva, que para brindar a la galería saludó, con excepción de Múgica, puño en alto. Triunfaba la línea posibilista y socialdemócrata sin renunciar expresamente al marxismo. Felipe González tenía por delante todo el futuro.

La polémica entre marxismo y socialismo, a la que ese verano dedicaba un número monográfico la revista teórica del partido, *Sistema*, quedaba fuera de lugar. La opinión pública española captó que Felipe González había preferido dejar el poder del partido para no aguantar una imposición ideológica de marxismo y concibió una enorme admiración ética por un político joven que se mostraba así dispuesto a renunciar por sus ideas a su carrera de poder. Inconscientemente este aprecio se convertía cada vez más en crítica contra Adolfo Suárez, que se había ganado a pulso una imagen de aferramiento incondicional al poder. En las próximas elecciones Suárez ya no podría esgrimir el voto de la ética y el voto del miedo contra Felipe González. Suárez tenía demasiado sentido político como para no darse cuenta, y en la noche de la resurrección de Felipe González empezó a desfondarse para siempre.

Acoso socialista y hundimiento de UCD

La estrategia del PSOE una vez aquietadas sus aguas después de los congresos de primavera y verano de 1979 consistiría en acosar al Gobierno de la UCD, aprovechar las cada vez más sensibles y evidentes fisuras del partido gubernamental (que no se soldaron sino que se enconaron tras las elecciones) y contribuir a la danza suicida de la muerte organizada por los barones de UCD para sustituir a Suárez. Para ello el PSOE practicó magistralmente la estrategia del halago para la división del centrismo, y actuó mediante un pequeño grupo de «submarinos» escogidos entre el sector socialdemócrata de UCD, que dirigía Francisco Fernández Ordóñez, que consultaba con los dirigentes del PSOE su política mucho más a gusto que con sus compañeros de UCD, a los que casi públicamente motejaba de reaccionarios. Convencido por sus dos ángeles negros, el oportunista Fernando Abril y el dogmático Rafael Arias Salgado, de que el futuro del partido estaba en el dominio del centro-izquierda, Suárez actuaba sin advertirlo como el más eficaz aliado de Felipe González, que le disputaba ya abiertamente ese mismo terreno con mucha mayor credibilidad. De esta forma los «submarinos» socialdemócratas de UCD y la propia dirección suprema del partido se alienaban la inmensa mayoría del electorado, que evidentemente sentía como centro-derecha y comprobaba con asombro cómo Suárez, el hombre que había vencido a González acusándole de marxista, permitía que Fernández Ordóñez impusiera al grupo parlamentario una reforma fiscal socialista, no centrista, y engañara a la Iglesia con modificaciones hirientes al proyecto de ley de divorcio negociado ya por UCD con la Iglesia. Los líderes que contaban en UCD se desvivían mientras tanto por merecer la sonrisa de los socialistas, y un elogio de Felipe González se cotizaba en el partido y en el Gobierno como una condecoración, mientras cualquier acercamiento a Manuel Fraga se interpretaba como pecado político nefando.

Así las cosas se planteó, entre la primavera de 1980 y el mes de enero de 1981, la crisis por degradación de UCD. No es éste el momento de exponerla a fondo ni siquiera de sintetizarla someramente. Un año y siete meses antes de producirse el hundimiento lo vaticinábamos casi punto por punto en un artículo premonitorio titulado *El antecedente*, cuando tratábamos de explicar, sin el menor éxito, la parecida desintegración del Partido Republicano Radical, árbitro de la segunda República. Confluyeron en la implosión de UCD varios factores que en su momento habrán de calibrarse y ponderarse. Señalemos entre ellos la incapacidad de su creador, Adolfo Suárez, de aplicar a la construcción de la nueva democracia las grandes dotes políticas que demostró en el desmantelamiento del régimen anterior y en echar los

cimientos de esa democracia, porque sería grave injusticia atribuirle solamente la destrucción; la restricción de Suárez al ámbito ideológico del centro-izquierda, por su encastillamiento producido por los desviados consejeros citados y su tendencia al ensimismamiento que le impidió capitalizar en la práctica sus grandes dotes de relación humana y política; la cerrazón y la pequeñez de las oligarquías locales de UCD, que saltaron sobre el poder con espíritu de pequeña propiedad y ambición muchas veces injustificada, mientras cerraban el paso a valiosas aportaciones marginadas; la ceguera suicida de algunos jefes de fila empeñados en acosar primero y luego en sustituir a Suárez a costa de desmembrar al Centro, con la muy probable y secreta presunción de gobernar apoyados en una minoría tipo partido liberal alemán y de acuerdo con el socialismo; los casos del malogrado Joaquín Garrigues, que proyectó su propia muerte presentida sobre la muerte de su partido; Francisco Fernández Ordóñez, empeñado en capitalizar su submarinismo socialista, y al final el propio Landelino Lavilla, enloquecido por su falsa imagen, son ejemplos muy claros ante nuestra perspectiva naciente.

Los jefes de fila de UCD se encerraron con Suárez una tarde de la primavera de 1980 y le acosaron, entre graves e inmerecidas humillaciones, junto al embalse de Santillana; es la célebre reunión de la Casa de la Pradera, donde la crisis interna del centrismo adquirió caracteres irreversibles. Los estrategas del PSOE, que hasta entonces se habían contentado con minar el terreno del Centro mediante su referida táctica de halagos divisores, decidieron entonces pasar a la acción ante un adversario tan bizantinamente suicida; y montaron un espectáculo de gran alcance, la moción de censura que siguió inmediatamente a la mencionada reunión campestre, donde Felipe González se vengó de Adolfo Suárez con acoso sangrante y consiguió desmoralizarle definitivamente, mientras sus peones armaban un escándalo permanente a propósito de las irregularidades de Televisión, hasta que consiguieron virtualmente la entrega de RTVE a los socialistas a cambio de cesar en su ofensiva. Mientras tanto la UCD, cada vez más dividida, generaba graves desconfianzas en la Iglesia, por su conducta irresponsable en torno a la ley del divorcio, aunque un ministro acorde con su conciencia y su programa, José Manuel Otero Novas, consiguió contra viento y marea lograr la aprobación del Estatuto de Centros escolares, vital para la enseñanza privada. La política de reforma militar dirigida por el vicepresidente Gutiérrez Mellado enfrentó a la UCD con sectores muy sensibles del estamento militar; y una política económica poco coherente y demasiado preocupada de la

aprobación socialista apartó de la simpatía centrista a un sector que debería constituir su ámbito político natural, los empresarios españoles. La errática conducta del Gobierno y el partido en los problemas autonómicos —en la que a veces UCD hubo de sacrificarse por altos ideales nunca hasta ahora explicados ni comprendidos— llevó al partido a un fracaso trascendental en Andalucía y a un descontento y descrédito generalizado en las regiones.

Atizaba el PSOE por activa y por pasiva tan difícil situación mediante el ejercicio de una oposición implacable en todos los niveles y ámbitos, desde el Congreso al último ayuntamiento, con la colaboración cada vez más descarada de los «submarinos» —emergidos ya— de la televisión, la radio privada y pública, la prensa de izquierdas y muchas veces también la de derechas y sobre todo la del Movimiento, vivero de socialistas; cuando en septiembre de 1980 Adolfo Suárez cedió a la suicida presión de los barones del partido y formó con ellos un gobierno que la izquierda alabó «como el mejor de todos los posibles», y naturalmente acabó por hundir en cuatro meses al fundador de UCD, que abrumado por la ofensiva (y un poco también por el aparente dominio del futuro) del PSOE, harto de su partido, resentido contra lo que él mismo llamó poderes fácticos y sospechoso de que el favor regio le acompañaba ya con menos entusiasmo que en la fenecida luna de miel, dimitió por sorpresa, y sin explicación pública convincente, a fines de enero de 1981, poco antes de aprovechar un dramático Congreso de UCD, en Palma de Mallorca, para situar a dos presuntos vicarios a la cabeza del partido (don Agustín Rodríguez Sahagún) y del gobierno (don Leopoldo Calvo Sotelo) convencido de que uno y otro le devolverían el poder en cuanto pasase la tormenta concentrada sobre su cabeza.

Por primera vez en su vida, tan cuajada de intuiciones certeras, don Adolfo Suárez, creado duque en circunstancias tampoco aclaradas del todo, se equivocó de medio a medio. Estalló el descontento militar el siguiente 23 de febrero de 1981 con la inconcebible agresión de unas compañías heterogéneas de la Guardia Civil dirigidas por el teniente coronel Tejero en el asalto al Congreso, mientras el capitán general de Valencia, don Jaime Milans del Bosch y Ussía, tomaba la ciudad con sus carros blindados y ponía su circunscripción militar en estado de guerra contra el régimen democrático. Los señores Suárez y Gutiérrez Mellado se comportaban en el trágico episodio del Congreso con ejemplar valor personal y político, mientras los líderes socialistas vivían penosamente la noche más triste en la historia de la democracia española; el señor Guerra fue objeto de especiales amenazas por sus captores.

No supo aprovechar el sucesor del señor Suárez, don Leopoldo Calvo Sotelo, la singular ocasión política que se le ofrecía después de tan histórica convulsión. Tras unos prometedores comienzos cuajados de gestos y de imágenes, el señor Calvo Sotelo no se mostró dispuesto a actuar como un vicario del señor Suárez, pero tampoco mostró que tenía un proyecto convincente ni en el Gobierno ni en el partido, cuya presidencia arrebató con decisión al vicario ducal, señor Rodríguez Sahagún. La UCD siguió su descenso acelerado hacia el desastre cada vez más previsto y el PSOE, que como el resto de los españoles no se lo acababa de creer, decidió prepararse a fondo para la cada vez más próxima prueba electoral. Era otra vez la hora de Alfonso Guerra, cuyo dominio sobre el aparato y la estrategia del partido parecía cada vez más absoluto. Pasaron las grandes ocasiones de los últimos meses, cuando la UCD convertida en estruendo reñidero dejó desvanecerse las grandes ocasiones nacionales que hubieran podido afianzarla directa o indirectamente: los Mundiales de fútbol, cuyo gran triunfador político no fue el señor Calvo Sotelo sino el presidente Sandro Pertini; la visita del Papa, pospuesta al fin tras una comedia de errores insólita. Pensaba durante ese verano don Landelino Lavilla que si lograba hacerse con los restos de UCD —lo que logró— podía tal vez presentarse, dado su aparente prestigio institucional, como colaborador del PSOE en un gobierno de coalición que hiciese más aceptable la entrada histórica del socialismo en el poder. Todos los testimonios concuerdan en que éste fue el designio del señor Lavilla, alentado probablemente por el PSOE en un capítulo más de su táctica de filigranas contra el centrismo. Pero ni uno ni otro contaban con don Adolfo Suárez, que había reaparecido en política mucho antes de lo previsto, al comenzar el verano de 1981, con un talante no ya de centro-izquierda, sino de izquierdas, que le permitía criticar a Felipe González cuando éste se comprometía a no impulsar desde el poder una política socialista de nacionalizaciones. «Estoy a la izquierda de Felipe González», declaró, ante el asombro nacional, el hombre que había derrotado en las anteriores elecciones a Felipe González con una acertada evocación del voto del miedo contra el PSOE marxista. El duque de Suárez, mientras tanto, al ver que se le escapaba irremisiblemente su UCD, amagó con abandonarla, la abandonó y se lanzó fríamente contra ella, como aplicando la famosa explicación de la venganza gitana: «La maté porque era mía». Y la mató. La implacable ofensiva por goteo dirigida por el señor Suárez dejó a UCD ante la prueba electoral de 1982 exangüe y rendida. No tuvo en efecto don Felipe González un colaborador más efectivo.

Llegó la campaña electoral una vez que el señor Calvo Sotelo, famoso por sus indecisiones, adelantó por sorpresa, y a todo destiempo, la fecha final contra sus propósitos tantas veces repetidos —llegar al 83— y para evitar un voto de censura final que el PSOE tenía preparado con la complicidad de un sector parlamentario centrista, después de haber incorporado ya a su base política los «submarinos» socialdemócratas del señor Fernández Ordóñez. Ya desde antes de la campaña electoral Felipe González extremaba su moderación, conseguía seducir a estamentos, instituciones y sectores enteros del pueblo español que aceptaron sus promesas de moderación. El PSOE se mostraba seguro de su victoria, preparaba su legislación y sus cuadros, encorbataba a sus candidatos y se apiñaba sin la menor fisura en torno a su líder. Gracias al vacío y al desencanto creado por la UCD de los Ciento Siete Años el resultado de las elecciones celebradas el 28 de octubre de 1982 es conocido. Conquistó el PSOE la mayoría absoluta, con más de diez millones de votos, 202 diputados y una abrumadora mayoría en el Senado, mientras desaparecía la UCD, apenas apuntaba con dos escaños el centrismo suarista barrido, se hundía el partido comunista, se afianzaban, sin avanzar mucho, los nacionalismos, y se configuraba como primer partido de la oposición la coalición AP-PDP, con la cifra de 106 escaños y el incremento más espectacular de toda la historia electoral española. En un alarde de dominio y precisión política, Alfonso Guerra leía los resultados electorales casi exactos horas antes que el Gobierno. Para el lector de este libro no hace falta comentar nada más sobre el carácter histórico de esta merecidísima victoria. El PSOE había vencido sobre las ruinas del Centro; por su exhibición de talante moderado para lograr un cambio moderado, no radical; por haber sabido aprovechar genialmente la tremenda exigencia de igualitarismo (nidal de la envidia constituyente) en innumerables españoles; y por la espléndida imagen política de Felipe González.

FUENTES Y AMPLIACIÓN

Ha utilizado el autor para este capítulo final las fuentes que explicará con mucho más detalle en su *Historia de la transición*, libro que ahora tiene en el telar. También su publicación de 1977 *La Historia se confiesa*, Barcelona, Planeta, vols. 9 y 10.

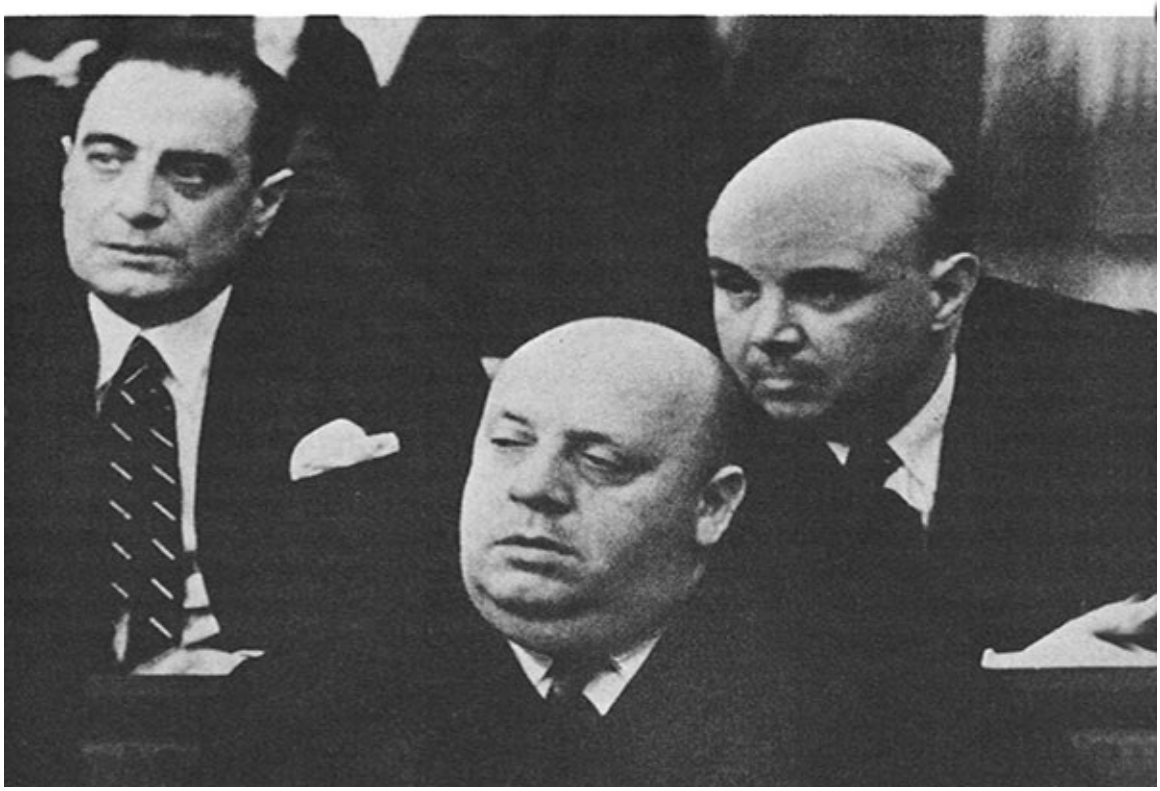
Entre las fuentes socialistas destacan tres: Antonio Guerra, *Felipe González, Socialismo es libertad*, Barcelona, Galba, 1978; Eduardo

Chamorro, *Felipe González, un hombre a la espera*, Barcelona, Planeta, 1982, interesantísimo libro por sus testimonios y documentos; y José María Maravall, *Política de la transición 1975-1980*, Madrid, Taurus, 1981. Es importante la colección completa de la revista *Sistema*, la consulta a la prensa y el libro de Víctor Márquez Reviriego *Felipe González, un estilo ético*, Barcelona, Argos-Vergara, 1982.

Deben citarse también Enrique M. Ureña, *El mito del cristianismo socialista*, Madrid, Unión Editorial, 1981; Ignacio Sotelo, *El socialismo democrático*, Madrid, Taurus, 1980; Pilar Cambra, *Socialismo no es libertad, el verdadero programa del PSOE*, Madrid, Dossat, 1979. Y la documentación de Congresos y reuniones socialistas, que sería prolijo citar de manera expresa.

El profesor Besteiro era hombre profundamente humano, ansioso de diálogo y propenso a la comprensión. (Comité Ejecutivo del PSOE. De izquierda a derecha, de pie: Manuel Cordero, Anastasio de Gracia, Fabra Ribas, De Francisco y Remigio Cabello; sentados, Vidarte, Largo Caballero, Prieto, De los Ríos, Wenceslao Carrillo y Besteiro.)

Era Prieto un buen burgués socialdemócrata, pero jamás desafió ni a la disciplina de su partido ni a su dedicación a la clase humilde y pobre en que nació.



EPÍLOGO

Esta historia del socialismo en España se cierra con las elecciones generales de 1982. Desde entonces hasta que el libro se publica vivimos bajo un gobierno socialista, pero este tracto todavía no puede entrar en la historia. Una enorme decepción se cierne ya sobre los españoles que no votaron socialismo y muy a pesar suyo sobre muchos que sí votaron. No se observan por parte alguna esos proyectos articuladísimos que el PSOE alardeaba preparar y poseer para cuando gobernase; nada de nada. Entre la celebración de las elecciones generales y la convocatoria de las municipales, ya en 1983, el PSOE ha procedido por una inconcebible vía política de agresiones institucionales, que deja en mantillas a la tan criticada del general Primo de Rivera en la Dictadura de 1923. Ha provocado el caos en miles de familias con una política de incompatibilidades a manotazos. Ha visto cómo el paro no solamente no disminuye sino que aumenta ya, desde las elecciones a la publicación de este libro, en más de doscientas mil personas, lo que hace ya inviable su principal compromiso electoral. Ha propuesto, y está a punto de consumar, una trágica agresión a la vida con el proyecto de ley del aborto. Ha conmocionado, con dudas profundas de constitucionalidad, el sistema de empresa privada con su expropiación nocturna del *Holding* RUMASA. Parece haber levantado la veda del empresario, y el mundo de la empresa se siente acosado y perseguido. Ha planteado una política exterior tercermundista y vergonzante, congelando el ingreso militar de España en la OTAN, permitiendo mansamente las humillaciones que, con colaboración norteamericana, suele imponer a España el Rey de Marruecos, y abriendo sin contrapartida la verja de Gibraltar por la que Inglaterra ha enviado, de forma humillante, su escuadra de las Malvinas. Ha ocupado y degradado la radio del Gobierno y la televisión de monopolio hasta extremos inconcebibles, sin alterarse ante el unánime rechazo de la prensa y la opinión. Ha planteado una política educativa amenazadora contra la enseñanza privada y una política cultural cuyo efecto más conocido es el empleo aberrante de la palabra

catorceavo. Ha mimado al Ejército de forma tan sospechosa como servil y no ha ofrecido de momento más compensaciones que criticar a la *situación heredada* mientras señorea despóticamente los restos de la Prensa del Estado y contempla impasible, entre críticas bien poco democráticas, la situación desesperada de la prensa no oficial.

Nada desea tanto el autor como que este epílogo se convierta alguna vez en el principio triste de un capítulo brillante. Pero hasta el momento esto es lo que hay.

Resulta casi improcedente, al término de este libro, discutir sobre el sentido marxista del Partido Socialista Obrero Español. Como sabemos el PSOE nació marxista, y sus programas iniciales rebosaban marxismo puro, como aprobados directamente por Carlos Marx. El marxismo no se ha incluido en los programas vigentes hasta los Congresos finales en la trayectoria del PSOE, ya resucitado en España. Pero naturalmente que se trata de un partido marxista, aunque haya seguido, en su evolución, los avatares históricos del propio marxismo.

Un ideólogo socialista, el actual ministro de Educación señor Maravall, dice en su citado libro: «La historia del PSOE está marcada por la coexistencia de dos *almas o tentaciones* tradicionales de la socialdemocracia clásica: un *alma utópica* defensora de objetivos revolucionarios y un *alma realista* empeñada en una práctica de reformas».

Parece claro que Felipe González, tras sus victorias de 1974 y 1979 en el seno de un partido muy radicalizado por el *alma utópica*, ha intentado con clarividencia y patriotismo guiarlo por los dictados del *alma realista*, sin renunciar por ello a la tradición utópica que otros, más radicales, pretenden convertir en programa de acción. Al resumir ahora los alarmantes desaciertos de su gobierno no pretendemos cancelar los méritos de su ejecutoria. Sólo poner un punto final que esperamos provisional y superable a más de un siglo de historia socialista que se ha debatido, muchas veces trágicamente, entre los tirones de esas dos almas. Pero sin el que no puede entenderse el último tramo de la historia contemporánea española.

RICARDO DE LA CIERVA, nació en Madrid, España el 9 de noviembre de 1926 y falleció el 19 de noviembre de 2015.

Fue Licenciado y Doctor en Física, historiador y político español, agregado de Historia Contemporánea de España e Iberoamérica, catedrático de Historia Moderna y Contemporánea por la Universidad de Alcalá de Henares (hasta 1997) y ministro de Cultura en 1980.

Ideológicamente, se definía a sí mismo como «un claro anticomunista, antimarxista y antimasónico, y desde luego porque soy católico, español y tradicional en el sentido correcto del término». Afirmaba que «siempre he defendido al General Franco, y su régimen y los principios del 18 de julio, pero también era capaz de ver los errores que había dentro y de decírselos al propio Franco».

NOTAS

[1] La evolución posterior del señor Vilar da la razón al señor Amutio, que figuró, como premio a su constancia socialista, en el Senado Constituyente de 1977-1979. <<

[2] Los hispanistas han dedicado suma atención a los problemas históricos del socialismo en España; además de la citada Clara Lida no pueden olvidarse *La revolución española*, titulo común a una gran síntesis de Stanley G. Payne y a un magistral análisis de Burnett Bolloten; y *La izquierda revolucionaria en España, 1914-1923* de Gerald H. Meaker, así como la profunda penetración en la problemática socialista en el conocido estudio sobre la reforma agraria de Edward Malefakis. <<

[3] Prólogo a los *Comentarios de Pericles García*. Toulouse, 1967. <<

[4] Morato, ob. cit., p. 256. <<

[5] Luis Araquistáin: *Entre la guerra y la revolución*. <<

[6] *Nuestro tiempo*, núm. 162, diciembre 1967. <<

[7] *Anticaballero*, 1936, p. 12. <<

[8] *Anticaballero*, p. 10. <<

[9] *El ensayo socialista en la República española*, 1934. <<

[10] G. M. de Coca, ob. cit., p. 128. <<

[11] *España*, 1962, p. 437. <<

[12] *Obras completas*, III, p. 602. <<

[13] *Octubre, segunda etapa*, p. 32. <<

[14] *Por la unidad y disciplina del Partido Socialista*, 1936. <<

[15] *Obras completas*, III, 425. <<

[16] Marichal, en *Obras completas de Azaña*. III. p. 32. <<

[17] *Mundo Obrero*, 15 de abril. <<

[18] *Aquí estamos*. Palma de Mallorca, 23 de mayo. <<

[19] *Historia de España*. III, p. 248. <<

[20] En testimonio que obra en el archivo del autor. <<

[21] Prieto: *Cartas a* un *escultor*, p. 81. <<

[22] *Mundo Obrero*, 14 de mayo de 1936. <<

[23] *La velada en Benicarló.* <<

[24] Prieto: *Convulsiones*, II, pp. 22 ss. <<

[25] *Hoy*, Buenos Aires, 5 de diciembre de 1942. <<

[26] Cita en B. Bolloten, El gran *engaño*. Sin embargo, como vimos, Caballero había propuesto la fusión de los dos partidos para antes de la guerra civil. <<

[27] Prieto: *ibíd*. Caballero —como recuerda Vidarte— se quejó amargamente de la cooperación prestada por Prieto a su calda; y Prieto devolvió así a su rival el veto que Caballero le interpuso en mayo de 1936. <<

[28] La premonición anterior se escribió y publicó en 1969. Nadie podía imaginar entonces que el FCE llegaría a contar con un comando clerical y jesuítico en sus filas. <<

[29] Prieto, *Cómo y por qué salí del Ministerio de Defensa*, prólogo a la edición francesa de 1939. <<

[30] *Cómo y por qué…*, p. 31. <<

[31] *Cómo y por qué…*, p. 47. <<

[32] *Cómo y por qué…*, p. 53. <<

[33] *Convulsiones de España*, II, p. 16. La historiografía ha corroborado después este durísimo juicio de Prieto sobre el SERE, que dejó de existir al producirse la invasión alemana de Francia. <<

[34] *Diálogo entre dos nostálgicos*, 14 de enero de 1947. <<

[35] *Horizonte español*, 1968, Ed. Ruedo Ibérico. <<

[36] *Historia del socialismo,* 1968. p. 371. <<